

# VIDA Y HECHOS

DE

# DON TOMAS ZUMALACARREGUI.

Cet ouvrage se vend au bureau du Journal *la Mode*, rue de Helder, n° 25.

Et chez Dentu, libraire, Palais-Royal, Galerie d'Orléans.

Tomas Zumalacarregui





# VIDA Y HECHOS

DE

# DON TOMAS ZUMALACARREGUI,

**Duque de la Victoria, Conde de Zumalacarregui;**

Y

**CAPITAN GENERAL DEL EJÉRCITO**

**DE S. M. DON CARLOS V,**


POR EL GENERAL DEL MISMO EJÉRCITO,

**D. J. A. ZARATIEGUI.**


> ...semperque inferior copiis, superior omnibus prœliis discederet: quòd nunquam manum consereret, nisi cum adversarios locorum angustiis clausisset, quod perito regionum, callidèque cogitanti sæpe accidebat.....
>
> (Corn. Nepot. IN VITA DATAMI.)




PARIS,

IMPRENTA DE LACOUR Y COMP.ª,

Calle San-Jacinto-San-Miguel, N.° [illegible].

1845

# DISCURSO PRELIMINAR.

Al dar á luz la VIDA Y HECHOS DE ZUMALACARREGUI, nos parece que vamos á cambiar en algun modo el concepto que, respecto á la persona y mérito de este general, tienen formado hoy dia algunos españoles y muchos estrangeros, que no habiéndole conocido sino por el eco de la fama, faltos de detalles, ignoran lo que realmente fué y el valor de lo que hizo. Despues que el público haya visto nuestro trabajo (nos preguntamos á nosotros mismos) ¿ se acrecentará ó disminuirá la reputacion que actualmente goza en Europa Zumalacarregui ? Esto es precisamente lo que nos es muy difícil adivinar,

por cuanto los hombres difieren bastante en el juicio de las cosas. Sin embargo, son de tal importancia las noticias que intentamos publicar que desde luego nos lisongeamos con que el fallo será en ventaja del *héroe carlista*, tanto porque su reputacion quedará sentada sobre una base robusta, cuanto porque á los escritores que tomen á su cargo el delicado trabajo de transmitir á las generaciones futuras los acontecimientos de nuestra desgraciada guerra civil, les facilitamos una güia segura para tratar con la debida exactitud lo que tiene relacion con la materia.

Honrados de la amistad de Zumalacarregui, depositarios de su entera confianza, testigos oculares de todos sus actos, tanto públicos como privados, durante el tiempo de la guerra que ha dado orígen á su grande celebridad, nos creémos autorizados para decir que ninguno puede estar mejor enterado de los hechos de su vida que nosotros. Quizá aquellos que no nos conozcan, considerarán nuestro testimonio como

la expresion de un ánimo apasionado, mas no por eso debemos retraernos de ofrecer este pequeño tributo á la preclara memoria del hombre que todos admiran y que nos distinguió con particular predileccion.

Otro motivo nos excita tambien á dar á luz la *vida y hechos de Zumalacarregui*, cual es el justo deseo de satisfacer á tantas preguntas como de continuo se nos hacen acercade su persona y carácter.

Los oficiales aplicados, que desde el año de 1815 acá, han pasado su vida (gracias á la paz que ha reinado en casi toda la Europa) devorando volúmenes sobre el arte militar, se maravillarán tal vez al llegar al fin del libro que les presentamos, de no hallar en las operaciones de Zumalacarregui, apesar de la celebridad que como general goza, ninguna de aquellas reglas que dan á conocer la existencia de un plan concertado de antemano; pero acaso cesará su estrañez á luego que sepan que esto procedia de que no le era dado obrar sino conforme se lo

permitian sus medios y la situacion. Una breve explicacion bastará para hacerles comprender los motivos verdaderos de semejante conducta.

Al comenzar el año de 1835, el Rey N. S. Don Cárlos V, habiendo manifestado á Zumalacarregui las grandes ventajas que resultarian á su causa desde el momento que sus armas pudiesen avanzarse hasta Burgos, oido su parecer, le mandó presentar un plan ó memoria, con expresion de lo que consideraba indispenble para conducir el ejército á la empresa indicada: Zumalacarregui, apenas se retiró de la presencia del Soberano, hizo sus cálculos, escribió enseguida su memoria, y pocos dias despues la puso en las Reales manos. Obsérvese bien que todo lo que pedia en ella para ejecutar ó llevar á cabo lo que tanto se apetecia y se encomiaba, se limitaba á *cuatrocientos mil* cartuchos de fusil, y á *cien mil* duros en metálico, y que está última cantidad deberia ser destinada á satisfacer por espacio de dos meses su sueldo á las tropas, sin necesidad de gravar para esto á los pueblos. Los

que conozcan la importancia de estas dos sumas, y sepan algo de los gastos que cuesta la menor operacion de la guerra, nos persuadimos de que desde luego las tendrán por muy moderadas. Sin embargo, Zumalacarregui servía á un Monarca mas rico de virtudes que de dinero, razon por la que la memoria fué un trabajo inútil y sin resultados, como inútiles fueron siempre todos cuantos proyectos se formaron desde el momento que exigian algun dispendio.

El general de un ejército, como el arquitecto, pide segun la magnitud de la obra que se le encarga; pero cuando por entero faltan los rerursos, su plan es dictado por las circunstancias, y el gefe militar que ánte todo tiene que buscar el pan diario para sus tropas, no es à la verdad, muy libre para acordar lo que hará mañana: no obstante, Zumalacarregui tenia su plan particular y miras fijas, de las cuales muy rara vez se apartó; mas este plan solo estaba escrito en su mente, y nada lo ha acreditado como sus mismos progresos.

Los que lean la *vida y hechos de Zumalacarregui* sin parar la consideracion en los recursos que tuvo este general para reunir, disciplinar y sostener su ejército en medio de un estado tan precario, contra todos los esfuerzos de un enemigo sumamente activo y poderoso, acaso despues de leer los detalles que les presentamos, le tendrán en ménos que lo han hecho hasta el dia; mas los espíritus que lo juzgen con imparcialidad, no solo se mantendrán en la misma opinion que ántes tuvieron, sino aumentarán su admiracion.

Las miras principales de este gefe fueron fomentar por todos los medios las fuerzas de su mando, sin preferir por eso el número á la solidez y consistencia, y no emprender nunca operacion que no le ofreciese alguna ventaja. La avidez que en él se notaba de conservar aquello que ya habia adquirido, procedia de las grandes dificultades que tuvo que vencer para llegar al estado en que se encontraba, y que ageno de ilusiones no veia, como tantos otros, muy se-

guros los medios de reparar los males que un revés podria ocasionarle.

La historia por imparcial que sea, nunca juzgará bien á Zumalacarregui, pues habiéndole faltado los recursos no pudo dar á conocer la extension de sus talentos militares. Si por solo haber acaudillado seis, ocho, ó á lo mas doce batallones, cuatro escuadrones y un viejo cañon (que solamente la necesidad pudo obligar á servirse de él), no se le quiere conceder una plaza entre los mas grandes capitanes, es muy justo que al ménos se le conceda un lugar entre aquella especie de héroes, que por medio de las mas sencillas armas, como Hércules con una maza, David con una honda y Sanson con una quijada, humillaron la arrogancia de sus enemigos.



# INTRODUCCION.

La Navarra que por si sola formaba en otro tiempo un Reyno, hoy dia no es mas que una provincia de la España. Este pais situado al norte de la Peninsula, unicamente está separado de la Francia por la barrera natural de los montes Pirineos, y confina ademas con Guipúzcoa, Alava, Castilla la vieja y Aragon. En el siglo XV los limites de Navarra eran de mayór extension, pero desde que incorporó Don Fernando el Católico este Estado á su vasta Monarquía, la porcion que habia allende de los Pirineos la tomó la Francia. Actualmente el territorio navarro que pertenece á la España tiene unas veinte y seis leguas de longitud, veinte y dos cuando mas de latitud, y cerca

1

de cuatrocientas cincuenta de superficie. Ademas de la grande cadena de los montes Pirineos, encierra la Navarra en su seno otros varios aunque de inferiór magnitud, á los cuales dan los naturales el nombre de sierras: estas que pueden considerarse como estribos ó ramales de aquellos, se hallan cortadas de trecho en trecho ya naturalmente, ya por el curso de los torrentes, formandose con frecuencia laberintos (pues tal es el nombre que se les puede dar) de los que el pasagero que no los conoce bien, sale con dificultad. Las sierras mas considerables de la Navarra son las de Urbasa y Andía, situadas en medio de los valles de Amezcoa, Yerri, Guesalaz, Goñi, Araquil, Borunda, y la provincia de Alava. Otra es la de Aralár, entre los caminos reales que se dividen en Yrurzun, viniendo de Pamplona, y conducen á Vitoria y Tolosa. Sobre la élevada cima de esta última sierra ó monte de Aralár, está situado el santuario de San Miguel-Excelsis. Despues de las tres que citamos hay otras

sierras de un segundo órden, como son las de Ujue, Codés, y el Perdon; y un número considerable de inferior elevacion. En medio de tantas alturas, crestas, y cordilleras que allí se elevan, se ven erguir sus cabezas como á otros tantos gigantes á la Higa de Monrreal cerca de Pamplona; á la Peña-Roya junto á la Amezcoa-baja; á la Artesa y al San-Donato en los extremos de la sierra Andía; y al Montejurra y Monjardin en la vecindad de Estella. El sitio renombrado de las Dos-Hermanas, consiste en dos énormes peñascos que se elevan perpindicularmente á uno y otro lado del camino real de Pamplona á Tolosa. Las montañas ocupan las tres quintas partes de la Navarra, por lo que no puede obrar en ellas la caballeria sino por pequeños destacamentos. En el mismo caso se encuentran Guipúzcoa y Vizcaya, y únicamente Alava tiene un buen trozo de llanura en torno de Vitoria.

Pero volviendo á Navarra cuya descripcíon tratamos de hacér mas particularmente, deci-

mos: que de la infinidad de torrentes y riachuelos que descienden de sus montañas, se forman inmediatamente tres rios principales, Ega, Arga y Aragon. Traé el Ega su origen de los montes vecinos á Maestu, y los otros dos de los Pirineos. Los tres rios apenas han podido fertilizár algunas hermosas y feraces llanuras poco extensas á la verdad, se encuentran con el Ebro á quien pagan el comun tributo. Este príncipe entre los rios de la Peninsula, pone por espacio de algunas leguas limites con su curso al territorio navarro, que despues atraviesa por uno de sus mas fertiles trozos.

El antiquísimo Reyno de Navarra formado á poco de la irrupcion de los Sarracenos en España, se sostuvo por espacio de mas de siete siglos independiente. El P. Moret ha escrito con toda extension la historia de esta Monarquía.

Cuando la Navarra se unió á los demas Estados de la Corona de Castilla, fué bajo ciertos pactos acordados entre el Rey Don Fernando el

Católico, mediante podér que para que lo verificará dio hallandose en Logroño á D. Diego Fernandez de Cordova, Alcayde de los Donceles, y los tres Estados de aquel Reyno. Todos los Soberanos de España sucesores de aquel insigne Monarca los han jurado y observado hasta Don Fernando VII, inclusive con mas ó menos religiosidad, y si acaso alguna vez faltaron, luego que los tres Estados juntos en Córtes presentaron sus agravios, les fué hecha justicia.

Un errór bastante comun ha hecho creér que los Navarros solo tomáron las armas á la muerte de Don Fernando VII, para defender sus *Fuéros*. Si no hubiesen estado entonces en posesion de ellos la cosa podria tenér alguna verosimilitud, pero hasta aquella época lejos de haber manifestado el Gobierno Cristino la intencion de abolirlos, prometió el conservarselos en toda su integridad. Es la Constitucion española del año de 1812, restablecida en 1836, la que há anulado la de Navarra, porque realmente no

es otra cosa los que se llaman *Fueros*. (*a*) La guerra comenzada en este pais en 1833 no tuvo otro objeto que la defensa de los derechos del Infante Don Carlos María Isidro á la Corona de España, y si lo que se verá en el curso de esta historia no bastase á probarlo, nosotros, como testigos de vista de cuanto há pasado en Navarra durante toda la lucha, *protestamos* contra los que sostuvieren lo contrario.

La Navarra está dividida en cinco Distritos ó Merindades, cuyas cabezas son Pamplona (capital ademas de toda la Provincía) Sangüesa, Estella, Olite y Tudela. Entre las cinco cuentan cerca de mil poblaciones, de las cuales, nueve tienen el titulo de Ciudades, sobre noventa el de Villas, y el resto se compone de Lugares y Aldéas. De la agregacion de varios de estos dos últimos, se forma lo que se dice Valle. Nada mas regular que la composicion de los valles relativamente á la parte topógrafica,

(*a*) Véase el nº 1º de los documentos justificativos.

pero no respecto á la poblacion que difiere bastante en el número. La naturaleza, con ser tan sumamente limitada la extension de Navarra, há concedido á su suelo algunos trozos de grande fertilidad: el trigo, cebada, legumbres y maiz que produce, es tan abundante como en cualquiera otra parte de la Peninsula. La cosecha que de todos estos granos se hace excede en mucho á las necesidas del pais; de la del vino particularmente resulta á veces que en varios pueblos de la Ribera se vén precisados á tirar una porcion del viejo para colocár el nuevo á falta de vasijas donde recogerlo; y esto despues de habér empleado mucha parte del fruto en otras cosas. El aceite es comun en Navarra en ciertos parages y en especial en las llanuras inmediatas al Ebro, donde tambien hay exquisitas frutas, casi de tantas especies como existen en Europa. Los ganados que son en mucho número, sobre todo los de lana, merecen así por lo sustancioso y agradable de su carne, como por su rico vellón, una estimacion univer-

sal. En los rios hay abundante pesca. Finalmente donde todas estas cosas faltan, como por egemplo sucede en los lugares vecinos à las perpetuas nieves del Pirineo, la naturaleza lo compensa por medio de bosques enteros de maderas de construccion y minas de hierro.

Doscientos sesenta mil habitantes poco mas ó menos contiene el territorio navarro, de los cuales á excepcion de una cuarta parte, el resto son labradores acostumbrados desde sus primeros años á la fatiga y trabajos de los campos. Con este constante ejercicio y el que por otra parte hacen jugando á la pelota y tirando á la barra, resulta que sus miembros adquieren una gran soltura y agilidad. El Navarro en general es de una constitucion fuerte, vigorósa, y aunque de mediana estatura, fornído y bien formádo: es ademas fiel, valiente, y bastante reservado, circunstancia que no deja de sér en cierto modo un contraste con su carácter constantemente alegre: labrando sus campos en el rigor del invierno, como recogiendo sus mieses bajo las in-

fluencias del sol ardiente de la canicula, parece no encuentra mejor remedio para aliviar ú olbidar sus fatigas ó las incomodidades que sufre, que el cantar los aires provinciales. En campaña siendo soldado á menos que sus gefes no se lo prohiban canta mejor el dia que se vé acometido de la sed y de la hambre, y aun en el momento mismo que vá á entrar en combate, que en las otras circunstancias de la vida. Las pasiones favoritas del Navarro del pueblo en su juventud, son dos : la una, las musicas nocturnas que en el pais llaman rondas, y la otra, las meriendas ó comidas entre amigos. Los crimines atroces apenas los conoce toda una generacion. El hurto y en particular el suicidio se ven en Navarra muy rara vez. No podemos decir lo mismo con respecto á las pendencias que desgraciadamente suelen ser frecuentes y no siempre se terminan sin efusion de sangre.

La riqueza entre los Navarros está bastante repartida, lo que procura la ventaja de que los unos no avasallen ó dominen á los otros como

sucede en otros puntos. El número de los que por su extrema pobreza tienen que implorár la caridad pública es muy limitado, comparativamente á los que hay en las demas provincias; y esto consiste en lo facil que es el proporcionarse lo necesario á la subsistencia en un pais donde la agricúltura forma el solo élemento de prosperidad. Ultimamente, el Navarro en su juventud yá sea por el influjo del clima, ó por efecto de sus costumbres y éducacion, ama tanto la profesion de las armas durante la guerra, como la odia en tiempo de paz.

La capital Pamplona poblacion de 18,000 almas es plaza de guerra muy fuerte con una ciudadela modelada por la de Amberes. En esta capital antes de la supresion que la revolucion há hecho de los fueros en 1836, existía un Consejo Real que juzgaba todos los asuntos de justicia del pais difinitivamente y sin apelacion, y gozaba de otras muchas preeminencias en beneficio de los naturales. Todos los pueblos de Navarra estaban governados por Alcaldes ordi-

narios nombrados cada año por el Virrey á propuesta de los Ayuntamientos. Los Alcaldes dependían inmediatamente del Consejo Real, ante el cual respondian de todos sus actos.

Las Córtes de Navarra compuestas de los tres Estados ó brazos del Reyno, á saber: el Eclesiastico, Militar, y el de Universidades, ó sea el Clero, Nobleza y Pueblo celebraron sus últimas sesiones en el año de 1829. Al terminárlas dejaron segun costumbre, nombrada una Diputacion permanente que se reunía tambien en Pamplona en ciertas épocas del año. El objeto principál de la Diputacion, era el velár la observancia de los *Fueros* y el cumplimiento de las últimas disposiciones de las Córtes.

Las tres provincias Vascongádas compañeras en la lucha de que vamos á hablár se diferencian muy poco de la Navarra en cuanto á las costumbres ; diremos mas, la exceden en bondad y sencillez : sin sér unos mismos hay tambien grande semejanza en sus leyes ó *Fueros.* El territorio que ocupan las tres provincias es

igual en extension al de Navarra : la Guipúzcoa la mas vecina al Pirineo , tiene cerca de ciento veinte mil habitantes, y la Vizcaya pasados de ciento cuarenta mil : Estas dos provincias limitan con el mar Cantabrico, en el cual poseen varios puertos: esto las resarce de las pocas producciones que en generál las dá su pais. La provincia de Alava, situada mas al intérior, confina con la Castilla y la Navarra, y apesar de ser su territorio en algunos parajes excelente, es la menos poblada de las tres, pues que solo cuenta seteuta mil habitantes. Los naturales de Vizcaya de Guipúzcoa y de una considerable parte de Navarra hablan el idióma Vascongado : la conservacion pura de este, despues de tantos y tan grandes sucesos como han ocurrido en el espacio de mas de veinte siglos en España, es el mejor monumento , á nuestro modo de pensar, para probár al mundo el valór con que defendieron siempre su independencia los naturales de estas montañas.

# VIDA Y HECHOS

DE

# DON TOMAS ZUMALACARREGUI.

## CAPITULO 1°

Origen del espiritu belicoso de la Navarra. — Estado político de la nacion antes de principiar la última guerra. — El Infante Don Carlos heredero presuntivo de la Corona. — Cuartas nupcias de Fernando VII. — Decreto revocando la ley de sucesion. — La Infanta Doña Maria-Luisa-Carlota. — Sentimientos del Pueblo español. — Enfermedad de Fernando VII. — Creacion de la faccion Cristina. — Su entrada en el póder. — Sus primeras providencias. — Disposicion hóstil de varias provincias contra los nuevos gobernantes. — Fidelidad de Don Carlos hacia el Rey su hermano. — Viaje del Infante á Portugal. — Protesta sobre sus derechos á la Corona. — Precauciones del bando cristino. — Muerte de Fernando VII. — Pronunciamientos de los principios en favor de Carlos V. — D. Santos Ladrón y D. Manuel Lorenzo. — Combate de los Arcos. — Ladrón prisionero. — Origen de su prestigio. — Efectos que causa en Navarra su muerte. — Ocurrencias entre los gefes carlistas en Logroño. — Vuelta de D. Francisco Iturralde á Navarra. — Critica sobre la posicion de Logroño. — Sarfiels en Burgos. — Sus primeras operaciones. — Lo-

**renzo se apodera de Logroño. — Fomento de los Carlistas en Navarra. — Biografía de Iturralde. — Empleo de las fuerzas Carlistas. — Daños que se originan de resultas de la falta de unidad de mando.**

CUANDO al comenzár el último siglo se veía pasár el cetro de la Monarquía Española á manos de diferente dinastía, la Navarra y las tres provincias Vascongadas que como vecinas de Francia, se encontraban antes de esta época las mas espuestas á los horrores y contingencias de la guerra, se lisongearon con la esperanza de no volverla á vér jámas en su suelo. Fundada ya la paz sobre una base verdaderamente sólida, mediante el célebre tratado de Utrech, todavía vino el pacto de familia mas tarde, á robustecerla. De este modo el período de sesenta á setenta años de tranquilidad que entonces gozó Navarra, dió sobrado tiempo para que tres generaciones se sucedieran sin que varon alguno tomase las armas, á menos que no se cuenten aquellos que su particular vocacion conduciá á sentár plaza en los regimientos españoles. Era á sus *Fueros* ó leyes que los naturales Navarros y Provincianos debían esta prerrogativa que los eximía de todo servicio militár, excepto en el

caso que su frontera fuese amenazada por el estrangero, lo que ya no era de esperár despues que una misma dinastía ocupaba á la vez los tronos de S. Fernando y de S. Luis.

Poblada la Navarra de númerósa y robustisima juventud, parte de ella surcaba el oceano para ir à probár fortuna á Mexico ó al Perú, de donde los mas traían ó mandaban despues considerables riquezas á sus familias, mientras que los que quedaban en la madre patria las buscaban con tanto ó mayór afan en el comercio ó agricultura de su pais. En medio de este estado de general prosperidad que en todo se veía, los hombres que componían las Diputaciones de estas felicisimas provincias concibieron y ejecutáron los mas útiles proyectos. Testimonio permanente son de su zelo los caminos réales ó calzadas que en el dia se vén, tan encomiados por todos los inteligentes. Sin embargo se cuenta del célebre conde de Gages que por este tiempo se hallaba de Virrey de Navarra, que se oponía fuertemente á su construccion, y que no habiendolo podido évitár, se lamentaba despues exclamando en el estilo de los antiguos profetas : « Para Francia ¡ oh Españoles! mas os valiera levantár murallas de bronce. » Desconocida estaba todavía entonces

á la humana sabiduria, la terrible tormenta que conforme iba trascurriendo el siglo se venía abanzando sobre la Europa envuelta en la revolucion francesa; pero en el instante que esta se dejó ver claramente en las cumbres del Pirineo, con el semblante ensangrentado la espada y la tea en las manos, todos los ancianos ó patriarcas de Navarra se recordaron de su antiguo Virrey.

Llegado que fué este tiempo la España aunque en decadencia se resolvió á combatir la naciente Republica, desde cuyo momento la paz desapareció de las provincias confinantes con la Francia. Los naturales Navarros en masa se vieron en la précision de trocár la esteba y la azada por el fusíl ó la lanza, pero en cuanto empuñaron estas armas para lo cual parecían antes no habér nacido, sintieron díspertase en ellos el genio de los combates. Ocupada entonces la imaginacion de muchos con la seductora idea de dominacion de gloria y de renombre, comenzaban á preferir la vida llena de privaciones, de fatiga, y de continuo riesgo, á la tan venturosa que habian conocido, cuando el tratado de paz que hizo la España con la vigorosa Republica les obligó á restituirse á su hogár.

Empero, mas adelante creciendo con los

mismos alhagos que la fortuna hacia á la ambicion del Corso, numerosos batallones se introdujeron y recorrieron con disimulado intento de un estremo al otro la Peninsula, hasta tanto que descubierta la perfidia, convirtió en saña y furor su mansedumbre y nobleza, la nacion hispana. Obstinada lucha se trabó en el centro de la Monarquía, pero hallandose para entonces la Navarra invadida, ocupada por el frances su única plaza fuerte, y frontera al vasto imperio de su enemigo, se vió antes subyugada que advertida; pero con el marcial estrepito de las armas y llamamiento á la pelea, no pudo permanecer en la inaccion aquel genio belicoso que se dió á conocér durante la guerra contra la Republica. Entonces fué cuando impaciente ya por mezclarse en la comenzada lucha contra el invasór, una parte de su juventud abandonó el techo paterno y corrió á alistarse en los regimientos Españoles. La otra compuesta de los mas indomables, se arriesgó á enarbolar el pendon de independiencia nacional en medio de su pais, en el momento preciso que este estaba convertido en un vasto campamento frances. El movimiento de estos últimos en particular, era una operacion hecha sin examen, y éjecutada sin órden, por cuanto procedia de

natural impulso, por lo que obrando en el princípio estos hombres, cada uno segun sus inclinaciones, acumularon sobre sus heroicos trabajos monstruosas imperfecciónes, hasta que finalmente llegó un tiempo en que merecieron la atencion de la Europa y causaron el orgullo de la patria que los habia visto nacér. A la verdad, los anales de la historia refieren pocos ejemplos que puedan compararse con esta guerra que el limitadisimo estado de la Navarra sostubo contra las huestes de Napoleon.

Todavía nosotros en la infancia, cuando nuestro pais se esforzaba en sacudir el yugo estrangero, la memoria nos recuerda la profunda impresion que las hazañas de Mina y de sus capitanes hacian en los sencillos corazones de los de nuestra misma edad. Los efectos que causaron tales impresiones, se conocieron por la primera vez, cuando en el año de 1822 se alzó bandera en Navarra contra el sistema constitucional. Precisamente era este el tiempo en que aquellas debian dár su fruto, por cuanto los niños habian llegado á la virilidad, y es en vano el buscar muchas veces origen diferente para darlo á un acto que solo nace de la voluntad espontanea del hombre. De aquí el principal motivo que sin pensár bastante en lo arriesgado

de la empresa, en el peligro, y en la justicia de la causa que iban á defendér, acudian á la guerra como á su natural élemento. Fueron entonces los discipulos de la escuela de Mina, los caudillos y maestros de aquella nueva milicia; del mismo modo que los de esta deberian serlo un dia de la milicia venidera, en la época que vamos á tratár en nuestro discurso. Por semejante órden se vé que cuando una guerra se termina, deja ya sobre los mismos lugares el principal germen para sostener la que debe sucederle.

No desconocian esto á la verdad los prudentes varónes que se hallaban al frente de la Diputacion de Navarra en el año 1830, en el momento que aparecieron en su frontera los Minas, Chapalangarras, Jaureguis, y otros gefes de nombradía, con el objeto de atentar contra la pública tranquilidad. La prueba de su prevision la tenemos en que á pesár de las muchas tropas que acudieron á repelerlos, aplicaron el remedio mas saludable al humór belicoso de sus naturales por medio de la formacion de un cuerpo de mil hombres voluntarios que ofrecieron á la disposicion del Soberano. Apenas se habia hecho pública esta resolucion, cuando el número excedia á la oferta: por que, los hijos de las familias mas nobles, de labradores aco-

modados y de gentes de conocido modo de vivir, se apresuraban á alistarse. Afortunadamente para la España se conservó la paz sin necesidad de derramar nueva sangre de sus hijos, pero manejando estos hombres las armas por el espacio de dos años que fueron los que existió el cuerpo que formaban, se familiarizaron con el uso de ellas y se penetraron de las ventajas de la instruccion y de la disciplina. Estas circunstancias iban á sér de una grande consecuencia en la contienda que ya se tenia como inevitable, y hacia la cual nos lleva quizá con demasiada celeridad el estado de los asuntos políticos de la España.

El Rey Don Fernando VII habiá enviudado en el año de 1829 de su tercera augusta esposa, sin que de ella ni de las dos precedentes le quedase sucesion. La Nacion, atenta á todo, perdidas ya las esperanzas de lograr un sucesór masculino directo como fueron hasta entonces sus mas fervientes votos, se complacia en ver en la persona del Infante Don Carlos María Isidro de Borbon hermano mayor del Soberano reinante, á su legitimo é inmediato heredero. La religiosidad y caracter de este Príncipe, eran fieles garantes de la futura felicidad de la Nacion, y como los precursores de un gobierno justo, firme, é invariable.

Semejantes virtudes aun tenían entonces el primer lugar en los deseos de todos aquellos españoles, que no fundaban su fortuna, sino en la prolongacion del sistema que hizo dichosos á sus abuelos. Pero como en lo vasto de un estado es dificil el que no haya algunas escepciones de mayór ó menór afeccion, nacida del interes particular ó de las doctrinas que están en voga, indicaremos las que nos parecen mas notables. En el clero de España, por ejemplo, habia muchos que deseaban con ahinco y aun con razon la exaltacion del Infante al trono, por cuanto esperaban que bajo los auspicios de un Príncipe eminentemente religioso, recobrarian una parte de su pasada influencia á la sazon muy combatida. Tambien entre los militares realistas se encontraban infinitos, que viendose mal premiados, perseguidos los unos, y despreciados los otros, suponian que cambiando de posicion, hallarian una política mas favorable á sus miras donde hacer valer sus méritos y sacrificios pasados.

Aquello mismo que servia á formár las ilusiones y esperanzas de las dos grandes fracciones que citamos, contribuia á aumentar por otro lado, los temores respecto á su suerte futura, en los afectos al antiguo bando democrático ó

constitucional, que solo veia en el advenimiento de Don Carlos al trono, el principio mismo de su persecucion. El número de estos hombres no era ciertamente grande, pero entre ellos se hallaban algunos de consejo, de accion, y de audacia; y en aquella época parecia natural el que pusiesen en juego todo su poder é ingenio, para impedir aquello que tanto temian. Estos hombres perseguidos desde el año de 1824, fueron luego tolerados, despues considerados, y últimamente llamados para ocupar los destinos, de tal suerte que hastá el ejército se les confió. Temerosos de perder imprudentemente el puesto ventajoso en que ya se encontraron hacia el año de 1829, se condujeron con suma prudencia conservando todavía la mascara que cubría sus antiguas ideas; las que abandonando en aparencia, se aplicaron unicamente á dar pábulo á los proyectos ambiciosos que abrigaba en su seno una de las Princesas de la familia Real.

Cortesanos sin otra regla de conducta ni fé pólitica que el decir aquello que mas bien puede lisongear por el momento al dueño á quien sirven; y altos funcionarios de menor zelo y habilidad para conducir los importantes negocios del Estado, que los manejos de intriga necesarios á la conservacion de sus destinos; secundaron en

el príncipio sin reflexion las miras de la ambiciosa Princesa y del partido revolucionario, inclinando el animo del Soberano á unas *cuartas nupcias.*

Y cuando por consecuencia de la consumacion de estas se vió el Rey proximo á sér padre, encontraron mas facilmente cabida las intrigas de las facciones contrarias al Infante. Mucho mejor cuando la augusta esposa dió á luz una Princesa, á la cual pusieron el nombre de Isabel. Entonces nada les faltaba ya para llegar á lo que con el matrimonio se habian propuesto. Por que, temerosos de que la sucesion fuese femenina y que quedasen por esto defraudadas todas sus combinaciones y esperanzas, antes de llegar el tiempo del alumbramiento de la Reina, incitaron al Monarca á que cambiase por un simple decreto la *Ley* sobre el órden de sucesion á la Corona, la cual preferia los varones á las hembras. Como el objeto de las facciones agresoras antes se dirijia á usurpar una corona, que iba à pasar á las sienes de un hombre maduro y experimentado, para que recayese en las de una niña todavía en la cuna, que á hacer vér la justicia del derecho, repararon muy poco en el atentado que cometían, y menos en los males que con semejante inovacion atraerian sobre la España,

valiendose de mil ardides, para presentár como dudoso, el del Infante Don Carlos, mientras que estudiaban el modo de sostener su obra por medio de la intriga y la fuerza.

La cuarta esposa de Fernando VII fue Doña María Cristina de Borbon, hija del difunto augusto monarca de las dos Sicilias. Habitaba el real palacio de Madrid diez años antes de la llegada de esta Princesa, su hermana Doña Maria Luisa Carlota, esposa del S^or^ Infante Don Francisco Paula, hermano segundo del Rey. Esta señora á la cual conceden sus mayores adversarios algunos rasgos de verdadera Princesa, pasaba desde el momento que vino Doña María Cristina, por la autora principal de todas las intrigas, contradicciones é injusticias que se cometieron despues contra el derecho y aun la persona del Infante Don Carlos. Sin embargo, la masa del pueblo español, ignorante de cuanto pasaba en lo interior del palacio, siempre dispuesta à disculpár las flaquezas de sus Príncipes, atribuyó todo lo que entonces se hacía, unicamente á los manejos ocultos de los revolucionarios, y nada á las pasiones violentas de la Infanta Doña María Luisa Carlota, de las cuales solo aquellos eran los que iban á explotár el beneficio : mas este mismo pueblo que veia crecér por momentos la

osadia y poder de los revolucionarios, por no aparecer rebelde á la voluntad del que era su legítimo Soberano, se resignó en silencio, dejando en su mente aplazada para momento mas oportuno la contienda sobre la sucesion.

En el mes de setiembre de 1832, una enfermedad que ya padecia el Rey le puso á los bordes del sepulcro. Sus primeras disposiciones en este trance, fueron dirijidas á restablecer el derecho del Infante á la sucesion al trono: pero apenas tuvo noticia la Infanta Doña Luisa Carlota de la novedad, voló desde la Andalucia donde á la sazon se hallaba al lugar de la escena. La imperiosa manera con que se condujo entonces esta Princesa, bastó, para que los hombres que estaban al frente del gobierno, y que obedecian á la voz de su conciencia, se arredrasen de tal modo que la dejaron dueña unica del campo.

La vuelta de Fernando VII á la vida solo fuè para sancionár las disposiciones de un nuevo ó tercer partido, formado á la vista del lecho de sufrimiento, y compuesto en la base de ciertas notabilidades, prontas á renunciar á todo menos á su ambicion. Estos hombres desertores de los otros dos partidos hasta entonces conocidos en España: es decir, Realista, y Constitucional; se

coligaron entre sí, aspirando á la gloria de sér los fundadores de un Gobierno mixto, y aunque exaustos de credito y de popularidad, osaron tomar el timon del Estado para dirijir la Nacion por el laberinto de la teorias de la moderna filosofía. Una vez decididos se sirvieron del nombre de la Reina Doña Cristina como de un escudo, en cuyas manos nada expertas todavía, hicieron de modo que el moribundo esposo pusiera las riendas del gobierno.

Esta era de regencia de la Reina estando Fernando VII aun en vida, comenzó por una casi general destitucion de altos funcionarios y la expulsion de gran número de oficiales del ejército como sospechosos de opinion realista. Remplazaronse todas estas vacantes con aquellos que profesaban ideas constitucionales, y aunque esto fuese lo mismo que entregarse en los brazos de la faccion que Fernando VII habia perseguido encarnizadamente como al mayór enemigo de su trono, las miras de una particulár ambicion ó rivalidad, triunfaron en el discurso de solos dos dias y se sobrepusieron á todo interes político.

Mientras que tales sucesos ocurrian en la corte, las provincias Vascongadas, bajo cuyo nombre como hemos dicho están compren-

didas Alava, Vizcaya, y Guipúzcoa; desconfiadas de los hombres que gobernaban la Nacion, entráron en rezelo y temieron todavía mas que una usurpacion. Poseidas de esta idea y en la esperanza tambien de que serian secundadas por el resto de la España segun el modo como se manifestaba en general la opinion publica, trataron de hacer en secreto algunas disposiciones ( cosa que por circunstancias particulares no se hizo en Navarra ), para sostener con las armas los derechos del príncipe despojado, al cual siempre consideraban como el solo legítimo heredero de la Corona; y como á la sazon estuviesen tambien fatigadas de lidiar inutilmente por las vias legales con los ministros de Fernando VII para conseguir que se les guardase la integridad de sus *Fueros*, tuvieron en esta preventiva resolucion la doble mira de aségurar su conservacion, obligando á fuerza de lealtad y de sacrificios de todos generos la constante solicitud del nuevo Soberano.

Con ser menóres las causas, en nada era inferior á la de las provincias Vascongadas, la résolucion que con motivo de la novedad introducida en el órden de sucesion, se manifestaba en los pueblos situados á la derecha del Ebro;

y con mas especialidad la mostraban sus voluntarios Realistas, cuyo número podia contarse en Castilla la vieja, casi por el de los varones que habia en ella capaces de llevár las armas.

En Valencia, Cataluña, y aun Aragon, se veian tambien disposiciones hostíles en los ánimos contra los autores del nuevo sistema de Gobierno; de manera que todo el suceso parecia depender únicamente de la calidad, conocimientos y valór de los agentes y caudillos, que tomasen á su cargo el dár concierto á estas masas en el momento que vacase el trono.

En medio de tal estado, la España en general, conforme iba transcurriendo el año de 1833, aumentaba tambien los grados de su inquietud: por que la postracion en que quedó de resultas de su última enfermedad Fernando VII, indicaba bien que sería muy corta su exístencia. A pesár de tantos motivos de alarma, el gobierno regentado por la Reina Doña María Cristina, no se atrevío á adoptár medidas rigurosas y energicas para combatir el sentido morál de los voluntarios Realistas, y menos á manifestarse abiertamente hostíl á las grandes masas; pero comenzó á desarmar subrepticia y parcialmente los voluntarios Realistas de los lugares retirados y de corto vecindario. Por este medio

contó sin duda cortar las ramificaciones que podian tenér los pronunciamentos de las ciudades en favór del Infante Don Carlos, que con fundamento debía esperar se verificarían. Pero de poco ó nada les sirvieran á los nuevos gobernantes de la España esta y otras muchas disposiciones, si el mismo príncipe Don Cárlos no se hubiera formalmente negado, á la oferta que le hicieron entonces varios generales y gefes de los que todavía conservaban mandos. El convencimiento profundo en que la nueva faccion estaba respecto al modo con que el Infante Don Carlos guardaría el juramento de fidelidad prometida al Rey su hermano, era una garantía para que nada temiesen durante la vida de este Monarca.

La seguridad que tenian de esto hizo que lejos de oponerse á que S. A. R. saliese de Madrid, en el momento que lo pidio, obtuvo el permiso para marchar con toda su familia al Reino de Portugal. Es verdad que esto mismo debìó agradar á la faccion, por que ausentandose Don Carlos de la escena, les dejaba, llegado el caso del fallecimento del Rey, mayór tiempo y libertad para obrár. Nosotros que no escribimos estas lineas sino por vía de introduccion al objeto que principalmente nos hemos propuesto,

evitamos cuidadosamente el entrar en una discusion sobre este viaje de Portugal, el cual segun la opinion de algunos, tuvo una gran influencia en los males posteriores de nuestra patria.

Durante el tiempo que el Infante Don Carlos residia en Lisboa, se le exigió reconociese á su sobrina la Infanta Doña María Isabel, hija del Rey Don Fernando VII, como á su legitima soberana despues de la muerte de este; mas entónces Don Carlos en la precision de romper el silencio para dár una contestacion, descubrió por la primera vez sus intenciones, protestando su mejór derecho á la Corona.

Aunque el Gobierno no hizo publico este interesantisimo documento de la protesta, y mucho menos procuraron los afectos al Infante, de estenderlo por medio de la prensa, corrió sin embargo manuscrito desde un angulo al otro de la España, y los Carlistas al leerlo, se creyeron suficientemente autorizados así que llegase el caso de la muerte del Soberano reinante, para hacer uso de las armas contra las que pretendieran sostenér la usurpacion.

Entre tanto no se descuidaba tampoco la faccion de la Princesa Isabel, hija de Fernando VII, en prepararse para la lucha ; y como poseedora

que era del podér, la fué muy facil el acabar de removér de todos los cargos, empleos, y destinos de real nombramiento, á cuantos sugetos la convino, poniendo en su lugár á otros con cuya adhesion y servicios podia contar. Asi cuando llegó el caso de la muerte de Fernando VII en 29 de setiembre de 1833, nada le quedó por hacer al gobierno establecido, sino esperár á pie firme los acontecimientos que produjera esta novedad.

Llegado este tiempo creyeron los voluntarios Realistas de Castilla la vieja que era el momento de pronunciarse abiertamente por el Infante Don Carlos, y en pocos dias tomaron las armas considerable número de batallones, á cuyo frente aparecieron el célebre D. Geronimo Merino y el brigadier D. Ignacio Alonso Cuevillas menór.

Estos cuerpos compuestos en su mayór parte de padres de familia, ligados á las obligaciones propias de este estado, y fuera ya de la édad florida, carecian de aquel órden y disciplina, que en general se les nota á esta especie de masas armadas, á pesar del grande esmero que ponen las naciones que en el dia las tienen para perfecionarlas; y era dificil sino imposible, el contrarrestár con solo los batallones de Realis-

tas y bajo el pie que los de España se encontraban, á las tropas de un ejército bien organizado. A la falta de instruccion de que carecian la mayor parte de los oficiales, se añadia tambien el embarazo en que los dos caudillos que hemos citado se veían á causa de la pesada carga que gravitaba sobre sus personas, no acostumbradas á dirijir, mandar, ni gobernar fuerzas tan considerables por el número como las que entonces reunieron.

Por pronto que se verificó el movimiento de la Castilla todavía le igualaron en la presteza los de Bilbao y Vitoria, principales poblaciones de las provincias de Alava y Vizcaya, las cuales en el momento que recibíeron la noticia del fallecimiento de Fernando VII, proclamaron al Infante Don Carlos como á su legítimo Soberano. Siguió este ejemplo Guipúzcoa, y aunque no pudo comenzarlo por San-Sebastian su principal poblacion á causa de ser plaza fuerte y de estár guarnecida por las tropas de linea, reunió sus tercios de voluntarios Realistas, los juntó á los de Vizcaya, y en el instante dieron principio á hostílizar á los que salieron á su encuentro para atacarlos desde San-Sebastian.

Pero quien mas activo se mostró en medio de estos rapidos pronunciamientos fué el ge-

neral Don Santos Ladron, que hallandose de cuartel en Valladolid, salió de esta capital la noche del 30 de setiembre y viniendo con admirable celeridad hasta la Rioja, levantó el pendon en favór de los derechos del Infante en Logroño, casi en el mismo instante que lo hacian los de Vitoria y Bilbao. En seguida se pasó á la izquierda del Ebro y lo hizo tambien en aquella parte de Navarra que corresponde á la merindad de Estella. Apoyado aquí del grande prestigio que de anterior tiempo gozaba ( como despues diremos ), llamó á los voluntarios realistas de Navarra que tranquilamente permanecian aun en sus casas. A semejante llamamiento, acudieron luego todos los capitanes de la comarca, conduciendo consigo la parte de sus compañias que les habia sido posible reunir; y con estos fueron tambien varios oficiales que existian retirados por los pueblos de Navarra. Estos hombres, jovenes la mayór parte y justamente ofendidos de la conducta del Gobierno que los habia expulsado de las filas del ejército por sus opiniones carlistas, se hallaban los mas dispuestos á la pelea.

Aun no estaba bastante extendida por Navarra la noticia de la venida de D. Santos Ladron y de su objeto, cuando una coluna

mandada por el brigadier D. Manuel Lorenzo fué lanzada desde Pamplona contra aquel. Avistaronse por primera vez los soldados que mandaban los dos caudillos en los campos de Noveleta, cerca de Estella, en cuyo momento fueron disparados los primeros tiros de fusil desde una á la otra orilla del Arga, pero sin resultado alguno; porque Ladron muy débil entonces para sostener un combate, se lisongeaba todavía con la esperanza de que Lorenzo á quien habia conocido personalmente y suponia de ideas carlistas, se declarase por la causa del Infante. Esta credulidad ó confianza de Ladron no dejaba de estár apoyada en otros motivos, pues él mismo se persuadia que su movimiento comenzado á orillas del Ebro no necesitaba mas que unos pocos dias para propagarse hasta las extremidades de España; en cuyo caso el derramamiento de sangre era inutil. Ademas, Lorenzo, como todos los militares procédentes de America que nó regresaron á la Peninsula sino despues de acabada la guerra constitucional del año 1823, daba lugar á que se le supusiesen otras ideas, por no tener contra sí el antecedente de la conducta política, barómetro por donde en esta época se juzgaba de la opinion de cada oficial.

El segundo encuentro entre Ladron y Lorenzo ocurrió el once de octubre, es décir, tres ó cuatro dias despues del de Noveleta. Este tuvo lugár cerca de la villa de Los-Arcos, en ocasion que el general Carlista mas confiado que debiera respecto al número y calidad de sus fuerzas y en cuanto á las intenciones de su rival Lorenzo, habia destacado la mitad de las que tenia el dia anterior reunidas, á la villa de Lodosa, bajo la direccion de D. Francisco Iturralde. Verificado esto, solo les quedaron unos trescientos hombres, mal armados, peór instruidos, y todavía sin forma alguna de organizacion; miéntras que Lorenzo tenia setecientos soldados del regimiento de Cordova que él mismo mandaba como coronel.

A pesár de esta tan conocida desigualdád, midiendo sin duda el valór de los suyos por el ánimo de su propio corazon, se persuadió el nobilisimo navarro que podria sostenér un combate glorioso con el corto número de paisanos que acaudillaba, y lejos de retirarse como lo hubiera hecho á sér gobernado por la prudencia, así que recibió la noticia de la aproximacion de Lorenzo se dispuso á esperarlo. Con este objeto sacó su reducida fuerza de la villa y la colocó en una pequeña colina poblada de viñas y llamada el

Calvario; distante solamente un tiro de fusil de la poblacion.

En cuanto el fuego se comenzó de ambas partes, se echo de ver la debilidad de los carlistas. A esta primera prueba temío ya el general navarro su proxíma derrota, mas empeñado demasiado en el combate, ó corrido tal vez de volvér la espalda al enemigo, tentó de reparar su falta por medio de un hecho de denodado valór, y como si pretendiera tambien dar á los suyos con el ejemplo el número, la firmeza y los recursos materiales que les faltaban, avanzose solo, hacia los cristinos; y viendo estos que nadie le seguia, le salieron al encuentro. En este momento herido el caballo de tres balazos cayó con su dueño en tierra. Al verle en este estado los cristinos se le aproxímaron é hicieron prisionero con un oficial llamado Ibañez y otros cinco soldados mas que alcanzaron; conduciendolos en seguida todos á Pamplona.

Para dar al lector una idea de la importancia que tenia esta prision del general Ladron, haremos mencion de las circunstancias que concurrian en su persona. Nacido de una de las primeras familias de la nobleza navarra habia ejercido el empleo de comandante de batallon bajo las ordenes de Espoz y Mina durante

todo el tiempo de la guerra contra Napoleon. Del concepto que como militar adquirió y de la rectitud de sus procederes, nació entonces el prestigio que despues fortificó la leal conducta que observó cuando su general Mina se rebeló en el año de 1814 contra su Soberano. De manera que al dár Ladron en Navarra en 1821 el grito contra el sistema constitucional que regía, toda la juventud le siguío. Obligado á causa de lo prematuro de este movimiento á emigrar á Francia, volvió algunos meses despues á la pelea, á fuerza de fatigas y constancia, consiguió al fin señaladas victorias sobre sus enemigos, y con esto una justa y grande celebridad. La bondad inalterable de su corazon, el afecto que profesaba á su pais, sus sentimientos de probidad y justicia, su denodado valór, el desinteres y moderacion que le distinguian, le grangearon para siempre el aprecio general del pueblo navarro. Al terminarse la guerra constitucional, el Rey creyendo satisfacér (como era cierto) los votos de aquel, concedió á Ladron el Gobierno militár de la plaza de Pamplona: encargo que por siete ú ocho años desempeñó, hasta que al fin lo trasladaron al de Cartagena. La Reina Doña María Cristina tan luego como tomó las

riendas del Estado, dió á conocér el cambio de sistema político por un decreto que firmó (quizá el primero) éxonerando á Ladron del mando de aquella plaza y destinandolo despues de cuartel á la de Valladolid.

La prision de tal hombre precisamente hecha donde gozaba del mayór prestigio y sobre el teatro de sus pasadas victorias, difundió en los pueblos la consternacion, y aun aquella especie de gente que menos se ocupa del examen de la política dominante de su pais, se persuadió desde luego que en solo esta desgracia les venia envuelta una de aquellas crisis que se caracterizan bajo el nombre de calamidad publica. Alarmados todos los espíritus, hasta los mas vulgares temblaron cual si hubiesen previsto el resultado sangriento del drama.

Vacante el cargo de virrey de Navarra, ejercía interinamente sus funciones en nombre de la Reina Cristina el general D. Antonio Solá, quien adémas de merecer, aunque injustamente, á la opinion publica el concepto de sér en el fondo afecto á la causa del Infante Don Carlos, se le creia atendida su mucha edad y caracter pacifico, por hombre prudente y de consejo. Confiados en esto, tan pronto como Lorenzo entró con el ilustre prisionero en Pamplona, acudie-

ron á Solá varias de las personas de mayór categoria é influencia que contenia este capital, con el fin de alcanzar la suspension de la pena de muerte, caso que la pronunciase, como en efecto la pronunció el consejo de guerra que en el instante formaron para juzgár los prisioneros, hasta tanto que no viniese la aprobacion del gobierno de Madrid. Los que impetraban esto con tanto empeño, esperaban acudir con tiempo á la Reina Cristina y alcanzár por este medio una comutacion. Prometiolo Solá á algunos individuos de las primeras categorias y corporaciones locales, que como mas profundos conocedores del caracter de los naturales, le habian hecho presente el efecto tan estremadamente contrario que tendria la ejecucion de Ladron, á lo que por ella se pretendia. La buena fé con que estos hombres obraban les persuadió facilmente que Solá prestaba favorable oido á sus refléxiones y deseos.

La confianza de estos organos del pueblo se transmitió brevemente á todos los habitantes; con lo cual los semblantes antes turbados y poseidos de la mas grande afliccion, tornaron á su sér natural. Mas á las cinco de la tarde de aquel mismo dia, el ruido de un cañon disparado desde uno de los baluartes de la ciuda-

dela, hizo estremecer los corazones de todos. Era por este mensagero del terror que Solá les anunciaba que Ladron acababa de exístir.

Al saber la prision de este general, los hombres mas decididos y entusiastas por la causa carlista en Navarra, considerandose ya como la nave sin piloto, estuvieron casi del todo resueltos á abandonar la empresa; pero en el momento que tronó el cañon y que vieron correr la sangre de su caudillo y compatrióta, sintieron renacer en sus pechos un nuevo y belicoso ardor que los impelia á la defensa de los derechos del Infante Don Carlos, y á la venganza. Veinte y cuatro horas no se habian todavía trascurrido despues del tan funesto anuncio, hecho por el cañon, cuando ya excedia de trescientos el número de los jovenes que de solo Pamplona fueron á unirse con los gefes carlistas. Este ejemplo debió en aquel instante convencer á Solá de lo saludable que era el consejo que se le dió en la vispera, y de la ceguedad con que habia obrado prestandose á las sugestiones de unos pocos estrangeros al pais que le rodeaban; quienes, prevalidos de su espiritu limitado le hicieron obrár segun las idéas que ellos mismos abrigaban.

Como la mayór parte de los carlistas que se

encontraron en el desgraciado suceso de Los-Arcos procedian de aquellos pueblos de la Rioja castellana, donde aparecío Ladron por primera vez, tan pronto como perdieron su general, se dirijieron precipitadamente hacia el Ebro, lo pasaron, y se fijaron en Logroño. Los Navarros que se les habian incorporado para entonces, envueltos en la consternacion producida en los animos de los Riojanos por causa de la derrota, los acompañaron en todo, hasta en la huida; en lo cual los imitaron los trescientos hombres que antes de la batalla habian sido destacados á Lodosa. Reunidos que fueron allí todos, se suscitó entre los gefes una grande competencia respecto al mando, que al fin terminó despues de varios altercados por una separacion violenta. Los Castellanos se quedaron en el mismo Logroño bajo la conducta de D. Basilio Garcia, administrador de bulas de la provincia de Sória; mientras que los Navarros se volvieron à su pais con el comandante D. Francisco Iturralde, que con fundada razon no quiso reconocer superioridad en Garcia; por que ademas de no tenér caracter ó grado militar antes de esta época, era inexperto en las cosas de la guerra, y carecia del prestigio necesario para sostenerse en un mando independiente. La

perdida de Ladron atrajo desde luego esta especie de rivalidades y ambiciones que solo su superior caracter de general antiguo y el ascendiente que ya gozaba, podian contenér dentro de los limites de la justicia y el órden.

Con esta vuelta de Iturralde á Navarra se consiguieron dos ventajas utilisimas. La primera fué el prestár un punto de apoyo á la juventud que de todas partes de la Navarra se dirijia á buscarlo : la otra el évitar el peligro que de muy cerca amagaba á los que se empeñaban en continuar en Logroño sin hacer cosa alguna de provecho. La posicion de esta ciudad lejos de ofrecer ventaja á las armas carlistas, las circunstancias mismas de este tiempo lo constituian uno de los lugares menos seguros para trabajar en el fomento y organizacion de las fuerzas Riojanas allí concentradas ; pues como base de operaciones, tampoco se podia considerar á Logroño, por que situado este pueblo sobre la orilla izquierda del Ebro y abierto de todos lados, excepto del de Navarra, por donde le pone á cubierto el rio, quedaba hecho el blanco de las primeras maniobras del ejército cristino, que á la sazon se concentraba sobre Burgos bajo el mando del teniente general D. Pedro Sarfiels, que merecia el concepto de excelente y muy hábil en el arte militar.

La primera disposicion de Sarfiels luego que se impuso del estado de las provincias, fué el abrir una comunicacion directa con la plaza de Pamplona, y como precisamente Logroño se halla en el centro, y es la llave del Ebro, ordenó á Lorenzo el que ocupase inmediatamente esta ciudad. La faja de general con que la Reina Cristina acababa de agraciarle por su triunfo sobre Ladron, y algunos refuerzos aunque no de consideracion por el número, que se agregaron á su coluna, fueron bastante estimulo para que Lorenzo se apresurase á ir al encuentro de nuevas glorias.

Cualquiera otro militár por poco prudente ó demasiado confiado que fuese, es de creer que en esta ocasion se hubiese dirijido al puente de Lodosa enteramente libre, y despues venído por la orilla derecha del Ebro sobre Logroño; mas Lorenzo que solo reconocia en los que estaban en esta ciudad á los fugitivos de Los-Arcos, persuadido del genero de obstaculo que allí encontraria, no quiso tomarse el trabajo de andár algunas leguas mas, y vino á acometér á Logroño por el solo punto que podia defenderse. En efecto, toda la resistencia que se le opuso y que costó la vida al joven Garcia hijo del comandante carlista, no fué suficiente para

impedir á los cristinos la posesion á muy poca costa. Conseguido ya esto, las fuerzas de Lorenzo quedaron por medio de tan sencilla maniobra convertidas en vanguardia del ejercito de Sarfiels, y la Rioja toda dominada por las armas Cristinas.

Lo que la causa carlista comenzaba á perdér de fuerza y de influencia en Castilla, lo iba ganando en Navarra. Mientras que la coluna de Lorenzo conservaba á Logroño, D. Juan Manuel Sarasa teniente coronel del ejército, retirado en Roncesvalles, D. Fermin Ripalda, y D. Joaquin Marichalár, comandantes de los voluntarios Realistas, ayudados de varios oficiales recorrieron libremente los pueblos de la merindades de Pamplona, Sangüesa, y Olite y despues de reunir parte de aquellos se vinieron á la de Estella y engrosaron así las fuerzas de Iturralde.

Tambien en el Baztan se pronunció el alcalde del valle D. Martin Luis Echeverria, cuya influencia le sirvió para crear una compañia, à la cual se le unieron posteriormente otras formadas por el oficial don José Miguel Sagastibelza, y el presbitero don Pedro Miguel Irañeta, de quien hablaremos despues, mas conocido por el nombre del vicario de Huarte-Araquil.

Esta gente, en total, formaban el número de nueve-cientos hombres sobre poco mas ó menos, de los cuales una gran parte tenian fusiles casí inutiles y los otros estaban desarmados del todo. La falta de armas procedia principalmente de que los voluntarios Realistas no tuvieron jamas en Navarra una organizacion regular como en el resto de las provincias de España, y de la suma indiferencia con que las autoridades locales miraron en el principio de su institucion á estos cuerpos, considerando como cosa innecesaria y aun perniciosa, el tener fuerza armada en un pais en que estaban tan uniformes las opiniones politicas.

Constituido Iturralde gefe ó cabeza principal de los carlistas navarros, debemos antes de pasár á la relacion de otros sucesos, dar una idea al lector de sus antecedentes y cualidades, por ser un actor de suma importancia en las cosas que vamos refiriendo.

Fué Iturralde uno de los primeros que en el momento que pisó D. Santos Ladron el territorio navarro marchó á su encuentro y se le asoció para llevár á cabo la empresa que se habia propuesto. La carrera militár de Iturralde traia su origen de la guerra contra Napoleon, durante la cual sirvió como oficial subalterno

en uno de los batallones de Espoz y Mina. Tomó parte despues en las campañas de Navarra contra el sistema constitucional; las que terminadas se encontró de comandante de infanteria. Colocado finalmente en uno de los regimientos del ejército Español permanente, continuó por algunos años, hasta tanto que disgustado del mecanismo introducido por los inspectores de esta época, solicitó y obtuvo su retiro para la villa de Allo, en Navarra, proxima á la de Arroniz de donde era natural.

Cuando Iturralde salió voluntariamente á campaña era ya la tercera vez que lo hacia en su vida y tendriá unos cuarénta y seis años de edad. Nada grueso de cuerpo y de talla que no alcanzaba á cinco pies, disfrutaba de una salud completa con la ventaja ademas de estar acostumbrado á todos los trabajos ó labores de la agricultura, en cuyo ejercicio se ocupaba desde que se retiró del ejército. La naturaleza que dá á veces á la fisonomiá del hombre, apariencias muy contrarias á lo que en su corazon siente, colocó en la de Iturralde un aspecto siempre ceñudo: sin embargo se puede decir de él lo contrario que de Pompeyo dice Salustio; y es que la probidad y honradez del labrador navarro, existian algo mas en el corazon que lo

que pensar se debia del gesto de su semblante. De resultas del gran afan que le distinguia por la agricultura, habia adquirido profundos conocimientos ácerca de los productos y recursos de su pais, asi como la experiencia y practica de dos guerras anteriores se los habian dado tambien de los montes, valles, sierras, barrancos, caminos, sendas, y distancias. Era su memoria prodigiosa, su sobriedad extremada y su sueño ligero. Mas tantas buenas cualidades se confundian ó eclipsaban con dos defectos capitales: uno de estos era la falta de caracter para sostener la dignidad del mando en Gefe; otro el confundir las atribuciones y deberes de general con las conveniencias ó ventajas de un interes personal y sumamente mezquino. A la verdad esto no consistia sino en que Iturralde no tenia aquella noble ambicion de estender por el mundo su nombre, que distingue á todos los hombres grandes, y que se contentaba únicamente con dominár por medió de la influencia y las riquezas, sobre los vecinos de los cuatro ó cinco pueblos que comprende el pais llamado la *Solana* en el cual habia nacido.

Por muy necesaria que parezca ya despues de lo que acabamos de decir, en las filas carlistas de Navarra la presencia de una cabeza militar,

adornada de todas aquellas virtudes que debe tener un caudillo, afin de sacar el carro de la gloriosa insurreccion, del atolladero en que le habia hecho atascarse la conducta de Iturralde, motivos de mas importancia lo reclamaban en Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, y aun en Castilla; por que las fuerzas y élementos de estas provincias merecian otro genero de consideracion. El enemigo estaba ya á la puerta y sin embargo no se veia que tomasen los que mandaban disposicion alguna para defenderse. Los generales Merino y Cuevillas con los Castellanos pasaron á la orilla izquierda del Ebro y se apostaron en el sitio llamado las Conchas de Haro. Mas esto, si bien en la aparencia mostraba el efecto de una resolucion cualquiera, no fue sino la consecuencia de las ilusiones que los hombres se hacian aun entonces. Entre tanto los Vizcainos y Guipúzcoanos dejando à los Castellanos arrostrár como los mas vecinos el primer peligro, en véz de marchár á cubrir uno de sus flancos ó de formár la segunda linea, se entretenian en recorrer sus montañas, sin hacer otra cosa que tirotearse con el viejo general cristino Castañon, que apoyado en la plaza de San-Sebastian salía con un fuerte destamento á reconocér los contornos ó inmediacio-

nes. La insignificante resistencia que encontraba en estos casos, le proporcionó el llenár las gazetas de Madrid con sus partes, en que abundaban las exágeraciones mas ridiculas. Los Alaveses limitaron sus operaciones á un paseo militar hasta Miranda de Ebro y otro por la merindad de Estella, colocandose á retaguardia de los Castellanos en el momento que volvieron á la llanada de Alava. Vitoria cabeza de esta provincia pareció sér en este momento el punto mas amenazado por las armas cristinas, y D. Valentin de Verástegui que la gobernaba tomó el mayór interes en auxíliar con los articulos de boca y guerra que se encontraban á su disposicion, á las tropas de Merino y Cuevillas acampadas sobre la frontera alavesa.

Si la inteligencia de un solo hombre autorizado lejitimamente, de un general que comprendiese sus deberes, hubiese presidido ó intervenido en los asuntos de los Carlistas desde el momento del pronunciamiento de las provincias del norte de la España en favòr del Infante Don Cárlos, no hay la menór duda que con solo el auxílio de los escasos elementos que se tuvieron á la mano, y la decision y entusiasmo de los pueblos, se pudiera haber conseguido el triunfo. Mas nada de útil ni conve-

niente se hizo á causa de que cada provincia mantenia no solo en lo político sino en lo militar, uno ó mas gefes que obraban independientemente, y á medida de su capricho. Algunos de estos, contentos y satisfechos del lugar que ocupaban y de lo que habian hecho, vivian en la intima persuasion de que no eran necesarios otros esfuerzos para llevar al trono á Don Cárlos, y aunque veian que el enemigo les hostilizaba, y que de dia en dia engrosaba sus fuerzas, pasaban el tiempo en la mas vergonzosa inaccion. Entre tanto los voluntarios Castellanos con la larga ausencia de sus familias, las incomodidades de la campaña, el rigor de la estacion la carestia de viveres que ya comenzaba á sentirse por falta de arreglo y la idea del peligro que se les iba acercando, decaian de ánimo y se interesaban menos en su primera resolucion.



## CAPITULO II°.

---

Sale Zumalacarregui de Pamplona. — Su presentacion en el campo Carlista de Navarra. — Su biografia anterior á esta época. — Su viaje á Bilbao y Vitoria. Por que razon se niega á las ofertas que aquí se le hacen. — Vuelta de Zumalacarregui á Navarra. — Sucesos acaecidos antes que este obtubiese el mando. — Cotejo de su conducta con la de otros capitanes ó caudillos.—D. Francisco-Benito Eraso, su carácter, y antecedentes. — Instalacion de la Junta gubernatiba de Navarra. — Llegada del general Saarfield á Logroño. — Dispersion del ejército Castellano. — Movimiento de los Alaveses. — Verastegui en el cuartel general de Zumalacarregui. — Marcha de Saarfield sobre Vitoria.—Esperanzas de Zumalacarregui. — Su expedicion á la Ribera de Navarra. — Motivos que le obligan á suspenderla y retrocedér para ir al socorro de Bilbao. — Saludable efecto de su primera proclama á los Navarros. — Llega al valle de la Borunda. — El ejército vasco se dispersa. — Grande energia é incomparable ánimo de Zumalacarregui en esta ocasion. — Valdes remplaza á Saarfield en el mando del ejército Cristino. — Resolucion de Zumalacarregui. — Causas que impidieron el que se ejecutara. — Fuerzas mandadas en auxílio de la Diputacion de Vizcaya.—Trabajos que sufrieron estas en su marcha.— Saarfield Virrey de Navarra entra en Pamplona. — Zumalacarregui se acantona en las inmediaciones de Estella. — Anecdota.—Pasan los Carlistas á la Solana.—Saarfield se avanza

para combatirlos. — Como lo elude Zumalacarregui, y motivos de su conducta. — Vuelvese á la Solana desde Artajona.— Saarfield llega á Tafalla y se retira á Pamplona dejando el mando á Lorenzo.

Una de aquellas mañanas tristes y algo lloviosas de octubre, cuyo dia fijo no sabemos; aunque si, que habia pasado el veinte del mes; poco despues de haber hechado sus puentes levadizos y abierto sus puertas la plaza de Pamplona, se dirijia hácia la llamada del Cármen un hombre de algo mas que de mediana estatura, envuelto en un capote militar de paño gris oscuro y con un morrion con funda de ule. Aunque estas dos cosas únicas que al pronto se dejaban ver de su traje manifestasen al esterior ser un oficial el que las llevaba (como en efecto era así) se observó que al pasar por frente del cuerpo de guardia que custodiaba la puerta, temiendo quizá que le reconociesen trató de evitarlo cubriendose la mayor parte del rostro con el embozo de su capote: despues se dirijió al puente Nuevo; por donde pasó el Arga; y en seguida marchó por el camino de Irurzun. Un tiro de cañon se habria separado de la plaza cuando de uno de los lados del mismo ca-

mino un hombre que se hallaba allí en acecho le salió al encuentro conduciendo del diestro un caballo de pequeña alzada. El oficial entonces se calzó con precipitacion una espuela que traia á prevencion, puso el pie en el estribo y montó. Luego volviendo la vista hácia Pamplona la contempló por algunos momentos; como para dar un á Dios á los tiernos objetos que allí dejaba; picó con su única espuela al caballo y desapareció. Pasadas que fueron dos horas, el incognito entraba al trote en las calles de Huarte-Araquil, de manera que cinco leguas lo separaban ya de Pamplona.

El oficial se apeó inmediatamente en casa de uno de sus amigos. Allí vinieron al poco rato á encontrarlo un honrado vecino de Pamplona llamado D. Luis Mongelos y el vicario ó cura parroco del mismo Huarte D. Pedro-Miguel Irañeta. Este tanto por su carácter de eclesiástico cuanto por los servicios que en anterior época prestó á la causa del trono, gozaba de algun prestigio en el valle.

La conferencia que tuvieron Mongelos é Irañeta con el oficial incognito, duró hasta una hora muy abanzada de la noche y únicamente se separaron al fin para gozar de algunas horas de reposo. Apenas amaneció, los tres se volvieron

á reunir y se pusieron en marcha, dirijiendose al valle de Berrueza hácia cuya parte les aséguraron que hallarian al gefe de los carlistas de Navarra D. Francisco Iturralde á quien buscaban, y en efecto tuvieron la fortuna de encontrarle aquel mismo dia en el pueblo de Piedramillera.

Durante un tiempo de revueltas, constante ansiedad y fermentacion como el de aquella época, la presentacion en el *campo carlista* de un oficial de graduacion no podia menos de excitar hasta el mas alto grado la curiosidad de los habitantes é interesar vivamente á todos los que llevaban las armas; por cuyo motivo mientras que los tres permanecieron con Iturralde se fueron agrupando á la puerta de la casa donde este se alojaba gran número de voluntarios, no pocos paisanos, y hasta mujeres y niños. Su objeto era el saber quien fuese el que llevaba el uniforme de coronel; pero por mucho que se le acercaron para examinarle mejor al tiempo de salir, entre tantas personas como allí habia, ninguno le conoció y se fueron retirando con la mayor indiferencia; únicamente algunos oficiales que llegaron en este momento, al fijar la vista en él exclamaron con cierta admiracion y aun antusiasmo ¡ ZUMALACARREGUI !...

Este nombre que tan celebre debia ser un

dia, no tenia todavía entonces para aquella masa de pueblo y soldados reunida en las calles de Piedramillera significacion importante, pues casi correspondia exclusivamente al ejército español del cual Zumalacarregui se habia apenas separado en los últimos diez años, por lo que no debe extrañarse que de cuantos allí estaban presentes solo le hubiesen conocido algunos oficiales.

Nosotros sin apelar ni recurrir á la ficcion para llenar de flores un campo que tal vez parecerá á nuestros lectores demasiado arido en la vida de un héroe, espondremos lisa y brevemente los antecedentes del hombre que desde este momento nos ocupará.

El dia mismo que cumplian nueve meses del nacimiento de Don Carlos-María-Isidro de Borbon: es decir, el 29 de diciembre del año 1788 nació en la pequeña villa de Ormaiztegui provincia de Guipúzcoa su celebre defensor D. Tomas Zumalacarregui. Sus padres que sin sér ricos de bienes de fortuna gozaban de alguna comodidad, correspondian á la primera nobleza del pais. De cuatro hijos varones que tuvieron (no hacemos mencion de las hembras) el segundo y el cuarto en el órden de sucesion fueron destinados al estado eclesiástico, y hoy dia

son párrocos; el uno en el mismo Ormaiztegui y el otro en el pueblo inmediato. El primogenito de los hermanos siguió la carrera de la jurisprudencia, fue uno de los diputados que concurrieron á formar el Codigo constitucional que se publicó en Cadiz en 1812 y consecuente siempre con sus maximas ó ideas democráticas, es un personage de los mas celebres en los anales de la revolucion española; por cuyo motivo nos abstenemos de dar respecto á su persona otros detalles. Nuestro héroe era el tercero de los cuatro hermanos y desde muy temprano manifestó decidida vocacion por las armas. Su humor guerrero le condujo á la defensa de Zaragoza en 1808, pero apenas los franceses levantaron el primer sitio se restituyó á su casa de Ormaiztegui, permaneciendo en ella hasta tanto que los Guipúzcoanos siguiendo el ejemplo de las otras provincias de España se declararon contra la dominacion de Napoleon, en cuyo instante se alistó bajo las inmediatas ordenes de D. Gaspar Jauregui mas conocido por el *Pastor* (*Arzaya*), á causa de haber trocado como otro Viriato (pero sin sér bandolero) el cayado por la espada de capitan. Este animoso caudillo encontró en Zumalacarregui si bien joven todavía, un poderoso auxi-

liar, y aun se dice que avergonzado de tenér por cabeza á un hombre que entonces no sabia el arte de escribir, se propuso enseñarselo y en efecto lo consiguió. Esto prueba bastante la parte que Zumalacarregui tendria en las empresas de aquel gefe y la manera con que este le distinguiria. Terminada la gloriosa guerra de la independencia, el capitan general de las provincias Vascongadas D. Juan Cárlos de Areizaga nombró á Zumalacarregui su ayudante particular y le confió diferentes comisiones importantes, hasta tanto que por su recomendacion obtuvo el mando de una compañia de infantería en el ejército permanente.

Entre las diferentes virtudes militares y sociales que en este empleo dió Zumalacarregui á conocer, la mas distintiva fué la de una firmeza de carácter inflexible. Su providad era tambien extremada no menos que su aplicacion, de manera que aun el tiempo que sus compañeros empleaban en los ejercicios ó diversiones propias de la edad , los pasaba él estudiando la tactica, los reglamentos y las demas cosas relativas al arte. Pocas veces fueron aquellas que tomó en sus manos libro que tratase de otras cosas. Enemigo de toda clase de desarreglo, Zumalacarregui, siendo todavía joven y ha-

llandose sirviendo en el regimiento de Vitoria, pasó desde Zamora á Pamplona en el año de 1820, con el objeto de contraer matrimonio con doña Pancracia de Ollo. Esta esposa digna de tal hombre le hizo padre de numerosa prole, pero habiendo fallecido la mayor parte en la infancia, solo quedan hoy dia tres hembras, la mayor de diez y siete años.

En Junio de 1822 vino Zumalacarregui desde Ciudad-Rodrigo á Pamplona con el regimiento de las Ordenes Militares en el cual servia entonces: á los pocos dias sucedió el levantamiento de la Navarra contra el sistema constitucional, y Zumalacarregui que hacia tiempo era perseguido como de opinion realista, fue separado inmediatamente del mando de su compañia y enviado á las ordenes del comandante general de Alava. Al llegar al pueblo de Huarte-Araquil se encontró con una partida realista que le acompañó hasta donde estaba el general Quesada, á la sazon gefe del levantamiento, y habiendo conferenciado con él, quedaron conformes en que se volviese Zumalacarregui á Pamplona afin de persuadir á otros oficiales del mismo regimiento de las Ordenes, conocidos por sus ideas monárquicas se viniesen á unir á las armas realistas. Asi lo hizo Zumalacarregui y por conse-

cuencia de esto logró por el pronto el que dos de sus compañeros le siguiesen, con los cuales muy pronto se presentó de nuevo á Quesada. Entonces, este general le confió el mando de 2° batallon de voluntarios de Navarra.

La primera vez que tocó á Zumalacarregui entrar en combate con este cuerpo, estaba casi en *cuadro*, y no obstante hizo una tan util y oportuna maniobra que bastó á asegurar la victoria que alcanzó en 18 de setiembre de 1822 en los campos de Tolva y Benavarre el general Baron de Eroles sobre el gefe de las tropas constitucionales D. Juan-Antonio Tabuenca. Zumalacarregui conservó el mando de este mismo batallon todo el tiempo que duró la guerra, ó por mejor decir, hasta que por una medida general fué extinguido como los demas cuerpos levantados en Navarra. Debemos decir aquí, que tanto su merito como aquel aire de superioridad con que la naturaleza le habia dotado, le crearon desde luego un crecido número de émulos entre sus mismos compañeros de armas; pero que no obstante las arterías y poco nobles medios de que la mayór parte de estos se servian para desacreditarle, Zumalacarregui no opuso otra cosa que su entereza y un doble esmero en llenar el cumplimiento de sus deberes de gefe. Con solo

esto y sin usar jamas de bajeza ni adulacion, logró la preferencia entre todos los comandantes de la division de Navarra para mandar el solo batallon que se formó con los restos de esta en el momento de licenciarla.

Aunque la nueva organizacion que á fines del año de 1824 se dió al ejército español dejase nuevamente á Zumalacarregui sin colocacion, á causa de haberse refundido el batallon de que hemos hablado en uno de los regimientos, esto fue solo por poco tiempo, pues al año siguiente se le destinó á mandar en comision el regimiento 1° ligero de infanteria, si bien no fuese mas que teniente coronel mayor: Huesca y Zaragoza fueron testigos de la subordinacion y disciplina que Zumalacarregui introdujo en este cuerpo compuesto entonces de dos batallones, asi como tambien lo fué Madrid del aseo é instruccion que le distinguia. Destinado el 1° ligero al ejército de observacion del Tajo que se juntó en Estremadura á principios de 1827 bajo las ordenes del teniente general D. Pedro Saarfield, y nombrado D. Clemente Madrazo Escalera coronel en propiedad de este regimiento, que nuestro héroe hacía dos años mandaba, y que habia puesto en el mas perfecto estado, Zumalacarregui descendió al rango de 2° gefe

sin manifestar por ello el menor resentimiento ni formar queja. Madrazo Escalera era sin duda un digno y habil coronel, mas atendiendo solo á la antigüedad y á los anteriores servicios, Zumalacarregui merecia tanto como su nuevo coronel el haber sido promovido á este empleo. Otro al ver tan mal recompensados los trabajos y fatigas de dos años y la esterilidad de las alabanzas que le prodigó el inspector general Llauder y sus delegados en Madrid despues de haber revistado detallada y minuciosamente el regimiento que presentó, se hubiera quizás resfriado para lo sucesivo en el cumplimento de sus deberes, mas Zumalacarregui desempeñando las funciones de teniente coronel en nada se diferenciaba de su conducta anterior.

Luego que el regimiento 1° ligero se aproximó á las fronteras de Portugal veinte y nueve soldados que en otro tiempo pertenecieron al ejército constitucional abandonaron de una vez las filas y se dirijieron hacia aquel reino; pero habiendo sido cortados en su marcha fueron arrestados. Sin embargo, este suceso dió motivo á una providencia arbitraria por parte del Gobierno contra los cuatro gefes del regimiento y por consecuencia de esto el coronel, teniente coronel, y los dos comandantes fueron separa-

dos del mando. Este acontecimiento solo interrumpió por muy pocos dias la carrera de los cuatro, pues reconociendo el Gobierno el poco fundamento y justicia con que los habia tratado, comenzó á reparar su falta destinando nuevamente á Zumalacarregui de teniente coronel mayór al regimiento 3º de linea. Nuevas pruebas de zelo, de aplicacion y trabajo, resolvieron al fin al Gobierno á promover pocos meses despues á Zumalacarregui al empleó de coronel dèl 3er regimiento de infanteria ligera. El renombre que al poco tiempo gozaba ya este cuerpo á causa de su excelente estado, hizo que se le mandase la órden para que pasase desde Valencia á Madrid afin de contribuir con su presencia al mayór ornamento de la prímera entrada de la Reyna Doña María-Cristina en esta corte. Esta funcion le valió á Zumalacarregui en vez del entorchado de brigadier que se dió á otros gefes concurrentes, una caida del caballo de la cual se resintió en lo sucesivo.

Desde que Zumalacarregui se encontró gefe principal y en propiedad de un regimiento, se le notaron nuevas virtudes políticas y militares; y en prueba de ella solo diremos que habiendole pasado revista una vez el inspector Llauder le confeso que su regimiento era el único en que no se veia el crimen.

El credito de reformador (y en especial de las buenas costumbres) que se habia adquirido Zumalacarregui en el ejército, hizo que el Gobierno lo variase de regimiento, dandole á mandar el 14 de linea que á la sazon se encontraba en Galicia. Como este periodo de la vida de Zumalacarregui no deja de ser interesante, insertaremos aquí integro y literal el informe que con respecto á él, nos ha dado el general D. Carlos Vargas, quien entonces se encontraba en Galicia de ayudante de campo de su digno capitan general D. Nazario Eguia.

« Desde tiempo immemorial (dice Vargas)
» existia en el distrito del Ferrol una gavilla ó
» sociedad de ladrones con ramificaciones por
» todo el pais, organizados, juramentados en
» secreto, y tan bien dirijidos que jamas podia
» concluirse con ellos ni averiguarse las perso-
» nas que las componian. Y cuando se recelaba
» que alguno iba á expontanearse y delatarlos,
» ó se le veia titubear en lo que se le encargaba,
» era asesinado y casi siempre de un modo hor-
» rendo. Habia toda clase de personages en
» esta asociacion y hasta mugeres, ancianos
» y altos funcionarios ó empleados. En el
» tiempo que medió desde el año de 1826 á
» 1832 estaba á la cabeza de ella un comer-

» ciante llamado C....., muy rico, y que no se
» sabia como en pocos años habia hecho su
» fortuna. Los empleados públicos que correspondian á tan infame gremio, habian sido
» atraidos á él por el estipendio de un salario ó
» en su defecto por cobardia, ó quizás por ambas cosas: de modo que en lugar de évitar los
» robos, protegian los autores, y tal vez hacian
» mucho mas faciles los medios de la ejecucion. El general Eguia á pesar de su conocido
» zelo y energía, no habia podido jamas alcanzar
» el esterminio de aquella numerosa gavilla,
» ni aun el descubrimiento de sus estatutos.
» La tan conocida actividad de aquella autoridad, su vigor é inexorable justicia contra esta
» especie de delincuentes habia sido inutil, porque engañado por los servicios aparentes que
» les prestaban de Don V... G... D... alcalde
» mayór del Ferrol (elevado despues á oidor de
» la audiencia y un escribano llamado R.......
» capitan de voluntarios realistas, persiguiendo, delatando, y sumariando á algunos rateros que no pertenecian á la grande asociacion, sucedia que ellos dos eran los que se
» entendian y hacian inutiles por aquí todos los
» esfuerzos del capitan general.

» Como en medio de todo esto los robos se-

» guian, el general Eguía dió órdenes y encar-
» gos particulares al coronel del 15 de linea
» Sanjuanena que interinamente desempeñaba
» el gobierno del Ferrol, para que sin descanso
» persiguiese á los delincuentes; pero Sanjua-
» nena hombre debil y lento, nada hizo. El ge-
» neral Eguía que conocia la diferencia tan no-
» table que habia entre este gefe y Zumalacar-
» regui coronel del 14 de linea, viendo el poco
» efecto de las diligencias de Sanjuanena man-
» dó este último regimiento en relevo del 15 y
» por consecuencia de esto, Zumalacarregui se
» encargó interinamente del gobierno y del
» distrito. Corregir ó cortar los excesos fue
» siempre como el elemento de Zumalacarre-
» gui, asi apenas se enteró de lo que pasaba, se
» dedicó á descubrir la raiz; principió por
» buscar un fiscal en quien sobre las demas
» virtudes necesarias resaltase la integridad, y
» no obstante la diferencia de opinion se atre-
» vió á proponer al capitan general al teniente
» coronel graduado D. Miguel Casanova, que
» en el momento de que hablamos estaba
» indefinido y fuera de toda consideracion por
» haber sido *impurificado* á causa de su con-
» ducta politica; prueba bastante clara de que
» Zumalacarregui buscaba los hombres de bien

» en cualquiera estado y opinion. Pocos dias » despues de haber fijado la eleccion y hecho el » nombramiento, se descubrió la complicidad » de C... y de otros sugetos ricos á los cuales » se les prendió, y lo hubieran presentado en » juicio y castigadoseles muy pronto á no haberse » cruzado las grandes novedades políticas que » por entonces sobrevinieron. Como Zumala- » carregui era realista, los acontecimientos » ocurridos en la Granja en 1832, facilitaron á » la sociedad de ladrones, numerosa, rica, é » influyente, los medios de derribarlo. Es ver- » dad que antes de abrazar este partido, se va- » lieron de otros muchos, sobre todo el de » ofrecerle sumas cuantiosas de dinero por anó- » nimos, ó bien por indicaciones indirectas y « que no teniendo el resultado que esperaban » recurrieron al de amedrentarle con la ame- » naza de asesinarlo; mas nada de esto detuvo » por un solo instante el curso de sus deberes. » A los esfuerzos que los ladrones hacian para » conseguir el cambio del gobernador del Fer- » rol, se juntaron tambien los del Real Cuerpo » de Marina de aquel departamento, del cual » hizo cabeza en aquel tiempo el brigadier Cha- » con, que despues ha sido uno de los ministros » del Gabinete de Madrid y actualmente su

» gefe político. Este gefe á quien parece impo-
» nia mucho el carácter de Zumalacarregui, bajo
» el falso pretesto de que trataba de hacer un
» pronunciamento Carlista, se encerró en el
» fuerte Arsenal con su gente de marina, donde
» existió no obstante las protestas de seguridad
» que le mandó el gobernador. Finalmente ha-
» biendose Chacon presentado en Santiago al
» capitan general conde de Casa-Eguía, logró
» este tranquilizarlo y sus subordinados salie-
» ron del Arsenal, como una escuela de niños
» á quien se hace miedo con el coco. Sin embar-
» go esta demostracion ocupó seriamente à
» causa de las circunstancias la atencion del
» Gobierno Cristino, y como con menos mo-
» tivo habian sido ya exónerados de los mandos
» superiores, todos los que se mantenian en sus
» antiguas ideas realistas, no se debe estrañar el
» que Zumalacarregui lo fuese, quedando ade-
» mas sujeto á expediente; del cual resultó que
» se habia comportado hasta entonces como
» hombre de honor, como militar, y como po-
» lítico. Desde el momento en que Zumalacar-
» regui salió del Ferrol, la causa de los ladrones
» se paralizó; Casanova obtuvo colocacion en
» el ejército, los autores de los robos que esta-
» ban presos fueron puestos en libertad y validos

» de la impunidad hoy todavía siguen sus crí-
» menes segun lo anuncian recientemente los
» periodicos de Madrid. »

Exento Zumalacarregui de sus cargos de coronel del 14 de linea y del de gobernador del Ferrol, con arreglo á lo que le tenia ordenado el Inspector de infanteria, que era entonces D. Vicente Quesada, se presentó á este general en Madrid y aunque por varios meses esperó Zumalacarregui el ulterior destino que sin pretenderlo se le habia prometido, al ver que el Inspector sin duda disgustado de su conducta y de que no daba un solo paso en señal de que abrazaba la nueva senda política, le trataba con toda la aspereza propia de su natural carácter, hizo lo posible por obtener su real despacho de retiro para Pamplona, patria de su esposa. D. Luis Armero y Millares oficial de la secretaría de la guerra que si bien no estaba ligado con algun genero de amistad, apreciaba el merito que adornaba á Zumalacarregui con quien habia servido en las tropas realistas en 1823, tomó un verdadero interes en que sus deseos fuesen cumplidos y le consiguió al fin lo que tanto apetecia. A principios del mes de Julio de 1833, Zumalacarregui llegó á Pamplona; en esta plaza le cogió la noticia de la muerte de Fernan-

do VII, el pronunciamento del general Ladron con quien ya en Madrid habia tenido sus conferencias, y la ejecucion de este. Probablemente hubiera Zumalacarregui abandonado su casa en el momento que supo lo ocurrido en las provincias Vascongadas; pero las autoridades de Pamplona tenian puesta la mira sobre él; de modo que el general Solá, que como antes tenemos dicho, mandaba la plaza, habiendo sabido que andaba haciendo diligencias de compra de caballo le mandó llamar para saber si era cierta esta noticia. Zumalacarregui le contestó que aunque fuese verdad, esto no debia sorprender á nadie, porque toda su vida habia tenido caballo; á lo cual replicó Solá: « sin embargo, por esta vez V. S. deberá renunciar á tenerlo. » Este es el verdadero motivo de la manera con que le hemos visto salir de Pamplona.

Espuesta aunque tan breve y sumariamente la biografía de Zumalacarregui en cuanto al tiempo intermedio entre su nacimiento y la época de los sucesos que le dieron principalmente su celebridad, anudaremos aqui el hilo de nuestra historia precedente.

Al llegar Zumalacarregui, como antes dijimos, al campo carlista de Navarra, encontró que ya habia en este algunas personas de influencia y

de credito. Las unas lo debian à la calidad de su nacimiento ó bien á su grado ó carácter militar; y las otras á corresponder á la clase de propietarios: circunstancia que no dejaba de ser un gran ejemplo para el comun del pueblo acostumbrado antes á juzgar de la bondad de las cosas por lo que vé que hacen los que gozando de fortuna se exponen á perderla, que por todos los discursos ó razonamientos de los que no la tienen. Esta clase de personas que decimos, mal satisfechas del modo como se conducia Iturralde con los habitantes pacificos de su pais, de los cuales ordenaba á cada momento nuevos arrestos, despues de discutir mucho sobre ello, convinieron en que se le debia obligar á cambiar de conducta, y á poner mayór cuidado y diligencia en el fomento y órden de las tropas. Por que, decian estos zelosos defensores de la lejitimidad, que en obrar de esta manera consistia no solo la gloria y los mas caros intereses de la causa cuya defensa habian abrazado, sino tambien hasta la propia conservacion de todos los que asi como ellos estaban comprometidos. Animados pues de esta última especie de derecho natural y fuertes de la influencia que les daba su misma mancomunidad, hablaron con libertad à Iturralde, diciendole,

era preciso se estableciese sin dilacion en Navarra un órden ó sistema de Gobierno tal como entonces existia en las tres provincias Vascongadas. El modélo que se le presentaba no dejaba á la verdad de ser algo defectuoso, pero la intencion era pura y no tendia sino á restriugir los abusos que Iturralde hacia de la autoridad. Como este gefe en política no tenia grandes alcanzes y ademas creia que qualquiera que fuesen por entonces las innovaciones que ahora se trataban de introducir, siempre le quedaria el mando superior militar de Navarra, con la misma amplitud que lo desempeña un dictador en tiempo de calamidad; no solo contestó satisfactoriamente á lo que le demandaban, sino que tambien aprobó la idea que entonces le propusieron, de que D. Juan Manuel Sarasa, D. Joaquin Marichalár, D. Martin Luis Echeverria fuesen juntamente con Zumalacarregui, á solicitar de las Diputaciones de Alava y Vizcaya armas, municiones y los demas recursos posibles y necesarios para hacer la guerra.

Partidos que fueron los cuatro, consiguieron en el dia inmediato ser recibidos en Vitoria por D. Valentin de Verástegui, y pocos dias despues por el marques de Valdespina en Bilbao. Estos dos personajes que por su rango, fortuna é in-

tervencion en los negocios, gozaron siempre de grande ascendiente en Alava y Vizcaya, habian sido los principales autores del pronunciamento de estas provincias, y ejercian en ellas el cargo de primeras autoridades. A pesar de los muchos esfuerzos que hicieron los enviados de Navarra para persuadir á Verástegui y Valdespina la utilidad que resultaria á la causa Carlista, de los auxílios que les dieran, no pudieron recabar cosa alguna por el momento, ya fuese por aquella emulacion de gloria que siempre ha reinado entre las Provincias y Navarra, ya por la ciega confianza que les animaba de verlo todo concluido pronto en favór del principio que defendian. Verástegui dió por escusa (en parte justa) que todo aquello de que podia disponer, no alcanzaba á las necesidades de las tropas de los generales Merino y Cuevillas que cubrian las avenidas de su provincia.

Es preciso tambien decir que tanto en Alava como en Vizcaya, hicieron las mayores instancias á Zumalacarregui para que se quedase á servir allí; pero este lo rehusó; por que Verástegui y Valdespina si bien solo tenian el grado de coroneles, habian confiado el mando de las armas como á sus segundos á los brigadieres D. José Uranga y D. Fernando Zabala, de

modo que aun cuando Zumalacarregui accediese á lo que se le pedia, nunca podia aspirar sino á un cargo ó empleo inferior. A este motivo se juntaban otros que no podemos explicar cual quisieramos, no obstante basta que aseguremos al lector que Zumalacarregui al mismo tiempo que respetaba y aun estimaba las cualidades de Verástegui y Valdespina, experimentaba grande repugnancia de tener por gefes á sus segundos.

Vueltos los cuatro comisionados al cuartel general de Iturralde, sin haber sacado de su viaje otra ventaja ó utilidad, que el exámen que Zumalacarregui pudo hacer á cerca del estado político y militar de las tres provincias Vascongadas pronunciadas por el señor Don Cárlos V, se abrieron nuevas discusiones entre los principales sugetos militares y paisanos que se encontraban allí, y sin recatarse de lo que hacian y decian, convinieron en que se debia persuadir á Iturralde traspasase el mando á Zumalacarregui como á oficial de mayor graduacion. La moderacion que emplearon entonces los que lo insinuaban, hizo que Iturralde se desentendiese de ello, hasta dar lugar á que se lo recordase un dia el commandante D. Juan Manuel Sarasa en la plaza pública de la villa de

Arroniz, en presencia de toda la tropa. Contra la superior graduacion de Zumalacarregui, alegó Iturralde su mas antigua presentacion en las filas Carlistas; pero á esto le contestaron á la vez varias personas: que este merito, el Rey se lo recompensaria; pero que por entonces era preciso sacrificar el bien particular al interes comun de la causa, el cual exigia segun el modo de ver las cosas, que Zumalacarregui reputado por uno de los gefes de mayor capacidad del ejército español, tomase el mando de las armas carlistas de Navarra.

Despues de estas publicas contestaciones, todavía se resistia Iturralde á condescender con lo que se le pedia, aunque sostenido únicamente del voto y consejo particular del presbitero beneficiado de Los-Arcos D. Juan Echeverria, quien habiendose unido en el principio con el general D. Santos Ladron, se asoció despues de la prision de este con Iturralde, y desde entonces formaron entre ambos una especie de alianza, con el mezquino fin de sostenerse mutuamente y conservar los empleos ó cargos que se apropiaron. Las funciones del de Iturralde eran justas y necesarias, mas no nos es facil el dar exacta razon de las verdaderas atribuciones del de Echeverria, á menos que no vayamos á

encontrarlas en el empleo de Qüestor de la republica romana.

No obstante, creidos Iturralde y su colega que la resolucion que se acordaria por la pluralidad les seria favorable, convinieron despues de varios debates en que el asunto del traspaso del mando se sometiese á una junta, ó asamblea, compuesta de todos los gefes y capitanes, y habiendose verificado esto y decididose en ella por unanimidad que lo tomase Zumalacarregui, volvió Iturralde á obstinarse en no cederlo.

Al llegar á este punto, Zumalacarregui queriendo ya evitar las consecuencias que podrian resultar de tales competencias contra la causa Carlista, se preparó á partir para Vitoria con ánimo de admitir la oferta que le habian hecho de colocarle en aquellos batallones; mas en el momento en que lo supieron los principales gefes, oficiales y personas de distincion, acudieron á evitarlo; y encontrando á Zumalacarregui en el acto de ir á montar á caballo, le obligaron á subir otra vez á su alojamiento, prometiendole poner por si mismos un pronto remedio á todo, sin alterar en lo mas mínimo el órden; y he aqui el modo como lo verificaron.

Detenido Zumalacarregui de la manera que

decimos, los oficiales carlistas fueron á formar sus compañias á los barrios donde se encontraba su gente alojada, y en seguida las llevaron al campo llamado los Llanos, situado entre el Ega y la ciudad. Cuando toda la fuerza se encontró allí reunida, el comandante D. Juan Manuel Sarasa reconocido ó reputado por la tropa como segundo de Iturralde, desenvaino su espada y en alta voz (despues de mandar poner armas al hombro) dijo: « Voluntarios! En » nombre del Rey, N. S. Don Cárlos V, se reco- » nocerá por comandante general interino de » Navarra al coronel D. Tomas Zumalacarre- » gui. » Cárlos V á la verdad, hallandose lejos de Navarra y aun sin noticia alguna de lo que estaba pasando en esta parte de la España, claro es que no pudo hacer este nombramiento; pero tampoco habia hecho el de Iturralde, ni el de ninguno de los otros gefes que mandaban en las demas Provincias; en cuyo número se debe comprender tambien al desgraciado general D. Santos Ladron. Por lo tanto, este modo de conferir los mandos en circunstancias semejantes, puede mirarse como uno de los actos mas solemnes, especialmente cuando recaian en personas que anteriormente gozaban una graduacion superior en la milicia.

Antes de envainar Sarasa su espada, ordenó á uno de los capitanes que fuese con su compañia á la puerta del alojamiento de Iturralde, que relevase su guardia y que tanto á este como á D. Juan Echeverria (por que ambos se alojaban juntos) no les permitiese salir sin previo mandato del nuevo comandante general, á cuya disposicion quedaban. Verificado esto sin la menor contradiccion ni cosa digna de notarse, Zumalacarregui apareció al frente de la tropa, la mandó segun el uso descansar sobre las armas, y se dió á conocer de todos pasandolos en revista. Despues hizo que se formasen en varios circulos los batallones, y puesto en medio, se entretuvo largo rato con los soldados. Lo que les dijo en esta ocasion dará una idea bastante marcada de su carácter.

El general D. Santos Ladron, lo mismo que el comandante Iturralde, con el fin de atraer voluntarios á las armas, tenian establecido el dar dos reales de vellon diarios por razon de paga á cada soldado. En los principios como el número era muy limitado, podia ser facil el satisfacerselo por grande que fuese la escasez de los recursos; mas en llegandose á formar batallones la cosa cambiaba bastante de aspecto. De todos modos, Iturralde hasta el momento presente, habia pa-

gado lo de costumbre á la tropa con el producto de algunos fondos pertenecientes al Estado, que al tiempo de estallar la guerra existian en poder de varios administradores subalternos. Sin embargo estos recursos se habian apurado ó estaban en vísperas de apurarse y Zumalacarregui que no alcanzaba todavía el medio de encontrar otros y que ademas veia engrosar por momentos la fuerza, aprovechó este instante para decir á los soldados « Voluntarios : Desde mañana es
» imposible daros los dos reales de prest como
» lo han hecho hasta hoy. La escasez que tene-
» mos de fondos no permite el hacer por voso-
» tros todo aquello que quisieramos. Los únicos
» recursos que tenemos al presente para conti-
» nuar la guerra, son los que ofrece el pais y de
» estos la mayor parte se ha consumido ya. Por lo
» tanto, os hago saber que en lo sucesivo no se
» dará de paga mas que un real de vellon diario,
» en vez de los dos que se os tenian prometidos;
» y en esta misma proporcion se satisfará el
» sueldo á todas las otras clases. Si despues del
» arreglo que procuraremos introducir y de
» nuestras diligencias, adquiriesemos mayores
» fondos, debeis esperar que se os aumentará
» la paga, pero por el presente es preciso renun-
» ciar á los dos reales diarios. »

Al terminar estas últimas palabras Zumalacarregui cambió el tono de voz imperioso y resuelto con que se lo anunciaba, y usando de otro mas afectuoso y fraternal, continuó instruyendoles á de la manera como deberian cuidar sus armas, afin de conseguir el tenerlas mas facilmente en buen estado; despues les habló tambien de la constancia con que ya una vez decididos por la causa de la legitimidad y de la religion debian defenderla; y finalmente trató de inculcar en sus animos, cuan dificil era el llegar á conseguir el objeto que se proponian, sin pasar primero por aquel camino de fatigas, hambres, peligros y de toda clase de privaciones que esperan al valeroso soldado antes de alcanzar aquella gloria á que aspira.

Aun cuando quisieramos detenernos á examinar cuidadosamente muchas paginas de la historia, dificilmente creemos pudieramos hallar un ejemplo que sirviera de norma á lo que acabamos de referir: por el contrario encontramos á Alejandro de Macedonia prometiendo ya las riquezas que encerraba Tiro ó bien los despojos de los Persas para estimulár el ardór de sus soldados: á Dionisio de Siracusa y á Julio César aumentandola paga de los suyosen un momento en que necesitaban restablecer su credito y po-

der; y viniendo desde los antiguos á los modernos vemos tambien á Napoleon mostrar á los republicanos franceses de lo alto de los Alpes la Italia, como el mejor remedio de las grandes necesidades que esperimentaban.

Ahora bien, pues si tan excelsos y grandes capitanes tuvieron por necesario el excitar la codicia del soldado, ó ganarle por larguezas, ó bien el lisongear sus esperanzas, para conducirlo mejór á las grandes empresas ¿por qué nosotros al hacer mencion de estos hechos tan opuestos á la conducta que en la ocasion presente tuvo Zumalacarregui, dejaremos de llamar la atencion sobre él? Sin que obste el que aquellos se encontraban á la cabeza de falanges y legiones numerosas mientras que Zumalacarregui solo tenia un puñado de hombres. Meditese bien el modo como llegó al mando, los sucesos recientes, las circunstancias de su posicion en medio de estos hombres generosos si, es mucha verdad, pero en su mayor parte rusticos labradores, incapazes aun de las ideas grandes á causa de su juventud y de la falta de instruccion, sin lazo alguno todavía de disciplina, ignorantes de los deberes que impone la subordinacion, y todo esto envuelto en una guerra civil que ciertamente es bien diferente el

caso que cuando sucede de Nacion á Nacion. Un célebre autor frances esplicando el desinteres y las demas virtudes militares que distinguian á los antiguos Griegos termina asi diciendo: « Los tiempos y las costumbres han cambiado, » por lo cual hoy es materia imposible el tener » soldados sin pagar.» Toda la gloria é influencia de un Gonzalo de Córdova no fué bastante á libertarle de los insultos mas groseros de parte de sus soldados; y no por causa de una rebaja de sueldo sino de retardo en pagárselo. Y el grande Farnesio ¿ cúanto no tuvo que sufrir por un motivo igual? El sabio jurisconsulto Voet atribuye principalmente el no haberse llegado á pacificar los Paises-Bajos por los Españoles á los frecuentes motines que estallaron en sus ejércitos reclamando la paga. Estos y otros ejemplos de que la historia está llena , hicieron sin duda decir á Montecuculi que el dinero no solo encantaba los espíritus mas sabios, sino que calmaba el furor de los mas feroces.

¿ Pero acaso Zumalacarregui , obraria de la manera que se vé, porque seguro de la moral y decision de estos nuevos soldados no temia la sedicion? No lo pensamos asi: antes creemos que penetrado de las cualidades de esta clase de milicia que iba á mandar, quiso precaverse desde

el primer momento contra las consecuencias que las necesidades ó estrechezes atraerian sin duda mas adelante sobre él. Ademas, satisfacer religiosa y puntualmente al soldado aquello que se le promete, era en el concepto de Zumalacarregui la base para obligarle á guardar la disciplina; mas el lisonjearle con la oferta de una cosa mayor y no cumplirla, era tambien segun su modo de sentir esponerse al descrédito y hasta el menosprecio ó desobediencia de sus subordinados, los cuales comienzan á juzgar de las virtudes, poder y justicia de sus generales, por el valor y realidad de las cosas que prometen. Evidente está sin duda lo mucho que Zumalacarregui se espuso por haberse servido de un momento tan crítico para anunciar á los voluntarios Carlistas la reduccion de su paga, y cuando todavía la masa de ellos no le conocia, temia, ni respetaba, pues que si bien se mostraron indiferentes en la cuestion del mando (efecto del poco prestigio de Iturralde) parecia como inevitable el que al tiempo de oir que les rebajaban la mitad de la paga, prorumpiesen en alguna voz ó grito sedicioso, en cuyo caso el compromiso hubiera sido de los mas grandes. Mas á pesar de esta amenazante perspectiva todo lo quiso arriesgar Zumalacarregui á trueque de evi-

tar una parte de los males que con su larga prevision le pareció estar ya viendo, miéntras que tantos otros, ó no los alcanzaban ó los creian muy lejanos. Semejante conducta de parte del primero provenia principalmente de su mismo carácter, el cual no se prestaba fácilmente á ceder ó transigir en menoscabo ó daño de la disciplina ó subordinacion. Zumalacarregui fué en los casos quizá mas delicados el verdadero antípoda de los espíritus elásticos ó contemporizadores.

Mas si en esto procedió así, veremos tambien la prudencia, la equidad, moderacion y política con que acto continuo se condujo respecto á Iturralde.

Despues que la Navarra se declaró como todo el resto de España contra el usurpador Napoleon, y cuando ya habia sido hecho prisionero por los franceses Mina, llamado el *estudiante* ó el *chiquito*, faltos los capitanes ó caudillos que ántes le obedecian de unidad y de acuerdo entre sí, se separaron cada cual por su lado y obraron independientemente. El número de los cabezas ó gefes que en un principio llegó á ser extraordinario, comenzó por fin á disminuir á causa de que los mas fuertes y resueltos obligaban á los otros, ya de grado ó bien por fuerza, á incorporárseles y obedecerles. Por este órden la

cosa vino á dejar el todo reducido á dos bandos ó fracciones. Era comandante de uno de estos D. Pascual Echeverria natural de Corella, que, aunque de poca instruccion y nada ilustre nacimiento, tenia á su favor un número mas inferior de latrocinios y asesinatos que el comun de tantos partidarios como por desgracia contuvo la Navarra durante algunos meses de anarquía. Este carácter de menor ferocidad que los otros, habia servido á Echeverria para captar bastantes voluntades, y tal vez consiguiera el inestimable título de restaurador del órden, si el tiempo que gastaba en grandes meriendas ó comilonas, bailes, rondas galantes y músicas, lo empleara en hostilizar al francés. El otro bando obedecia al despues tan famoso D. Francisco Espoz y Mina, quien si no en Roma como otro Pompeyo á lo ménos en este reducido teatro de sus hazañas alcanzó el renombre de *grande;* título que si en un principio se le daba únicamente por distinguirlo del primer Mina su sobrino, despues le quedó confirmado por sus insignes proezas. Escedian mas que en la mitad el número de fuerzas que acaudillaba Echeverria á las de Mina, cuando estando el primero en Estella vino el segundo á alojarse en la misma ciudad; y cuéntase que no obstante la rivalidad

que necesariamente deberia existir entre los dos gefes Navarros, disimulando Mina con suma maestria el alevoso intento que en su corazon abrigaba, se fué en el momento que llegó á visitar á Echeverria. Este, tan incauto de su natural como ageno por otra parte de lo que le esperaba, se apresuró á devolverle la visita; pero en el mismo acto que pasó el umbral de la puerta donde se alojaba Mina, fué arrestado y desarmado por sus satélites ó guardias. Pocas horas despues, estos mismos, en medio de las sombras de la noche, le condujeron fuera de la poblacion y allí le pasaron por las armas. Un golpe tan audaz y violento lo cometió Mina ántes de haber adquirido título alguno de derecho legítimo al mando superior de Navarra y cuando aun no tenia á sus órdenes mas que unos quinientos hombres, miéntras que á la víctima le seguian pasados de mil y doscientos. Incorporó Espoz entonces estos á los suyos, y viéndose gefe de la mayor fuerza le fué mas fácil deshacerse de todos los otros que daban indicios de querer conservar un mando independiente. Es verdad que Mina, á fin de esterminar del suelo navarro este gérmen de anarquía, se sirvió muchas veces de medios alevosos, mas el pais considerándose bien servido se le mostró siempre favorable. Sin

embargo, al contemplar estos mismos vecinos de Estella que veinte y tres años ántes habian visto en su ciudad la escena trágica que referimos y otras ejecuciones sangrientas que le siguieron, con el suceso presente de Zumalacarregui é Iturralde, no pudieron ménos de recordar que siendo el motivo uno mismo, la conducta de los hombres de aquella época se diferenciaba bastante de la de los de ahora á pesar de su grande proximidad. Pero donde mas creció la admiracion de los ancianos de Estella fué en el acto de dejar Zumalacarregui su ciudad, reparando que daba el segundo lugar al despuesto Iturralde, miéntras que Sarasa que ántes lo tenia, descendia á otro inferior con visible satisfaccion, probando así que en todo cuanto hizo en favor de Zumalacarregui no le guió otra mira que el interés de la causa que defendia.

Aun despues de cumplidas todas estas cosas la cuestion del mando todavía no estaba enteramente terminaba. Al nuevo comandante general solo se le habia conferido por interinidad y miéntras que no se presentase á reclamarlo el coronel D. Francisco Benito Eraso. Este gefe que al declararse por la causa del señor Don Cárlos V, se encontraba en los valles del alto Pirineo, habiendo sido atacado súbitamente en su

salud, viéndose falto de fuerza armada que lo custodiase y de lugar seguro donde poder estar áfin de curarse, se vió en la precision de entrar en el territorio frances. La policía de esta Nacion, siempre oficiosa contra los Carlistas, se apoderó luego de su persona y la condujo con escolta al interior. El motivo de la reserva ó condicion que hicieron los mismos que condujeron al mando á Zumalacarregui, en favor de Eraso, provenia de que suponian los mas de ellos que este habia obtenido con anticipacion á los sucesos una especial autorizacion del legítimo heredero de Fernando VII para el presente caso. Afortunadamente para la causa Carlista, luego que tales novedades ocurrieron en Estella, Eraso ya restablecido habia burlado la vigilancia francesa, pasado la frontera, y acababa de presentarse en el lugar donde se encontraba Zumalacarregui. Entonces este, con arreglo á lo convenido, le quiso entregar el mando, ofréciendose al mismo tiempo á servir á sus órdenes supuesto que los dos tenian igual graduacion; pero Eraso, mirando las cosas bajo otro aspecto que Iurralde, se negó formalmente á recibirlo. Largo rato lucharon en generosidad los dos coroneles á presencia del mismo Iturralde, y como si se hubiesen propuesto dar á este una

leccion. Por fin Eraso puso un término que fué muy glorioso para él; por que no obstante de contar en favor suyo entonces, todas las simpatías del pais y de la gente armada en él existente, ejecutó una accion poco comun en casos semejantes, cuando escribió, firmó, y comunicó por sí mismo una órden concebida en estos términos: « Convencido de lo mucho que interesa
» al mejor servicio del Rey N. S. Don Cárlos V,
» el que continue en el mando de comandante
» general de este Reino de Navarra D. Tomas
» Zumalacarregui ordeno á las tropas el que lo
» reconozcan como tal, y que me tengan á mí
» como á su segundo: Francisco Benito Eraso.»

En este tiempo Eraso contaba cuarenta años de edad: su talla era aventajada pero de poca corpulencia: á pie ó á caballo, andaba por lo regular siempre un poco encorbado: tez morena, ojos y cabellos negros, y en lo general su fisonomía se presentaba noble y franca. Cortés, sociable, y de modales mas finos y modestos que los que son propios á hombres educados para las campañas, soportaba el trabajo y la fatiga hasta donde otro cualquiera. Esto causaba á la verdad admiracion por que Eraso no era dotado de buena salud. Sin embargo jamas ni aun en los mayores peligros se le vió ó cono-

ció que hiciese presa de su corazon la tristeza. Al comenzar la guerra presente residia en el pueblo de Garinoain del cual era natural y estaba reputado como uno de sus primeros ó principales propietarios. En el año de 1822, Eraso habia sido uno de los agentes mas activos contra el sistema constitucional : en dos ó tres viajes que hizo el año anterior á Madrid con el objeto de hablar á Fernando VII probó tanta osadía como habilidad y á estos antecedentes debió el que despues se le nombrase vocal de la junta gubernativa que se creó por aquella época en Navarra. Restablecido el Rey en su trono, antes de regresar á su casa, obtuvo del Gobierno varias distinciones honoríficas, y movido de su amor por la causa realista admitió el empleo de comandante de voluntarios. Esta coincidencia hizo que se encontrase en la frontera francesa cuando en el año de 1830, apareció por ella el revolucionario D. Joaquin De-Pablo, mas conocido por el nombre de Chapalangarra, teniente de Espoz y Mina, y uno de los mas hábiles gefes de la España militar moderna. En una tentativa en que De-Pablo se empeñó en el pueblo de Valcárlos quedó muerto en el campo, y como Eraso era el comandante de los que lo vencieron, Fernando VII le concedió en recompensa

el empleo de coronel de infantería. Muy pocos dias despues habiendo pensado la Diputacion de Navarra crear un cuerpo de mil naturales para auxiliar á las tropas del Rey contra los revolucionarios que amagaban desde Francia, propuso para gefe á Eraso y el Gobierno lo confirmó.

Dos años mas tarde y cuando ya casi tocaban las cosas á la época de los pronunciamientos, el cuerpo creado con el nombre de brigada compuesto de dos batallones fué disuelto. Los soldados que pertenecieron á estos, aunque licenciados, conservaron un afecto ó simpatía marcada por su antiguo gefe, y siguiendo su ejemplo se habian venido muchos á unir á las filas Carlistas, en donde formaban la parte mas importante de la masa. Esta circunstancia pone de manifiesto de cuanto valor y necesidad era el que la eleccion de Zumalacarregui quedase confirmada por el voto de Eraso. Consumado esto no se sabrá facilmente que cosa admirar mas en este último, si su propia abnegacion, ó su rectitud y equidad en el modo de juzgar respecto á los talentos y virtudes de Zumalacarregui, é íntima conviccion de lo necesario que era el poner en manos de este la fuerza y la autoridad.

Arreglado definitivamente lo que tocaba al

mando se pensó en la parte administrativa y civil. La guerra de España contra Napoleon habia dado orígen á unas corporaciones que bajo el nombre de *Juntas* se formaron entonces de los patriotas mas recomendables entre los de su respectivo pais, por su decision, talentos, conocimientos ó ilustracion en las cosas de sus provincias y conducta religiosa. Por esta norma la Navarra habia tenido una en el tiempo que hizo la guerra al sistema constitucional de la cual fué miembro, segun hemos dicho, Eraso. La falta así entonces como ahora de comunicacion con el Soberano, aconsejaba la institucion ó restablecimiento de una autoridad auxiliadora cuyas funciones y facultades sin ligar demasiado las manos á la militar contribuyese á aligerarla de una parte de la responsabilidad que podria hacérsela un dia, y compartir los trabajos y fatigas materiales á que no era fácil dedicarse con la necesaria solicitud, durante una guerra cuya existencia pendia esencialmente de la celeridad de los movimientos.

Acordes y resueltos pues Zumalacarregui y Eraso en el establecimiento de una Junta, examinaron las cualidades de los principales sugetos que se encontraban en el número de los Carlistas y hallaron aptos para componerla á

D. Joaquin de Marichalar, á D. Martin Luis de Echeverria, y al presbítero beneficiado D. Juan Echeverria; al cual quiso Zumalacarregui dar como una prueba de confianza, no obstante la manera con que se condujo durante las altercaciones sobre el mando. Pero deseando que los miembros de la Junta se elevasen hasta cinco, se invitó á D. Juan Crisóstomo de Vidaondo y Mendinueta y á D. Benito Diaz del Rio. Estos dos nobles letrados, sensibles al honor y á la confianza que se hacia de ellos, abandonaron su casa, fortuna y familia, y se presentaron inmediatamente en el campo carlista. Al título de caballeros que debian estos dos y los otros dos primeros á su nacimiento, reunian la circunstancia ó ventaja del prestigio, relaciones é ilustracion necesarias, tanto para corresponder al buen desempeño de sus cargos, como para dar á los pueblos una especie de garantía de lo justo que era la defensa de la causa que libremente abrazaban.

Cerca de dos meses habian corrido desde el dia que las provincias Vascas y Castilla la vieja se pronunciaron, presentando en el momento una fuerza armada considerable por el número para sostener el movimiento, al paso que la Navarra detenida en su carrera con la desgracia ocurrida á

D. Santos Ladron, paralizada á causa de la falta de actividad y método de Iturralde, de la carestía de armas y municiones, y de la cuestion suscitada sobre el mando, solo ofrecia un puñado de hombres. Mas esto ocupaba muy poco á los gefes de Alava y Vizcaya que rodeados de batallones rebosaban en ilusiones á cual mas lisongeras, fundadas sobre un pronto y dichoso triunfo que miraban como una cosa infalible, y por esto hacian poca cuenta de los progresos de su vecino el navarro que tenian á un costado. No obstante, vamos á ver de una parte lo efimeras y vanas que eran las tales ilusiones y esperanzas, y de otra el error en que se puede caer fácilmente cuando solo se valuan los ejércitos por el número de hombres y aun de la calidad de las armas, y no por la base de su disciplina y decision y con especialidad por el talento y la pericia de los caudillos que los gobiernan.

En el momento que Zumalacarregui entraba en el mando y se ocupaba sin interrupcion en poner en órden todas las cosas necesarias, adoptando tambien un sistema de guerra defensiva, el solo posible en el estado de impotencia en que se estaba, Saarsfield desde Burgos se habia trasladado con su ejército á Logroño donde se juntó con Lorenzo. Al aspecto de este

amago de los Cristinos los batallones de voluntarios Realistas que bajo la conducta de los generales Merino y Cuevillas se encontraban segun ántes mencionamos apostados en las Conchas de Haro, se disolvieron y dispersándose tomaron individualmente el camino de sus hogares. Saarsfield que sin duda tenia noticia del espíritu de estos hombres ó que se proponia tal vez vencer sin efusion de sangre, habia hecho este movimiento de concentracion sobre Logroño como para dejar mas libre el paso á los Castellanos que quisieran retirarse. Al ver los dos principales caudillos de estos desaparecer por momentos las fuerzas que comandaban, y amenazada evidentemente su izquierda, reunieron su caballería que no era ni numerosa en proporcion de su infantería, ni muy uniforme, y abandonando á la suerte el resto se pasaron á Castilla. Aquí siguieron por algun tiempo en el antiguo sistema ó modo de hacer la guerra que fué el orígen de su celebridad, hasta que se resolvieron á emigrar à Portugal. Nosotros no haremos un juicio crítico sobre los talentos militares del respetable D. Gerónimo Merino ni de D. Ignacio Cuevillas menor ; los hechos del primero estan consignados en la historia de España de dos épocas anteriores que justamente se repu-

tan como las mas gloriosas para él : solo diremos que si tanto este general como el otro conservaron un mando bastante superior á su capacidad, fué por que no se presentó en su campo despues de haber empeñado su palabra un gefe de alta graduacion á quien se le tenia destinado.

Los voluntarios Alaveses á cuyo frente estaba el brigadier Uranga, á pesar de que se encontraban en la vecindad de sus casas, no pudieron dejar de ser sensibles al mal ejemplo que tenian á la vista y una gran parte de ellos imitaron á los Castellanos. Asi sus batallones vinieron pronto á quedar en esqueleto y solo se rehicieron y completaron despues, á medida del zelo particular que animaba á sus comandantes. Estos inesperados y rápidos acontecimientos dejaron casi de sorpresa al descubierto las tres provincias Vascongadas y mas especialmente la de Alava que siendo la mas llana y la primera amenazada de la invasion, consideraba con mucha razon antes de su disolucion al ejército castellano concentrado sobre su frontera como su antemural.

Hasta este punto Verástegui, varon que en zelo é integridad, no menos que en inteligencia de las cosas de su provincia, se aventajaba á

muchos de los hombres que existian en esta, habia llenado cumplidamente los deberes que contrajo en el momento que se colocó á la cabeza del gobierno de aquella : pero habiéndose reservado tambien el mando superior de la fuerza, viéndose con el enemigo á la puerta se encontró confuso y no supo desempeñar el cargo de general. Al aproximarse Saarsfield á Vitoria, Verástegui desocupó precipitadamente la ciudad y acompañado de escasa escolta se vino á buscar á Zumalacarregui, al cual encontró en el valle de Berrueza.

Es positivo que despues que Zumalacarregui habia visto en Vitoria á Verástegui concibió un alto concepto de él y muchas veces le oimos entonces elogiar su capacidad para lo administrativo. A menos que no fuese asi no dudamos que desde el balcon de la casa que á la sazon ocupaba, le hubiera, como para reconvenirle, mostrado sus cuatro batallones, parte desnudos y hasta sin camisa, parte desarmados, muchos mas sin bayoneta en el fusil, ó sin municiones; miéntras que el enemigo estaba por un exceso de confianza ó una gran falta de prevision haciendo presa infinitos articulos dejados en la capital al tiempo de abandonarla, ó conducidos á sus casas por hombres de menos resolucion ó

disciplina que los que tenia allí presentes; y todo por no haberse prestado á algunas observaciones que se le hicieron en la última entrevista. Por esta causa tampoco ahora podia Zumalacarregui ni libertar á Vitoria de su suerte, ni auxiliar á Verástegui, ni menos salvar los efectos militares esparcidos por la Provincia. Asi todo fué limitado á algunos sabios consejos que Verástegui marchó con la intencion de poner en práctica, pero que no verificó.

Esta presentacion de Verástegui en el cuartel general de Navarra á manera de un fugitivo y con el semblante abatido, no era cosa tan pequeña que dejase de causar la sorpresa y la admiracion de la gente del pais, y mas principalmente la de todos aquellos que le habian visto pocos dias antes en Vitoria, ostentar el brillo y aun poder propios de una autoridad casi soberana, y á juzgar por las apariencias bien afirmada. Tan inesperado cambio empero no disminuyó en nada el zelo y resolucion con que los gefes Navarros trabajaban por el triunfo de la lejitimidad.

Saarsfield despues de pasar á la izquierda del Ebro por el puente de Logroño se dirijió por el camino de Laguardia al puerto de Peñacerrada. Esta posicion ofrecia á los Carlistas Alaveses grandes ventajas en el caso que quisieran defen-

derla, pero habiendose contentado con los disparos insignificantes de una partida que habian mandado de observacion, dieron por resultado dos ó tres muertos de parte de estos, cuyos cadaveres se vieron despues de pasar los Cristinos en las cercanias de la venta llamada de Armentia. El brigadier Uranga que á la sazon se encontraba en estas inmediaciones, no atreviendose al parecer á empeñarse en combate alguno parcial ni general, se retiró hácia los montes de Maestu, dejando libre el paso y aun los flancos al general cristino, que sin otra novedad llegó con sus tropas en la mañana del dia siguiente á Vitoria y tomó posesion. Uranga entonces condujo, por medio de una marcha de flanco las fuerzas Alavesas á la parte de Arlaban. Este movimiento á la sazon era el mejor y mas militar, pues que les ofrecia desde luego un doble apoyo; primero, en la calidad del terreno todo ya quebrado ó montañoso de alli en adelante, y despues en la concurrencia de los batallones ó tercios de Vizcaya y Guipúzcoa, con los cuales iban á ponerse en contacto.

Al saber este movimiento, Zumalacarregui concibió la esperanza de que todavía Saarsfield no terminaria la invasion de las Provincias Vascongadas sin experimentar antes una gran perdi-

da ya que los Carlistas no alcanzasen la completa victoria. Al verse algo distante del lugar en que parecia prepararse los mas serios acontecimientos, con una fuerza poco numerosa, casi desarmada, y sin que ninguno solicitase su auxilio ó cooperacion, pensó Zumalacarregui en lo que por si solo podria hacer, y de acuerdo con los individuos de la Junta se resolvió á marchar sobre la Ribera de Navarra. El objeto de este viaje era el mostrarse á las villas mas fertiles y ricas del pais, é infundir ó acrecentar por medio de la presencia de la fuerza el entusiasmo entre sus habitantes; porque el comun dél pueblo en tiempo de novedad dá siempre mas credito á lo que sus ojos han visto y confia mas en esto, aunque sea poco, que en todas las noticias ó relaciones salidas de la boca de las personas mas respetables por muy grande que sea su valor.

Tambien se esperaba encontrar en la Ribera algunas armas y caballos, y la Junta contaba con tomar los fondos de varios ramos del Estado que si bien se suponia no serian ni podian ser de importancia, la penuria obligaba á hechar mano de todos los arbitrios por pequeños que fuesen. El apoderarse de esto era de la mayor urgencia por que no siempre se podria como en el momento presente, llegar hasta los

lugares á donde se iba, en razon de que siendo la Ribera pais llano y cortado por el curso de varios rios, habria mucho riesgo en recorrerlo miéntras que los Carlistas no fuesen poseedores de una caballería superior á la de los Cristinos.

Movió Zumalacarregui su gente de la Berrueza en el momento que Verástegui salió para donde estaban los Alaveses, y habiendo llegado con ella á Dicastillo, entró al dia inmediato en Miranda de Arga. Iban sus soldados rebosando en contento esperando pasar un par de dias á su placer en Peralta, Villafranca, y otras villas situadas á la inmediacion. Si entre los Españoles se distinguen los Navarros por un cúmulo de virtudes que poseen en un grado eminente, la sobriedad no se encuentra en el número de ellas, y asi solo diciendo esto es como podremos nosotros dar al lector á entender la satisfaccion con que los jovenes soldados marchaban á la Ribera. Mas de un espíritu se habia regalado ya con solo la idea de lo sabroso de los frutos, lo excelente de los vinos, y la generosidad y esplendidez de los patrones que en aquel mismo dia les esperaban; cuando un suceso inesperado vino á robarles todas estas ilusiones.

Zumalacarregui recibió en Miranda un oficio (y era el primero) de la Diputacion de Vizcaya

fechado en Bilbao cinco dias antes, por el cual le pedia su auxilio y cooperacion para oponerse al intento que tenia Saarsfield de dirigirse sobre aquella villa. Los cinco dias que empleó el correo expedido por la Diputacion hasta llegar al campo de Navarra habian dado lugar á varios sucesos. Al expedirlo, el general Cristino solo se encontraba á catorce leguas de distancia de Bilbao, y todos las noticias estaban conformes en que hacia cuatro dias que habia tomado esta direccion: de manera que Zumalacarregui daba por decidida en este momento la cuestion de perdida ó conservacion de aquella importante villa, entre los de Saarsfield de una parte, y los de Zabala Uranga y Lardizabal que mandaban las fuerzas de las tres Provincias de otra. Pero ni esta persuasion bastante fundada, ni la consideracion que con razon podria hacerse de que mil y doscientos hombres y de estos quinientos sin armas, serian como un auxilio de escasa importancia para mas de ocho mil bien armados que estaban concentrados sobre Vizcaya, pudieron decidir á Zumalacarregui á negarse á dar el socorro que se le reclamaba, antes por el contrario abandonó el proyecto que tenia sobre la Ribera, no obstante que le bastaban dos dias para ejecutarlo, y se dispuso á retroceder y marchar hácia Vizcaya.

Como Zumalacarregui conocia profundamente la moral de la gente que mandaba, previó desde luego el disgusto que causaria esta contramarcha despues de haberles conducido á las puertas de su paraiso terrestre, y temió, no una sedicion ni cosa semejante, sino que se enfriaria su entusiasmo, y que todos los voluntarios que habia en las filas naturales de la Ribera se separarian de estas con el objeto de visitar sus familias y justisimo pretexto de *mudarse la camisa*. Llamamos á este justo pretexto, por cuanto, no dando al soldado aquello que necesita, no se puede menos de tolerar el que se separe con un fin tan preciso, y seria indiscreto el no hacerlo asi. Los voluntarios riberanos como estaban siempre á mayor distancia que sus compañeros de sus casas, y les era tambien mas peligroso el poder llegar hasta estas, no podian menos de renunciar dificilmente á la ocasion que ahora se les presentaba. Zumalacarregui haciendose cargo de todo esto y de que si lo hacian, por mucha que fuese la diligencia que pusiesen en alcanzar las compañias no lo podrian verificar antes de que pasasen varios dias; consideró desde luego á los hombres que en este momento se le separasen como una fuerza de menos: el amonestarles con una pena cualquiera

sea grande ó pequeña, despues de conocer el carácter de tales hombres, vendria á ser lo mismo que comenzar por hacerlas ilusorias todas, esponiendo ademas neciamente su autoridad al desprecio sin utilidad alguna. Deseando pues Zumalacarregui salvar tantos inconvenientes como se le ofrecian y conseguir al mismo tiempo aquello que se proponia, dirijió por la primera vez la siguiente alocucion á sus tropas.

Navarros :

« La Diputacion de Vizcaya, viendo cercana á
» su perdida la villa de Bilbao, principal joya
» de su señorio, os llama á toda priesa en su
» socorro. La Vizcaya dice por el organo de sus
» representantes, que ya sabe que sois pocos y
» aun de estos gran parte desarmados; pero
» que sabe tambien que todos sois valientes, en-
» tusiastas y muy decididos, y vuestra sola pre-
» sencia bastante para infundir en sus hijos el
» suficiente ánimo para vencer á los enemigos
» que la amenazan. Si despues de invocar
» vuestro auxilio de tal modo, dejaseis de dar-
» selo, seriais á la verdad poco dignos de la
» ilustre patria que os vió nacer; de este suelo
» llamado por antonomasia el pais clasico de la

» fidelidad. Vuestros mismos padres al saberlo
» os negarian para siempre el asiento que tuvis-
» teis antes en su hogar. No es menester, Na-
» varros, que me mostreis vuestro cuerpo y hasta
» vuestros pies por que con harto dolor os veo
» que estais varios medio desnudos y descal-
» zos. ¿Pero acaso, esto os privará de vencer?
» No lo creo. Bilbao es una ciudad rica: si la
» salvamos, alli encontrareis lo necesario: la
» Diputacion me le promete. ¿Porqué pues tar-
» daremos en ir? Animo, Voluntarios, pues bien
» sabeis que el que socorre pronto socorre dos
» veces. »

*El comandante general,*

ZUMALACARREGUI.

Al terminar de leer esto en alta voz al frente de los batallones, un grito unánime salió de estos diciendo ¡á Bilbao! ¡á Bilbao! y en esta disposicion Zumalacarregui mandó desfilar. Cuando aquella misma tarde los batallones llegaron á Villatuerta, los capitanes de las compañias dieron parte de que ni un solo soldado habia faltado durante la marcha. Continuose al dia siguiente esta muy temprano, y antes de anochecer entró Zumalacarregui en el lugar de Alsasua, valle de Borunda. Aunque contrariada

por un fuerte temporal, esta jornada fué mas que regular.

No obstante la rapidez con que avanzaban los Carlistas Navarros al socorro de los Vizcainos, era mayor sin embargo aquella con que al mismo tiempo huian los voluntarios de las tres Provincias de la presencia de Saarsfield. Este general despues de haberse apoderado de Bilbao lo mismo que de Vitoria por el simple medio de un movimiento rapido, se detuvó en aquella villa por algunos dias. Miéntras tanto, su vanguardia sola bastó para hacer que los Carlistas Provincianos le abandonasen por entero el pais natal, y que conducidos por sus gefes ó mas bien faltos de quien les condujese, se replegasen con poco metodo y menos órden y regla militar, hácia la mayor aspereza de las montañas. Asi llegaron al mismo tiempo que Zumalacarregui á Alsasua, como los fragmentos que arroja el mar sobre la orilla pasada la tempestad, los generales Zabala y Uranga á los montes de San-Adrian, situados á aquella parte de Navarra por donde aparecian los batallones de este pais. El ejército Vascongado, que todavía en Oñate constaba la vispera de cinco á seis mil hombres, quedó reducido en pocos instantes á algunos cientos, aun antes de que hubiese podido

llegar el caso de disparar sus fusiles contra el invasor. Las armas de todas clases, las municiones y los demas efectos de guerra, se veian abandonados por los pueblos y caminos. Cuatro piezas de artilleria de batalla pertenecientes á los Realistas de Vitoria se encontraron sin salida en medio de la escabrosidad de los montes de Aranzazu, y allí se quedaron á merced del enemigo. La disolucion de la fuerza Carlista era tan completa que viendose sin defensa, un gran número de personas comprometidas huyeron despavoridas y llenas de terror á Francia. Lo sensible fué que muchas de estas eran militares y de graduacion, y este ejemplo no podia menos de causar grandes males á la causa Carlista. Tal era el cuadro que presentaban las cosas en el momento que Zumalacarregui con tres mal armados batallones Navarros, y uno cuarto desarmado del todo, llegaba á la Borunda, parte, hácia donde aparecieron luego algunos restos de aquel ejército tan numeroso que existia pocos dias antes.

La guerra de hecho pareció terminada, y no sin motivo lo creyeron ya muchos : por que el destino de los principales caudillos era este : Merino y Cuevillas, como lo dejamos indicado, despues de recorrer desde un estremo al otro

la amplitud de la Castilla con los trescientos ó pocos mas caballos que les quedaban, emigraron á Portugal. Verástegui se encontraba en el número de los que hemos dicho que se fugaron á Francia. Zabala y Uranga como prácticos consumados de las montañas Vasco-Navarras viendose sin soldados buscaron su seguridad personal en las asperezas, conservandose asi para mejores tiempos. Finalmente el presidente de la Diputacion de Vizcaya marques de Valdespina se vino con el diputado llamado Novia á refugiarse en donde estaba Zumalacarregui, y poco despues lo hizo tambien el diputado Batis.

Si en el ánimo del comandante general de Navarra no hubiese existido algo de extraordinario, algo de mas grande que en todos los caudillos que nombramos y otros varios que dejamos de nombrar, la lucha Carlista habria sin duda terminado en este mismo momento: en efecto ¡ que distancia tan inmensa no existe entre el instante que Zumalacarregui salía de Pamplona y el presente! Entonces Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y la mayor parte de la Rioja estaban enteramente dominadas por las armas Carlistas. El general Merino acababa de anunciar á los pueblos por medio de una proclama que nosotros vimos impresa, que se hallaba á

la cabeza de veinte mil voluntarios Castellanos. Aun cuando no supongamos sino un número igual á estos, en las tres provincias Vascongadas; resulta que cuarenta mil soldados carlistas servian de base al pronunciamiento y sosten de la Navarra. Mas esta brillante perspectiva que se ofrecia á la vista de los gefes que en este pais mandaban, y que con algun fundamento debian hacer sus esperanzas, desapareció ahora como una escena de teatro, con lo que quedaron al descubierto, al frente y á poca distancia de su adversario, los mil y quinientos hombres desuniformados, medio desnudos, y mal armados que se encontraban en la Borunda. Esta grande novedad, este golpe inesperado, en Navarra sobretodo, á un genio como el de Zumalacarregui no le debia sorprender enteramente despues del exámen que habia podido hacer por si mismo de una parte de los elementos que componian el ejército Carlista; mas para la generalidad de los militares y de la masa del pueblo fué uno de aquellos acontecimientos que los sumen en el estupor y no les permiten ni aun hablar.

Despues de la dispersion de Oñate, el terror y el espanto como si fuera un ayre infecto se pasó á Navarra por medio de los que tomaron

la direccion de Francia. Por consecuencia de esto, el pais estaba amenazado del contagio, cuando Zumalacarregui le opuso su zelo y su energia. Hablen si quieren aquellos de nuestros compañeros de armas que lo presenciaron y que todavía viven, cuenten las escenas que pasaron en la venta de Alsasua y Echarri-Aranaz y digan si entonces no se elevó Zumalacarregui á cuanto puede el hombre, y si con sus providencias, su teson, y su inflexible carácter, no dió la vida á lo que todos dieron por perdido.

Vueltos los unos de su letargo y los otros de su espanto, en pocos dias la organizacion de los batallones se concluyó y el armamento recibió una considerable mejora con quinientos fusiles nuevos y treinta cargas de cartuchos que las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa entregaron

Desde este mismo instante en que Zumalacarregui hizo frente á la tempestad, la disciplina y la subordinacion tomaron un nuevo carácter, y comenzaron á consolidarse. Todo motivo de contemplacion desapareció y cada cual fué obligado á cumplir exactamente sus deberes; porque despues de lo que vieron en la Borunda ninguno se atrevió á contestar á Zumalacarregui su grande superioridad, y menos aquella sublime autoridad y poder de que tan oportunamente se

supo revestir. Los vecinos de mayor importancia, mas interesados que otros en los beneficios del órden por lo que tienen que perder, viendo pasar las tropas Carlistas de un estado de abatimiento y desesperacion al de la estabilidad y confianza, creyeron que seria obra de una grande novedad, pero apenas supieron que se debia al espíritu, resolucion y firmeza de un solo hombre, volaron á donde este estaba para conocerlo. Nosotros no dudamos que los mismos habitantes de Navarra, visto lo que acababa de suceder en las Provincias Vascongadas, habrian facilitado á los generales Cristinos la dominacion de su pais, faltos de esperanza de hacer algo útil; mas en el momento que conocieron que poseian un caudillo con el talento y virtudes necesarias para sostener la guerra, el espíritu público se reanimó, y los pueblos se prepararon á disputar la victoria á los que venian á subyugarlos.

Entre los que mas particularmente merecen ser citados en esta ocasion por la mano fuerte que prestaron á Zumalacarregui para la restauracion del ejército Carlista Vasco-Navarro, merece el primer lugar el general D. Bruno Villarreal quien en medio de la confusion y desorden que reinaron en la retirada de Oñate y

San-Adrian, conservó reunido y condujó por si mismo á la Borunda el primer batallon de Alava que mandaba. Zumalacarregui que de mucho tiempo antes le conocia y aun profesaba particular afecto, solicitó su cooperacion, y Villarreal á pesar de corresponder á distinta provincia se ofreció desde luego á secundar con su batallon todos sus proyectos. El teniente coronel D. José Vicente Amusquivar que por la fuga de Verástegui de quien era amigo se habia quedado con cuarenta á cincuenta caballos que mandaba en la llanada de Alava, se puso tambien de propia voluntad á disposicion de Zumalacarregui. Siendo los dos gefes que citamos Alaveses, razon será que hagamos mencion de otros de diferente Provincia, ya que son tan pocos los nombres que podemos citar con relacion á aquellos críticos momentos.

El antiguo capitan de guardias españolas D. Ignacio Lardizabal que se encontraba entonces á la cabeza de los voluntarios Carlistas de Guipúzcoa, aunque habia participado de todas las alarmas que sufrieron las tropas mandadas por los generales Zabala y Uranga, consiguió conservar reunidos como mil hombres Guipúzcoanos con los que ocupaba en la ocasion presente las villas de Segura y Cegama contiguas á la Borun-

da. Hombre sin ninguna clase de ambicion, de una grande probidad, y franco en su carácter hasta la rudeza, no tenia Lardizabal aptitud para el mando, y con sesenta años de edad fue bastante discreto para poner su gente á disposicion de Zumalacarregui su compatriota. Es necesario añadir que Lardizabal era el único militar de graduacion que apareció entonces en su provincia y por esta razon conservó un mando que deseaba descargar sobre otros hombros. Ultimamente como Guipúzcoano, citaremos tambien á D. José Francisco Alzáa comandante de voluntarios realistas de Oñate que se encargó de diferentes comisiones á fin de resucitar el entusiasmo de su Provincia.

Impelidas de aquel ejemplo de firmeza y de constancia que Zumalacarregui les daba, las Diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa que se alojaban en el mismo lugar que el general navarro ocupaba, se reunieron con los que formaban la junta de Navarra y de mancomun acordaron el conferirle el mando en gefe de las fuerzas Vasconavarras, fundandose en la necesidad de que existiese la unidad de mando (*a*). Zumalacarregui que perdidos Vitoria y Bilbao é invadidas

(*a*) Veanse los números 2 y 3 de los documentos Justificativos.

las Provincias veia que no habia de donde sacar los recursos y que un mando mayor ofrece tambien mayores atenciones, se desentendió del nombramiento, pero instó fuertemente para que las Provincias juntasen otra vez las fuerzas posibles y útiles, y sostuviesen la guerra aun cuando solo fuese por el medio de partidas de guerrilla. Sobre este punto tuvo varias conferencias con el marques de Valdespina y sus colegas, á los cuales ofreció su apoyo y efectivamente se lo dió como despues veremos. Por ahora volveremos á hablar de los Cristinos y de sus operaciones.

Pareciendo al Gobierno Cristino que Saarsfield caminaba con demasiada lentitud, mandó para remplazarle al general D. Gerónimo Valdes, nombrando al mismo tiempo á aquel Virey de Navarra, cuyo cargo se hallaba vacante. El dar un sucesor á Saarsfield durante el largo tiempo que permaneció en la inaccion en Búrgos, pudiera de algun modo justificarse, mas en el momento presente no era corresponder á la actividad y prudencia con que maniobraba. Sin embargo diremos que si este general cuyos talentos militares han sido dignos de fijar la atencion de la España, hubiese comenzado sus operaciones como pudo, unos veinte dias

antes, acaso la guerra de Navarra y de las provincias Vascongadas tuviese pocos mas de duracion.

Falto de noticias, Zumalacarregui, en cuanto á la verdadera posicion y operaciones del ejército Cristino, se propuso hacer un reconocimiento con su gente trasladandose de Echarri-Aranaz á Ataun, lugar perteneciente á Guipúzcoa. A su llegada, un parte ú órden interceptada y dirijida por Lorenzo á los maestros de postas de Bergara hasta Tolosa, le informó que este general habia entrado la noche precedente en Mondragon, y que de cerca le seguía el nuevo general en gefe D. Gerónimo Valdes. Zumalacarregui se persuadió entonces de que los Cristinos se dirijian hácia la llanada de Alava con intencion de penetrar en Navarra por la barranca de Borunda, y apresuradamente regresó á la parte de Echarri-Aranaz.

Efectivamente, despues de dejar gruesas guarniciones en Vitoria y Bilbao, y como barrido con sus huestes toda la extension del territorio provinciano, recogiendo al paso cuantas armas pudieron de los pueblos, Valdes y Saarsfield juntos, se avanzaron hácia Navarra en la segura confianza de que tampoco aquí encontrarian la menor resistencia. Entre tanto Zumalacarre-

gui reunia tres mil hombres Navarros, Alaveses y Guipúzcoanos con la intencion de hacerles frente. Con este fin, despues de un escrupuloso exámen ó reconocimiento del pais se fijó sobre el espeso bosque que se encuentra entre los pueblos de Bacaicoa y Echarri-Aranaz, por medio del cual atraviesa el camino real que desde Vitoria conduce á Pamplona; y cuyos flancos estan apoyados de una parte en la subida de la sierra Urbasa, y de otra en el rio Araquil. La copiosa lluvia que sobrevino en la víspera del dia señalado para la batalla, y que continuó toda la noche y mañana siguiente, obligó á los Carlistas á abandonar su proyecto, porque Valdes traía consigo los poderosos auxiliares de la artillería y caballería, armas de que debia sacar en medio de semejante temporal toda la utilidad, miéntras que Zumalacarregui no podia oponer resistencia alguna en cuanto los fusiles de su infantería (la mayor parte hasta sin bayonetas) quedasen inutilizados con el agua y nieve que caian en abundancia.

Como los Carlistas se movian ya por la razon que decimos, y no por el temor, esperaron hasta tanto que tuvieron á la vista y á muy corta distancia á los Cristinos: entonces comenzaron pausadamente su retirada por el camino real.

Al llegar al pueblo de Irañeta situado al pie del monte Aralár , llamó Zumalacarregui á los comandantes del 3^er batallon de Navarra D. Felix Ichaso y D. Casimiro Ilzarbe, y les mandó que con este cuerpo atravesasen al amanecer del día inmediato aquel monte, y se pasasen á Guipúzcoa donde se encontrarian con las fuerzas de D. Ignacio Lardizabal. A este gefe se le habia dado el encargo de acompañar á Vizcaya la Diputacion de esta provincia ; mas como para esto, fuese necesaria alguna gente Zumalacarregui mandó su 3^er batallon. Innumerables y grandes fueron los trabajos que de toda especie sufrieron los Carlistas que condujo Lardizabal á Vizcaya durante unos dias de terribles temporales. Estos y no los Cristinos redujeron los seiscientos veinte hombres de que constaba el 3^er batallon de Navarra en el momento de separarse de Zumalacarregui, á ciento sesenta. Todos los demas pasmados del frio ó de la humedad se encontraron como envarados y sin poderse mover. El mayor número se vió en la necesidad de esconderse en los caserios de Guipúzcoa ó en los pueblos mas retirados, y ni aun asi pudieron contarse en seguridad; porque los gefes Cristinos mandaron partidas para que los prendiesen. Verdaderamente que fué

entonces un espectáculo lastimoso el ver á estos hombres perseguidos, sin poder servirse de sus pies y manos. Aun en medio de este estado de impotencia y de peligro, ninguno hubo que quisiese aprovecharse del beneficio del indulto que con mucha profusion proclamaban los generales Cristinos en estos dias : lo que prueba, sin duda, lo noble y constante de su resolucion primera.

En el momento que Valdes vió que los Carlistas acantonados sobre la Borunda se retiraban, y le dejaban libre el paso, dió al Virey Saarsfield una parte de sus fuerzas para que lo acompañasen á Pamplona, y con el resto se volvió á Salvatierra, desde donde al dia inmediato se fué á Vitoria. Zumalacarregui que retirandose por el camino real delante de Saarsfield no podia saber esta particularidad, así que llegó á la vista de Irurzun dejó el camino de Pamplona, y se replegó sobre el valle de Ollo; y como continuaba siempre nevando abundantemente no le fué posible permanecer como era su intencion en las alturas mas cercanas al portillo de Osquia, por lo que descendió á los pueblos de aquel valle con la tropa, dejando alli á sus ayudantes D. Pablo Sanz y D. Damaso Berdiel para observar con el anteojo los movimientos y fuerza

de los enemigos : pero miéntras que estos oficiales la contaban desde la ventajosa posicion que ocupaban y se admiraban de verla tan corta, observaron otros que la guarnicion de Pamplona habia hecho una salida, y venia al encuentro del nuevo Virey en fuerza de mil hombres. Esto hacia ver que las disposiciones acordadas de antemano por los generales Cristinos para verificar este movimiento , estaban concertadas con la mayor prudencia y sabiduria.

Zumalacarregui al retirarse hácia el centro de la Navarra con los tres batallones Navarros que le quedaban, despues de destacar el tercero, dejó de un lado á los Guipúzcoanos, porque debian ir con este á la expedicion de Vizcaya, y del otro á los Alaveses, que tomaron la direccion de la sierra Urbasa para situarse en la parte de Contrasta; de este modo el comandante general de Navarra que estudiaba con sumo empeño el medio de no sobrecargar demasiado á los pueblos en una sola vez, se vino á las inmediaciones de Estella, y distribuyó su gente en aquellos lugares. En los tres dias que permaneció de este modo, sucedió la anecdota que vamos á contar.

Hallabase alojado Zumalacarregui en el lugar llamado Zabal que no tenia mas que cuatro

casas ; y como la estacion no fuese la mas propia para que el soldado estuviese al descubierto, habia dispuesto que se repartiesen las fuerzas entre otros pueblos, si bien todos de corto vecindario; pero que se encontraban á muy corta distancia. Unicamente quedaron en donde estaba Zumalacarregui unos quince ó veinte hombres para darle la guardia y algunos de sus ayudantes. Sabido es que á mediados del mes de Diciembre las noches son de las mas largas del año ; y esto para un enemigo que haya concebido de antemano el designio de intentar una sorpresa, siempre le ha sido favorable. El alba parecia al general Carlista tardar mas de lo regular, y lo agitado del sueño ó su impaciencia misma le persuadieron que en efecto tuviesen los Cristinos la intencion de sorprehenderle : y por lo tanto no confiando lo bastante en los medios de vigilancia y de precaucion estraordinarios que generalmente empleaba, habiendo sentido á lo lejos un ruido semejante al trotar de los caballos, se arrojó de la cama, y en el estado de desnudez en que entonces se encontraba, bajó la escalera, corrió á la puerta de la entrada de la casa, y quiso arrebatar el fusil al centinela para oponerse á los que él consideraba enemigos. El centinela aunque le conoció, con grande ente-

reza le dijo, separandole un poco con la mano al mismo tiempo, « Mi general, dejeme vmd. mi fusil que yo sabré cumplir con mi deber. » Tres dias justamente hacia que este voluntario habia venido á unirse á los Carlistas, de modo que no presentaba otra insignia ó muestra de su nueva profesion que el fusil, pues que ni aun cartuchera ó canana tenia, y para que la cosa fuese singular en un todo, llevaba enteramente desnuda la cabeza. Los caballos, que desde una gran distancia habia Zumalacarregui sentido venir, aparecieron efectivamente de allí á poco á su puerta, pero viendose eran de su gente misma que andaban durante la noche por los pueblos á fin de reunir las raciones, todo volvió al sosiego anterior. El centinela recibió en el acto la recompensa que merecía su presencia de espíritu. Lo ocurrido con Zumalacarregui en esta ocasion recuerda lo que refiere un autor español célebre entre los contemporaneos, en la vida que ha escrito del gran capitan D. Gonzalo de Cordova : dice pues, que cuando este héroe tenia puesto sitio á una fortaleza de la isla de Cefalonia defendida por los Turcos, muchas veces durante la noche se le veia alzarse del lecho estando todavía dormido, y que daba voces al mismo tiempo á los suyos para que acu-

diesen á repeler á los enemigos : y añade que á esto debieron mas de una vez los Españoles el no haber sido sorprehendidos.

Luego que Saarsfield tomó posesion de su nuevo mando resolvió marchar en persona al encuentro de los Carlistas Navarros, y á este efecto compuso una coluna de todas las fuerzas de que podia disponer. Con ellas salió de Pamplona á los cinco ó seis dias despues de su entrada en esta capital, y se vino á pernoctar á Puente-la-Reina. En el mismo dia Zumalacarregui ocupaba á Dicastillo, villa del valle de la Solana situada en las vertientes del Montejurra hácia la parte del medio dia. Como por las noticias recibidas, el general Carlista suponia á su adversario una fuerza menor que la que realmente traia, se resolvió á esperarlo y colocó su gente en unas excelentes posiciones que se encuentran entre el mismo Dicastillo y otra villa llamada Morentin. Estuvieron en ellas los Carlistas todo el dia siguiente al de la llegada de Saarsfield á Puente-la-Reina, pero este general, en vez de venir por el camino mas corto á encontrarse con ellos, se dirijió á Estella donde entró con su tropa. Entonces Zumalacarregui volvió con la suya á los pueblos de la Solana. Durante el curso de la noche se

presentó en el campo Carlista el sargento del cuerpo de Carabineros guarda-costas Hilario Janariz, que siendo realista y navarro, aprovechó la ocasion que se le presentaba así que llegó á Estella para separarse de la coluna de Saarsfield. Por este sujeto que no carecia de disposicion fué informado plenamente Zumalacarregui del número y calidad de la fuerza que acompañaba al general Cristino; y se persuadió de haber penetrado las intenciones de este con haberse venido á Estella.

Zumalacarregui entonces, temiendo ser envuelto si se le atacaba en las posiciones del Montejurra, en el momento de amanecer juntó sus batallones é inmediatemente se dirijió con ellos hácia Larraga: aqui pasó el Arga y se fué á Artajona donde alojó su tropa. Con esta marcha rapida se persuadió que ya estaba lo bastante avanzado de Saarsfield para poder sin mucho trabajo ni dificultad ganar la parte de Lumbier, pais que por ser de los mas escarpados le ofrecia una mayor seguridad y apoyo. Zumalacarregui recurria á este auxiliar como el único para resistir á la superioridad de Saarsfield. Este general luego de amanecer se habia dirijido hácia la Solana esperando encontrar allí á los Carlistas, pero habiendo sabido su marcha

y direccion tomó en el momento la de Puente-la-Reina, en cuya villa entró poco antes de anochecer. Como la distancia á Artajona no era mas que de hora y media, poco tardó Zumalacarregui en saberlo, y suponiendo que Saarsfield tuviese la intencion segun el movimiento que acababa de verificar de salirle al flanco izquierdo en su marcha del dia siguiente, quiso burlarle en su cálculo. Con tal fin hizo que su gente se fuese reuniendo en la plaza de Artajona con todo el silencio posible, sin sonar cornetas ni cajas para que los Cristinos no lo sintiesen. Verificado esto y en medio de las tinieblas de la noche comenzó á desandar el camino que habia hecho durante el dia. En Larraga se suministró á la tropa una racion de aguardiente y se la dió como una hora de descanso, mas á pesar de esto, esta marcha y contramarcha son una de las cosas que hemos visto hacer con mayor trabajo al soldado. Al amanecer llegó Zumalacarregui á Dicastillo; los batallones le seguian pero muy poco unidos, si bien pronto se reunieron y gozaron de aquel reposo de que tanto necesitaban.

Sabiendo Saarsfield en Puente-la-Reina que los Carlistas habian llegado á Artajona y alojadose para pasar la noche, asi que amaneció, se vino á

buscarlos. En esta villa le informó su Alcalde de la hora en que salió y la direccion que llevó Zumalacarregui, y sacó por conclusion que despues de la grande actividad con que marchaba detras de su adversario hacia dos dias, lo tenia todavia á la misma distancia y en el mismo lugar que estaba en el momento de comenzar su movimiento desde Pamplona. Esta reflexion hizo conocer al general Cristino, como buen juez que nos parece ser en la cuestion, que la guerra de Navarra dirijida por un hombre como Zumalacarregui presentaba otro carácter muy distinto de aquel que hasta entonces mostraron los negocios Carlistas; y creyendo tambien, que podria ser un escollo en que naufragarian mas de una reputacion militar, en vez de continuar la persecucion, se dirijió sobre la ciudad de Tafalla, donde confiando como vamos á ver la direccion de la guerra á Lorenzo, se retiró á Pamplona, para no volver ya á salir.



## CAPITULO III°.

Ezpeleta Capitan general de Aragon. — Sus conocimientos é influencias en Navarra. — Sus esfuerzos para terminar con los Carlistas. — Manda de refuerzo á Oráa con una coluna de mas de mil hombres. — Valór de las cualidades de este gefe en aquellas circunstancias. — Entusiasmo de los Carlistas. — Disposiciones que precedieron á la batalla de Asarta. — Crítica sobre sus posiciones. — Orden de la batalla. — Como comenzó esta. — Su resultado final. — Parte oficial dado por Lorenzo. — Los Carlistas van á la Amezcoa. — Descripcion de este valle. — Zumalacarregui comprende sus ventajas topográficas. — Procura interesar á los Amezcoanos en la causa que defiende. — Efectos del combate de Asarta. — Lorenzo y Oráa pasan de los Arcos á Puente-la-Reina sin hacer merito de la vecindad en que tienen á Zumalacarregui. — Como es interpretado esto por el pueblo. — Zumalacarregui invade la Ayezcoa. — Desarma sus habitantes. — Cambia la opinion de estos. — Salazencos y Roncaleses les imitan. — Fortifican los Cristinos varias villas. — Ventajosa posicion de Lumbier.—Abandona Zumalacarregui el proyecto que tuvo de defenderla. — Disemina por batallones sus fuerzas á la vista de los Cristinos. — Persecuciones de Lorenzo y Oráa y resultado. — Toma Zumalacarregui por capitulacion el fuerte de Orbaiceta. — Llega Valdes á Navarra y viene al encuentro de Zumalacarregui.—La foz de Aspurz. — Combate de Huesa. — Conducta observada por Valdes con los heridos Carlistas.—Providencias ordenadas por Zu-

malacarregui durante los ocho dias que estuvo en Navascues.— Sorpresa de Zubiri y Urdaniz.— Sucesos del puerto de Lizarraga.

Gobernaba entonces el Aragon como capitan general el conde de Ezpeleta de Beyre; propietario de consideracion entre los de la Navarra, y donde á la influencia que le daba esta circunstancia, reunia el prestigío, que con el título y las riquezas de la casa le transmitió como á su primogenito, su noble á la par que integro padre, al morir (*a*). Era tambien navarro el hijo por afeccion, pero no obstante anteponia á toda otra causa el cumplir bien los deberes que se impuso en el momento que se afilió en el bando Cristino, cuyos intereses resultaron estar por consecuencia de este compromiso, en armonía con los suyos particulares. Sabido esto, á nadie debe sorprehender el que el conde cooperase con mayor ahinco y zelo que otros, á sofocar una

(*a*) El conde de Ezpeleta de Beyre, padre del actual, capitan general que fué de los Reales ejércitos y Virey de Navarra, gobernó este pais por varios años con suma equidad, moderacion y justicia: estas y otras virtudes que poseia en grado eminente, hicieron su memoria por siempre grata á los naturales Navarros.

guerra de la que conocia con mas profundidad los resultados: por que habiendo vivido Ezpeleta durante los últimos diez años entre los Navarros, conocia á fondo su carácter y sentimientos, y estaba intimamente persuadido de que ya pronunciada una vez la mayoría de estos por el Señor Don Cárlos y logrado organizar alguna fuerza, defenderían su causa hasta el último estremo.

Vecina la provincia que mandaba al teatro de la insurreccion, su deber le prescribia el observarla, y aun el cortar si podia su progreso; pero Ezpeleta poco satisfecho con hacer solo esto, se anticipó á las mismas órdenes ó exigencias de su Gobierno, cuando sin tener la fuerza necesaria para la seguridad de las plazas y fortalezas, y el mantenimiento de la tranquilidad interior del vasto territorio que abrazaba su capitania general, formó una coluna de mil infantes y cien caballos, y la mandó adelantar hasta lo interior de Navarra. Esta gente la confió al coronel D. Marcelino Oráa, uno de los mas habiles oficiales entre los que militaron bajo la conducta de Ezpoz y Mina en el tiempo de la guerra contra Napoleon, y quizá el mas instruido en la topografía del territorio navarro.

Cuando el general Ezpeleta supo la disolucion

de aquel gran armamento que existía sobre el Ebro, y se aseguró de que los restos se venian á refugiar á Navarra, resolvió tomar una parte mas activa en su aniquilamiento, y á este efecto ordenó á Oráa que inmediatamente pasase con sus fuerzas á la derecha del rio Aragon, y las juntase á las que mandaba Saarsfield. Verificose esto antes que este general saliese de Tafalla para Pamploua, y su retirada dió fundado motivo para creer cuan desventajoso concepto debio formar desde luego respecto al exíto de las operaciones contra la que entonces llamaban *faccion;* pues que, ni aun con el nuevo socorro que llegó las quiso dirijir personalmente. Esta ida de Saarsfield debió llenar entonces de jubilo y de esperanzas á su sucesor Lorenzo, cuyo credito y reputacion como general hallandose todavía en mantillas, le importaba ménos el arriesgar, y por fin no era mucho aventurar despues de la grande superioridad que le daba sobre sus adversarios el refuerzo recibido. El principal valor de este consistia, antes en la capacidad y experiencia del gefe que lo mandaba ( si bien Lorenzo no lo estimaria así ) que en el número de los soldados. Nosotros podemos asegurar aquí en honor de la verdad y honra de Oraá, que su concurrencia á esta guerra secundada por los

consejos que tan oportunamente le suministraba Ezpeleta, no fueron los motivos que mortificaron ménos en aquel tiempo el espíritu de Zumalacarregui.

En proporcion que los Cristinos iban engrosando sus fuerzas, se veia tambien crecer el entusiasmo y ardor de los voluntarios Navarros; de manera que la mayor parte de estos no solo pedian el combate á gritos, sino que manifestaban el mas grande descontento; y todas las prudentes y fundadas reflexiones que á proposito les hacia algunas veces su general, apenas eran suficientes á contener su grande efervescencia. Finalmente llegó el momento en que creyó este poder condescender con los votos y deseos de esta milicia fogosa, é inexperta, sin esponerla á una catastrofe, ni jugar todo el porvenir y esperanzas de la causa de su Rey, al éxito de un solo combate.

Era el 29 de Diciembre cuando Zumalacarregui habiendo atraido mañosamente con sus movimientos á Lorenzo y Oráa hasta el valle de Berrueza, se decidió á presentarles la batalla en las posiciones intermedias entre Nazar y Asarta; las cuales aunque sea cierto las tuviesen por insuperables los que las han escogido en diversas épocas para defenderlas, la experiencia ha de-

mostrado siempre lo contrario. La ventaja principal (y no es poca) que tienen las posiciones de Asarta sobre tantas otras defendibles que encierra en su seno la Navarra, y que son las mas á proposito en el genero de guerra que allí se ha hecho, está en la mayor dificultad que se presenta para flanquearlas y envolverlas; pues que para ejecutar esto se necesita emplear mucho tiempo y no pequeña fatiga. De aqui un motivo para que las concedamos la preferencia en varios casos, y en especial en uno como el presente: en el cual se trataba de poner á prueba unas tropas de cuya firmeza no se estaba lo bastante seguro; asi por lo dificil que es el poderlas còrtar sin antes apercibirlo con suficiente anticipacion para evitarlo, como por que aun cuando se dispersen ó desordenen, todas las veredas ó sendas que parten de la posicion á la parte opuesta, van á juntarse en un mismo y solo lugar, que es la villa de Santa-Cruz de Campezu. Ya en la guerra de la independencia habian peleado en este propio sitio los soldados de Mina con desfavorable suceso: igual suerte tuvieron los de Quesada en Octubre de 1822 defendiendolo contra las tropas constitucionales: de modo que vista la preferencia que se ha dado á las posiciones de Asarta aun despues de estos dos

ejemplares, se podria con fundamento decir que encierran un talisman que atrae los combates. Zumalacarregui mismo, indiferente á lo que se llama fatalismo, todavía se empeñó otra vez en defenderlas como mas adelante se verá, y si bien es cierto que entonces varió el órden de defensa que estableció en la batalla presente; tampoco el éxito coronó su constancia.

Amanecido el dia 29, y reunidas las fuerzas en Asarta, dió principio el general Carlista á establecer su linea de batalla apoyando su derecha en el angulo saliente que forma en su base la llamada *peña de Asarta*, donde existian las ruinas de una antigua hermita. El centro lo colocó en el mismo pueblo, y la izquierda á la entrada del roblegar que se encuentra en el camino que vá á la hermita y puente de Arquijas; proxima tambien á otras ruinas llamadas de Estemblo. Todo el frente de esta linea seria de unas mil varas, sin contar las varias sinuosidades y recodos que forma el terreno. Esta estension estaba ocupada por los batallones 1° 2° 4° y 5° de Navarra (el último creado en el dia precedente) y por tres batallones mas de Alaveses: Estos y en especial el llamado de Rioja, se encontraban muy bajos de fuerza, pero eran mandados por dos buenos

gefes : D. Bruno de Villarreal , y D. Juan Areytio ; quienes á pesar de no tener entonces Zumalacarregui mando superior sobre ellos por ser dependientes de diferente provincia , se presentaron á la primera invitacion en el campo de batalla ; cosa que hallandose en igual caso no hicieron otros. Los siete cuerpos ó batallones compondrian el número de dos mil y quinientos hombres , inclusos cincuenta que mandó de los de su escolta la Junta de Navarra. El armamento de esta fuerza total era en considerable parte inútil ; la instruccion poquisima ó tal vez ninguna ; y las municiones tan escasas, que faltos el mas grande número de cartuchera ó canana donde guardarlas , se les dió un paquete de diez cartuchos en el momento de ir á comenzar el fuego.

Bien conocia Zumalacarregui por su experiencia en este genero de guerra los defectos y vicios capitales de esta clase de milicia, los cuales resultaban mayores á causa de la ignorancia en las cosas del arte, de muchos de sus oficiales y sargentos ; pero cuyo valor personal , fidelidad y disposicion á derramar su sangre por el triunfo de aquello que defendian, constituian el mayor y mas noble título que darseles podia ; ademas de que por otra parte eran ellos mismos

los que daban la principal fuerza moral á este naciente ejército. Persuadido pues de la imposibilidad en que se encontraba de hacer frente á todos los obstaculos que se le presentaban para conseguir la victoria, se limitó á remediar los que le ocurrieron ser de una mayor consecuencia, destinando la inteligencia y el valor, á aquellos parajes que le parecieron los mas espuestos: y para contener á los que temia fuesen ménos fuertes ó mas medrosos, promulgó con toda solemnidad las penas correspondientes á aquel genero de faltas que su experiencia le hacia preveer podrian cometerse (*a*); único medio por donde creyó debia comenzar á correjirlas, dejando al tiempo como al mejor maestro, el extinguirlas del todo.

Acabadas que fueron las disposiciones para recibir el combate, las colunas de Lorenzo y Oráa que habian quedado la noche última entre Villamayor y Luquin, se dejaron ver á la hora de

(*a*) Entre les gentes visoñas ó levantadas así de repente como ahora las de Navarra y las provincias, son muy comunes en los primeros combates las voces « ¡Que nos cortan!... ¡Que viene la caballería!. etc. .» Voces capaces de causar un daño inmenso, por que son como un ardid de que se sirven los cobardes par justificar su retirada ó abandono de su puesto, con lo que esparcen tambien el miedo en los que estaban resueltos á mantenerse firmes.

las diez de la mañana cerca del lugar de Etayo. Todavía distaban de la posicion de Asarta dos leguas, pero como el dia estaba claro y despejado, por el resplandor que arrojaban las armas se aseguraron los voluntarios Carlistas de que pronto tendrian al frente sus adversarios. Entonces todo el campo lanzó un grito de alegría : « Animo, ánimo muchachos, se decian los unos á los otros en alta voz : que ya vienen » y en seguida cantaban, bailaban, ó se decian entre sí cosas graciosas y que excitaban la risa : en fin el contento era inmoderado en la mayor parte. El lector que conozca el carácter de los naturales de Navarra verá que en esto que decimos no hay ninguna exageracion.

Cuando los dos generales Cristinos se aseguraron de que los Carlistas les esperaban en posicion, no dejaron al pronto de sorprehenderse ; sin embargo, trataron de persuadir á sus tropas de que de aquellos, aunque al parecer en tan crecido número, varios no tenian otras armas que un palo. Esto ya se ha visto que no era mentira. A conveniente distancia, Lorenzo y Oráa, separaron sus colunas. La de este último compuesta toda del regimiento 6° ligero se dirijió en el momento contra la posicion de la derecha Carlista, en la cual le esperaba el 1er batallon de Navarra y la

gente de la escolta de la Junta, mandado el todo por D. José Goñi y D. Francisco Garcia. Estos dos gefes defendieron con tenacidad el puesto que se les confió, y si no obstante esto Orán lo ocupó, no fué negocio de un momento, ni sin antes sufrir una gran perdida. La caballería Carlista que colocada á cubierto de los fuegos ocupaba una ondonada cerca de Nazar, y que tenia la órden de observar su flanco derecho en cumplimiento de las instrucciones que se le habian dado, se fué al gran trote hácia la parte de Cabredo.

Lorenzo entre tanto se habia dirijido al pueblo de Mendaza para tomar el frente de la posicion, desde donde despues se vino y atacó el centro Carlista. En el principio se notó que la gente de Lorenzo, cuya mayor parte se componia de su regimiento de Cordova, vacilaba; y esto fué causa de que Zumalacarregui mandase á su izquierda que avanzase y tomase la ofensiva; pero los trescientos carabineros guarda-costas que se adelantaron por guerrillas y como para dejar despejado el campo á los de Lorenzo les prestaron un gran servicio: pues que no solo sostuvieron el combate, sino que tambien resistieron la terrible carga de los doscientos hombres escogidos, capitaneados por D. Tomas Tarragual que tenia Zumalacarregui de reserva en las calles de Asarta. Estos en

el instante que se les ordenó hicieron una excelente salida cargando á los carabineros á la bayoneta, pero se vieron luego precisados á retirarse á causa del fuego de flanco que les hacian ya los de Oráa. Desde que esto sucedió, los Carlistas abandonaron el campo sin pararse á hacer ningun genero de resistencia, ni aun en lo mas elevado de la posicion; verdad es que para entonces la mayor parte no tenian un solo cartucho: asi pues, llegaron en dispersion y acosados los últimos del fuego de sus enemigos al pueblo de Santa-Cruz de Campezu. Zumalacarregui pasó el puente que hay allí sobre el Arquijas; mandó detener su gente, formó las compañias, y despues los batallones con una estremada rapidez, y seguidamente se fué para Oteo.

Si la accion de Asarta no tuvo para los defensores de Cárlos V°, ni aun las apariencias que denotan la victoria, á lo ménos dieron estos á conocer en ella que encontrarian en adelante sus enemigos la resistencia é inconvenientes que no habian esperado. Lorenzo y Oráa triunfaron, es verdad; pero fué á costa de una perdida que acreditaba bastante el valor y la resolucion de los soldados de Zumalacarregui.

En el parte que del pasado acontecimiento

dirijió Lorenzo al Virey Saarsfield, y que fué interceptado por los Carlistas, decia que habia vencido á seis mil *rebeldes* : el exagerar asi los vencidos, era sin duda característico en algunos de aquellos de nuestros militares que en los últimos tiempos habian hecho la guerra en las posesiones españolas de la America, de cuyo defecto venidos á la Péninsula, se fueron corrigiendo tan pronto como la fecundidad de los acontecimientos les suministró los medios de hacer gran ruido sin mentir. Nosotros testigos presenciales de lo que ocurrió en los campos ó posiciones de Asarta, podemos afirmar que las fuerzas de ambas partes en cuanto al número de hombres era sobre muy poco mas ó ménos, igual : y si se exceptuan el ardimiento y entusiasmo, todas las otras ventajas estaban en una desmesurada desproporcion del lado de los Cristinos.

Como antes se habia visto deshacerse sin llegar jamas al caso de un combate formal, cuerpos numerosos de Carlistas, cuales fueron primero, el compuesto de cerca de veinte mil hombres concentrado en las llamadas Conchas de Haro, y segundo el que formaban las considerables fuerzas que existian antes de la invasion Cristina en las Provincias Vascas, resultó que con el suceso aunque desventajoso de Asarta, se entusiasmaron

y animaron de tal suerte los Carlistas de los pueblos, que en vez de aclararse las filas como consecuencia inmediata de una batalla perdida, se engrosaron considerablemente, á causa de los muchos nuevos voluntarios que acudieron á reforzarlas. Tambien algunos oficiales abandonaron entonces los regimientos Cristinos donde servian y se vinieron á presentar á Zumalacarregui; porque despues de la resistencia hecha en Asarta, todos en general conocieron lo que en lo sucesivo podria prometerse la causa Carlista de semejantes defensores: esto prueba el influjo moral adquirido por sus armas en aquella ocasion.

Los dos dias que se siguieron al combate, los tuvo Zumalacarregui de descanso en la Amezcoa. El valle de este nombre tan célebre durante la guerra Carlista, está situado en una especie de canal profundo que se forma entre los altos bordes de la sierra Urbasa, y otra que corre paralela á los mismos por la parte que mira al medio dia. La longitud del valle es de tres leguas; pero su anchura apenas es de media legua donde es mayor. El terreno forma como una planicie algo concava; efecto de las vertientes de las dos sierras ó montañas en que está situado. En él hay diez pueblos, de los cuales

cinco corresponden á la Amezcoa alta, y otros cinco á la baja : pero en los diez apenas llegara á mil el número de sus habitantes. Toda la riqueza de estos consiste en el ganado vacuno que mantienen comodamente en los montes comunes : el pais les produce tambien abundancia de lentejas, algun trigo, y otras cosas de menor importancia. Las Amezcoas distan tres leguas de Estella, otras tantas sobre poco mas ó ménos de Salvatierra, y seis de Vitoria ; á cuyos mercados semanales van con frecuencia sus habitantes á traficar ó buscar lo que les hace falta. Para llegar hasta su valle viniendo de cualquiera de los tres puntos que decimos, hay precisamente que atravesar algunos desfiladeros, ó que pasar varios trozos de páramo desiertos, y agrestes ; el habitante de la Amezcoa participa de lo modesto, noble, y honrado del Alaves su vecino, y de lo reservado, generoso, y valiente del Navarro. La manera afectuosa y espontanea con que recibieron y asistieron á los Carlistas en esta ocasion, y el vivo interés que parecian tomar en el triunfo de su causa, junto con la persuasion en que Zumalacarregui estuvo así que lo estudió, de que la Amezcoa debia ser por su localidad el verdadero baluarte de la guerra en la merindad de Estella, le inspiraron la dichosa idea de

cautivar la voluntad de sus habitantes. Públicas demostraciones de deferencia y prediieccion por ellos de una parte, de otra señaladas confianzas depositadas en varios de los particulares ó vecinos de mayor influencia, le facilitaron el medio de alcanzar pronto su objeto. El tiempo ha manifestado despues con los efectos, lo acertado de sus previsiones y lo sabio de su política, sin que nosotros nos detengamos aquí á probarlo. Sin embargo diremos, que la Amezcoa le prestó para las operaciones el mismo apoyo que si fuera una plaza de guerra, con la conveniencia ó ventaja ademas de no necesitar fuerza alguna para su custodia; y que en los casos de persecucion ó peligro, encontraban facilmente los heridos y operarios Carlistas en las concavidades de las peñas, y en la espesura de los bosques, un seguro refugio contra sus perseguidores.

El tiempo que los Carlistas se detuvieron en la Amezcoa, lo pasaron Lorenzo y Oráa con sus tropas en Asarta y Mendaza; ocupados tambien en descansar, reparar sus perdidas, conducir á lugar mas comodo y seguro sus heridos, y dar sepultura á los cadaveres. Acabadas todas estas cosas, en vez de seguir la huella de los ven cidos como estos lo suponian, se fueron los vencedores á Los-Arcos.

Al comenzar el año de 1834, Zumalacarregui con tres batallones Navarros tomó acantonamiento en el valle de Guesalaz, al norte de Estella. Poco despues que esto sucediera, los Cristinos salieron de Los-Arcos y se dirijieron á Puente-la-Reina. Como para ello era preciso pasar por cerca de donde estaban los Carlistas creyó Zumalacarregui que vendrian á buscarle, y persuadido de que tal fuese el intento, colocó su gente en las posiciones que se encuentran al pie de la montaña llamada la Artesa, que calificó, así que las reconoció, de ventajosisimas. Lorenzo y su colega, desentendiendose de la oportunidad de la vecindad y de la minoridad de fuerza en que estaban sus adversarios, pues que faltaban cuatro de los siete batallones vencidos en Asarta, siguieron el camino que llevaban, sin aproximarse siquiera á reconocerlos. Esta indiferencia ó lo que fuese de los generales Cristinos contribuyó poderosamente á rectificar en el vulgo la idea muy comun ya para entonces, de que sus tropas aunque dueñas del campo habian salido por consecuencia del último combate mucho mas maltratadas que las de los Carlistas : y el número siempre exagerado en semejantes casos de los muertos y heridos de los adversarios, resultó confirmado por el respeto

ó temor que les pareció tenian Lorenzo y Oráa á sus competidores.

Esta disposicion general de los animos aumentó considerablemente la fuerza moral de los Carlistas, por que desde que el Navarro, paisano ó militar, se llegó á persuadir que las cosas eran tal como en su imaginacion se las presentaba, la guerra hechó profundas raizes en su suelo : No por esto descansaba el espíritu de Zumalacarregui, antes puso mayor atencion en lo que harian los generales Cristinos. Luego que estos entraron en Puente-la-Reina, mandaron á Pamplona sus heridos bajo la salvaguardia de una fuerte escolta, y en seguida pidieron al mismo Puente y á otros pueblos de la circunferencia, todos los albañiles y carpinteros que tenian, y una considerable porcion de materiales como ladrillo, yeso, y maderamen. En el momento que tuvieron dispuestas y reunidas todas estas cosas, empezaron á ejecutar varias obras de defensa en el convento llamado del Crucifijo.

Zumalacarregui no podia de modo alguno impedir con sus tropas esta operacion, aunque tuviese entre otras cosas por objecto el cortarles el principal paso del Arga, de reducir el campo de sus correrias y de los recursos precisos á su

existencia : mas si desde el Ebro hasta Pamplona en esta distancia de diez y seis leguas les era facil á los Cristinos levantar una linea de fortificaciones y conservarla con suma ventaja, á causa de la topografía, de sus fuerzas y del inmenso apoyo de aquella importantisima plaza, creyó el general Carlista tambien, que á lo menos neutralizaria en parte los daños con que sus adversarios le amenazaban, si lograba establecer el dominio de las armas Carlistas, en el pais que se halla colocado al norte de Pamplona, entre esta plaza y la linea divisoria de los Pireneos. Las montañas que aqui se encuentran aunque solamente sean rocas esteriles y poco accesibles, habian servido de cuna y aun de principal baluarte á los Navarros contra Napoleon, y mas tarde contra los caudillos constitucionales. El no haberlo sido hasta ahora contra los Cristinos consistia en que la presente lucha comenzó con el apoyo de las Provincias Vascas, pero asi que quedó destruido este por causa de la invasion enemiga y de cuanto hemos ya referido, Zumalacarregui y sus compañeros de armas con la experiencia que tenian de las dos anteriores épocas, volvieron los ojos hácia estas asperezas como á su mejor refugio. De los habitantes de esta parte de la Navarra los mas principales son

los de los valles de Ayezcoa, Salazar, y Roncal, rigidos observadores de los usos y costumbres de sus antepasados; que ocupan una misma linea en lo mas elevado del Pireneo.: y que no obstante su proximidad á Francia pagan escaso ó quizá ningun tributo á la industria y modas de esta nacion.

Algunos de entre los primeros vecinos de los tres valles que citamos, ya conocidos por sus ideas poco monárquicas, confiados en la naturaleza de su pais no temieron declararse así que vieron estallar la guerra civil, en favor de la Infanta Doña Isabel. Las autoridades Cristinas de Pamplona se penetraron entonces de la importancia de los servicios que estos hombres les podrian prestar, é inmediatamente acudieron á animarles en su proposito, bien con el alhago y la lisonja, bien con la esperanza de la recompensa. Así, miéntras que en el resto de Navarra recogian el armamento que existia, conducian el necesario á los tres valles para que sus habitantes se opusieran á la entrada en ellos de los Carlistas. Los Ayezcoanos muy pobres de bienes de fortuna y demasiado sencillos para conocer su compromiso, no supieron negarse á los que tenian sobre sus espíritus alguna influencia y se resolvieron á la resistencia, pero

el comun de los de Salazàr y Roncal donde la ilustracion es mayor, y menor la miseria por que poseen muchos ganados, manifestaron una disposicion mas prudente ó menos decidida. Sin embargo, apenas conoció Zumalacarregui las intenciones ó proyectos de los generales Cristinos por cuanto hacian en Puente-la-Reina, se le representaron al vivo todos los diferentes y graves daños que le sobrevendrian si los tres valles permanecian armados, y desde luego pensó en vencer este obstaculo.

Como era muy regular que los Cristinos acudiesen á sostener á sus afectos ó aliados en el instante que viesen que los Carlistas se dirijian hácia los valles, Zumalacarregui para no darles tiempo, marchó rapidamente sobre Burguete y Espinal, á donde llegó el 16 de Enero ya muy avanzada la noche: su objeto era invadir en la mañana inmediata el valle de Ayezcoa, que solo dista de allí dos horas. El paisano Azanza vecino de Erro, que pasaba por hombre listo y de disposicion entre los de su clase, se anticipó algunas horas para sondear el espíritu de los Ayezcoanos sus amigos y vecinos, con los cuales pasó gran parte de la noche ; y habiendo sido testigo de la impresion que hizo entre estos la noticia del arribo de los Carlistas á la frontera de su valle,

regresó á donde le esperaba Zumalacarregui, atónito de la resolucion en que estaban. El juicio de Azanza dió que reir á aquel, pero no obstante, así que amaneció, adoptó todas las medidas necesarias para asegurar la operacion, y sacando las tropas á formar en el llano de Roncesvalles, se comenzaron á ver varios grupos de hombres sobre una colina que sirve de barrera á la Ayezcoa. Entonces, los Carlistas se fueron en tres columnas ó divisiones hácia ellos.

Todavía faltaban dos tiros de fusil para que los Carlistas llegasen á donde estaban los Ayezcoanos, cuando estos dispararon sus armas, y sin detenerse ni aun á cargarlas, hecharon á correr dirijiendose hácia sus pueblos, que enseguida abandonaron para buscar su salvacion en los bosques, llevandose consigo algunos hatos de ropa. Zumalacarregui en el momento que los vió dispersarse, mandó avisos á los lugares á donde creia que estarian, diciendo que regresasen á sus hogares sin el menor temor. Al entrar en las poblaciones tomó todas las providencias y medidas necesarias para evitar cualquiera exceso, é hizo tambien leer á sus soldados una órden ó proclama (*a*) que el lector podrá ver

(*a*) Véase el número 4 de los documentos justificativos.

entre los documentos justificativos insertados al fin. Poco tuvo que sufrir el soldado Carlista al verse privado del despojo de los Ayezcoanos ; lo que mas importaba á la causa que defendia, y aun á él mismo, era el asegurarse de su adhesion, y Zumalacarregui que lo comprendia así, no perdió medio alguno para alcanzarlo, dandoles pruebas inequivocas de desinterés, indulgencia y olvido. En el primer momento dudaron los motores principales de esta mal desempeñada resistencia, de la sinceridad del perdon, pero habiendose al fin persuadido de ella, volvieron todos á sus casas. En los tres ó cuatro dias que duró esto, hubo banquetes y copiosos brindis; no tan ricos, fastuosos, y esplendidos, como los que el incomparable Farnesio daba ú ordenaba dar á los Walones en Flandes, cuando se operaba la reconciliacion de estos con su soberano, pero que no obstante su frugalidad, y aun rusticidad y miseria, iban dirijidos al mismo objeto. En esta ocasion los curas parrocos como los mas principales y de mayor influencia, tuvieron el primer puesto, no por deferencia á su carácter, sino por que (¡ parecerá imposible!) habian sido en la Ayezcoa los que primero se manifestaron anti-carlistas.

Obrando de la manera que se vé, consiguió

Zumalalacarregui en pocos dias hacer un cambio tan completo, que casi se podria llamar metamorfósico; por lo que tuvo de pronto y de maravilloso; pues que nada hay tan dificil como el mudar la opinion del hombre. En consideracion á la miseria del valle no se les hizo pedido alguno extraordinario, mas se les recomendó de nuevo la perseverancia en el amor y adhesion á la causa carlista, por ser la misma que habia abrazado el resto de la Navarra. Antes de salir de la Ayezcoa, se recojieron las armas y municiones que existian en poder de los habitantes, cosa que de hecho era lo que mas convenia á estos, pues que les iba á libertar de los mayores compromisos. Preciso es aquí confesar que los Ayezcoanos fueron fieles observadores de lo que prometieron entonces á Zumalacarregui miéntras que este vivió, y que si posteriormente cambiaron, no fué la culpa suya sino del abandono en que los Carlistas los dejaron. Su mudanza provino de la indiferencia con que los sucesores de Zumalacarregui en el mando miraron este rincon, esteril á la verdad respecto á producciones, pero de un interés inmenso para las operaciones, y en particular para las que fuese necesario ó conviniese hacer en el alto Aragon. ¿Que puede decirse en disculpa de esta negligencia? solo

que, Zumalacarregui lo primero que procuraba era el prevenirse contra los sucesos adversos, al paso que otros, y en especial los que mas influian en las operaciones, no contaron sino con una continua prosperidad. De aqui el principal motivo por qué, los reveses que sufrian los Carlistas no tenian término medio.

A las armas recogidas en la Ayezcoa se juntaron las de los valles de Salazar y Roncal, cuyos habitantes las ofrecieron y entregaron con la mejor voluntad, excepto los instigadores que sin oponerse se retiraron á Francia. Este armamento sirvió para completar el que faltaba á los Carlistas. Su calidad inferior hizo que los soldados á quienes les tocaron, los recibiesen con muy poco gusto, y solo por que les constaba la dificultad que por el pronto habia en adquirir otros.

Al saber las autoridades Cristinas de Pamplona la entrada de Zumalacarregui en los valles, se incomodaron hasta lo sumo y deseaban que las colunas volasen al socorro; pero Lorenzo y Oráa no podian hacerlo en el momento á causa de la proteccion que debian dar á los que trabajaban en las fortificaciones de que hemos hablado. Terminadas que fueron las de Puente, pasaron á hacer lo mismo en Estella y Los-Ar-

cos. Esta operacion era en extremo sabia, pues ademas de otras infinitas ventajas les proporcionaba estas tres; la de reducir el teatro de las operaciones y los recursos á sus adversarios: la de asegurar la comunicacion desde Pamplona á Logroño: y últimamente la posesion exclusiva de tres poblaciones importantes entre las de Navarra. Tales habian sido las intenciones y proyectos de los Cristinos, pero Zumalacarregui, con el desarme efectuado en los tres valles y su reconciliacion, supo abrirse una nueva puerta de socorro, mucho mas facil de poderla conservar que las que le tomaron. El general Carlista, no obstante que su carácter distaba mucho de ser confiado al extremo, daba tal importancia á estas últimas operaciones, que públicamente decia á los oficiales, que ya no temia á sus adversarios aunque triplicasen las fuerzas.

Al dejar Zumalacarregui la Ayezcoa, descendió del Pireneo y se vino á descansar á Lumbier. En esta villa se encontraron en breve tiempo concentradas todas las fuerzas Navarras, excepto el 5° batallon que constantemente permanecia en el Baztan con los gefes Ibarrola y Sagastibelza.

La improvisa aparicion de los Carlistas en Lumbier y su permanencia en el mismo, era ya

como amagar al Aragon. Esto no podia ménos de inquietar á Ezpeleta lo mismo que á Oráa, que todavía se consideraba como dependiente de aquel. Lorenzo que ya tenia en estado de defensa parte de las fortificaciones, las guarneció con tropa, y luego que remplazó esta con los nuevos socorros que le llegaron, se apresuró á venir al encuentro de la que entonces denominaban las autoridades Cristinas, *orgullosa faccion*.

Fundada la villa de Lumbier sobre una eminencia poco elevada, colocada entre dos rios que aunque vadeables en la mayor parte del año, le sirven de defensa, goza tambien la doble ventaja de contener en un corto recinto toda su poblacion, compuesta de dos mil y quinientos habitantes, entre los que no falta alguna industria y comercio. Todas estas particularidades y las excelentes salidas ó retiradas que ofrece, hacen de Lumbier un interesante punto militar.

Desde el momento que Zumalacarregui ocupó la villa, habia pensado esperar en ella á los Cristinos, mas de allí á poco se apoderó de su ánimo una lucha interior de respetos, consideraciones y quizá tambien de miras políticas: por qué si de un lado las ventajas de la posicion estaban bien palpables, de otro el compromiso del ve-

cindario era evidente. Esta última reflexion triunfó por fin de la primera, y de consiguiente desistió del proyecto de la defensa. Diferentes veces ya, durante las guerras que ha visto la Navarra en lo que corre del siglo, habian concebido la misma idea de defender á Lumbier otros gefes militares seducidos por las ventajas de su posicion; pero apenas llegó el caso de tener que obrar, venció siempre una especie de afeccion y de interés, que todos ellos tomaban por la suerte de esta villa.

Resuelto Zumalacarregui á abandonarla, aguardaba solo la mayor aproximacion de Lorenzo para volver á diseminar sus fuerzas por batallones, frustrandole de este modo sus esperanzas de combate y victoria. Se contaba el dia 24 de Enero cuando el general Cristino llegó con Orâa cerca del anochecer al lugar de Nardues. Como solo dista este pueblo una hora de Lumbier, presumió el Carlista que la intencion de su adversario fuese de venir á atacar luego de amanecer; y antes de que pudiese llegar este caso, ordenó é hizo ejecutar tales movimientos, que al fin consiguió que su adversario, hombre mas pronto y activo para arrojarse á cuantas empresas se le presentaban, que reflexivo para profundizarlas, no percibiese en el momento

en la idea de Zumalacarregui sino el temor y la fuga.

La primera fuerza de que el general Carlista se desprendió, era compuesta del 3[er] batallon de Navarra, mandado por su comandante D. Felix Ichaso, oficial que fué de la guardia Real. Este, saliendo de Lumbier á media noche, pasó en silencio en medio de las tinieblas por junto á los puestos avanzados de los Cristinos, y se dirijió atravesando una buena porcion de pais llano á Cirauqui, villa entre Puente-la-Reina y Estella, donde descansó por varios dias sin que nadie le molestase. Esto era precisamente lo que se proponia Zumalacarregui, por qué este 3[er] batallon todavía se resentia del deplorable estado en que quedó á consecuencia de su expedicion á Vizcaya.

Al mismo tiempo que rayaba el alba salió de Lumbier el 1[er] batallon de Navarra, seguido de toda la caballería y conducido por D. Francisco Iturralde, tomando la direccion de Sangüesa. Pocos minutos despues marchó tambien el 4° batallon por el camino de Nagore, mandado por su comandante D. Juan Bernardo Zubiri. Verificado esto, únicamente quedaban en Lumbier con Zumalacarregui el 2° batallon y la compañia de guias : pero apenas se pasó una media hora,

evacuó totalmente la villa y se retiró al lugar de Domeño, que por aquella parte es la primera grada para subir á la cadena principal del Pireneo. Ocupada que fué esta posicion, Zumalacarregui esperó saber el movimiento que harian los generales Cristinos.

Lorenzo, á quien no se puede jamas acusar de lento ni de perezoso, luego que amaneció tenia ya sus fuerzas sobre las armas, y como sin duda ignoraba el paso de los de Ichaso durante la noche por la inmediacion del punto que él ocupaba, puso la mayor atencion en observar el movimiento de los Carlistas de Lumbier. De este modo, la salida que al alba habian hecho los que conducian Iturralde y Zubiri, la supieron en el momento los de Nardues, y suponiendo sin duda que allí iban todos, dividieron prontamente sus colunas y siguieron el alcanze de los Carlistas. Oráa tomó la direccion de Sangüesa, y Lorenzo la de Nagore. La actividad misma ó precipitacion con que este último obró, no le permitió observar como debiera las cosas. El comandante Zubiri que como ya dijimos mandaba el 4° batallon, era el mejor práctico del terreno por donde lo conducia, y cuando le pareció que ya tenia á su perseguidor á bastante distancia, segun la instruccion que habia recibido, hizo de ma-

nera que Lorenzo perdiese la traza; y miéntras que la buscaba otra vez y hacia descansar á sus soldados de las grandes fatigas que en esta ocasion sufrieron, se pasaron varios dias.

Los esfuerzos que hizo Oráa para dar alcanze á los Carlistas conducidos por Iturralde, no fueron menores ni mejor recompensados que los de su colega. Oráa é Iturralde llevaban consigo la principal fuerza de la caballería. El Carlista, al cual servia esta de un grande obstaculo, se hizo así mismo esta reflexion. « Si los infantes nues-» tros resisten mejor el hambre y la fatiga que » sus adversarios, no obstante que todos son » Españoles; la misma ventaja en cuanto al su-» frimiento llevarán á sus caballos los nues-» tros. » Era la necesidad mas que la razon sin embargo, la que hacia discurrir así al gefe Carlista, y viéndose algo acosado por la parte de Aragon, pais que no conformaba en todo con el suyo, se refugió en el valle de Roncal (uno de los desarmados y sometidos recientemente) cuya escabrosidad es de las mayores. Oráa sin consideracion tampoco por su caballería, siguió los mismos pasos. Al ver Iturralde que ni aun el Roncal le servia de refugio, descendió de él, entró en Lumbier, cruzó toda la Navarra y por fin se pasó á tierra de Estella. Cuando

llegó aquí, hombres y caballos estaban fatigadisimos á no poder mas. Obstinado Oráa en darles alcanze, pocos momentos tardó en aparecer á la vista del lugar donde aquellos se encontraban, pero el estado de su gente era infinitamente peor que el de los perseguidos, y la caballería Cristina estaba de tal manera maltratada, que fué preciso sangrarla. Diose Oráa por vencido en cuanto á su proyecto de dar alcanze á los Carlistas, y se paró afin de recuperarse de tantas fatigas. Dos dias despues, los Carlistas estaban ya en disposicion de hacer cualquiera correría, miéntras que los Cristinos todavía se resentian de la última.

En el tiempo que así corrian, segun decimos. Lorenzo tras de Zubiri, y Oráa tras de Iturralde, Zumalacarregui con la fuerza que se habia reservado se vino sobre la guarnicion de la Fabrica Real de Orbaiceta, situada en aquella parte del valle de Ayezcoa mas proxíma á la raya de Francia; pues que, despues del desarme de los Ayezcoanos, y de sus vecinos los Salazencos y Roncaleses, quedaba todavía en sus cercanías esta guarnicion Cristina compuesta de doscientos hombres, la mayor parte Carabineros de costas; estos, ademas de ser dueños de la comunicacion por una buena porcion de frontera, hacian con-

tinuas correrías por la circunferencia y esparcian por ella el alarma. El edificio que servia de refugio á esta gente, era la misma Fabrica de Orbaiceta ; fuerte no solo por efecto de la solidez de sus paredes y de la localidad que ocupa, sino tambien por las obras de defensa que se habian ejecutado últimamente. No obstante, Zumalacarregui así que las hubo bien examinado, antes de comenzar alguna operacion hostil contra ellas, mandó un parlamento al coronel Bayona comandante de la Fabrica, intimandole su entrega, bajo ventajosas y no deshonrosas condiciones; añadiendo que de no avenirse á ellas, era tal la resolucion con que venia, que á trueque de tomar el fuerte sacrificaria hasta trescientos hombres. En el principio, Bayona no se decidió por nada, pero habiendo sido nuevamente mandados al fuerte los gefes Carlistas D. Miguel Gomez y D. Juan Antonio Zaratiegui, y venido despues otros dos de los del fuerte á donde estaba Zumalacarregui, se estendieron las bases de una capitulacion que quedó enteramente arreglada, firmada y ratificada, antes de la hora de las doce de este mismo dia 27 de Enero en que los Carlistas aparecieron á la vista de la Fabrica.

Nosotros no sabemos á punto fijo los motivos

que pudieron influir en el ánimo del comandante Bayona, para allanarse tan facil y prontamente, á firmar una capitulacion con hombres que su Gobierno trataba como á unos rebeldes ó miserables, cortos en número, y destituidos de todo humano recurso. Por otra parte, la Fabrica podia resistir mucho, y dos ó tres dias eran suficientes para que llegasen allí en su auxilio las fuerzas de Lorenzo, Oráa, ú otra qualquiera superior á la sitiadora. Hasta el cielo por un órden el mas natural, podia de un instante á otro mandar en su auxilio un socorro poderosisimo por medio de una nevada, pues nada tan incierto como el buen tiempo que en este momento hacia en lo mas elevado del Pireneo. Sin embargo, causas debia haber bastante fuertes para que Bayona oficial de talento y de alguna reputacion, abrazase tan pronto el partido que se le propuso. ¿Serían acaso motivos de consideracion hácia las familias de diferentes empleados que contenia la Fabrica? Nosotros lo ignoramos, pero el resultado fué que sin gastar un cartucho ni perder un hombre, Zumalacarregui se encontró poseedor de la Fabrica, y dueño de doscientos fusiles excelentes; de un cañon de á cuatro de bronce, y de mas de 50,000 cartuchos de fusil. Todos objetos de una inmensa

importancia para quien no tenia almacenes, ni otros recursos por el presente para continuar la guerra, que aquellos que á viva fuerza pudiera tomar á sus enemigos. Allí encontraron tambien los Carlistas una gran cantidad de balerío de cañon y varios proyectiles, producto de la misma Fabrica, sobre los que, ni los que los abandonaron, ni los que los encontraron, pusieron la menor atencion; mas el tiempo nos hará ver su importancia.

En honor de nuestra nacion debemos confesar aquí, que los soldados del fuerte dieron claras muestras de ser españoles cuando se les ordenó entregar las armas, y que resistiendose de algun modo á hacerlo, obligaron á sus oficiales á que acudiesen á Zumalacarregui, quien habiendose presentado al momento en el fuerte con solo una compañia, les dijo entre otras varias cosas estas palabras. « Pues que ¿ os avergonzareis vosotros » acaso, de hacer lo mismo que hicieron en otros » tiempos los mayores guerreros de Europa, » cuando la fuerza, la subordinacion ó el destino » les contrariaba la voluntad? El buen soldado » ha cubierto todo el lleno de su deber con solo » ejecutar fielmente lo que le ordena su gefe. » Despues de desarmados los Cristinos, Zumalacarregui se vino con los suyos á descansar á los

pueblos inmediatos que pertenecen á la Ayezcoa, cuyos habitantes le recibieron con grandes demostraciones de contento.

Cuando en vez de la noticia del exterminio de los Carlistas, que por momentos estaban esperando en Pamplona, recibieron la del resultado de las operaciones de Lorenzo y Oráa, que en final habian terminado por la fatiga de sus soldados,estropeamiento de su caballería, y muchas bajas de hombres, y supieron ademas que Zumalacarregui era dueño de la Fabrica de Orbaiceta, facil es suponer cuan sensible les seria; y como si no les bastasen ya tantas fuerzas y recursos como tenian, y el conocimiento y zelo de los caudillos que dirijian las operaciones, instaron fuertemente á Valdes general en gefe del llamado ejército del norte, que á la sazon se hallaba en Vizcaya, para que viniese prontamente á poner limites al incremento y esperanzas de la *orgullosa* faccion.

No se hizo sordo Valdes á los votos de los que tal confianza tenian en él; ni fué tardió en llegar á Pamplona, donde reuniendo una coluna de cinco á seis mil hombres, se puso con ella inmediatamente en marcha hácia Lumbier. Zumalacarregui ocupaba por este tiempo la villa con los batallones 1° y 2° de Navarra : las compañias de

preferencia del 4° y la de Guias : en todo unos mil quinientos hombres.

A la vista ya de Valdes, Zumalacarregui comenzó su retirada hácia Domeño. El Cristino atravesó, sin pararse, Lumbier y siguió la huella del Carlista. Asi que lo observó, Zumalacarregui dispuso su gente en batalla para recibirlo, mas poco despues cambió de proposito y ordenó continuar la retirada.

Unas dos horas mas atras del punto en que se encontraban los Carlistas, hay un boquete estrecho y de una estension como de dos tiros de fusil, al cual se dá el nombre de Foz de Aspurz. Esta garganta por la que pasa el camino que dirije de Lumbier á Navascues es de tal naturaleza, que casi solo con piedras podria defenderse. Llegado que fué aquí, Zumalacarregui distribuyó sus tropas, seguro de que si en aquella misma tarde las de Valdes se atrevian á pasarla, sufrirían un grande descalabro antes de que lo llegasen á conseguir. No era lo mas creible que se arrojasen á un tal empeño viniendo entre ellos Oráa que conocia mejor que otros el pais, pero á veces aun el hombre mas previsor comete alguna imprudencia.

Colocadas ya las tropas en lugar conveniente, Zumalacarregui mandó algunos oficiales y solda-

dos, conocedores de la tierra, de vijias ó atalayas á las cumbres vecinas, por que de otro modo era imposible el saber si el enemigo venia ó no. La tarde declinaba á grandes pasos : los ojos se volvian hácia todas partes, y sin embargo, nada se veía. Finalmente se descubrió un pastor que se aproximaba á todo correr cargado con una gran piedra de forma delgada y plana, y como de pie y medio de extension. Asi que llegó el conductor á la presencia de Zumalacarregui, se descargó de su peso, pidiendole al mismo tiempo que leyese lo que en la piedra estaba escrito. Hizolo el general y se encontró con un parte ó relacion bastante detallado del lugar donde se habia detenido Valdes, y de cuanto se vió que hicieron en seguida sus tropas; y de ello aparecia evidente que su intencion fuese la de pasar la noche en el mismo sitio en que se hallaban. Sin duda, que el oficial que mandó al pastor con la piedra lo calificó de muy corta capacidad, cuando viéndose sin lo necesario para escribir, apeló á este nuevo modo de correspondencia.

La piedra decia que los Cristinos quedaban acampados en una aldea de cuatro casas llamada Yso, distante media legua de la posicion que ocupaban los Carlistas. Zumalacarregui en vista de esto se persuadió que en el siguiente dia

no pasaria Valdes la Foz sin destacar anticipadamente una parte de sus fuerzas para flanquearla mediante un rodeo de dos leguas, y asegurar de este modo el paso de las restantes. En este concepto consideró no solo inutil ya, sino hasta comprometida su permanencia en el punto que ocupaba, y se retiró á Navascues. Al llegar á esta villa, acomodó bajo techado sus soldados; alivio que, no obstante todas sus ventajas sobre estos, no pudo dar por entonces el general Valdes á los suyos.

Llegada la mañana, Zumalacarregui reunió su gente muy temprano y continuó la retirada; pero como se habia propuesto combatir sobre la marcha, iba examinando todas las posiciones que encontraba, afin de escojer la que le ofreciese la ventaja de ser mas dificilmente envuelto por sus enemigos. Apenas habria andado dos horas, cuando fijó su eleccion sobre una altura casi inexpugnable, dividida por un pequeño rio que desciende de Salazár, y por cuya orilla vá el principal camino que dirije á este valle. Puso Zumalacarregui gente á los dos lados de este en lo alto de la montaña, y el resto de la fuerza la destacó á otros puntos mas avanzados, como para empeñar asi mejor á los Cristinos á que viniesen al paraje que deseaba.

Un pequeño pueblo llamado Huesa existe delante de la posicion escojida, pero no debia servir mas que de testigo al suceso que se preparaba.

Medio dia era pasado, cuando las guerrillas Cristinas compuestas de Carabineros guardacostas tan acostumbrados á recorrer montañas, dispararon sus armas contra los Carlistas. Poco despues, el fuego era general por toda la cordillera que casi completamente circunvala á Huesa, y hasta en el llano donde se encuentra situado este pueblo. De allí á poco, todo el combate estaba concentrado en el boquete por donde pasan el rio y el camino de Salazar. Defendiose Zumalacarregui hasta cerca de anochecer, causandoles daño considerable á los Cristinos, quienes entre tanto, siendo sus reservas tan abundantes, habian tenido tiempo bastante para estender sus alas trepando elevadisimas montañas, y aproximandose al fin á los flancos Carlistas. Zumalacarregui para observar los puntos por donde sucesivamente le iban amagando, se vió precisado á esparramar demasiado sus fuerzas, lo que unido á la falta de municiones que ya esperimentaban los suyos, le obligó á retirarse apenas oscureció; pero con muy escasa perdida. En esta accion de

Huesa se distinguió mucho D. Antonio Baijes, natural de Cataluña, el cual aunque de ideas liberales hasta el punto de hallarse por esta causa proscripto, habia venido á presentarse á Zumalacarregui en calidad de voluntario. Algunos meses despues se retiró á Francia y ya no volvió al ejército Carlista, sin embargo de que su general le trató con distincion, calificandolo de hombre emprendedor y valeroso. Nada habiamos oido decir de Baijes hasta que, hace pocos meses, le vimos citar en los periódicos como presidente de la Junta revolucionaria de Barcelona, y poco despues leimos tambien la noticia de su fin, peleando en las calles de aquella ciudad. Esta particularidad nos ha inducido á hacer mencion de él.

Hecho dueño Valdes del campo de batalla pudo disponer el que se reconociese, y como entre los heridos que allí se encontraron existian algunos Carlistas, los cuales no pudieron los suyos retirar á causa de la aspereza, mostro el general Cristino verdaderos sentimentos de humanidad, ordenando fuesen conducidos al inmediato pueblo de Huesa, curados, y recomendados al rejidor y al cura. El hecho nos persuade que si Valdes hubiese continuado en el mando del ejército Cristino, jamas la guerra

tomara aquel carácter de barbarie á que la condujeron con una conducta bien diferente sus sucesores Quesada, Rodil, y Mina.

Tambien Valdes se hizo notar por el modo como redactó el parte del acontecimiento de Huesa, pues en él no habia exageraciones monstruosas, ni el dictado de *faccion*. Como por los mismos altos é importantes empleos que este general ha desempeñado en el Gobierno Cristino, se evidencia la prueba de la confianza que le ha merecido, lo que destruye toda tacha de simpatía por los defensores de Cárlos V°. nos hacemos un deber en decir que ninguno comprendió mejor que Valdes el respeto y consideracion de que eran dignos unos hombres que sostenian espontaneamente á costa de su propia sangre, una causa que sabian era la mas justa; y que en medio de tantas privaciones como las que sufrian, observaban una severa disciplina, y tenian una organizaeion en nada inferior á la de los primeros ejércitos de Europa.

Despues del combate de Huesa, Zumalacarregui continuó su retirada, y todas las maniobras ejecutadas por su perseguidor á intento de darle alcanze, terminaron como las precedentes por grandes é inutiles fatigas. Estas y el que ya se

comenzaba á hablar de que se le daba á Valdes un sucesor, fueron causa de que las columnas Cristinas se mantuviesen por algunos dias en la inaccion. Zumalacarregui los pasó en Navascues, ocupado en el arreglo de sus batallones, en tomar las convenientes disposiciones para el fomento de los mismos, y en hacer circular por el pais aquellas órdenes ó providencias que su grande perspicazia conocia debian ponerse en práctica, para contrarestar los manejos de los Cristinos.

La legítima Diputacion del Reino de Navarra existia en Pamplona bajo el yugo del Gobierno Cristino. Debiles los miembros que la componian para defender sus derechos, independencia y dignidad; habian no solo prestadose contra sus convinciones á proclamar por su Soberana á la augusta hija mayor de Fernando VII, sino tambien dirijido su voz en este sentido á los pueblos por medio de la prensa; y esto era muy de temer pudiese formar algun contrapeso en la opinion de las masas, á causa del influjo moral que tenia sobre ellas esta corporacion. Entre los diputados habia á la verdad, cinco á los ménos de los siete, que eran tan afectos al partido Carlista y á los intereses del pais como los que llevaban las armas en su de-

fensa; pero cediendo á las circunstancias del momento, servian de instrumento contra aquello mismo que creian en conciencia ser lo mas justo. Zumalacarregui profundamente persuadido de los males que podria atraer semejante condescendencia por parte de la Diputacion, se apresuró á publicar un decreto en que los declaraba para en adelante reos de lesa Magestad, é hizo de manera que oficialmente recibiesen la noticia en el mismo Pamplona donde se encontraban. Sin pasar con sus medidas mas adelante, esto solo bastó á lo que se propuso; pues que, apenas se sintieron oprimidos con aquella especie de anatema, el mayor número de los diputados cesó bajo diferentes pretextos, de mezclarse en todo negocio político. Nobles caballeros, cuanto venerados y respetados varones de la sociedad pacifica, su edad, familia, conveniencias particulares, genero y sistema de vida, les aconsejaba no tomar parte en la dudosa cuanto terrible tormenta que se preparaba en el corazon de su patria, y cuyos tremendos silvidos les amedrentaban.

Si poderoso y eficaz resultó el remedio que adoptó Zumalacarregui contra los miembros de la Diputacion, no fueron ménos utiles los que empleó para sostenerse en la dificilisima posi-

cion en que ahora se encontraba. Las instrucciones que por escrito y muy por extenso dió á los gefes de los batallones con el fin de impedir el mal efecto que empezaron á producir algunas voces esparcidas cautelosamente entre las filas, y la enérgica circular que mandó á las justicias prohibiendolas dar ningun parte ó aviso verbal ni por escrito á los Cristinos; fueron como las piedras angulares de su futuro engrandecimiento. Esta circular pasando desde un alcalde á otro, no solo atravesó y recorrió las montañas de Navarra, sino que circuló en las llanuras, penetró en el alto Aragon, y hasta pasó por las manos de las justicias en cuyos pueblos habia guarnicion Cristina. La circular mandaba firmasen al pie todos los que la recibiesen, como una señal de que admitian la responsabilidad, y á pesar de esto, ninguno se negó á tan grave compromiso: de modo, que al volver aquella á sus manos Zumalacarregui no pudo menos de manifestar la mayor admiracion. Cotejese ahora esto con la interceptacion continua de las órdenes de los Cristinos, y saquese por consecuencia cual era en aquellos momentos el estado moral de las masas. Zumalacarregui perseguido, sin mas apoyo ni recursos que los que le sugeria su ingenio, ni otro

medio para substraerse de las persecuciones, que la movilidad de sus voluntarios, viviendo ademas á costa de esos mismos pueblos que nada tenian que esperar por entonces, sino desventuras de la guerra; Zumalacarregui, decimos, era obedecido ciegamente por la sola razon de que mandaba en nombre de Cárlos V°, de quien sin embargo, todavía, ni habia recivido la menor órden, ni sabia el paradero, ni aun siquiera si lo que hacia merecia su Real aprecio; al paso que el Gobierno Cristino con todo el poder del Estado á su disposicion, y con medidas sangrientas, no podia conseguir el hacerse respetar.

Ocho dias contaba el general Carlista de permanencia con dos de sus batallones en Navascues, cuando se vió precisado á abandonarlo á causa de la proximidad de la division de Oráa. La mente de Zumalacarregui estaba por este tiempo ocupada en un todo del proyecto de ejecutar por sorpresa un golpe de mano sobre su adversario: pues que se lisongeaba por anticipado de que en el caso de un feliz resultado, sus voluntarios valientes aunque visoños no solo recibirian un nuevo aliento, sino que tambien con la vista de los prisioneros y trofeós militares que contaba se tomarian en la empresa,

se sentirian dispuestos á ejécutar otros golpes de mayor importancia.

Por otra parte, aunque los efectos de la sorpresa no fuesen tan dañosos á los Cristinos como el Carlista esperaba, parecia natural que este suceso les pusiese en la precision de adoptar en adelante rigurosas medidas de precaucion; de lo cual no podian prescindir todas las veces que pernoctasen en pueblos abiertos. Este servicio estraordinario, recayendo sobre unos soldados en extremo fatigados por consecuencia de la jornada del dia precedente, no podia ménos de ser muy molesto, y para algunos de ellos hasta insoportable. Penetrado pues Zumalacarregui de las utilidades de su proyecto, trató de ejecutarlo lo mas pronto posible.

El 17 de Febrero, los Carlistas que habian salido el dia anterior de Navascues, iban retirandose desde Nagore á Zubiri. Durante esta marcha tenian siempre la plaza de Pamplona á tres ó á lo mas cuatro leguas de distancia, y segun todos los avisos, hácia esta parte debia encontrarse en la noche última la division de Lorenzo. La circunstancia de ocurrir esto miéntras que Oráa seguia á gran paso la huella de los de Zumalacarregui, persuadió á este general de que entre los dos Cristinos existía una combinacion;

pero como hallase el puente y punto de Zubiri libres, cesaron todos sus temores; y solo pensó en ejécutar aquella misma noche el golpe que meditaba.

Al salir de Zubiri, Zumalacarregui tomó el camino de Olagüe, y asi que hubo andado como dos leguas por este, hizo detener cinco de sus compañias, las dos de preferencia del 1er batallon; las dos del 2°, y la de guias. Separadas estas, ordenó que el resto de la fuerza continuase la marcha en la direccion que llevaba, miéntras que él mismo se retiró al fondo de un espeso bosque que tenia vecino con las cinco compañias; mandadas por el comandante D. Francisco Garcia, los capitanes D. Fructuoso Bayona, D. Cipriano Muzquiz, D. Martin Senosian, D. Francisco Landa, y D. Martin Uriz. Zumalacarregui desde el bosque que ocupaba mandó, no soldados, por que esto podia infundir sospechas, sino paisanos del pais que á prevencion hizo viniesen de los pueblos inmediatos, para cortar toda comunicacion con Zubiri y lugares contiguos: pues que regulando las cosas por el tiempo y la jornada que hacian aquel dia los de Oráa, se calculaba que estos vendrian allí á pernoctar, y era preciso que este general lo ignorase todo, ó que caso de

saber algo respecto á la direccion que llevaron los de Zumalacarregui, fuese únicamente que marcharon hácia Olagüe. Un habil confidente que tenian los Carlistas, hijo de estos parajes, tomó á su cargo el ver por sus ojos mismos las disposiciones de vigilancia, retenes y avanzadas que tomasen los de Oráa en aquella noche; ofreciendo venir despues con la noticia á donde se encontraba Zumalacarregui. Efectivamente cumplió su palabra, pues pocas horas habrian pasado cuando ya estaba de vuelta. Oráa habia alojado sus tropas en Zubiri y Urdaniz, lugares de corto vecindario pero muy inmediatos; mandando el destacamento de caballería que le acompañaba á una venta situada entre las dos poblaciones.

A media noche Zumalacarregui ordenó á los capitanes formar sus compañias. Reunidas estas á la luz que arrojaban una docena de robles en pie todavía ardiendo en este momento, les enteró de cual era su proyecto, y en seguida elijió la gente en el órden que debia ejecutarlo. El estudiante D. José Amezqueta, natural de Mendigorria, que de simple voluntario llegó mas tarde á fuerza de hechos de valor hasta el grado de coronel y que por fin perdió la vida de resultas de la última herida que recibió, fué

en esta ocasion el que mereció ser eligido por Zumalacarregui para marchar el primero.

Una compañia de las cinco se destinó para que hiciese fuego contra el pueblo de Zubiri donde se encontraba Oráa : otra para que al mismo tiempo atacase la venta donde estaba alojada la caballeria; miéntras que las tres restantes penetrarian en las calles y aun casas de Urdaniz ocupadas por quinientos á seiscientos Cristinos.

La noche que al principio era alumbrada por una clarisima luna, habiendose esta ocultado despues, quedó estremadamente oscura. Entonces Zumalacarregui con el fin de evitar las terribles consecuencias que podrian resultar de esto, mandó á los soldados que para no equivocarse y hacerse fuego ó herirse los unos á los otros, se pusiesen la camisa encima del resto de de sus vestidos. Como estaban en tiempo de carnaval, la inexperta cuanto alegre milicia, tomó al principio lo que se le ordenaba por una especie de mascarada, y entre chanzonetas y jocosidades lo ejecutaron al instante : mas al fin conocieron por los resultados, de cuanta utilidad les sirvió la sabia precaucion de su general.

Despues de varias dificultades á causa de lo malo de los caminos y de la grande oscuridad,

cerca de las dos y media de la mañana llegó á su destino cada una de las fracciones mandadas, y casi á un mismo tiempo se oyó el fuego contra Zubiri y Urdaniz. En el primero de estos puntos los Cristinos se mantuvieron encerrados dentro de las casas que ocupaban; desde cuyas ventanas contestaban dirijiendo sus disparos hácia la parte que veian salir los fogonazos. Los Carlistas no tenian allí otro objeto que el de entretenerlos afin de que no impidiesen lo que mas resuelta y decididamente se estaba practicando en los otros dos parajes ocupados por el resto de la coluna de Oráa. La caballería alojada en la venta, no teniendo ningun médio de defensa y falta de medidas de precaucion, quedó desde luego en poder de los Carlistas; pero en Urdaniz donde se alojaba la infantería y contra la que el ataque se dirijia mas particularmente, los sucesos ofrecieron todo el carácter de un reñido combate. Aqui, los voluntarios que iban á la cabeza se arrojaron sobre la primera avanzada y la acuchillaron: el fuego que hizo la segunda puso á todos en alarma, pero á pesar de esto, los Carlistas penetraron en la mayor parte de lo bajo de las casas, travandose en segnida un combate en cada escalera. Algunos caballos que hallaron en las cuadras, ó los mataron allí, ó los condu-

jeron consigo. Ninguna cosa tan facil en este momento para los Carlistas como el haber puesto fuego á las casas y hecho perecer por este medio á sus enemigos ; pero esto que sin duda no hubiera formado el escrupulo en otros , se conciliaba mal con el principio de equidad y justicia que observó siempre Zumalacarregui en favor de los pueblos.

Como todas las ventajas de la sorpresa estaban ya alcanzadas, el general Carlista hizo la señal de retirada; y con la mayor presteza despues de reunir sus soldados con los prisioneros, caballos y armas que habian cojido, se dió priesa en alejarse de allí; suponiendo que así que amanaciese y viesen los Cristinos el corto número de los que validos de las tinieblas les acometieron, pondrian todos los medios posibles para darles alcanze y rescatar lo que les llevaban, ó bien vengarse de lo que habian sufrido. Grande fué la diligencia de Zumalacarregui, pero no obstante, al dia siguiente ya venian Lorenzo y Oráa muy cerca de la retaguardia. El Carlista habia dado la órden con anticipacion de que se concentrasen la mañana de este mismo dia dos batallones Navarros, un Guipuzcoano, y otro Alaves , en el puerto de Lizarraga , y juntando aqui la fuerza que conducia se preparó á recibir

á sus adversarios. No tardaron estos en llegar hasta el pie del puerto, pero teniendo sin duda por inexpugnable la posicion, se volvieron atras. De este modo Zumalacarregui arbitro del campo, gozó tranquilamente de un triunfo completo, el cual acrecentó inmensamente su prestigio y la gloria de las armas de Cárlos V°.



## CAPITULO IV°.

Deseos que animan al Gobierno Cristino. — Instancias del general Quesada. — Su conducta anterior. — Sus esperanzas presentes. — Obtiene el mando del ejército del norte. Mensages y cartas mandados por Quesada á los Carlistas. — Conducta de Zumalacarregui. — Junta tenida en Lumbier. — Discurso pronunciado en ella por el autor. — Declaracion de Zumalacarregui. — Manifiesto de Lumbier. Despecho del general Cristino. — Sus primeras operaciones. — Accion de Muro. — Combate de Vitoria y Gamarra. — Expedicion de Zumalacarregui á Calahorra. — Riesgo en que se encontró en los montes de Alda. — Noticias recibidas del Rey y carta autógrafa de S. M. — Mensage de Carnicer. — Vá Zumalacarregui al Baztan. — Encuentró con Quesada cerca de Alsasua. — Represalias. — Sucesos ocurridos con motivo de cuatro oficiales prisioneros en Los-Arcos. — Invaden los Cristinos las Amezcoas. — Sorpresa de Muez. — Expedicion de Quesada al Baztan. — Zumalacarregui en Belate, Aspiroz, y Borunda. — Accion de Gulina. — Los Oficiales Cristinos elogian públicamente la capacidad de Zumalacarregui. — Acontecimientos en el Portugal. — Es nombrado Rodil para remplazar en el mando á Quesada. — Las tropas que conduce consigo son revistadas en Madrid por la Reina viuda. — Confianza extremada de Rodil. — Se avanza hácia el teatro de la guerra. — Concentracion de fuerzas sobre Logroño. — Alocucion de Zumalacarregui á las tropas. — Singular entusiasmo. que produce un NO. — Causa inesperada que la paraliza.

Por estos dias, la inquietud habia ya comenzado á apoderarse del ánimo de los que tenian en sus manos el timon del Gobierno. La

causa era la consistencia que tomaba la guerra, cuando por otra parte la política del gabinete Cristino se ocupaba de persuadir á las demas Naciones, que la España en general, se mostraba satisfecha y aun contenta con las novedades introducidas; lo que á la verdad, los hechos estaban muy lejos de confirmar. El paralelo que podia hacerse entre los medios materiales de uno y otro partido con sus resultados, contradecia altamente lo que la diplomácia Cristina se habia propuesto principalmente; pues que con la apariencia de estabilidad y de órden que se esforzaba en dar á su obra, pretendia nada menos que resolver á los Estados que se negaban á reconocer á la Infanta Doña Isabel como á Reina de España, á que lo verificasen.

En medio de estas miras políticas que dominaban en el gabinete Cristino, facil cosa le debia ser al general Quesada, hombre de suma influencia segun los altos cargos que desempeñaba, y lo que cooperó al nuevo órden de cosas, el persuadirle de la útilidad y ventajas que sacarian si se le autorizaba, para tener como particular, una correspondencia amistosa con los caudillos ó cabezas principales de los que llamaba *rebeldes* de Navarra. En apoyo de lo que pedia, citaba Quesada su ascendiente é influen-

cia adquiridos en otra época sobre todos aquellos, y el prestigio y relaciones que al mismo tiempo tuvo en este pais que servia al presente de teatro á la guerra. Nada tan ligero ni presuntuoso como el modo de hablar Quesada al Gobierno en esta ocasion; pues le decia que el negocio de la pacificacion de Navarra ya fuese por una transaccion ó convenio, ó bien por via de las armas, se le debió haber confiado desde mucho antes, supuesto que por los mismos antecedentes de su carrera militar, estaba bastante indicado que su intervencion y credito, serian suficientes para sacar al Gobiernio del apuro en que por causa de la guerra se encontraba. Muy fragil debia ser sin duda el cimiento sobre que se fundaron tales esperanzas, segun el resultado que tuvo como brevemente lo vamos á exponer.

Luego que en el año de 1820, rejia en España el sistema constitucional, el mariscal de campo D. Vicente Quesada, gobernador que era de la plaza de Santander, hizo dimision de este empleo, y poco despues se expatrió. En el tiempo de su permanencia en Francia, la Junta Realista española que allí existía, le nombró gefe de trescientos á cuatrocientos emigrados, la mayor parte oficiales; con los cuales Quesada pasó la

frontera, penetró en Navarra, y levantó este pais contra el sistema constitucional. Es innegable que los hombres que le acompañaron eran gentes de valor y de suma importancia para el objeto que se trataba, pero sin embargo, ninguno de ellos dejó de confesar públicamente que el mérito principal de la empresa correspondia al general. Conseguido ya lo primero que se propusieron, Quesada dirigió la guerra con honor y aun con gloria por espacio de varios meses, que fueron los que se mantuvo á la cabeza de las tropas que él mismo habia creado y disciplinado de una manera admirable. Zumalacarregui, Iturralde, Sarasa, Gomez, Goñi y otros muchos oficiales que ahora estaban con los Carlistas pertenecieron á las mismas, y este fué el orígen de las relaciones ó conocimientos que con todos ellos tenia Quesada. Motivos de rivalidad ó de una desordenada ambicion, le hicieron á este abandonar el brillante lugar que ocupaba para emigrar segunda vez á Francia, donde despues y como consecuencia de este primer paso, cambió tambien segun parece de ideas políticas. La opinion pública por lo ménos, le acusó entonces como uno de los que querian introducir innovaciones en el antiguo sistema monárquico de la España:

opinion que entonces rechazaron muchos hombres sensatos, pero que posteriormente ha justificado plenamente Quesada con su conducta. Sin embargo, concretandonos á hablar de la época que mandó en Navarra, debemos decir en alabanza suya, que fué en extremo activo, laborioso, zeloso de su reputacion, solicito de la disciplina, desinteresado, de una energia extraordinaria y de una severidad tal, que en varios casos la calificaron los Realistas sensatos hasta de cruel. Mas á pesar de las eminentes cualidades que le distinguían, ya fuese por causa de esta dureza de corazon ya porque su carácter siempre aspero y brusco y jamas afectuoso ni familiar se conformase muy poco con las costumbres del pais, y ménos aun de los soldados que mandaba, es positivo que nunca consiguió poseer aquella profunda y constante adhesion con qué siempre favorecieron los naturales Navarros á los buenos caudillos. Y sino obstante le tuvieron las tropas respeto y veneracion, y los pueblos le prestaron su apoyo miéntras mandaba, esto lo debió, primero, á la causa que defendia y despues á la conducta y crédito que gozaban sus gefes subalternos: por cuya razon, cuando Quesada los dejó para retirarse á Francia, pocos ó ninguno sintieron su ausencia, lo que no hu-

biera sucedido con solo haberse manifestado un poco mas franco ó popular.

Esta experiencia sin embargo, lejos de servir de saludable leccion á Quesada no tuvo la menor influencia en su conducta posterior. Tan dificil es algunas veces al hombre el poder vencer sus naturales inclinaciones y carácter, aun cuando de esto dependa su gloria é intereses particulares. Asi se vió en el tiempo que dicho general mandó la division compuesta de Alaveses y Vizcainos que con el ejército francés penetró en España en el año de 1823. Esta campaña que á la verdad no fué para Quesada de tanta gloria como la del año anterior, atendida la diferencia tan notable de peligros y dificultades entre ambas, la comenzó bajo los peores auspicios, pues todos las clases cuando tomó el mando se manifestaron poco satisfechas de su nombramiento. Otro que no fuese del temperamento de este general, facilmente hubiese triunfado y á poca costa de semejante contratiempo, mas su espíritu le conducia siempre á luchar contra la corriente, y por este medio, lo que en el principio no era nada, produjo despues grandes desavenencias,

De resultas de lo que entonces ocurrió á Quesada con algunos gefes de los Alaveses y Vizcai-

nos, su corazon se nutrió de vehementes deseos de venganza, y en efecto la tomó de todos los Vasco-navarros sin excepcion de clases : habiendole servido oportunamente para ello los importantes cargos de que se halló revestido : empleo bien diverso por cierto de lo que debian esperar todos los Realistas que militaron bajo sus órdenes : así, lo que debieron creer un dia que causaria su fortuna, se convirtió despues en perjuicio ó daño de ellos mismos.

Poco indulgente para disimular las mas leves faltas; nada generoso para con los debiles y desvalidos que se resolvian á solicitar su proteccion y arbitrario en sus diposiciones, á modales los menos corteses juntaba, Quesada, un lenguaje descomedido, de manera, que varias veces no satisfecho bastante su encono con paralizar y entorpecer por medio de sus informes intrigas y autoridad la administracion de justicia ó la gracia ó recompensa que algunos pedian, era tan impetuoso en sus transportes, que con frecuencia y facilitad se propasaba al insulto; y sin embargo, podemos asegurar que esto no hirió tanto la delicadeza de muchas de las personas que lo sufrian por venir de la parte de un superior potente, como laceraba sus corazones el ver que Quesada prodigaba las atencio-

nes y aun daba la preferencia á todos los hombres del partido Constitucional, miéntras que despreciaba y escarnecia á los que hicieron la guerra bajo su direccion contra aquellos, y contribuido con sus fatigas y su sangre á labrarle la reputacion y valimiento que actualmente gozaba. Este modo de obrar que por si solo deberia convencer á qualquiera hombre de razon y de juicio, que era lo mismo que renunciar á todo prestigio, credito é influencia que en virtud de sus antecedentes realistas tenia, Quesada lo juzgó sin duda de diferente manera, pues creyó que aquel respeto, obediencia y veneracion que en anterior tiempo le profesaron algunos, si bien despues les hubiese pagado tan mal, eran virtudes invariables, y como un vínculo en favor de su persona; aun cuando sirviese á diferente Soberano y á contraria política. Mucho nos duele llevar la crítica hasta este extremo, pero no hemos podido ménos de hacerlo para probar que Quesada debió concebirlo de este modo, pues que así obró en esta ocasion, contando con tanta seguridad sobre la subordinacion á su arbitrio, de las voluntades de unos hombres á quienes tenia tan ofendidos.

Despues de esto se podrá valuar mejor el objeto principal que Quesada se propuso en la

correspondencia que vamos á poner ahora á la vista del lector, pero para que no se nos atribuya el que obramos en todo lo que decimos de este general por espíritu de un bajo resentimiento, protestamos que jamas hemos sido víctima ni sufrido de su influencia ó sus desdeños. Aunque sin llamar la atencion á causa de nuestra juventud, sin embargo, la posicion que teniamos nos proporcionó el medio de conocerle y de poder observar en un principio varias escenas que han servido despues á formar el concepto que manifestamos de las cosas.

Autorizado Quesada para hacer lo que tanto deseaba, tuvo la facilidad de aproximarse desde luego al teatro de la guerra sin necesidad de salir del territorio de la capitanía general de Castilla la vieja que á la sazon mandaba, y desde Logroño expidió al campo Carlista á dos oficiales navarros que venian entre los de las tropas que le acompañaban, llamados D. Francisco Antonio Vidondo y D. Jacinto Eraso, á los cuales dió un papel firmado por él, cuyo literal contexto era este :

Capitanía general de Castilla la vieja.

« Logroño 31 de Enero de 1834.

» El sincero y verdadero afecto que conservo á » los Navarros mis antiguos compañeros de ar-

» mas, y en el dia desgraciadamente extraviados y
» engañados indudablemente; me mueve á inte-
» resarme en su triste suerte, y á comisionar á los
» portadores, para que les hagan conocer mis
» beneficas intenciones hácia ellos, esperando les
» dén un entero credito y que confien en la sin-
» ceridad de las promesas que les hagan en mi
» nombre, cuyo cumplimiento lo garantiza con su
» palabra de honor,

VICENTE de QUESADA.

» A los gefes, oficiales y voluntarios de los
» cuerpos rebeldes de Navarra. »

Los comisionados ó enviados de Quesada despues de andar algunos dias en busca de Zumalacarregui, le alcanzaron finalmente en el pueblo de Domeño cerca de Lumbier; y habiendole mostrado su escrito y expuesto lo demas de que iban encargados, fueron licenciados llevando por repuesta algunas palabras bastante ambiguas y poco concluyentes. No obstante, debemos decir que siendo los dos oficiales mandados por Quesada realistas y navarros, se les acogió y trató con toda cordialidad.

Entre tanto, el general Cristino pensando asegurar mas el buen éxito de su negociacion, mandó á llamar á D. Javier Uriz, propietario de

consideracion y vecino del lugar de Sada en Navarra, al cual conocia por la parte que tomaron en el año de 1822 tanto este como su padre, en la guerra contra el sistema Constitucional, aunque desde aquella época, no solo Quesada no les habia visto, pero ni tampoco tenido con ellos ningun genero de correspondencia ó relacion. A pesar de esto y de que Uriz solo se ocupaba de sus negocios y nada de política, luego que recibió el aviso del general Cristino se apresuró á ir á donde este estaba. Esta prontitud la atribuimos nosotros principalmente, á la profunda impresion que habia dejado Quesada en el espíritu de Uriz, de un carácter duro é inflexible; pues á no ser así, ni hubiese precipitado tanto su viage, ní ido sin informar precedentemente á Zumalacarregui, como lo hizo, y con lo que evidentemente se espuso á las mas graves consecuencias. El recibimiento que tuvo Uriz en Logroño correspondió á las miras interesadas con que se le llamó; y asi nada hay que estrañar tampoco, el que entre el temor y el alhago prometiese lo que mas podia lisongear á Quesada, y el que se encargase ademas de llevar una carta á Zumalacarregui, y hasta de persuadir á los otros gefes el que abandonasen su temeraria empresa. Sin embargo, apenas Uriz se au-

sento de Logroño y se vió en rasa campaña fuera de la presencia de Quesada, llamó su razon á juicio y en el instante quedó convencido de lo espinosa que era la mision. Entonces la falta cometida por haber ido á ver un general Cristino á bastante distancia y hasta fuera de Navarra, sin obtener el beneplacito, ni ménos informar antes al caudillo Carlista que tan proximo se hallaba, se le representó mayor, y temiendo el resultado, en vez de buscar directamente á Zumalacarregui se dirigió á su casa de Sada. Quince dias habian trascurrido cuando nuevas inquietudes atormentaron á Uriz al ver que con la tardanza antes se aumentaba que se desvanecia el compromiso. En este estado abrazó el partido de escribir al general D. Francisco Benito Eraso con quien tenia otros títulos de relaciones y de amistad que con Zumalacarregui, exponiendole todo cuanto le habia sucedido. La contestation no solo le tranquilizó sino que le movió á marchar pronto á Navascues donde á la sazon se encontraban los dos generales Carlistas : pero esto no eximió á Uriz de que Zumalacarregui le recibiese con alguna aspereza , aunque la causa no era otra que manifestarle lo disgustado que estaba de la indiferencia ó apatía que habian mostrado así él como su padre por la causa

Carlista ; siendo así que en Navarra antes de comenzarse la guerra, se les consideraba como debiendo ser los primeros á lanzarse en la lucha.

Miéntras que todo esto tenia lugar, el mes de Febrero tocaba á su fin, y Quesada hizo concevir tales esperanzas á los ministros Cristinos de resultas de la visita de Uriz, que estos no satisfechos ya con solo haberle dado la autorizacion para entrar en negociaciones y transigir con los Carlistas, se resolvieron á investirle del mando de las tropas que tenia el general Valdes.

Obligado nuevamente por este medio el honor de Quesada, se formó tambien mayores ilusiones con la perspectiva de la suma gloria que alcanzaria, si despues del menoscabo que habian sufrido las buenas reputaciones militares de Saarsfield y Valdes, lograba someter con solo el imperio de su voz ó el influjo de su ascendiente á los mismos que los dos generales no pudieron con las armas, y para lograrlo mejor, unió á sus consejos, ruegos y amonestaciones, las de D. Miguel Antonio Zumalacarregui, hermano del general Carlista y Regente nombrado recientemente por la Reina Cristina de la nueva Audiencia de Búrgos. Este magistrado asi que con este especial objeto llegó á Logroño, escribió

una carta para su hermano que puso en manos de Quesada, quien la mandó con otra suya y por medio de los mismos oficiales Vidondo y Eraso al Zumalacarregui Carlista. Como la carta escrita por D. Miguel Antonio y la contestacion no tuvieron consecuencia alguna, omitimos el hablar de ellas, pero no obstante las insertamos entre los documentos justificativos para mayor ilustracion del lector (*a*). En cuanto á la carta de Quesada su contesto literal era este:

Cuartel general de Estella, 26 de Febrero de 1834.

«Mi estimado Zumalacarregui: Cuando escribí »á V. mi última por mano de Uriz me veia en »la precision de salir de Logroño para inter- »narme en las provincias de mi mando, pero la »antevispera de emprender mi marcha me en- »cuentro con un extraordinario que me anuncia »he sido nombrado Virey y capitan general de »Navarra y Provincias Vascongadas, con el »mando en gefe del ejército, por dimision que »ha hecho el general Valdes á causa del mal es- »tado de su salud: mi deber me obliga á la »obediencia,y mi cariño hácia mis antiguos com-

(*a*) Véase el núm. 5 de los documentos justificativos.

»pañeros de armas me escita á presentarles la »oliva de la paz antes de amenazarles con la es- »pada: me seria muy duro llegar á este último »trance, pero me persuado con cierta satisfac- »cion, que V. y los demas compañeros cederan á »la voz de la amistad y á la de la razon. Yo quiero »libertar á V. V. del duro trance en que se »hallan: no humillarlos de modo alguno: con- »fiense en mi generosidad y no tendrá V. ni sus »compañeros motivos de arrepentirse. Vidondo »y Eraso pasan á verse con V., le llevan una »carta de su hermano que interesandose sobre »manera por V., ha venido á verme como él lo »dirá.

— »Si V. y sus compañeros están prontos á »escucharme y á dar oidos á la razon, se pene- »trarán de todo el interés y cariño que conservo »á unos hombres que han sido mis compañeros »en otro tiempo; y si V. quiere aun le dé una »prueba de mi confianza hácia V.V. me presen- »taré yo mismo á hablarles aunque sea solo, y »daré desde luego la órden á las divisiones que »operan en Navarra para que no se muevan de »las posiciones en que estan, siempre que »V.V. permanezcan tranquilos igualmente; pero »todo ha de ser por brevisimos dias pues yo no »puedo comprometer mi opinion con el Go-

» bierno ni con la Nacion. — Desea á V. mil fe-
» licidades su afectisimo etc.

» Vicente de Quesada.

» Sr. D. Tomas Zumalacarregui. »

A la llegada de esta carta Zumalacarregui no habia recibido todavia la que le llevó Uriz, y así se limitó á responder á Quesada lo que sigue.

« Cuartel general de Liédena, 1º de Marzo de 1834.

« Ex$^{mo}$. Sr. D. Vicente Quesada — Mi anti-
» guo y respetable general. Recibo en este mo-
» mento la carta de V. escrita el 26 del pasado
» en Estella, cuya entrega me han hecho los ofi-
» ciales D. Francisco Vidondo y D. Jacinto
» Eraso ; y enterado de su contenido debo de-
» cirle que no ha llegado aun á mis manos la que
» cita en la suya haberme remetido por medio
» de Uriz, á quien no he visto despues de su ve-
» nida de Logroño.

» Con respecto á los otros particulares deben
» hacerse cargo todos y mas en especial V., cuan
» graves, grandes y razonables intereses son
» aquellos que han obligado á tomar las armas
» en defensa de los derechos del señor Infante

» Don Cárlos nuestro Soberano (Q. D.G.) á una
» gran porcion de personas cárácterizadas, dis-
» tinguidas, de buenos principios y de repu-
» tacion, como son la mayor parte ó quizás todas
» las que pertenecen á este ejército; lo que
» si V. admite como no dudo, y lo pone en la ba-
» lanza del discernimiento y de la justicia, en-
» contrará ser cosa de la mayor gravedad para
» mi. Sin que los deseos mios ni los de ningun
» individuo de aquí sean los de comprometer su
» persona de V., facilmente conocerá que la na-
» turaleza de la cosa exige una reunion de gefes,
» oficiales, y de todos los individuos de la Junta,
» con quienes es de absoluta necesidad tratar la
» materia. Esta medida será llevada á efecto tan
» pronto como V. se sirva avisarme su confor-
» midad, por que hallandose esparcidas ó dese-
» minadas por toda la Navarra las personas que
» cito y las tropas, será preciso señalarles el
» punto de reunion, que en mi concepto conven-
» dria fuese Lumbier, retirandose entre tanto á
» Sos ú otro punto de Aragon la coluna de Li-
» nares, y permaneciendo las otras tropas Cris-
» tinas al otro lado de la linea que forma el ca-
» mino real de Pamplona á Tafalla.

» Conservese V. bueno disponiendo
» de este su afectisimo, etc.

» Tomas Zumalacarregui. »

En el momento que Zumalacarregui mandó á Quesada esta contestacion, llegó á sus manos la carta de Uriz á que el principio de las que hemos insertado hace referencia. Como en esta estan las bases fundamentales de lo que Quesada exigía, y lo que por este sacrificio prometía, la insertaremos aquí literalmente.

Capitanía general de Castilla la vieja.

« En 31 del pasado dí á dos personas de mi » confianza un papel concebido en los términos » que manifiesta la adjunta copia (*a*).

» A otro amigo escribí para que se avistase » con los gefes extraviados que tantos males » estan causando al Reino de Navarra, y que les » manifestase igualmente el interés que me ins- » piran unos hombres, que en otros tiempos han » defendido conmigo los legitimos derechos de » nuestro malogrado Monarca, y que por la » misma razon debian seguir la misma con- » secuencia con su augusta hija, nuestra legí- » tima Soberana: pero no habiendolo hecho así » desgraciadamente, y creyendolos ya disuadidos » de su primer error y verdaderamente arrepen-

(*a*) Es el mismo que incluimos antes y que presentaron Vidondo y Eraso la primera vez que vinieron.

»tidos, me ofrecia á servirles de mediador para »con el Gobierno de S. M. en los términos si»guientes — Que siempre que se presentasen á »rendir las armas á la cabeza del puente de Lo»dosa ó del de Logroño por batallones sueltos, »garantizaria á todos los gefes, oficiales y volun»tarios, de toda pena personal: es decir, que los »gefes y oficiales quedarian libres de la pena de »muerte á que estan condenados por la Ley, y »tambien de la inmediata de presidio; y los vo»luntarios quedarian en toda libertad para vol»ver á sus casas, sin poder ser molestados en »ellas por su pasada rebelion: esto es lo que estoy »pronto á cumplir en los términos que llevo di»cho y en el perentorio término de ocho dias »desde el de la fecha.

« Logroño, 13 de Febrero de 1834.

» Vicente de Quesada.

» A los gefes, oficiales y voluntarios de los » cuerpos rebeldes de Navarra. »

El 3 de Marzo escribió otra vez Quesada á Zumalacarregui proponiendole una entrevista en el lugar de Noain á una legua de Pamplona, y diciendole que le acompañase Erasó y cuatro ó cinco individuos mas. Zumalacarregui con-

testó desde Lumbier el 6 escusandose por no haberse verificado aun la Junta ó reunion de que le tenia hablado anteriormente, y Quesada incomodado ya con estas dilaciones, volvió á escribirle el 7. Esta carta por su estilo merece que la presentemos igualmente aquí al lector.

« Pamplona 7 de Marzo de 1834.

« Mi estimado Zumalacarregui : Su carta de »V. de ayer me ha disgustado bastante, pues »me hace presumir que no proceden de buena »fé y que solo tratan de ganar tiempo. Por »otra parte veo que ha recibido la que le escri»bí en Logroño por mano de Uriz, pero como »ahora me hallo en otras circunstancias, mis »deseos de favorecerlo me estimulan á conce»derles cuanto sea racionalmente posible; pero »para hacerles conocer enteramente mis inten»ciones, me es preciso hablarles, pues sin esa »circunstancia nada adelantarian V. V. con su »reunion : En esta inteligencia, haga V. por ve»nir á Noain mañana de doce á dos con las per»sonas que quiera; y si V. no puede verificarlo, »que vengan Eraso y Sarasa solos, ó con qual»quiera otro : Si V. V. no acceden á esta pro»posicion considero que no proceden de bue»na fé, y empiezo á perseguirlos á todo trance.

« Ya toda la Navarra sabe mis buenas inten-
»ciones hácia V. V. : la opinion pública está
» por la tranquilidad y la paz; y toda la odiosidad
» va á recaer sobre V. V. si esto no se consigue.
» Tan suave y humano como he sido hasta aquí,
» otro tanto seré de inflexible y duro. Una de
» mis primeras providencias será la de que el
» clero me pague una doble contribucion de
» la que está dando á V. V. en el dia, y lo mis-
» mo se verificará en lo sucesivo con los pueblos
» é individuos que les contribuyan con la me-
» nor cosa : en fin, los males que van á caer so-
» bre este pais no tendrán limites y V. V. serán
» los causantes de ello. El ejército Francés está
» anhelando entrar en España, y si yo veo que
» en la persecucion corren V. V. tanto que no
» pueda alcanzarlos, pediré que entren á ocu-
» par el Baztan, Alduides y demas puntos que
» sean necesarios para contener sus correrías y
» dejarlos limitados á un corto radio, en que
» me será mas facil exterminarlos.

« Soy demasiado franco para no decirles que
» en el momento en que empiece á operar, se
» acabó toda esperanza de olvido ó lenidad, y
» las leyes se cumplirán con todo el rigor de su
» tenor.

« Espero mañana temprano la respuesta para

» salir á Noain, y sino acceden V. V. á ello es
» asunto concluido.

« Queda de V. etc.

» Vicente de Quesada.

« Sr. D. Tomas Zumalacarregui. »

Durante el tiempo que se empleaba en estas comunicaciones, las tropas Cristinas concentradas sobre Pamplona, no hacian movimiento alguno, y las Carlistas marchaban con mas pausa que de costumbre á tomar acantonamiento en Lumbier y pueblos inmediatos. Esta especie de calma despues de tantas marchas rapidas, persecuciones y movimientos como se acababan de ver pocos dias antes, pareció la precursora de una importante novedad; causa bastante para que tanto el soldado como el paisano fijasen la atencion en lo que se pasaba, y que todavía no podian comprender; si bien las repetidas idas y venidas de un campo á otro de Vidondo y Eraso, les hicieron ya creer de que se trataba de algo interesante. Como estos dos oficiales eran naturales del pais y tenian en él muchas relaciones de amistad y de parentesco, cuando viajaban para desempeñar la comision que se les habia confiado, las gen-

tes que los encontraban les decian varias cosas aunque con humor festivo, que á la verdad no debian ser mucho del agrado de Quesada, por que eran del todo contrario á sus deseos. Zumalacarregui todo lo sabía y lo obserbaba, y en secreto se lisongeaba y complacía de estas buenas disposiciones de los habitantes. Los envidiosos, siempre dispuestos á servirse de la calumnia para combatir el mérito y minorar la gloria de los héroes, han esparcido algunas falsedades á cerca de los acontecimientos de estos dias, mas por fortuna son tan claras las pruebas y tan minuciosa la cuenta que damos á nuestros lectores, que estamos persuadidos de que ninguno de los detractores se atreverá á salir de la oscuridad de donde dirije sus tiros.

Lo que esencialmente pretendia Zumalacarregui, era conocer hasta donde llegaba el valor y la resolucion de las gentes que le rodeaban, la disposicion del pais para arrostrar los peligros y sacrificios de una lucha tan desigual como esta en que estaba empeñado, y en que iba á comprometerse mas y mas. Por otra parte, consideraba necesario el sondear el efecto que causaban en los espíritus ó ánimos de sus subordinados, estas proposiciones del enemigo, pacíficas al parecer para la generalidad; pues que aqui como

en toda masa de hombres, no solo los habia de fortuna, de numerosa familia y sin ninguna ambicion; pero tambien de apocado corazon. Era ademas preciso profundizar á que lado se inclinaban las opiniones particulares de algunos, para oponer el conveniente remedio; no fuese que á lo mejor se encontrase Zumalacarregui burlado por aquellos que suponiendoles sus mejores y mas leales amigos, los hubiese hecho depositarios de su confianza. Un solo ejemplo de defeccion en estas circunstancias, no estando prevenido de antemano contra las consecuencias, podia causar la total ruina de cuanto existía ¡ Que placer tan inmenso entonces el de Quesada ! pacificar la Navarra á fuerza de ejecuciones ! Las trazas que de sangre de Carlistas indifensos habia dejado por toda Castilla la vieja, hacian ya mucho mas aborrecible su nombre que sus otros antecedentes y apostasía.

Ademas de los motivos que señalamos como los que mas principalmente dieron á Zumalacarregui la regla de su conducta, es preciso observar que entre tantos hombres como llevaban las armas en Navarra y las tres Provincias, no se encontraba uno solo que pudiera asegurar bajo su palabra de honor, que aquella guerra emprendida y continuada con tal resolucion

mereciese el consentimiento y agrado de la Real Persona, cuyos derechos se proclamaban: por que hasta entonces, á pesar de haberse ya pasado cinco meses, no se habia recibido aun la mas sucinta órden ni por escrito ni verbal que lo acreditase. Se ha supuesto erroneamente que antes de la muerte de Fernando VII, algunos gefes de los que dieron el grito en las Provincias se habian ya puesto de acuerdo con el Infante Don Cárlos; nosotros no hemos conocido ninguno, y estamos persuadidos que si uno solo se encontrara en este ventajoso caso, hubiera tenido una importancia y valor al comenzar la guerra que ninguno se la disputara. Ahora bien, supuesto todo cuanto decimos, la falta entera de recursos, y el aumento de los enemigos, la situacion de los Carlistas era sumamente grave y comprometida. Por la resolucion que toma el hombre en casos semejantes, es por donde se debe juzgar de su capacidad, ánimo, y prudencia.

De la dificultad misma en que estaba, es en efecto, de donde Zumalacarregui trató de sacar nuevos medios de fuerza y de robustez para la causa. Convencido de que la reunion que trataba de hacer de los principales Carlistas Navarros en Lumbier, lejos de serle nociva ó per-

judicial en aquellas circunstancias, deberia producir grandes utilidades y ventajas para el logro de sus fines, habia dado segun lo ofreció á Quesada, la órden para que se verificase, y en efecto iba á tener lugar muy pronto, cuando la carta de este general del 7, movió naturalmente su temperamento á una pronta respuesta, que dió de esta manera.

« Lumbier, 7 de Marzo de 1834.

« Ex$^{mo}$. Sr. Don Vicente Quesada. — Mi res-
» petable y antiguo general. No dando V. lugar
» á tratar y discutir en la forma que le ofrecí
» y me disponia, sus proposiciones; y en vista
» del perentorio término en que exige la con-
» testacion á la suya de este dia, la he leido á la
» oficialidad del 1°. y 2°. batallon de Navarra, y
» todos unanimes y conformes, me han mani-
» festado que estan decididos á vencer ó morir
» sosteniendo los sagrados y lejitimos derechos
» del Rey N. S. Don Cárlos V°. de Castilla y VIII
» de Navarra.

« La buena fé es el patrimonio de todos los
» hombres que componen este ejército. . . . .
» Desde luego puede V. principiar las operacio-
» nes y reclamar el auxílio de la Francia si lo
» tiene por conveniente; pero viva persuadido

de que los males que se propone causar á este
» Reino, solo servirán para darle un odioso re-
» nombre; y que á medida que ejerza sus rigo-
» res, se aumentará tambien el número de sus
» enemigos.

» Es de V. atento, etc.

» TOMAS ZUMALACARREGUI. »

Al dia siguiente el resto de las tropas que debian venir y los individuos de la Junta Gubernatiba que se esperaban, llegaron á Lumbier. Zumalacarregui ordenó que estos últimos como tambien todos los gefes y principales oficiales, se reuniesen en aquella misma noche en su casa; y como si todavía estuviese pendiente de la resolucion de esta asamblea el asunto de Quesada, les dió cuenta de cuanto hasta entonces habia ocurrido, presentandoles al mismo tiempo todas las cartas originales del gefe enemigo, y las contestaciones dadas, excepto la última que insertamos, y que á pesar de ser tan terminante, guardó, para dejarles mas libertad en su deliberacion. El relato mismo de la respuesta de que hablamos, dice ya que Zumalacarregui habia hecho saber el dia antes todo á los oficiales del 1º. y 2º. batallon, como en

efecto fué asi, mas estos tambien ignoraban el contenido de la contestacion, que garantido por su decision se habia apresurado su general á mandar á Quesada.

Habiendo la Junta ó asamblea enteradose de los antecedentes, Zumalacarregui presentó el cuadro de la situacion sin otro colorido que el de la exactitud, y al propio tiempo hizo ver los males y consecuencias que necesariamente deberia acarrear la guerra. Despues de hecho esto, sin dejar el menor indicio de cual fuese su resolucion, ordenó á los presentes que cada uno de por sí, dijese aquello que se le ofreciera con toda libertad, pues que tal era el motivo y objeto de la reunion.

Sin embargo, el mas profundo silencio reinó entonces en la reunion: Zumalacarregui entre tanto dirijia su vista penetrante sobre todos los presentes, porque si bien ninguno le inspiraba desconfianza pues los tenia bastante conocidos, pocos momentos hacia que se le acababa de asegurar de una manera positiva que Quesada habia escrito tambien en particular á algunas de las personas que allí estaban, citandose hasta el nombre de ellas, y Zumalacarregui queria sin duda, asegurarse por sí mismo del efecto que podian haber hecho en sus subordinados las intrigas Cristinas.

Largo rato pasó la asamblea de Lumbier sin decir palabra alguna en pro ni contra de la cuestion, y este estado hubiera durado así mucho mas tiempo, si uno de los oficiales (*a*) presentes iniciado en todos los secretos y parte de las intenciones de Zumalacarregui, no hubiese dado un impulso para terminar aquella, por medio del siguiente discurso que pronunció con el ardor propio de la juventud.

« Mover un pais á tomar las armas en defensa » de los legitimos derechos que tiene á la co- » rona de España un excelente príncipe, pelear » en seguida, vencer sus enemigos, acrecentar » la gloria de sus armas, hacerlas respetar, y » rendirse despues á la voz de un hombre san- » guinario, ingrato y hasta apóstata, para irlas » á deponer á sus pies y confiar en su palabra, » no seria mas que constituirse en instrumento » de su ambicion, y levantar por nuestras pro- » pias manos un monumento á su misma inmo- » ralidad política. A mi juicio, aun cuando fuese

(*a*) Habiendose publicado un folleto en el cual el autor dá un lugar poco honroso á nuestro nombre de resulta de los sucesos de esta Junta de Lumbier, para desengaño de los incautos, presentamos en los documentos justificativos, numeros 6, 7, 8 y 9, una prueba de su calumnia : estos servirán al mismo tiempo para aclarar mas los sucesos.

» consejo de la prudencia el entregrase á merced » de un enemigo, nunca juzgaria digno de se» mejante honor á Quesada. Sin duda, que eran » mucho mejores y mas nobles los sentimentos » de los dos generales que le han precedido y no » obstante, nosotros los combatimos y resistimos » Si nuestra situacion actual y aquella que pa» rece nos espera no son mejores que la que » podiamos con razon prometernos en los pri» meros dias, tambien es verdad que nuestros » cuerpos y espiritus acostumbrados á la fatiga » y al trabajo, temen infinitamente ménos el » peligro ¿ Y que guerra podrá hacernos tam» poco un talento tan limitado como el de » Quesada ?

» La voz pública dice que la Francia, Ingla» terra y Portugal, sostendrán el Gobierno á » quien hacemos nosotros la guerra, pero esto » sobre no ser bastante positivo, es materia que » no debemos profundizar demasiado. Lo pro» clamo así, por que ninguno me negará que si » en el principio nos hubiesemos atenido mas á » los medios materiales precisos para conseguir » nuestro intento, que á la justicia de la causa » que abrazamos y de la cual nacen todas nues» tras esperanzas, apenas existiria en este lugar » uno de los que estamos presentes. Pero mi-

»rando la cosa bajo otra faz ¿ quien será capaz
»de decir que eso mismo que se cree suceder
»en nuestro daño no nos atraiga despues infi-
»nitas ventajas? Por que cuando los gabinetes
»donde prevalece el espíritu revolucionario se
»unen áfin de prestar su apoyo y dar su in-
»fluencia al germen que se desarrolla en España
»en este momento, razon es que hagan otro
»tanto, los Príncipes ó Gobiernos que rigen las
»Monarquías puras de Europa, y que cono-
»ciendo el peligro con que la propaganda les
»amenaza, opongan medios necesarios para pre-
»caverlo. En este caso, como nuestros intereses
»estan identificados con los suyos, conocerán
»la importancia y nos auxiliarán; aunque para
»esto fuese necesario el emprender una guerra
»general.

«Pero, señores ¿á donde voy yo con mi dis-
»curso? para que llevar tan adelante ni el pen-
»samiento, ni nuestra esperanza? Navarra se
»halla comprometida en conciencia y por ho-
»nor á sostener la guerra. Ella, á decir verdad,
»todavía no ha puesto en juego todo lo que
»puede. La abundancia de los frutos ó man-
»tenimientos con los cuales la naturaleza ha en-
»riquecido su suelo, y la fidelidad mutua y union
»que adorna á sus habitantes, es aun ménos im-

»portante que aquel vigor y constancia que
»despliegan una vez ya decididos por una causa.
»Sin duda, que su natural carácter les conduce
»á pensar bien las empresas antes de arrojarse
»á ellas, pero comenzadas ya, jamas las aban-
»donan. Ciertamente que no fuimos nosotros
»los Navarros, los primeros en tomar las ar-
»mas en contra del tirano Napoleon, ni tam-
»poco para derrocar el sistema Constitucional,
»que nos privará de nuestras leyes patrias y de
»nuestra verdadera libertad; monumento glo-
»rioso de sabiduría que heredamos de nuestros
»mayores, y que sin interrupcion se ha conser-
»vado por espacio de mas de diez siglos entre
»nosotros. Aun en la presente guerra, si bien
»se observa la cosa, hemos sido la última de las
»provincias hoy pronunciadas en esta parte de
»la España en favor de los derechos del
»Rey N. S. Don Cárlos V°. Pero por ven-
»tura ¿hay otro pais, otro pueblo en la Europa,
»que haya sostenido con mayor carácter ni fir-
»meza, las dos anteriores guerras habidas en su
»suelo durante el presente siglo? y en lo que
»va pasado de la actual ¿no es cierto que nuestros
»hechos y nuestra perseverancia dan á nuestro
»pais el primer lugar en la fama? Atended
»sino, como ya no se habla de esta guerra

» en España, ni aun fuera de ella, que no sea dan-
» dole el dictado de guerra de Navarra. Así
» pues; si los Navarros somos los que cedemos,
» los que rendimos las armas, los que nos sepa-
» ramos de la defensa de la causa proclamada,
» sellada ademas con nuestra sangre, esta misma
» preferencia que se nos dá, hará que recaiga el
» todo de la deshonra y del vilipendio sobre no-
» sotros. Del mismo modo, Señores, que hoy
» nos pertenece el primer puesto en la gloria de
» la lucha presente, nos corresponderá mañana
» el del desprecio y la infamia en el caso que la
» abandonemos. »

Mucho ménos palabras que las que contiene este discurso eran suficientes para que todos los que se encontraban en la junta de Lumbier, se apresurasen á declararse por la guerra, mirando ya como una cosa indigna de ellos mismos el poner en discusion el partido que en el caso presente se deberia aceptar. Cuando los ánimos se exaltaron hasta el extremo de llegar casi á una noble irritacion, Zumalacarregui tomó la palabra y dijo:

« Señores: si en el momento que Quesada me
» mandó su primer mensage, solo hubiera aten-
» dido á mis naturales sentimientos para contes-
» tarle, en nada se diferenciara mi respuesta de

» aquella que ahora se le dará : pero habiendo
» meditado bien la cosa, me pareció que ha-
» ciendolo sin consultarlo con V.V. abusaria
» de aquella confianza que depositaron en mi,
» cuando se dignaron darme el mando de co-
» mandante general de este ejército y Reino. Por
» otra parte, Señores, tantos hombres esclare-
» cidos é interesados en el honor que aventu-
» raron á la vez sus familias, sus fortunas, y
» hasta sus propias vidas, justo es que se hicie-
» sen cargo por sí mismos de la cuestion presente,
» y de los riesgos que de nuevo les amenazan,
» áfin de que con pleno conocimiento de causa,
» hiciesen la resolucion y renovasen el juramento
» que se nos pide de que sostendremos la santa y
» religiosa lucha que comenzamos bajo los solos
» auspicios de la justicia. Ahora pues, que ya
» tengo la satisfaccion de conocer los senti-
» mientos unanimes que nos animan á todos,
» está mas tranquila mi conciencia ; porque
» qualquiera que sea la suerte que á cada cual
» le toque, ninguno podrá decir que esta pro-
» vino de mi sola arbitrariedad. Protesto, Se-
» ñores, que si este mando que desempeño ema-
» nase de la Soberana voluntad de la augusta Real
» Persona cuyos derechos defendemos, jamas
» pusiera á la decision de otras la presente cues-

» tion; porque en tal caso me hubieran sido bas-
» tante conocidos mis deberes. »

Despues de dicho esto, Zumalacarregui disolvió la junta, mandando á los gefes que formasen á la mañana siguiente sus batallones en las eras de Lumbier; y habiendolo verificado, dispuso se les leyese un manifiesto en que esponia circunstanciadamente y sin reserva, todo lo que habia acontecido con Quesada y la resolucion definitivamente tomada. Fué recibida la noticia con inexplicable jubilo y entusiasmo, tanto por la tropa como por el pueblo, habiendose sacado muchas copias por escrito á falta de imprenta, de las cuales se fijaron varias en las calles del mismo Lumbier, otras se dirijieron por vereda á los pueblos, y una se mandó tambien á Quesada; quien al recibirla juró el exterminio de todos los Carlistas.

El lector tal vez deseará saber si Quesada dirijió iguales mensages que á los Navarros, á los otros gefes de las demas provincias, y su resultado : nosotros lo ignoramos y solo podemos asegurar que el general Cristino puso la mayor diligencia en reducir á los Navarros. La prueba se evidencia de una de las correspondencias de Quesada al Gobierno Cristino, en la cual le decia « Si los Navarros se avienen á

»partido, la guerra quedará terminada; porque »á todos los demas se les caerán las armas de la »mano» Si este modo de apreciar las cosas era ó no entonces fundado, no es de nuestro intento discutirlo ó cuestionarlo, ni mucho ménos el hacer parecer menor por tal medio la decision de que estaban poseidos los demas Carlistas; pero hablando del general Cristino, estamos obligados á decir los motivos que reglaban su conducta.

Pocos dias hacia que el manifiesto de Lumbier habia salido á luz, cuando llegó por casualidad á manos de Zumalacarregui una carta que Quesada dirijia á Iturralde. Esta produccion á la que apenas se podria dar credito si nosotros no fuesemos poseedores del original, va inserta entre los documentos justificativos (*a*). Inconcebible parecerá, que un hombre de los principios, educacion y gerarquía del marques de Moncayo, que tanto alarde hacia del honor y carácter de general Español, se olvidase hasta el punto de escribir una carta en tales términos, y emplease medios tan innobles contra un enemigo debil, y por el cual acababa de manifestar tanto interés como deferencia y estimacion. Este cam-

(*a*) Vease el núm. 10 de los documentos justificativos.

bio produjo en Zumalacarregui la indignacion que es facil suponer; y considerandose en derecho de mandar injuria por injuria, escribió tambien una carta, pero directamente á Quesada, vituperando su baja y criminal conducta. Todo esto sucedió sin que Iturralde llegase á saber nada, y si al fin lo supo, fué despues de pasados dos meses. Asi Zumalacarregui que estaba seguro de su lealtad, le privó del disgusto que naturalmente hubiese recibido si antes conociese el contenido de la carta que le dirijió Quesada, quizá con el objeto de introducir por este medio la desunion en el campo Carlista.

Apenas el general Cristino recibió la última carta de Zumalacarregui, conociendo por ella que nada tenia que esperar de sus criminales manejos, salió de Pamplona y se dirijió con superiores fuerzas hácia donde estaban los Carlistas. Zumalacarregui dividió las suyas en dos partes, de las cuales una compuesta de tres batallones al mando de Eraso tomó la direccion de los valles de Ulzama y Baztan. En persecucion de ella fué Quesada en persona con la division de Oráa. Para observar á la otra reducida á dos batallones con los que se habia pasado Zumalacarregui á la merindad de Estella, se destinó la division de Lorenzo. Quesada y Oráa por

mas que procuraron dar alcanze á Eraso para empeñarle si era posible en un combate, no lo pudieron conseguir. Lorenzo que mandaba menores fuerzas, andaba todos los dias á la vista de Zumalacarregui sin atreverse á acometerle. Este, por su parte, queria tomar la ofensiva, pero en el momento que creia la ocasion oportuna, el cristino que estaba muy sobre sí, lo evitaba. Así se pasaron varios dias respetandose mutuamente y sin perderse un momento de vista el uno al otro, hasta que la llegada del 1er batallon de Alava mandado por D. Bruno Villarreal, decidió á Zumalacarregui á presentar el combate, situandose al efecto entre Abarzuza y Muro; pero viendo que contra sus esperanzas, Lorenzo pasaba de largo en direccion de Estella, mandó avanzar sus guerrillas y que comenzasen el fuego. Poco despues el combate se hizo general, y los Cristinos defendieron con teson todas las posiciones que se hallan entre Muro y Estella; pero al cabo de algunas horas fueron desalojados y perseguidos hasta las mismas puertas de la ciudad. Este acontecimiento á la vista de toda una poblacion era imposible disimularlo, y como la victoria estaba demasiado marcada en favor de los Carlistas, Quesada al saberlo, se irritó doblemente. Por

fortuna no tenia un solo Carlista prisionero en quien poder ejercer su sed de venganza, mas el mal humor le condujo hasta el extremo de mandar dar azotes á los niños de la escuela de un pueblo, porque habian dado vivas á Zumalacarregui.

Cuanto mayor era la persecucion, tanto mas atrevidos y osados eran los proyectos del gefe Carlista. Cierta noche, despues de pasar por entre las dos colunas enemigas perseguidoras, á favor de las tinieblas, apareció luego de amanecer delante de los muros de Pamplona, de manera que miéntras desfilaba para ir de levante á poniente, le dispararon algunos cañonazos aunque inutilmente. En el siguiente dia, una marcha de diez y ocho leguas le condujó á las inmediaciones de Vitoria, y habiendose introducido por sorpresa en las calles, atacó á su guarnicion. La escasa ventura de esta operacion fué resarcida por otro combate que se trabó casi al mismo tiempo en el lugar de Gamarra á una legua de Vitoria, y en el que los Carlistas hicieron mas de cien prisioneros. Los Alaveses que para ejecutar estas operaciones se unieron á los Navarros, volvieron otra vez á diseminarse. Pocos dias despues, Zumalacarregui juntó dos batallones Navarros, un Alaves y

otro Guipúzcoano, y con ellos se dirijió rapidamente sobre Lodosa, pasó á la derecha del Ebro y en el mismo dia ocupó Calahorra. Los Cristinos que con sumo empeño perseguian entonces á Eraso, tuvieron que dejarlo para acudir tras los que invadian la Castilla; pero Zumalacarregui vadeando á tiempo el Ebro entre San-Adrian y Andosilla, se retiró otra vez sobre el pais montuoso. Lorenzo que fué de los tres generales Cristinos el primero que marchó en direccion de Calahorra, habiendo sabido en Lodosa el retroceso de Zumalacarregui, se volvió atras y siguió la huella de este hasta cerca de los montes de Alda, en los cuales acamparon los cuatro batallones Carlistas por haberse hecho de noche. La resolucion con que Lorenzo avanzaba por el pais montuoso con la misma coluna que habia sido batida pocos dias antes, convenció á Zumalacarregui de que este gefe Cristino contaba con la cooperacion de otras fuerzas. En efecto, pocos momentos despues de haber llegado á los montes de Alda, se supo que Quesada habia entrado al anochecer con una division en el valle de Lana, y que Oráa con otra ocupaba desde aquella tarde á Contrasta. De manera que Zumalacarregui mismo se habia venido á meter entre las tres colunas ó divisiones enemigas, á ninguna

de las cuales era facil atacar, porque estando demasiado proximas podrian al sentir el fuego, socorrerse mutuamente. En este estado, y despues de haber oido á los principales gefes, se decidió á esperar que la noche hubiese cerrado enteramente, para salir de aquel monte circumvalado de las fuerzas Cristinas y pasarse con su gente á la vecina sierra de Urbasa. Desde alli era su objeto descender despues de amanecer por el puerto de Contrasta y sorprehender á Oráa en este pueblo; puesto que en caso de un revés tenia la ventaja de que su retirada á la sierra estaba ya asegurada. Aun así la operacion no dejaba de ser de las mas atrevidas y arriesgadas, pero Zumalacarregui no titubeó un solo instante en ponerla en ejecucion.

Llegado el momento oportuno, los Carlistas comenzaron con el mas profundo silencio á ponerse en movimiento, y como era inevitable, con suma lentitud. Las avanzadas de Oráa que á lo mas estaban medio tiro de fusil de la senda por donde desfilaban los Carlistas, nada sintieron, con lo que lograron estos alejarse de este primer peligro y subir todos la vecina sierra de Urbasa, por el puerto de Alda. Para llevar enteramente á cabo el proyecto, solo les faltaba descender por el de Contrasta y atacar como

dijimos á Oráa : pero esta operacion de pasar desde un puerto al otro por encima de la sierra fué imposible. La extrema fatiga de los soldados Carlistas, que durante las tres noches anteriores apenas habian tenido un instante de reposo , los tenia ya en esta demasiado rendidos: de suerte, que varios de ellos dormian y andaban á un mismo tiempo, con lo que perdiendo el tacto ó la vista del compañero que le precedia , bastaba uno solo á cortar la marcha de todos los que le sucedian. La doble oscuridad que producian los arboles por entre los cuales se marchaba, reunida al silencio , aumentaba las dificultades; de manera que á los cuatro batallones los vino á encontrar el dia extraviados y dispersos. El peligro de los Carlistas habia pasado, pero este contratiempo destruyendo el proyecto de Zumalacarregui, libertó á Oráa de una brusca acometida. Las tres colunas Cristinas que durante la noche habian tenido tiempo para comunicarse y convenirse, creyendo que sus adversarios estaban todavía en el monte de Alda, mandaron al amanecer exploradores á reconocerlo; pero no habiendo estos encontrado nada, retiraron sus tropas de aquellos parajes, para dar á sus fuerzas el descanso que despues de tantas fatigas inutiles necesitaban.

Miéntras tanto, el general Eraso viéndose libre de la tenaz persecucion de Quesada y Oráa, marchó hácia Lumbier, cuya villa estaba ocupada por una coluna de mil granaderos de la guardia Real al mando del brigadier Linares, y la provocó al combate. Los Cristinos, entonces, ocuparon todas las cercas de las heredades contiguas al pueblo y desde allí parapetados hicieron un fuego terrible : sin embargo, el denuedo de los Carlistas fué tal que les obligaron á encerrarse en las casas, causandoles alguna perdida, teniendo ellos que lamentar la del capitan D. Cipriano Muzquiz, natural de Tafalla, y á quien Zumalacarregui profesaba particular afecto.

El mes de Abril habia ya comenzado y ninguno de los gefes Carlistas que mandaban en Navarra y provincias Vascongadas, habia recibido noticia ni órden por escrito ó verbal de parte ó en nombre del Soberano por quien hacia ya seis meses que combatian ; hasta que al fin en 11 del mismo Abril llegó el tan ansiado momento. Zumalacarregui que á la sazon se encontraba en Piedramillera lugar del valle de Berrueza, recibió por mano de un vecino de Búrgos, que con traje de arriero consiguió penetrar hasta allí, una carta de S. M. que á la letra decia así.

» Mi real ánimo y corazon se hallan dulcemente
» afectados ha ya muchos dias al contemplar los
» heróicos esfuerzos que hacen en favor de la reli-
» gion y de la legitimidad de mis derechos las pro-
» vincias de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya
» á quienes nombro sin preferencia siguiendo solo
» el órden alfabético; mis Reales sentimientos ma-
» nifestados en la alocucion adjunta, quiero que
» se publiquen á la faz del mundo entero: tratad
» hijos mios de reimprimirla con este grande ob-
» jeto, pues vuestros hechos oscurecen ya el he-
» roismo de todos los pueblos. Mas de una vez os
» he dirijido mis oficios ó cartas, pero estoy con
» el sentimiento de que quizás no han llegado á
» vuestras manos.

» Digno gefe Zumalacarregui, os encargo que
» hagais presente mi Real gratitud á todos los
» que mandan las divisones y tambien á la Junta
» de esas cuatro Provincias. Confirmo cuantos
» grados militares haya dispensado, ó los que vos
» y demas hayais concedido, y la autorízo para
» esto y cuanto sea necesario y oportuno al grande
» fin que os habeis propuesto, para lo que depo-
» sito esta parte de mi autoridad Soberana. Tra-
» bajad con union, y alejad de vosotros todo es-
» píritu de discordia, y aun los mas imperceptibles
» elementos de division : Fijad solo los ojos y el

corazon en Dios, en mí, y en la Nacion española.
» Vosotros sabeis lo que conviene á esas Provin-
» cias en el órden civil y administrativo. Sentado
» sobre mi solio he de conservar sus fueros. Para
» todo os revisto de la facultad necesaria y opor-
» tuna: Os dirijo tambien el decreto de Ley penal
» que he mandado publicar, con el objeto de pre-
» venir las violencias del Gobierno usurpador.
» Como no se pueden multiplicar escritos, vos, el
» Mariscal de campo de mis ejércitos, Don Tomas
» Zumalacarregui, pondreis en conocimiento de
» la Junta y demas gefes militares, toda esta mi
» Soberana voluntad. A los oficiales, soldados y
» pueblo, manifestareis mi amor. Obrad con pru-
» dencia si, pero con desembarazo porque hijos
» tan amados por sus virtudes, deben proceder
» con libertad, pues tienen á su favor todo el
» lleno de la voluntad de su Padre. Este es el
» concepto, bajo el que me habeis de mirar, y la
» preciosa joya de mi corona. Si alguna vez fuera
» conveniente conceder gracias á los gefes y demas
» de la Reina viuda, todos teneis mi autoridad.—
» Palacio de Villa-Real, 18 de Marzo de 1834.

» Carlos, Rey de España. »

Cuando la precedente carta fué leida en alta voz al frente de las tropas, el entusiasmo que causó tanto en estas como en el pueblo, llegó

al colmo. Zumalacarregui decia de esta carta que equivalia á un auxilio de veinte mil hombres.

Por este mismo tiempo, la fama que de un extremo á otro de la Peninsula estendia ya el nombre de Zumalacarregui, sus virtudes y sus triunfos, movió á D. Manuel Carnicer comandante Carlista en el bajo Aragon, ( el mismo que puso la base del ejército que tantos laureles recogió mas tarde bajo la direccion del célebre D. Ramon Cabrera ,) á mandar uno de sus oficiales al cuartel general de Navarra, con una sumision voluntaria á Zumalacarregui, firmada por el mismo Carnicer y por todos los oficiales que le ayudaban en su heróica empresa. Si fuesemos capaces de escribir la historia de lo que ha pasado durante nuestros dias, desde luego destinariamos una de las páginas mas distinguidas á Eraso y Carnicer, porque hemos observado, que sus ejemplos de moderacion tienen pocos modelos y ménos aun imitadores en los presentes tiempos.

La fatiga ó la necesidad habia obligado á los gefes Cristinos á suspender sus operaciones ofensivas por algunos dias, de lo cual aprovechandose Zumalacarregui hizo un movimiento al valle de Baztan, conduciendo consigo el 1<sup>er</sup> batallon, para que tomase el nuevo vestuario que acababa de hacerse allí por órden de la Junta de Navarra. Verificada

esta operacion, Zumalacarregui que se restituia otra vez á la parte de la merindad de Estella, vino á alojarse con el mismo 1.er batallon á Echarri-Aranaz. La casualidad hizo que Quesada que en la noche precedente habia pernoctado en Salbatierra con una coluna compuesta de granaderos de la guardia Real, y que tenia la intencion de pasar á Pamplona, apareciese en este momento en Olazagoitía. Zumalacarregui en cuanto tuvo aviso de la aproximacion de las tropas de Quesada, mandó venir al 3.er batallon de Navarra que se hallaba en un pueblo inmediato y como al mismo tiempo se presentasen tambien D. José Uranga y D. Bruno Villarreal con otros dos batallones Alaveses, la improvisa reunion de estas fuerzas dió á Zumalacarregui tanta osadía como á sus soldados ánimo; de modo que en vez de esperar el ataque en alguna de las excelentes posiciones que la suerte le ofrecia, abrazó el partido de tomar la ofensiva saliendo para este efecto al encuentro de su enemigo. Al llegar la vanguardia Carlista al pueblo de Iturmendi, la de Quesada que ya estaba muy proxima detuvo su marcha. Ambos generales comenzaron entonces á concentrar sus fuerzas aunque con opuesto designio, segun se vió luego. Era el de Zumalacarregui avanzar con mejor órden, y el de Quesada

retirarse ; pues que la repentina aparicion de esta fuerza Carlista en el momento y lugar que ménos esperaba, junto con la resolucion y confianza que en el mero hecho de avanzarse para salir á su encuentro. manifestaban sus enemigos, persuadieron al general Cristino que todo el Carlismo se dirijia en masa sobre él. De otro modo, es imposible concibir el que tomase un partido semejante, hallandose á la cabeza de dos regimientos completos de la guardia real de infantería, ademas de otras fuerzas de menor importancia, miéntras que Zumalacarregui apenas reunia allí dos mil hombres.

Si la contramarcha de Quesada era para los Carlistas una operacion inesperada, todavía les sorprendió mas la direccion que así que llegó à la venta de Alsasua se le vió tomar. Hasta entonces los Cristinos marchaban libremente por un camino Real que no ofrecia ningun obstaculo, y la misma localidad del terreno, los garantizaba tambien de poder ser atacados de flanco por las tropas Carlistas que acababan de descubrir. Ademas con solo haber andado dos ó tres leguas, una plaza de guerra con su guarnicion se presentaba en su apoyo ¿ que otras mayores ventajas podian apetecer ? Sin embargo , Quesada , prefirió el abandonarlas todas para arrojarse á una suerte

incierta y peligrosa, retirandose por el camino de Segura que comienza por un espeso bosque, y despues jira por entre montañas y riscos. Este grave error del general Cristino nos hace creer, ó que su razon fué turbada por algunos momentos, ó que su objeto era por el pronto buscar un medio cualquiera para disfrazar su retirada á los ojos del público, lo cual no podia facilmente disimular, si hubiera vuelto otra vez á Salbatierra.

Tan luego como Zumalacarregui vió el desacertado movimiento de Quesada, conoció el desconcierto de su espíritu. Entonces ordenó á sus tropas que acelerasen el paso, y como estas en tales casos se distinguian por su extrema ligereza, pronto estuvieron mezcladas con la retaguardia enemiga, la cual con motivo de los muchos arboles que allí se encuentran, no descubrió á los Carlistas hasta que los tuvo encima. El comandante del 1$^{er}$. batallon de Navarra D. José Antonio Goñi que marchaba á la cabeza, recibió en el momento que se dejó ver una herida de consideracion en el muslo; mas esto parece que aumentó su ardor para animar á sus soldados á que avanzasen á la carrera. Quesada habia encargado el mando de la retaguardia á D. Leopoldo O-Donell, hijo único del célebre

conde del Abisbal y oficial de mérito, quien en esta ocasion no desmintió el alto concepto que se tenia de él; si bien su fin fué desgraciado. En la resistencia que O-Donell opuso á los Carlistas, fué muerto el capitan D. Francisco Landa, de Ochagavía, y herido gravemente el de igual clase D. Fructuoso Bayona, de Tarazona: mas no pudo librarle de caer prisionero con varios oficiales y soldados.

El grueso de la coluna Cristina iba entre tanto retirandose apresuradamente hácia Segura, pero al llegar al paraje llamado Alcuruzeta que está al salir del bosque, viendo á los Carlistas muy proximos, ocupó una formidable altura y trató de defenderla, de cuyas resultas fué herido D. Bruno Villarreal. Como la noche se acercaba á gran paso, Quesada que no era muy práctico en el terreno, ni tenia buenos guias, asaltado de nuevos temores, se dió la mayor priesa por llegar á Segura, lo que verificó á las nueve de la noche y segun se dijo con la cabeza descubierta, por haber perdido el sombrero en la retirada; desde este pueblo, y sin perder un instante, se dirijió á Villafranca de Guipúzcoa, que por ser punto fuerte y guarnecido, le ofreció finalmente alguna seguridad.

La ilustracion y sentimientos filantrópicos de

que tanto encomio y mérito hacian los modernos filosofos de la España, antes de que fuera á parar á sus manos el timon del estado, desaparecieron en el momento que se vieron dueños del poder. Así su conducta en nada se diferenció de la de los gobiernos mas arbitrarios. Tal ha sido siempre el modo de proceder de los que se creen los mas fuertes; y solo cambian cuando los sucesos desfavorables para ellos, les avisan la poca estabilidad de las cosas. La ley marcial reproducida en los primeros movimientos de los Carlistas, fué inexorablemente aplicada contra estos, sin que jamas usasen los nuevos gobernantes de alguna clemencia, no obstante los muchos ejemplos de generosidad que los Carlistas les ofrecian á cada instante; pues que en el principio jamas se mancharon las manos en la sangre de los indefensos, y ménos en la de sus prisioneros, á los cuales la sola cosa que hicieron fué desarmarlos. Esta conducta tan diametralmente opuesta entre ambos partidos, debia al fin tocar á su término. La ley de la propia conservacion, ademas de otras muchas razones, lo exigia así; y Zumalacarregui impulsado por la mas estricta justicia como por la mas impériosa necesidad, se vió en la precision de usar de represalias. El primer acto lo provocó Quesada,

fusilando en Pamplona al oficial D. Juan Hugalde, por el cual Zumalacarregui mas sensible que el general Cristino á las suplicas de la esposa del oficial de cavallería D. N. Guerrero hecho prisionero en la sorpresa de Urdaniz, ofreció dar este en cange con dos sargentos por solo Hugalde. Los diferentes fusilamientos de voluntarios Carlistas que en Vitoria, Bilbao, Tolosa, Pamplona y otros pueblos frecuentemente se veian, fueron causa de que D. Bruno Villarreal hiciera otro tanto por órden de Zumalacarregui con los prisioneros de Gamarra; pero como ni aun con estos ejemplos se lograse poner limites á la crueldad de Quesada y de sus colegas, de cada lado se siguió sacrificando tantas víctimas como se podian haber á las manos. Afortunadamente para la humanidad el número por entonces no fué grande; pero habiendole tocado la desgracia de ser prisionero á O-Donell y sus compañeros en medio de este atroz y sanguinario sistema, sufrieron los cinco oficiales la triste suerte que les esperaba. En cuanto á los soldados que eran en bastante número, Zumalacarregui les acordó la vida, al mismo tiempo que á los siete que entre ellos se encontraban heridos los mandó curar y trasladar á la plaza enemiga de Pamplona.

A este comportamiento que en verdad no dejaba de ser loable en unas circunstancias como aquellas, y precisamente cuando los Cristinos hacian lo contrario, correspondió en el acto Quesada con ordenar la prision de todos los heridos Carlistas que por su gravedad no podian moverse del lecho, ni ménos ser trasportados, y los hizo pasar por las armas. Entre otros tocó esta suerte al capitan D. Fructuoso Bayona, que estando ya en la agonía á causa de las dos heridas mortales que acababa de recibir en la última accion, fué arrancado por mandado de Quesada de la cama y fusilado en la plaza del pueblo de Lacunza.

La relacion de este suceso llenó de indignacion á Zumalacarregui. Podia en el momento haber usado de represalias con los soldados que tenia prisionieros, mas habiendoles hecho consentir ya que se les conservaria la vida, lejos de causarles nuevo temor les reiteró formalmente la promesa.

Por estos dias el general Iturralde, entrando de sorpresa con un batallon en las calles de Los-Arcos, hizo prisioneros cuatro oficiales de esta guarnicion que no tuvieron tiempo para encerrarse en el fuerte situado en un extremo de esta villa. La noticia de este suceso llegó pronto á

Pamplona donde á la sazon se encontraba Quesada, quien previendo por la misma conducta que hacia tres ó cuatro dias habia observado, la infeliz suerte de aquellos desgraciados, quiso ver si acaso podia salvarles la vida por medio de la estratajema siguiente.

Hizo arrestar en el mismo Pamplona á varios padres y madres de los principales oficiales Carlistas, y habiendolos conducido á la ciudadela les mandó á cada uno un eclesiástico con el encargo de que ejercieran su ministerio con ellos, pues que debian ser fusilados en el momento que se supiese que Zumalacarregui habia hecho otro tanto con los oficiales prisioneros en Los-Arcos. Puestos los infelices padres en este extremo conflicto, pidieron y se les dió (por que tal era el objeto de Quesada) permiso para escribir á sus hijos. Estas cartas escritas bajo las inspiraciones é influencias de aquel númen afligido y doloroso que reinaba en los espíritus de todos sus autores, llegaron con la mayor prontitud al lugar donde se encontraba Zumalacarregui, quien enterado por otra que Quesada le dirijió á él mismo, de lo que contenian, no quiso abrirlas ni oponerse tampoco á su distribucion. Los interesados ó parientes de las personas que las mandaban, se presentaron de allí á poco, en el

alojamiento de Zumalacarregui, trayendo cada cual retratado en el semblante el profundo dolor que habia producido en ellos el contenido de dichas cartas. Esto á la verdad no era de estrañar, pues que miéntras un padre en la consternacion le decia á su hijo que le habia dado el ser y mantenido con el sudor de su rostro, la madre afligída y llorosa le recordaba al suyo, que lo llevó en su vientre nueve meses y alimentado despues con su propia leche. En una palabra, todos y cada uno de los que se hallaban presos en la ciudadela de Pamplona, usaba de los términos ó espresiones mas tiernas para interesar el ámor y la sensibilidad de aquellas personas por causa de las que padecian, é imploraban la vida de los oficiales prisioneros como el único medio de conservar la propia. Zumalacarregui despues de haber dejado pasar el dolor causado por las primeras impresiones, les habló así.

« Grande fuera, señores, nuestra desgracia »y á mi modo de ver las cosas, superior por su »debilidad á la de la deshonra de deponer las »armas y de entregarse á la discrecion ó ge- »nerosidad de nuestros enemigos, si nosotros »ahora por temor á las amenazas de Quesada »dejasemos de llevar adelante la represalia en »los cuatro oficiales prisioneros. Enhorabuena

» que aquella no se consumase si en vez de las
» personas inocentes é indefensas que Quesada
» ha sacado en rehenes de sus hogares, personas
» que nada tienen que ver en la guerra, se tra-
» tase de conservar la vida á alguno de nuestros
» oficiales ó soldados: en este caso la cuestion
» variaba de aspecto, y accediendo á lo que el ene-
» migo pide, no seria sino la consecuencia de
» aquello que buscamos por el terrible, mas único
» camino que se nos ofrece de las represalias:
» pero pretender que por medio de tan torpe
» ardid, Quesada logre paralizar mis providencias,
» no solo es una quimera sino un motivo mas
» para apresurar la ejecucion de aquellas.

« Y aunque á la verdad, señores, haciendome
» el interprete de ese sumo dolor, en el mismo
» silencio que observo, conozco que se me pide
» el que por esta sola vez se condescienda con lo
» que el enemigo quiere, no puedo ménos de
» ponerles delante los resultados de este ejem-
» plo: por el momento los que se me ofrecen
» á primera vista son estos. Quizá mañana mis-
» mo haremos nuevos prisioneros: el general
» enemigo que ya conoce el modo de asegu-
» rarles la vida, mandará immediatamente to-
» mar nuevos rehenes, supuesto que hasta en la
» mas miserable aldea le es tan facil encontrar-

» los, que se hallen en las mismas circunstancias
» que los que al presente tiene en su poder. Hecho
» que sea esto nos mandará igual mensage, y en-
» tonces, en lugar de los cuatro que ahora por des-
» gracia nuestra tenemos que desplacer, acudirán
» veinte ó mas interesados, segun la proporcion
» de los que el enemigo tome en rehenes ¿ Hoy se
» tiene consideracion por los gefes? pues bien,
» mañana será esto un pernicioso ejemplo que
» hará que el oficial pida lo mismo : la pedirá
» tambien al dia siguiente el sargento y á su vez
» y con no menor justicia el soldado. Dado el
» primer paso, el mal seria irremediable, y todos
» nuestros esfuerzos y resolucion, vendrian final-
» mente á quedar destruidos por una primera
» condescendencia.

» Yo no creo, señores, que Quesada no obs-
» tante su carácter violento y sanguinario, lleve
» á efecto la amenaza que me hace, porque este
» hecho le estraviaría totalmente de todo camino
» de razon y de justicia; pero de todos modos,
» cualquiera que sea el presentimiento que se
» tenga de su modo de obrar, en nada variará mi
» resolucion. Esta la fijó Quesada en el momento
» que buscó el medio de arredrarnos con su re-
» ciente medida. El mismo, es, quien con ella
» ha decidido y apresurado la ejecucion de los
» desgraciados prisioneros. »

Desde que Quesada vió esta firmeza y energía en su adversario y se convenció de que Zumalacarregui era un gefe de tanta autoridad entre los suyos como el primer general del mundo, se notó que le abandonó la principal virtud militar que le adornaba.

Nosotros hubieramos querido ahorrar al lector por medio del silencio el sentimiento que le causará este relato de ejecuciones y de sangre, mas no hemos podido ménos de presentarlo á la crítica pública, afin de que se haga la debida justicia acerca de la conducta de ambos generales.

Entrado el mes de Mayo, viendo Zumalacarregui que Quesada no le perseguia ni buscaba por los parajes montuosos, esperó poder atraerle hácia algun otro punto donde le pudiese recibir con ventaja, y á este efecto se alejó de la vecindad de las Amezcoas. Aunque en este pais nada existiese entonces de importante, espuesto al peligro de poder ser dañado ó ocupado por el enemigo, Quesada concibió de improviso el inutil proyecto de invadirlo y en el acto lo puso en ejecucion. Voló Zumalacarregui allí con la intencion de atacarlo, pero por mucha priesa que se dió, ya Quesada para entonces habia salvado los parajes mas peligrosos, despues

de incendiar algunas de aquellas cabañas que hay en los montes, y á que dan los naturales el nombre de *bordas*. Siguió no obstante el Carlista la huella de su adversario sin poderle dar alcanze, hasta que al fin recibió el aviso de que este se habia detenido en Muez, lugar que sin duda por su excelente posicion escogió Quesada para dar descanso á sus tropas.

Luego que Zumalacarregui, que todavía no se habia presentado á la vista de aquellos cuyo alcanze seguia, fué sabedor de la detencion de los Cristinos en Muez, hizo alto, y se mantubo oculto con sus tropas entre las asperezas de la sierra de Andía : pero apenas llegó la noche, continuó su marcha y antes de las dos de la mañana se encontraba á un solo cuarto de hora de distancia de Muez. Desde aqui Zumalacarregui destacó diez compañias al pueblo, las cuales penetraron con el mayor silencio y comenzaron un ataque brusco y de sorpresa contra las guardias y retenes, á las cuales arrollaron á la bayoneta, consiguiendo llegar á la puerta principal de la casa donde se alojaba Quesada. Su dueño nos ha asegurado que nada tan facil entonces como el haberse apoderado del general, si en vez de atacar aquella puerta hubiesen acudido por otra que tuvieron mas á mano, y

que estaba sin guardias. Los soldados Cristinos encerrados en los edificios en que se hallaban alojados, ocuparon todas las ventanas y desde estas correspondieron con un fuego vivo y muy sostenido á los que les atacaban. Esto unido á la venida de la luz del dia, demasiado temprana en aquella estacion, obligó á los Carlistas á replegarse sobre sus reservas, despues de haber retirado heridos á los dos bizarros capitanes, Abarzura y Salinas, que expiraron de alli á pocos momentos. La perdida en el resto fué sin importancia. El soldado tirador Felix Urra, natural de Estella, se distinguió heróicamente en esta sorpresa de Muez, por lo que algunas horas despues se le concedió la cruz y real de vellon vitalicio; recompensa que Zumalacarregui hacia ocho dias habia instituido para premiar el valor de las clases inferiores, y que Urra fué el primero que la obtuvo.

Sin embargo de que los resultados del ataque de Muez no fueron los que el general Carlista se prometia, no puede negarse tampoco el que dejasen de producir grandes utilidades; porque en lo sucesivo las tropas Cristinas en cualquiera parte donde la noche las cojia, á ménos que no fuese dentro de una plaza de guerra, era tal el temor que desde entonces cobraron, que supo-

niendo que las vendrian á acometer, se preparaban como para recibir un asalto, atrancando las puertas, cruzando maderos en las calles, y colocando un centinela en cada ventana con otras minuciosas precauciones. Esta fatiga extraordinaria sobre la de la jornada y operaciones del dia, apuraba las fuerzas físicas de los soldados, de los cuales se llenaban despues los hospitales.

Tres meses hacia ya para entonces, que Quesada habia comenzado la guerra con veinte y tres mil infantes y mas de mil cuatrocientos caballos, segun su propio testimonio (*a*) y todavía no habia podido conseguir la mas pequeña ventaja, que le proporcionase la ocasion de dar á su Gobierno un parte algun tanto satisfactorio: para conseguirlo, su amor propio herido en lo mas vivo, estudiaba de continuo la manera de ejecutar á todo trance cualquiera empresa de donde pudiese esperar salir ayroso. Dejando pues á Zumalacarregui de un lado como á cosa insuperable, puso Quesada su atencion sobre la Junta de Navarra que confiada enteramente en la salvaguardia, de una escolta de cincuenta voluntarios, permane-

(*a*) Vease el num°. 11 de los documentos justificativos.

cia constantemente en Elizondo, villa de Baztan; y para apoderarse de ella, juntó tres á cuatro mil hombres de sus mejores tropas, con cuya fuerza se dirijió de repente sobre aquel punto. La Junta habiendo sabido con anticipacion la aproximacion de su enemigo, evacuó inmediatamente á Elizondo y con solo esto hizo inutil la expedicion de los Cristinos al Baztan; pero no fué este el único contratiempo que estos sufrieron.

Luego que Zumalacarregui recibió la noticia de la entrada de Quesada en el valle, reunió cuatro batallones y con la mayor rapidez se dirijió al puerto de Belate, como preciso paso para regresar aquel á Pamplona punto de donde habia partido.

La prontitud con que Zumalacarregui hizo este movimiento que demonstraba bien sus intenciones, produjo en el ánimo del general Cristino el mismo temor é irresolucion que hemos visto en él otras veces; y solo pensó en los medios de salir de donde estaba sin llegar al extremo de combatir. Dos partidos se le ofrecian por el momento para poder conseguir su deseo. El uno consistía en dirijirse rapidamente á los Alduides (bien que por territorio francés) desde donde despues podia facilmente retirarse sobre Pam-

plona por la espalda de los Carlistas. Sin duda que esta operacion era la mas pronta y la mas sencilla : pero ¿ como dar un espectáculo semejante á la crítica de la nacion francesa ? ¿ ni como conciliar este hecho con la impotencia de esas bandas Carlistas, que presentaban como tan despreciables á los ojos de la Europa, los partidarios de la Reina Cristina ?

El otro partido consistía en retirarse del Baztan por la parte opuesta por donde habia entrado, y despues de seguir la extrema frontera, sin pisar el territorio francés, llegar hasta Tolosa de Guipúzcoa. Este movimiento tenia la ventaja de poder recibir el socorro ú apoyo de la coluna que mandaba el general Jauregui. Abrazó Quesada este último medio, é immediamente evacuó el Baztan, y en ménos de cuatro dias se presentó en Tolosa. Zumalacaregui que ya tenia prevenido este movimiento, corrió con sus cuatro batallones á Lecumberri, y desde aqui acudía cotidianamente à ocupar la subida ó puerto de Aspiroz, formidable posicion que es preciso superar para pasar de Tolosa á Pamplona siguiendo el camino real. De este modo Quesada encontró al momento el mismo obstaculo que se le presentó en Belate. A la gente de Jauregui que ya estaba

incorporada con la de Quesada y á la que por ser la mas práctica de este pais, se debia observar con mayor cuidado, opuso Zumalacarregui los tres batallones Guipúzcoanos. Varios dias se pasaron así sin que los Cristinos que estaban en Tolosa se atrevieran á presentarse al frente de los Carlistas apostados en el puerto de Aspiroz. Quesada pareciendole al fin inexpugnable la posicion desistió de toda tentativa; mas como la necesidad ó su amor propio le empeñasen por otra parte á regresar á Pamplona, espero hacerlo con ménos dificultad desde Vitoria, y para el efecto se dirijió á esta ciudad.

Zumalacarregui que para encontrarse al frente de Quesada, no necesitaba en esta ocasion hacer grandes ni penosas marchas, luego que estuvo seguro de su direccion, descendió de Lecumberri á la Borunda, y se acantonó con las tropas en Echarri-Aranaz. Una parte de las de los Guipúzcoanos fué destinada en observacion de los movimientos que podian hacer sobre su derecha los de Jauregui; pero esta desmembracion de fuerza, la remplazó Zumalacarregui con la concurrencia de dos batallones Alaveses que conducia D. Bruno Villarreal: de este modo los Carlistas reunian allí ocho batallones para disputar á Quesada el

paso, pero el terreno no era á la verdad tan ventajoso como el de Belate y Aspiroz. No obstante, el general Cristino apenas llegó á Vitoria, mandó sus órdenes á Pamplona para que en esta plaza se concentrasen las fuerzas de las dos divisiones que mandaban los brigadieres Linares y marques de Villacampo; lo que habiendose verificado, Quesada les previnó por un oficio el dia y hora que él saldria de Vitoria para Salbatierra, y de aquí para Pamplona. Las divisiones Linares y Villacampo debian salir de esta plaza al mismo tiempo que Quesada de Salbatierra, de manera, que no estando esta ciudad mas que nueve á diez leguas de distancia de Pamplona; Zumalacarregui que se encontraba en el centro, iba á verse metido entre dos fuegos. En este caso el exito en favor de Quesada no era dudoso.

El general Carlista sabía esta concentracion de fuerzas en Pamplona, pero ignoraba el objeto, y aunque este fuese facil en parte preveerlo, no lo era tanto la manera como los Cristinos ejecutarian su proyecto.

El 17 de Junio, cerca ya de las once de la noche, llegó á Zumalacarregui el aviso de que Quesada habia entrado despues de oscurecido en Salbatierra. Con esta sola noticia, la perspicacia del

Carlista penetró toda la extension de las intenciones de su adversario. Por lo que en el momento mandó que se preparasen las tropas para marchar, y despues de haberse detenido por algunos instantes como para pensar á quien le sería mas ventajoso y conveniente acometer, si á Quesada ó á Linares, se resolvió al fin por que se desfilase en la direccion de Pamplona. La fuerza que venia de una y otra parte era sin duda igual en número; pero Zumalacarregui por un cálculo muy bien fundado, se decidió por la de Pamplona, suponiendo causarle mayor sorpresa, atendido á que su movimiento no estaba aun pronunciado en la víspera.

Al rayar el alba de este dia tan memorable por ser aniversario de la mas célebre batalla de los tiempos modernos, el general Carlista marchaba á la cabeza de sus ocho batallones cerca de la venta llamada de Gulina entre Irurzun y Erice. Los confidentes colocados desde antes de la primera luz del dia en el alto de Añescar, muy cerca de Pamplona, apenas divisaron sobre el camino una especie de sombra prolongada que de aquella parte se les venia acercando, la tuvieron por la coluna de Linares, como en efecto lo era, y corrieron á dar aviso. Prevenido Zumalacarregui mandó hacer alto á

sus tropas, y con toda brevedad las colocó en las primeras posiciones que se le ofrecieron: Aun no habia terminado cual convenia esta operacion, cuando ya los Cristinos de la vanguardia comenzaron á disparar sur fusiles. Salieron los Carlistas de entre las cordilleras que los ocultaban y con mucha impetuosidad los acometieron, de manera que varios fueron hechos prisioneros. Entre tanto, el grueso de las fuerzas enemigas se dió priesa en ganar el alto llamado de Ochovi; posicion muy ventajosa, donde formaron su línea de batalla compuesta de tres frentes. El combate se empeño con tenacidad y duró hasta las diez de la mañana, sin que los Carlistas pudiesen desalojar á sus adversarios. Verdad es que conociendo estos toda la importancia de la posicion, hicieron los mayores esfuerzos para conservarla, dando en esta ocasion varios de los oficiales pruebas nada comunes de esfuerzo y valentía (*a*). En seis

(*a*) Cítase entre otros D. Leopoldo O-Donnell, herido en en esta accion, primo hermano del otro Leopoldo prisioen Alsasua y hermano de los dos gefes Carlistas D. Juan y D. Cárlos: Al D. Cárlos le veremos mas adelante mandar la caballería carlista de Navarra y morir al frente de ella. D. Juan que le sobrevivió, hecho prisionero en Cataluña por los Cristinos y conducido á Barcelona, sirvió de juguete

horas de fuego continuo, los Carlistas siempre escasos de municiones concluyeron con las suyas, y Zumalacarregui á quien al mismo tiempo llamaba particularmente la atencion la aproximacion de Quesada, dió la órden para la retirada.

Desde el principio de la guerra no se habia visto un combate tan sangriento como el de Gulina. Los Cristinos sufrieron una perdida considerable, de manera que todos los medios que tenia Pamplona pudieron apenas sufragar al trasporte de sus muchos heridos; empleando al objeto hasta el coche del Yll.^mo S.^or Obispo. Cuatro gefes carlistas D. Francisco Garcia, D. Casimiro Ylzarbe, D. Fermin Ripalda y D. Tomas Tarragual, salieron tambien heridos. Los Cristinos se lamentaron por largo tiempo de las perdidas de este dia, las cuales ni aun siquiera tuvo Quesada la gloria de presenciar, pues luego que vió libre el camino se dió priesa á pasarlo. Si Zumalacarregui, á la mañana siguiente del combate de Gulina, hu-

á un populacho barbaro que por fin lo asesinó y despedazó vil y atrozmente. Esto sucedia miéntras que los Leopoldos habian derramado su sangre por el principio que invocaban los asesinos de Barcelona. He aquí en una sola pincelada el cuadro horroroso que ofrecen á cada momento los trances de la guerra civil.

biese tenido ménos fatigados sus soldados y el medio de municionarlos pronto, probablemente su adversario hubiese todavía encontrado alguna oposicion. La llegada de Quesada á Pamplona fué marcada segun costumbre, por nuevos fusilamientos. Asi se vengaba del mal humor que le causaban los encomios que hacian publicamente los oficiales Cristinos de Zumalacarregui, á causa de la suma prevision, inteligencia y capacidad manifestada durante las operaciones de aquellos dias, coronadas al fin por esta marcha sobre Pamplona.

Grande á la verdad, era en la actualidad la desmoralizacion de este ejército, que tan floreciente y numeroso se habia confiado á Quesada. Si las esperanzas y recursosos del partido Cristino hubiesen consistido solo en esto, se puede tener como cierto que el triunfo de la causa Carlista estaba asegurado : pero el daño que experimentaban sus adversarios en Navarra se encontraba compensado con los sucesos acaecidos en otros puntos, los cuales les permitian disponer ahora de nuevas fuerzas y caudillos. Para dar cuenta de su procedencia, necesitamos trasladarnos por un momento á otro teatro distinto del de Navarra.

En los primeros dias del mes de Mayo el ge-

neral D. José Ramon Rodil, que mandaba el cuerpo de tropas españolas que desde antes de comenzar la presente guerra se encontraba situado sobre la frontera del reino de Portugal, en observacion de la contienda travada entre el Rey Don Miguel y su hermano mayor Don Pedro de Braganza ex-emperador del Brasil, aprovechando la decadencia de los negocios de Don Miguel ó la debilidad de sus fuerzas, sin que precediese requerimiento ó reclamacion alguna, ni ménos declaracion de guerra, invadió con sus tropas el vecino reino tratando de apoderarse por sorpresa de la Real persona de S. M. el Rey Don Cárlos. Este soberano que fiado en el derecho de gentes permanecia sin fuerza alguna para su custodia, se vió en la necesidad de huir afin de no caer en manos de sus vasallos rebeldes. Desde entonces anduvo como fugitivo por espacio de varios dias, hasta que los mismos acontecimientos del Portugal, desfavorables á Don Miguel, le obligaron á buscar un asilo en un navío de S. M. Británica, el cual le trasladó á Inglaterra.

Embarcado el Rey de España, expulsado Don Miguel de su reino, y sentada en el trono de Portugal la Princesa Doña María de la Gloria, habia cesado el motivo que obligaba la perma-

nencia del ejército español Cristino en aquella frontera. El Gobierno de Madrid que ya para entonces estaba bien persuadido de lo indispensable que era el mandar pronto un sucesor á Quesada, y nuevos refuerzos á Navarra; pero que no encontraba un pretexto tan plausible como quisiera para lo primero, ni tenia los medios para lo segundo, vió nacer en los sucesos presentes las dos cosas que justamente necesitaba. En efecto, apenas fué terminada la contienda Portuguesa, nombró á Rodil general en gefe del ejército del norte, y al mismo tiempo le previno que con toda brevedad se pusiese en marcha, conduciendo consigo el ejército de observacion. Rodil, cuya principal virtud como militar, consistia en una grande actividad, puso sin retardo en ejecucion lo que se le mandaba; pero teniendo que atravesar Madrid para ir á su nuevo destino, la augusta viuda de Fernando VII conforme con la opinion de sus consejeros, hizo que se detuviese por algunos dias con el objeto de pasar revista á sus tropas. Los políticos Cristinos contaron por este medio promover el ardor y el entusiasmo, que ciertamente no habian podido introducir en el ánimo español, los trabajos de la campaña que acababan de hacer en Portugal.

Este numeroso refuerzo que conducia Rodil, junto con los regimientos que ya estaban empleados en la guerra del norte de la España, formaba una fuerza considerable, lo cual hizo creer á los Ministros Cristinos despues de las conferencias que tuvieron con el nuevo general, que el término de la guerra estaba muy proximo. Se ha dicho que Rodil prometió formalmente en esta ocasion mas de lo que debiera, antes de hacer la prueba; lo que no es de admirar si se comparan las fuerzas y recursos que se ponian á su disposicion, con los del enemigo que iba á combatir. Las consecuencias de esta comparacion, atormentaba no poco á algunos de sus émulos, los cuales comenzaban á mirarle desde ahora con envidia suponiendole ya victorioso. Rodil mismo con su confianza daba mas consistencia á estas opiniones, pues no parecia sino que temia que los Carlistas se deshiciesen por si mismos, antes de que pudiese llegar á atacarlos y recoger los laureles de la victoria.

Sediento pues de renombre y gloria, no tardó mucho el nuevo caudillo en llegar con su ejército á Logroño, acompañado de un numeroso y brillante estado mayor. Los nombres de Anleo, Cordova, Sanjuanena, Bedoya, Figueras y Caran-

dolet se encontraban entre los de los generales, que le acompañaban. El nuevo refuerzo consistia en un efectivo de mas de diez mil hombres de infantería y proporcionada caballería. Este número era por entonces muy considerable para el Gobierno Cristino, porque el ejército Español de aquel tiempo, no escedia del que habia dejado Fernando VII al tiempo de morir (*a*). Para aumentar el aparato é infundir el terror por el pais por donde atravesaba, traia el nuevo general un comboy compuesto de mas de mil carros y mayor número de acémilas: todo esto junto con los trenes de artillería, causaba en efecto la admiracion del pueblo. Lorenzo y Oráa que por algunos dias habian estado separados de sus divisiones, tal vez por desavenencias que tuvieron con Quesada, se pusieron de nuevo á la cabeza de aquellas y las condujeron tambien á Logroño. Las fuerzas que resultaron por consecuencia de esta concentracion, y que Rodil no cesaba de contemplar y admirar, sirvieron para aumentar sus ilusiones, porque las tropas de Navarra que todavía no habia visto, superaban no solo por el número sino por la calidad á las que él conducia.

(*a*) Véase el número 12 de los documentos justificativos.

El estruendo formidable de las armas que se dejaba sentir sobre la orilla derecha del Ebro, resonaba en la opuesta. Entonces el ejército y pueblo Navarro fijaron toda la atencion en su caudillo. Y lejos de ocultar este la grande tempestad que se estaba formando contra él en Logroño, mandó publicar la alocucion que dirijia á sus tropas con este motivo, en la cual en vez de minorar el número, poder y recursos materiales de que disponia Rodil, los encomiaba hasta pasar de la realidad. Asi evitaba aquellas sordas voces que como una fatal epidemia se estienden y se propagan entre las clases inferiores desalentando á los medrosos, especialmente cuando el soldado llega á persuadirse de que se le oculta la verdad para no desanimarle. Despues de hablar de las fuerzas enemigas la alocucion ó proclama hacia á los soldados esta interrogacion...... *al ver tan numeroso ejército, Voluntarios ¿ os acobardareis?* Al llegar aqui el oficial que la leia al frente de los batallones navarros formados para esto en la plaza de Salinas de Oro, un grito unánime salió de las filas, diciendo, NO. Este *NO*, que el corazon solo forzó la lengua á articular, causó en los mismos que lo habian pronunciado una reciproca y general sorpresa. Zumalacarregui que no estaba pre-

sente, apenas fué informado de esta particularidad, formó una de las mas atrevidas y prontas resoluciones. Por las noticias que acababa de recibir sabía que Rodil principiaria al dia siguiente su movimiento desde Logroño en direccion de Pamplona: que este comenzaria por las divisiones de Lorenzo y Oráa, quienes llevarian la vanguardia, y que Rodil les seguiria veinte y cuatro horas despues con todas las fuerzas que conducia desde Portugal. La intencion de Zumalacarregui era pues, avanzarse rapidamente desde el interior de las montañas para salir exáctamente al flanco izquierdo del enemigo, en el momento en que Rodil caminase desde Logroño á Lerin; esperando que las tropas faltas de experiencia y no acostumbradas todavía á aquel genero de guerra resistiesen mal á un ataque brusco é inesperado.

Tan grande, oportuna y atrevida operacion iba ya á tener efecto, cuando una novedad vino á paralizarla y á cambiar el semblante de las cosas.



# CAPITULO V°

Billete autógrafo mandado por el Rey á Zumalacarregui. — Jubilo y satisfaccion que produce la noticia de la venida de S. M. en el campo Carlista. — Zumalacarregui va hasta Elizondo al encuentro de su Soberano. — Actos primeros del Rey. — Su salida del valle de Baztan. — Su revista á las tropas en Beunza. — Reflexiones del autor con este motivo. — El Rey va á las Amezcoas. — Particularidades de este pais. — Efectos que causa en el campo Cristino la presentacion de S. M. en Navarra. — Voces ridículas que esparcen para contrarestar el primer entusiasmo de los pueblos. — Zumalacarregui despues de confiar la custodia de la Real Persona al general Eraso se separa para continuar las operaciones. — S. M. va á visitar las provincias Vascas. — Acomete Zumalacarregui por la primera vez á las tropas mandadas por Rodil. — Los Cristinos establecen nuevas líneas de comunicacion. — Rodil invade la Amezcoa. — Combate de Artaza. — Rodil persigue al cuartel Real con doce mil hombres — Figueras y Oráa al frente de Zumalacarregui. — Particular emulacion ó rivalidad — Zumalacarregui se apodera de las brigadas de Figueras. — Movimientos continuos de las colunas Cristinas. — Incendio de los molinos arineros de Val-de-Yerri y Guesalaz. — Choque junto á Eraul. — Persecucion constante dirijida contra las tropas que Zumalacarregui manda en persona — Derrota de la division de Carandolet ocurrida en las peñas de San-Fausto. — El conde de Viamanuel. — Noticias tocantes á la caballería Carlista. — Zumalacarregui marcha sobre Viana. — Derrota de la caballería Cristina. — Desgra-

ciado suceso de la sorpresa intentada contra el fuerte de Echarri-Aranaz. — Tristes recuerdos de la sierra Urbasa. — Ojeada general sobre el estado del ejército Carlista en las tres Provincias y Navarra. — De los recursos del pais. — De la falta de municiones. — Del establecimiento de una fábrica de pólvora. — Del espionaje. — Anécdota de un confidente. — Sobre el calzado.

Apenas resonó en la plaza del lugar de Salinas de Oro aquel *no* tan enérgico que á un mismo tiempo pronunciaron cuantos voluntarios habian oido leer la proclama de Zumalacarregui, una especie de fuego eléctrico se comunicó como por encanto á los pechos de todos los habitantes de la Navarra; y á la pregunta de *¿ os acobardareis?* hasta el eco de aquellas montañas pareció responder NO, NO.

Animo y resolucion tales eran ya como el preludio de la victoria, y Zumalacarregui que así lo creia, se decidió á llevar sus tropas lo mas pronto posible al combate : pero hallandose todavía Rodil en este momento al otro lado del Ebro, se limitó por entonces á conducirlas al fondo de la sierra de Urbasa. Este movimiento preparatorio ademas de ocultar mejor sus verdaderas intenciones, servía tambien para dar lugar á que pudiesen llegar los avisos que se

estaban esperando respecto al dia fijo que Rodil deberia pasar desde Logroño hácia Pamplona.

El 11 de julio el general Carlista se trasladó desde Urbasa á Eulate. Al entrar en este pueblo mandó que inmediatamente se distribuyesen algunas municiones, calzado, y la racion de aguardiente acostumbrada el dia de accion; pero como hubiese ya oscurecido, todas estas cosas no pudieron hacerse hasta cerca de media noche. Los batallones Carlistas iban ya á desfilar para la ermita llamada de N^ra. S^ra. del Pueyo, situada entre Viana y Los-Arcos, por cuya vecindad se suponia que pasaria Rodil, cuando se presentó en el campo don Miguel Antonio Legarra, abad de Lecumberri.

Este eclesiástico á quien pocos dias antes habia mandado el mismo Zumalacarregui al Baztan con una importante comision, apenas desmontó puso en manos del general un billete cerrado de muy reducido tamaño. La circunstancia de ser desconocido el carácter de letra del sobrescrito, y el ver que no decia sino simplemente » *Para Zumalacarregui*, fué causa de que dirijiese este antes de abrirlo algunas preguntas á Legarra respecto al orígen del billete, á las cuales el abad no pudo satis-

facer de otro modo que diciendo, que los señores de la Junta se lo habian entregado encargandole lo trajese sin la menor dilacion, por que interesaba muchisimo: habiendolo por fin abierto, lo leyó para sí solo, pero como fuese el contenido del billete tan conciso, todos los que estaban presentes le notaron el cambio que de repente hizo su natural semblante. El general con cierto ayre de satisfaccion miró á todos los le que rodeaban, y dió por órden que inmediatamente se alojase la tropa, descargasen las brigadas, y quitasen sillas á los caballos.

El billete que hizo abandonar tantas disposiciones y que causó tal mudanza en Zumalacarregui, contenia estas pocas líneas.

»Zumalacarregui: Estoy muy cerca de España, y mañana espero en Dios estar en Urdax: toma tus medidas y te mando que nadie lo sepa absolutamente sino tú.

«Carlos.»

Rodeado Zumalacarregui de amigos fieles y sumamente afectos á su persona, y con quienes hasta entonces habia dividido tanto las fatigas como las glorias, era cosa muy costosa para su corazon naturalmente generoso, el guardar en

su pecho y para sí solo, una noticia tan plausible. Ademas, el estado actual de las cosas persuadia que en nada se exponia la seguridad de la real Persona aunque se divulgase su proxima llegada : porque sacando la cuenta del tiempo pasado despues que el billete debió ser escrito, no solo podia S. M. estar ya en Urdax, punto ocupado por sus tropas; sino tambien donde se encontraba la Junta de Navarra; por consiguiente libre de todo peligro. Sin embargo, Zumalacarregui por guardar la forma del soberano precepto, se abstuvo de publicar la grande noticia, y se limitó á confiarla á los principales gefes : mas á pesar de la reserva que les recomendó, por esta vez todos suponemos que faltaron á ella, y que ninguno supo vencerse resistiendo al placer que á cada cual en particular le resultaba de darla á sus amigos; asi es que antes de que hubiese llegado el alba, hasta el último de los soldados sabía ya que el Rey venia de un momento á otro. La sorpresa de tan feliz nueva y el jubilo que experimentó Zumalacarregui en esta ocasion, le tuvieron por algunos instantes como fuera de sí.

Los émulos de Zumalacarregui por rebajar su gloria y la de las provincias Vasco-Navarras, han extendido la voz de que sin la venida

del Rey su causa hubiese indudablemente perecido en el momento que se presentó Rodil. Contra semejante opinion, nosotros oponemos: en primer lugar, el suceso ocurrido en la plaza de Salinas de Oro, cuando solo se les presentaba á los batallones el aspecto de la proxima tempestad, mas fuerte y terrible que lo que en realidad era, aunque á la verdad fuese grande; y en segundo, las intenciones y proyectos que animaban á Zumalacarregui en el instante que recibió la noticia de la venida del Rey. La presentacion de la real persona en Navarra y las Provincias Vascas, fué sin duda alguna, la mayor garantía que por los sacrificios que hacian podia ofrecerse á todos sus defensores; mas esto no tuvo parte en la resolucion que tomaron los hombres que peleaban antes de la venida del Rey por su legítima causa.

La primera cosa que dispuso Zumalacarregui en el instante que se enteró del billete, fué mandar á su gefe de Estado mayor D. Miguel Gomez al encuentro de S. M. para que le presentase en nombre de todos sus leales defensores el debido homenage; pero como esto no pudiese satisfacer sino muy debilmente el acendrado amor que profesaba á su Soberano, luego que amaneció, formó sus batallones, y

se dirijió con ellos hácia el Baztan: sin embargo, viendo que no era facil el que estos siguiesen durante todo el dia el paso de los caballos, al llegar á la venta de Alsasua dejó á cargo del general D. Francisco Benito Eraso la conduccion de las tropas, y en seguida continuó su viaje con toda celeridad. Como el ansia y anhelo de Zumalacarregui eran tan extraordinarios, en el mismo dia que salió de Eulate logró entrar en Elizondo, si bien acompañado únicamente de D. Juan Antonio Zaratiegui y de D. Jorje Lázaro. Cuando llegó á las puertas del palacio que ocupaba S. M. eran ya las once de la noche, y el Rey fatigado como era natural de su largo viaje estaba acostado. No obstante, el general fué admitido al momento ante la augusta y real presencia.

En el inmediato dia trece de Julio, S. M. tuvo varias conferencias con Zumalacarregui al cual expidió los Reales nombramientos de teniente general y de gefe de Estado mayor. En la tarde del mismo dia se echaron á vuelo las campanas, y el Rey fué ó rendir gracias al Todo-Poderoso á la Iglesia Parroquial de Elizondo; con cuyo motivo se cantó un solemne *Te-Deum*. Entre las personas que acompañaron al Rey en este piadoso acto, se hallaban Zumala-

carregui, el teniente general conde de Villemur, todos los miembros de la Junta de Navarra, el brigadier baron de los Valles única persona que acompañó á S. M. desde Londres á Navarra, el intendente D. Domingo Antonio Zabala, y varios gefes y oficiales; muchos nobles del valle de Baztan y aun forasteros; y un gran concurso de pueblo: decimos grande comparativamente á la poblacion. Los palacios y casas que correspondian á la calle por la cual pasó el Rey para ir á la Iglesia, estaban con ricas colgaduras en las ventanas y balcones, y en el suelo echaron los vecinos yerba fresca, como se acostumbra hacer en los dias de procesiones solemnes. El dia (en una palabra) fue muy señalado para aquellas montañas.

S. M. nombró por su secretario interino de Estado y del despacho de la guerra al conde de Penne-Villemur, que á pesar de rayar en los ochenta años, tuvo la resolucion cinco meses antes, de fugarse de Zaragoza y presentarse en donde estaba Zumalacarregui. Apenas este anciano cuanto leal y respetable veterano se vió revestido del nuevo cargo, se apresuró á dirijir Reales órdenes á los generales de division y gobernadores de las plazas nombrados por el Gobierno Cristino, haciendoles saber la llegada del

Soberano legítimo de la España, y mandandoles en su Real nombre que le rindiesen el homenage que como á tal le debian.

El conde de Villemur pertenecia á aquel número de hombres llenos de buena fé, pero sobrado crédulos, que habia entre los Carlistas, los cuales estuvieron siempre en la persuasion, de que la España no era capaz de haber engendrado hijos rebeldes á la obediencia de un legítimo soberano; y si alguna vez lo creyeron á fuerza de los continuos atendados que ya habian visto, contaban como seguro que seria bastante la presencia del Rey y una simple órden, para que muchos de los gefes Cristinos les viniesen á entregar los regimentos ó las llaves de las fortalezas: pero el tiempo así como los ha convencido de lo contrario, les ha probado tambien que el Gobierno usurpador conocia perfectamente los enemigos de Don Cárlos.

En medio de la alegría y satisfaccion que reinaban en Elizondo con motivo de la venida de S. M., Zumalacarregui que pasadas las primeras emociones pensaba seriamente en el enemigo que dejó preparandose á penetrar en Navarra, era quizá, el solo que no podia encontrar sosiego. El mismo afan que le ani-

maba hacia dos dias por ver á su Soberano, le atormentaba ahora para volverse cuanto antes á los parajes que habia dejado, y por cuya vecindad andaba ya Rodil, con el objeto de estudiar los proyectos de este general, y de oponer contra ellos el debido remedio: pero como los Carlistas no poseian entonces ningun castillo ni plaza fuerte, ni ménos hubiese pais que no estuviese expuesto y del todo abierto á las irrupciones de las armas Cristinas, fué preciso que el Monarca ya desde el tercer dia de su llegada, tomase parte en las fatigas y peligros de su pequeño ejército.

La mañana del 15 de julió salió el Rey de Elizondo acompañado de Zumalacarregui y de la Junta de Navarra. En Irurita pasó S. M. entre las filas del 5°. batallon de Navarra, y habiendo atravesado todo el valle de Baztan superó el puerto de Belate, cruzó el valle de Ulzama, y finalmente llegó cerca del medio dia á las inmediaciones del pueblo de Beunza. El general Eraso que ocupaba este punto con tres batallones Navarros y uno Guipúzcoano, los formó con anticipacion en una sola línea y en el órden de parada, en un llano que hay antes de llegar á Beunza.

Ciertamente que al presentarse el Rey al frente

de esta division, parte tan importante de su limitadisimo ejército, ni el estruendo del cañon, ni la melodía marcial de las bandas de música, ni lo brillante de los uniformes y equipo de las tropas, pudo llamar su atencion, pues que nada de esto poseian entonces los Carlistas; pero en cambio, al echar una mirada sobre aquel puñado de hombres que nueve meses hacia luchaban tan heróicamente contra un Gobierno, cuyas órdenes obedecian mas de trece millones de habitantes, dueño absoluto de todas las plazas fuertes, ciudades, puertos y recursos del Estado, y sostenido ademas por dos naciones de las mas poderosas del universo, debió, no lo dudamos, sentirse conmovido su regio corazon al considerar como, sin aliados, sin dinero, faltos hasta de las órdenes de su Soberano, pudo tan reducido número de valientes ó mas bien de temerarios, sostenerse en el gigantesco sino imposible proyecto de combatir y derrocar la usurpacion. Entonces pudo tambien S. M. contemplar aquellos rostros curtidos por el sol ardienté de la estacion y las fatigas de la campaña, la robusta y excelente musculatura, el risueño aspecto de unos hombres cuyo ardor por los trabajos y peligros rayaba en lo increible y excedia á toda

espresion. Allí los vió que mal curadas sus primeras heridas, habian volado otra vez al combate en busca de nuevas glorias; allí vió tambien que al hermano muerto ayer en el campo del honor, sucedia hoy el otro hermano; y esto solo por satisfacer los impulsos de su corazon, pues que entonces no se componía el ejército Carlista mas que de voluntarios ¡que expectáculo este para un Monarca en un siglo en que con tal encarnizamiento la revolucion hace la guerra á los tronos, y estos encuentran tan tibios defensores!....

Zumalacarregui se sintió como embarazado con la presencia de su Soberano no pudiendo ofrecerle un alojamiento como el que preparó el gran capitan á Fernando el Católico cuando este llegó á Napoles, ni otro igual al que el duque de Vendome tuvo la dicha de conquistar á Felipe V°. En lugar de esto Cárlos V° solo encontró algunas miserables aldeas víctimas de las vicisitudes de la guerra, las cuales presentaban únicamente la muestra de la destrucion y del estrago. ¿Mas cuanta no era la diferencia que habia entre los medios que tuvieron Gonzalo de Córdova y Vendome para conseguir lo que alcanzaron y los que tuvo Zumalacarregui? La magnificencia que desplegaron aquellos dos grandes capitanes

fué compensada por un homenage mucho mas desinteresado y por una lealtad cuando ménos igual á la suya.

Precisamente el solo espectáculo que podia ofrecer Zumalacarregui á su Soberano, era el conducirle desde Beunza á los valles de Araquil, y Borunda. Sus sencillos y fidelisimos habitantes fuera de sí con el alborozo que les causaba la inesperada presencia de Carlós V°, dieron en el momento que lo vieron por bien empleados todos sus sacrificios pasados y cuantos les esperaban, á trueque de gozar un dia de la satisfaccion de decir que fueron los primeros á ayudarle á recuperar el trono de sus abuelos. Zumalacarregui que deseaba que S. M. viese lo mas pronto posible á los que mejor le habian servido, afin de que estos participasen de la general alegría, se dirijió á las Amezcoas.

Once siglos habian trascurrido desde que de estas breñas salió su Señor para ser el primero de los Reyes de Navarra, eleccion que nos dice la historia haberse hecho despues de la destruccion por los Arabes de la Monarquía Goda. Y si glorioso fué para los Amezcoanos de aquel tiempo el ver su señorío trasformado en un reino, no ménos debia ser para los de la generacion presente el que un rey se manifestase

contento desde el momento que llegó á poseer su limitado territorio. A Garcia Ximenez, Señor de Abarzuza y de Amezcoa le faltaban entonces algunos estados mas para tener á raya la invasion sarracena, miéntras que á Cárlos V° ahora, le bastaba el reducido y miserable señorío de Garcia para tener donde apoyarse y combatir desde él la invasion que las revoluciones recientes han hecho en la monarquía : por cuya razon si la Amezcoa del octavo siglo en nada fué inferior en gloria á las Asturias por haber servido de cuna á aquella, la Amezcoa de hoy tuvo motivos fundados y justos de esperar sobrepujarla.

La rusticidad que suponemos reinaría en los tiempos en que los Amezcoanos dieron el primer Monarca á la Navarra, es lo único que tendría analogía y semejanza con el modesto séquito y fausto que acompañaba al Señor que se les venia á presentar : sin embargo, estaban tan orgullosos de la preferencia, que antes parecia que querian mas á un Señor que no gozase de otro patrimonio que su valle, que al que si la justicia prevaleciese, deberia rejir con su cetro dos mundos. Esto procedia de que lejanos los habitantes de la Amezcoa de la turbulencia de la sociedad, en el espacio de muchos siglos únicamente habia penetrado en sus

esteriles montañas el nombre del Príncipe que reinaba sin jamas verle; y asi su presencia por la vez primera aunque sin las apariencias de la Magestad real que hieren la imaginacion del vulgo, no podia dejar de infundir en ellos el respeto y la admiracion.

Pero tiempo es ya de dejar á un lado estas consideraciones para volver á ocuparnos de cosas mas esenciales á nuestro principal objeto, dando cuenta de lo que los Cristinos hacian miéntras que Don Cárlos descansaba entre los Amezcoanos.

Atónito Rodil con la improvista llegada del Rey á Navarra, apenas queria dar credito á lo que la voz pública estendia por todas partes. Comenzaron los gefes y autoridades Cristinas por atacar esta noticia, diciendo que no era cierto hubiese entrado en Navarra, ni ménos se encontrase entre los suyos el *Pretendiente*, (nombre con que ellos denominaban á su legítimo Rey) pues que le habian visto varios de ellos embarcarse en Portugal hacia poco tiempo como prisionero en un navío de guerra Ingles; sino que los Carlistas fecundos en ardides para sostener las ilusiones de los pueblos y alargar por este medio la guerra, habian elegido uno bastante parecido al Infante

Don Cárlos, para que representase el simulacro de Rey, con el objeto de hacer frente á la terrible tempestad que de cerca les amenazaba. Avisos sobre avisos convencieron al fin á Rodil y al Gobierno de Cristina que era el mismo Don Cárlos en persona el que tenian en Navarra á su frente, por lo que temiendo los efectos que esta inesperada aparicion podria producir en el ánimo de los Españoles, se dieron priesa á comenzar las operaciones, evitando con esto otras muchas consecuencias que con sobrado fundamento temian.

Al ver Zumalacarregui á sus enemigos en movimiento, se sintió como fuera de su natural elemento, á causa de que las consideraciones, respetos y formalidades que le prescribian en estos momentos sus deberes, le robaban un tiempo tan necesario como precioso para atender á lo que por otra parte exigian y reclamaban los cuidados y atenciones propias á la guerra. Pues si bien es cierto que el Monarca manifestaba la mayor indiferencia por la omision de lo que se le debia, y mostró venir armado de una resignacion y valor á toda prueba para soportar las privaciones como el último de sus soldados, no podia miéntras estuviese á su lado prescindir Zumalacarregui de hacer cuanto el

decoro de la soberanía exigía sin esponerla al menoscabo de su dignidad; pues que cuando el primer vasallo desdora la Magestad los demas tampoco la respetan. Esta conviccion luchaba de continuo en su ánimo á la par que la de la urgente necesidad de disponerse luego á ejecutar con la acostumbrada rapidez los movimientos que las operaciones mismas del ejército de Rodil le estaban ya indicando; porque precisamente dependia de esto la conservacion y existencia de las tropas Carlistas delante de un enemigo tan poderoso. Resuelto al fin á separarse del Rey para observar mejor á su competidor, confió la guardia y custodia de la Real Persona, á su segundo en el mando el general D. Francisco Benito Eraso. Pero como entonces, segun lo hemos indicado, no habia punto ni lugar que no estubiese á discrecion del enemigo, fué preciso el abandonar la Amezcoa y hacer continuos movimientos. Lo primero que hizo Eraso fué conducir á S. M. á las tres provincias Vascongadas, tanto para alejarle del primer peligro, como con el objeto de que pudiese revistar los tropas y proporcionar á los pueblos la satisfacion de ver al Monarca.

Apenas Zumalacarregui se separó del Rey

cruzó la sierra Andía hasta llegar á los puertos de Bacaicoa y Lizarraga, desde donde se vé el camino real que atravesando los valles de Araquil y Borunda, se dirije de Pamplona á Vitoria. Este pais que pocos dias antes habia pasado S. M. viniendo desde el Baztan á la Amezcoa, se encontraba ahora invadido por las tropas de Rodil. En el momento que Zumalacarregui descubrió el camino real de lo alto del puerto de Bacaicoa, observó que una coluna Cristina se dirigia desde Echarri-Aranaz hácia Olazagoitía. La facilidad que hay des descender de allí y de llegar hasta el camino sin ser descubierto, le animaron á atacar esta fuerza de flanco. En efecto, habiendose avanzado con el 3er batallon de Navarra, con la mayor rapidez ejecutó lo que se habia propuesto. A pesar de ello, la retaguardia Cristina se encontraba ya cerca de la venta de Alsasua cuando la alcanzaron los primeros tiros de los Carlistas. El fuego de guerrillas que luego se commenzó no fué sostenido por otras fuerzas que por el 3er. batallon de Navarra, al paso que los Cristinos que en gran número estaban en Olazagoitía y Ziordia, acudieron en auxilio de los suyos. Este combate insignificante trabado á mayor distancia que Zumalacarregui se propuso, no tuvo resultado importante cos-

tando la vida al comandante del 3er. batallon de Navarra D. Felix Ichaso cuya perdida y el descuido ó flojedad que manifestaron dos capitanes alaveses que con sus compañias defendian la inexpugnable posicion del puerto de Olazagoitía, pusieron al general Carlista en la precision de replegarse sobre sus reservas que todavía ocupaban el alto de la sierra. Dueños Rodil y Espartero de los puertos de Olazagoitía y Ziordia, temió Zumalacarregui viniesen á su encuentro, y con la mayor celeridad retiró sus fuerzas á un bosque, las formó en coluna, y mandó armar bayoneta á fin de embestir al arma blanca en el momento que se presentase el enemigo; pero estando ya proxima la noche y como los esploradores volviesen diciendo que los Cristinos habian retrocedido, los Carlistas se retiraron á Lezaun.

Como Rodil tenia tan numerosas fuerzas, luego que examinó la topografía de Navarra, creyo que el mas seguro medio de destruir los Carlistas seria el poner en planta el sistema llamado de ocupacion: para llevarlo á efecto, lo primero que ordenó, fué el establecimiento de una línea militar desde Pamplona á Vitoria, á imitacion de la que ya antes habia desde Logroño á Pamplona; y como entre sus provi-

dencias y la ejecucion mediaba siempre muy poco tiempo, luego se vió á sus ingenieros levantar fortificaciones en Irurzun, Echarri-Aranaz y Olazagoitia, que con las que ya existian en Salbatierra completaban el cordon hasta Vitoria, y de consiguiente el objeto de la operacion. Para protejer las obras que se construian á un mismo tiempo en los tres puntos, estendió Rodil sus fuerzas por todo la barranca de Araquil y Borunda; pero á los pocos dias por no tener al ejército entero en la inaccion, todo el tiempo que durase la construccion de las fortificaciones, resolvió hacer con parte de sus tropas un reconocimiento de las Amezcoas. Nueve mil hombres inclusa la division de Vizcaya mandada por Espartero subieron á un mismo tiempo el 30 de Julio á la sierra de Urbasa por los puertos de Lizarraga, Bacaicoa y Olazagoitia; y como un torrente se derramaron desde allí por el estrecho valle de la Amezcoa alta. Al dia inmediato, llevó Rodil toda su gente á la Amezcoa baja y la acantonó en los cinco pequeños pueblos que comprende. Parece que el general Cristino estaba entonces todavía indeciso respecto á si convendria ó no establecer guarniciones en estos parajes.

El territorio sobre que están situados los

cinco pueblos que constituyen la Amezcoa baja, es de forma casi circular y se halla circunvalado de montes elevadisimos y del todo escarpados. Cinco son las entradas del valle donde van á parar otros tantos caminos; dos pasan por entre estrechas gargantas, pero el que presenta posiciones mas imponentes viene de la parte de Estella; los otros tres descienden de las sierras de Andía y Urbasa por los puertos de Zudaire, Baquedano y Artaza. En el fondo del valle nace un rio, cuyas aguas siempre frescas y en extremo cristalinas, contribuyeron sin duda en esta estacion calorosa á que Rodil se detuviese allí con su ejército.

Miéntras tanto, Zumalacarreguí acompañado de tres batallones llegó cerca de las dos de la tarde á lo alto del puerto de Artaza, y desde allí se puso á observar lo que hacian los enemigos. Los Cristinos ya fuese que estuviesen encerrados en las casas, tendidos por las calles ó debajo de los arboles descansaban en este momento en el mas profundo silencio, efecto tal vez de la fatiga y del calor excesivo que entonces hacia. Observando el general Carlista que en la primera avanzada no habia la mayor vigilancia dió la órden á uno de sus oficiales para que fuese con una compañia á sorpren-

derla, lo que se verificó con tal exactitud que toda quedó prisionera ; pero en cuanto sucedió esto las otras avanzadas dieron la alarma , y en un instante todo el valle se vió cubierto de tropas. Espartero como el mas vecino al peligro , acudió inmediatamente á donde estaba el enemigo y en el momento se trabó entre sus tropas y las de Zumalacarregui un serio combate A pesar de la diferencia de fuerzas, todas las ventajas estaban por el Carlista cuando Rodil lanzó otras nuevas desde los pueblos de Baquedano y Gollano contra su derecha. En consecuencia temiendo aquel ser cortado retiró su gente sobre lo mas elevado del puerto donde se mantuvo hasta tanto que se hizo de noche.

Rodil estuvo con su ejército en la Amezcoa hasta la salida del sol : entonces la evacuó para siempre : pero la circunstancia de haber sido acometido dos veces en el discurso de una semana por aquellos mismos hombres que el creia hasta sin el aliento necesario para llevar las armas, le movió á indagar las causas de tan grande audacia. El general Cristino la atribuyó á la presencia de Don Cárlos, y como en este momento reciviese la noticia que S. M. se habia dirijido acompañado únicamente de doce personas hácia

el señorío de Vizcaya, formó la resolucion de ir por si mismo á perseguirlas confiado en que si lograba la captura de la Real persona, conseguiria la conclusion de la guerra, con el ahorro tambien de los trabajos, fatigas y perdida de muchos meses.

Terminadas las fortificaciones comenzadas en toda la línea de Pamplona á Vitoria, Rodil encargó á varios de sus generales la persecucion de Zumalacarregui, y con doce mil hombres que todavía le quedaban para otros objetos, tomó el camino de Vizcaya. Luego que llegó á este pais y se informó de la direccion que habia llevado el cuartel Real, se avanzó desplegando sus fuerzas sobre un vastisimo frente. Con solo marchar de esta suerte hasta las orillas del mar Cantábrico, contaba como seguro el general Cristino apoderarse del príncipe que perseguia, pues que este no tenia allí el medio de embarcarse como en Portugal,

Al considerar que doce mil hombres se dirijian contra doce solas personas, la empresa no pareció al mayor número ni dificil ni imposible. Sin embargo, por otra parte estaban en favor del príncipe perseguido la misma estension de la línea que pretendian abrazar, los grandes ramales de las cordilleras ó montañas que en-

cierra el pais, la profundidad de los barrancos, la espesura de los bosques, el laberinto de las sendas y caminos, y mas especialmente el apoyo que ofrecen á todo fugitivo las tinieblas de la noche, ademas del zelo y conocimientos prácticos de los que custodiaban la Real persona; y finalmente la lealtad de un pueblo noble y valeroso que consideraba empeñado su honor y su fé en la conservacion de su Señor. Todo el séquito de S. M. no escedia como decimos de doce personas; y si á los gefes militares Carlistas que conducian uno, dos, y aun mas batallones, les era por aquel tiempo tan facil el eludir todo encuentro desventajoso con sus enemigos, y dejar burladas y sin efecto las mas bien calculadas operaciones ó combinaciones de los generales adversarios ¿ cuanto mas facil no deberia serlo á este escaso número que acompañaba el Soberano? Así Rodil, de este proyecto de persecucion, no sacó otro fruto despues de marchas, contramarchas y de andar de frente y de flanco, que fatigas y la destrucion del équipo de sus soldados. Las asperezas solas de Vizcaya bastaron para mandar un gran número de ellos á los hospitales, y dejar reducidas á la nada sus esperanzas ó ilusiones. Otro de los resultados de esta persecucion fué

el perpetuar su nombre en la memoria de algunos habitantes por las devastaciones é incendios que ejecutaron sus tropas. Las del general D. Gaspar Jauregui redujeron entonces á cenizas el célebre santuario de nuestra señora de Aranzazu.

Entre los generales que quedaron al frente de Zumalacarregui durante el tiempo que Rodil recorria las provincias Vascas, Figueras y Oráa eran los que maniobraban con mayor actividad; sin embargo, Zumalacarregui sabía inutilizar todas sus combinaciones sin salir jamas de las sierras que rodean la Amezcoa; pero no contento aun con esto, desde los montes mas elevados ó por entre los riscos y la maleza de los bosques, observaba con la mayor atencion todos los movimientos de sus adversarios para aprovecharse del menor descuido y arrojarse sobre ellos con la prontitud que el águila sobre su presa.

A nuestro modo de pensar, hubiera Figueras como ménos experimentado en esta guerra, cometido muchas faltas sin la asistencia y cooperacion de Oráa, que con razon se debe reputar como el mejor perito entre los gefes Cristinos. Lleno Zumalacarregui de aquel genero de espíritu que distinguia al gran Sertorio, en la

posicion desventajosa y dificil que se encontraba, procuraba suplir á su inferioridad con el arte y la estratajema ; y su inteligencia y actividad siempre extraordinarias parecian aumentar aun en razon de los rivales que le destinaban, y de la reputacion que estos gozaban.

Zumalacarregui que conocia personalmente á Figueras y que sabía lo que su capacidad y medios alcanzaban, no obstante la reputacion de que gozaba, deseaba con mas ahinco que á otro cualquiera el molestarle, cuando la fortuna le presentó esta ocasion. Un dia que las divisiones de Figueras y Oráa pasaban á la desfilada desde el pueblo de Eraul hácia el de Abarzuza, y en direccion á lo que parecia del valle de Guesalaz., Zumalacarregui que largo tiempo hacia los acechaba se les vino acercando por entre la espesura de los bosques que rodean el monasterio de Yranzo, y desde este lugar destacó un batallon contra el flanco izquierdo de sus enemigos. Para rechazar este ataque comenzaron estos por replegarse; pero antes de que lo hiciesen, cuatro compañias ya dispuestas é instruidas de lo que debian ejecutar, se arrojaron sobre la retaguardia de la coluna, la arrollaron y se apoderaron de todas las acémilas ó brigadas que sin detenerse un momento condujeron al

puerto de Eraul, y descendiendo por él las pusieron en seguridad. Luego que llegó á Figueras que se hallaba á la cabeza de la coluna, la noticia de lo ocurrido, acudió apresuradamente á recobrar la presa, mas ya era tarde; porque Zumalacarregui despues de pasar con la mayor rapidez al otro lado del rio Amezcoa, y de ponerla en salvo, se quedó á pernoctar en el valle de Hellin. Al dia inmediato se examinó el botin que consistía en setenta y dos cavallerias con los efectos y equipajes de todos los oficiales de la division de Figueras, y otras varias cosas.

A este revés, aunque tan poco importante, se atribuyó la separacion inmediata de Figueras del mando, considerandole como un gefe mas propio para dirijir una oficina militar, en lo cual se habia ya distinguido anteriormente, que los movimientos y operaciones de esta guerra.

Cuando Zumalacarregui se retiró con su gente al valle de Hellin, poco le faltó para ir á parar á las manos de Lorenzo que le venia de frente. Esta clase de peligros eran bastante frecuentes en estos dias; especialmente despues que Rodil habia establecido la línea de guarniciones desde Pamplona á Vitoria; porque el campo que á Zumalacarregui le quedaba para

maniobrar y defenderse de tantas divisiones enemigas como á la vez le perseguian, era en extremo limitado.

A tantas dificultades ú obstaculos quisieron los generales Cristinos añadir aun otros nuevos para reducir y aniquilar el corto número de sus adversarios. Lorenzo mas inclinado á lo que parece, á los medios extremos, fué el primero que comenzó á ponerlos en ejecucion, incendiando en un solo dia cuantos molinos arineros contenian en su territorio los valles de Yerri y de Guesalaz: sin tomar en consideracion los gravisimos é injustos perjuicios que causaba con esto á sus proprietarios extraños á la contienda política, ni el daño é incomodidad que ocasionaba á mas de cuarenta pueblos, ni ménos calcular que de este mal, poco ó nada iba á refluir sobre los Carlistas, y que con tal genero de estorsiones antes se llega á apurar el sufrimiento y la paciencia de los habitantes pasivos que se logra el atemorizarles.

Densas columnas de humo se elevaban perpendicularmente á un mismo tiempo en varios lugares de los valles de Yerri y Guesalaz, cuando Zumalacarregui, que desde una alta roca observaba el movimiento de sus adversarios y que ignoraba la verdadera causa de aquel incendio

(aunque se lo figuraba) fué informado completamente por varios paisanos que llegaron en este momento á pedirle venganza contra los incendarios. La fuerza que regularmente acompañaba al general Carlista, se encontraba diseminada aunque no muy distante. Los paisanos pedian con instancia solo algunas compañias para sorprehender á los que todavía se hallaban en Abarzuza ejecutando las órdenes de Lorenzo; y Zumalacarregui sin esperar á reunir su gente condescendió. Algunos de aquellos vandalos pagaron en el momento con la vida su descuido, satisfaciendo asi á la irritacion de los pueblos. Para protejer esta operacion, habia aquel hecho pasar su gente á una cordillera que hay entre Eraul y Abarzuza; pero antes de que pudiesen estar concentradas todas sus fuerzas, Lorenzo que á la noticia de lo ocurrido en este último pueblo, se revolbió sobre su retaguardia, como la serpiente sobre su cola, vinó hasta el pie de la cordillera, y con suma intrepidez trepó por ella y atacó á los Carlistas. Zumalacarregui desde que le vió acercarse, no hallandose en disposicion de sostener el combate, tomó todas las medidas para retirarse; pero á pesar de la excelente posicion que ocupaba para poderlo hacer, se encontró en la

necesidad de dar frente al enemigo por algunos momentos, y la retirada se hizo sin otra perdida por parte de los Carlistas que la de cinco ó seis heridos.

El puerto de Eraul por donde se verificó la retirada y todos los sitios ó parajes que le son mas vecinos, hacia un mes que servian de teatro constante y permanente á las operaciones mas importantes de la guerra. Lorenzo y Oráa aunque tan activos daban á conocer que dependian de un general como Rodil, con no cesar de hacer movimientos en todas direcciones con la confianza de encontrarse al fin con el general Carlista, teniendo la fundada esperanza de que trabado que fuese el combate, acudirian á sostenerlos nuevas fuerzas : pues que ademas de las dos divisiones que perseguian á aquel de continuo por entre las breñas y montes de la merindad de Estella, salia diariamente de esta ciudad en la cual mandaba el general Anleo, otra division que desde la mañana hasta la noche ocupaba el punto que con anticipacion indicaban Lorenzo ú Oraa ; como una reserva dispuesta á acudir á la primera señal á donde se trabase el combate.

El 19 de Agosto, Zumalacarregui escuriendose por entre las dos colunas que le perseguian.

despues de haber hecho un movimiento aparente para engañar mejor á sus infatigables adversarios, se fué á ocultar en los montes del puerto de Artaza con cuatro de sus batallones, y miéntras que les daba algunas horas de descanso, los confidentes vinieron á decirle que el general Carandolet gefe de la coluna salida aquella mañana de Estella, se habia situado con esta en el lugar de Galdiano, valle de Hellin.

En el momento ordenó formar su gente, y separando las ocho compañias de preferencia de los cuatro batallones, unió á estas la de guias y se dirijió con las nueve hácia el puerto de Eraul. Al resto de la fuerza lo mandó retirarse ostensiblemente por una direccion opuesta á la que llevaba con el objeto de llamar la atencion á Oráa que venia siguiendo toda la canal de las Amezcoas. Al llegar al puerto de Eraul vió Zumalacarregui con su anteojo que permanecia todavía tranquilamente en Galdiano la fuerza Cristina de que le habian hablado; pero á poco tiempo como la tarde estuviese ya bastante adelantada empezó aquella su ordinario movimiento para replegarse á Estella. Entonces trató de aprovecharse de las ventajas que le daba su posicion.

Desde el lugar de Galdiano hasta Estella hay poco mas de hora y media : el camino despues de pasar el rio Amezcoa por el puente de Artavia ó de Larrion , sigue por entre el rio y una cordillera muy escarpada, que por tener su nacimiento en la sierra de Andia , se la debe reputar como uno de sus ramales ó cabos. Este camino unas veces á causa de la direccion tortuosa del rio, y otras de la aspereza de la base de la cordillera que lo rechaza , se estrecha bastante en varias partes. El paso mas molesto ó dificil, es el que los naturales del pais denominan las *peñas de San Fausto.* Zumalacarregui protegido por la misma elevacion de la cordillera , se vino por la cima con la precisa anticipacion á colocarse en este sitio, y poniendo su gente en emboscada, esperó la llegada de la de Carandolet.

Marchaba entre tanto la coluna Cristina hácia Estella con poca precaucion, especialmente en su vanguardia : los gefes, en aquel abandono que produce la superioridad del número, y el apoyo proximo de un punto guarnecido : el soldado poco ó nada fatigado, alegre y cantando; casi podria decirse que unos y otros experimentaban un placer en prolongar la marcha, como para disfrutar mejor lo apacible y hermoso de la hora en esta estacion. Algunos pare-

ciendoles este genero de vida demasiado monótono, manifestaban su descontento de no ver jamas á los *facciosos* ¡bien agenos de que en aquel momento les estuviesen estos escuchando!

Luego que con tan poca cautela se introdujo la vanguardia de Carandolet entre las peñas de San Fausto, los Carlistas le hicieron á quema ropa una descarga. A esta señal otras fuerzas apostadas en lo mas elevado de la cordillera cayeron sobre el flanco y retaguardia de los Cristinos; con lo que los obligaron á precipitarse al rio. Ahogaronse muchos en el paso, y los que pudieron salvarse con su caballería, asi que llegaron á la orilla opuesta, huyeron en el mayor desorden. Zumalacarregui que no podia seguir el alcance por los muchos peligros que amenazaban su posicion, recojió los despojos que quedaron en el campo y los prisioneros, subió la cordillera y se retiró con la toda diligencia de aquellos parajes.

Oráa que habiendo sentido el fuego se dirijió con su gente á carrera hácia el sitio de la novedad, solo llegó cuando ya todo estaba terminado, y no le quedó otra cosa que hacer, que el providenciar se diese tierra á los cadaveres. La vista de estos y lo repentino del caso se aseguró por algunos testigos oculares, que infundió

en sus soldados una verdadera consternacion.

Las tropas de Carandolet habian hecho parte de las que invadieron el Portugal y persiguieron á Don Carlos; asi no fué estraño encontrar entre sus equipajes, algunos objetos aunque de poco valor de los que pertenecieron á S. M. La clave de la correspondencia por cifras dada por el Gobierno Cristino á sus generales, fué encontrada tambien en esta ocasion, lo que sirvió á los Carlistas para saber el contenido de los partes oficiales que se interceptaban. Los Cristinos, sin duda, no sabian esta particularidad, porque de otro modo hubiesen cambiado la clave mucho mas pronto que no lo verificaron. El botin que hicieron los soldados Carlistas en las peñas de San Fausto, escedió á sus esperanzas; pues varios de ellos se encontraron con sumas considerables. Un regimiento perdió su caja, en la cual debian existir pasados de seis mil duros.

Entre los prisoneros aunque se contaron pocos, lo estaba el conde de Viamanuel, grande de España de primera clase, que servia como voluntario en el Estado mayor de Rodil con el empleo de coronel. Las ideas particulares de conde no eran, á la verdad, las mejores para merecer se le distinguiese de los demas prisio-

neros, no obstante, Zumalacarregui ordenó se le tratase con la consideracion compatible con las circunstancias. De creer es que aquella se hubiese estendido hasta conservarle la vida para ver si de este modo se conseguia mitigar algun tanto la severidad contra los prisioneros; mas á la indiferencia que mostró Rodil por la suerte de este personage, se juntó una terminante y suprema órden que mandaba la *justa* represalia.

Murió Viamanuel con valor de soldado español y de caballero cristiano, dejando en manda la casaca de uniforme que llevaba puesta á Rodil; pero como los soldados ejecutores de su muerte, ignoraban el misterio ó significacion que á veces encierran estas disposiciones, suponemos que en esto no tuvieron cumplimiento las intenciones del conde. Cuando el infortunado O-Donell hijo del conde del Abisbal se encontró en trance igual, mandó á Zumalacarregui su anillo, don del general Saarsfield, para que lo remitiese á este general; y estos deseos fueron pronto exactamente y sin detencion cumplidos. El capitan Henninseng en sus memorias, refiere que Viamanuel comió una vez en compañia de Zumalacarregui: este es un hecho positivo, mas nosotros diremos lo que aquel omite ó ignora. El

prisionero iba custodiado por la guardia de prevencion : al llegar al pueblo de Monreal, habiendo pedido una audiencia, Zumalacarregui se la concedió : al salir de esta estaba dispuesta en el cuarto inmediato la mesa para comer. El general que en estos casos jamas careció de cortesía, invitó formalmente á su prisionero, y este aceptó. Todavía añadiremos otra pequeña anécdota propia de este lugar. Durante la comida, un oficial poco conocido que acababa de presentarse en las filas carlistas, trabó conversacion con el conde, y creyendo sin duda hacerse un mérito para con los demas, le reprochó la conducta tan diametralmente opuesta que seguian los generales de su partido : todos los asistentes en general, mostraron conocido disgusto, y algunos hasta se escusaron con Viamanuel. Zumalacarregui que á la sazon estaba distraido en otras cosas, así que hubo fijado la atencion en la falta del recien venido, le arrojó de su presencia con una de aquellas miradas terribles que marcaban su disgusto ó indignacion. Estas circunstancias particulares agravaron quizás su sentimiento, cuando llegó el caso aunque tan justo, de ordenar la ejecucion de Viamanuel.

La mala suerte que tuvo el general Caran-

dolet entre breñas y riscos, no por haber variado de pais le abandonó. Así no será temeridad el asegurar que carecía en toda plenitud de la cuarta virtud que Ciceron dice debe acompañar á un general perfecto : esto es, la de la *fortuna*. Despues del lance de las peñas de San-Fausto, le dió Rodil á mandar el cuerpo de caballería del ejército Cristino. Acompañaba á este un batallon de infantería y todos se hallaban acantonados en Viana. Esta pequeña ciudad de Navarra está situada no lejos del Ebro, sobre una colina muy proxima al sitio donde los historiadores señalan que tuvo su asiento la antigua y célebre *Cantabria*. Sin embargo de que por ser tan reciente, deberia estar todavía muy en la memoria de Carandolet, la derrota que sufrió, y hacerle mas previsor, parece que, viéndose ahora algo lejano del ordinario teatro de las operaciones de los Carlistas, y acompañado del grueso de la caballería (arma respetable hasta entonces para estos) no creia posible un segundo revés; cuando de improviso vino Zumalacarregui á sacarle de su error.

Eludiendo el encuentro combinado de Oraá y Lorenzo que le buscaban, acababa el general Carlista de llegar á Santa-Cruz de Campezu, donde á la sazon estaba su caballería compuesta

de unos doscientos cuarenta caballos. Como mas bien servia entonces esta arma de embarazo que de utilidad en los terrenos quebrados por donde se andaba, acostumbraba Zumalacarregui á destacarla por uno ú otro costado, sin mas objeto que el que atendiese por sí misma á su manutencion y á salvarse de las asechanzas y persecuciones de sus enemigos. Fueron estas algunas veces muy tenazes, pero estando la caballería Carlista compuesta de caballos menos acostumbrados al regalo y mas aptos que los de sus adversarios á resistir la fatiga, resultaba que al fin quedaban estos estropeados; de lo que convencidos ó desengañados los Cristinos, cesaron sus persecuciones. Desde que así sucedió, la caballería Carlista no hizo otra cosa que moverse metódicamente de un punto á otro, precaviendose al mismo tiempo por medio de una buena confidencia, de los golpes de mano ó sorpresas que contra ella pudiesen meditar los enemigos. Zumalacarregui por distante y engolfado que se viese en otros negocios, la cuidaba con un esmero extraordinario, hasta ocuparse de los mas pequeños detalles: y como si no hubiese llegado todavía á sazon para rendir fruto, la dejaba descansar, sin exigir de ella el menor servicio. Para au-

mentar el número y la calidad de los caballos se privaba de lo mas necesario á su servicio personal, y así fué que durante los primeros meses de la guerra no tuvo sino un solo caballo; fácil es de conocer que este ejemplo seria imitado por todo su ejército, y que por lo mismo no existiria en todo él, ningun gefe ú oficial que tuviese dos caballos: finalmente ni el mas avido y afanoso de todos los negociantes, podria entrar en cotejo con el extraordinario interés con que el general Carlista procuraba la conservacion, mejora y fomento de este cuerpo de caballería salido de la nada; y sin embargo, cuando Zumalacarregui llegó á Santa-Cruz de Campezu no se hallaba aun en el estado que deseaba tuviese antes de conducirlo al combate; tal era la penuria de las cosas necesarias al intento. Compóniase su armamento en lo general de una lanza, pocas pistolas, y ménos sables ó espadas. El equipo de los ginetes y caballos carecia absolutamente de uniformidad: y aunque la mayor parte de las monturas estaban completas, muchos de los efectos eran viejos y de mala calidad. En cuanto á la instruccion, la de los oficiales era escasa, y los soldados en medio de esta continua movilidad no podian tampoco haber hecho muchos

progresos. Verdad es que los hombres elegidos uno á uno por Zumalacarregui, suplian con las proporciones de su cuerpo y esforzado ánimo, una parte de las citadas desventajas. Los gefes Cristinos mismos, segun correspondencias que hemos visto, daban suma importancia á las cualidades físicas y morales de los ginetes Carlistas.

Zumalacarregui habiendo llegado como decimos á Santa-Cruz, luego que supo la posicion que ocupaba Carandolet y el número de sus fuerzas, se puso en marcha para Viana, con los tres batallones que le acompañaban y la caballería organizada en tres escuadrones. Desde la cresta de la sierra de Codés donde se halla situado el lugar llamado la Poblacion, hasta Viana, es una continua bajada de mas de dos leguas, y con poco trabajo se pueden divisar desde los muros, torres, y eminencias contiguas á la ciudad, todas sus avenidas. Sin embargo ¿quien podrá creer que Carandolet no fuese advertido de la aproximacion de esta fuerza enemiga que se le acercaba á las tres de la tarde?

Lo cierto es que hasta que los Carlistas, que sin recato alguno marchaban, no llegaron á estar á poco mas de tiro de la ciudad, no se vieron indicios de que el general Cristino hubiese sido

avisado; de modo que, antes de que se resolviese á defender el pueblo ó á evacuarle, ya le habian acometido. El combate trabado al principio á las puertas de Viana, continuó por un breve espacio en las calles, hasta que viendo sin duda los Cristinos lo inútil que les era en ellas la caballería, procuraron sacarla al campo por la parte opuesta. Luego que lo hicieron y se encontraron en terreno despejado, formó Carandolet sus escuadrones y presentó la batalla colocando á los flancos de esta el batallon de infantería, en el momento que ya el fuego de alguna guerrilla carlista les alcanzaba. La caballería de Zumalacarregui mas ligera como es natural que la infantería, llegó al instante frente á la del enemigo, y á muy corta distancia. Vióse entonces que la línea de batalla de los Cristinos, siendo del mismo fondo, tenia una doble longitud ó extension que la de los Carlistas: lo que era facil comprender, pues solo habia en la de los últimos doscientos y sesenta caballos, miéntras en la de sus adversarios pasaban de cuatrocientos cincuenta. En tan críticos momentos, el gefe de la caballería Carlista D. José Vicente Amusquivar, falto de aquel ardimiento ó resolucion que conviene en tales casos, se mantenia en la inaccion esperando

quizá para acometer la llegada de las colunas de infantería que le seguian. El general Cristino iba ya á evitar esta ventaja retirandose con sus escuadrones, cuando Zumalacarregui apareció al frente de su caballería. Los ginetes Navarros entusiasmados con la presencia de su general, obedeciendo á su voz, y con las lanzas que ya tenian enristradas embistieron entonces con la mayor impetuosidad á sus adversarios. Una parte de los Cristinos aflojó en el acto abandonando su puesto: otra (y fué la mayor) recibió con grande valor la carga, pero inutilmente, pues los Carlistas desbarataron cuanto se les presentó por delante. El daño que sufrieron los Cristinos proporciónalmente á las fuerzas, fué considérable. El batallon perteneciente al regimiento de Castilla, perdió su bandera. La proximidad al Ebro contribuyó poderosamente á que se salvasen los restos de la division, con los que los generales Carandolet y Amor ganaron el puente de Logroño, y con poco órden entraron en la ciudad. Glorioso fué este dia para los *Lanceros de Navarra*, pues que á pesar de ser la primera vez que entraban en accion con la caballeria enemiga muy superior en número, en armamento é instruccion, habian salido vencedores; cosa sumamente sensible á los oficiales

de la coluna de Carandolet, á juzgar por sus correspondencias interceptadas, llenas todas de un justo y fundado criterio.

Algunos rezagados que quedaron en la ciudad al tiempo que Carandolet la evacuó, se encerraron en las casas, y con su resistencia llegaron á salvarse. Esto no impidió que Zumalacarregui ocupase el pueblo, y alojase en él sus tropas durante la noche; mas apenas llegó el dia, regresó cargado de los despojos y trofeos, por el mismo camino que habia traido.

Con estos movimientos tan rapidos como sorprendentes, burlaba el caudillo Carlista todas las combinaciones de sus enemigos, haciendolas con su actividad inutiles é infructuosas; de lo que resultaba que casi siempre eran atacados los mismos que con tanto afan y empeño le buscaban; porque Zumalacarregui sabia poner de su parte la hora, el paraje y la óportunidad: con estos tres auxiliares parecia ya imposible el esterminarle. El suceso de Viana, por su proximidad al Ebro, causó la admiracion de toda la España; y el Gobierno Cristino que tan numerosas fuerzas habia destacado contra aquel, llegó por un momento á dudar de la existencia de ellas y de la de su general Rodil.

En uno de los regimientos que con este general vinieron de Portugal, servía un oficial del cual hablaron favorablemente á Zumalacarregui sus amigos de Madrid. Luego que llegó á Navarra se le mandó un hombre prudente y discreto para que conferenciase con él, lo que en efecto verificó en Larraga donde le encontró; mas esta visita y conferencia no tuvo por entonces resultado de ningun genero. Olvidado tenia Zumalacarregui al oficial, cuando cerca de tres meses despues se le presentó de su parte, un vecino del pueblo de Echarri-Aranaz , y le propuso el medio de apoderarse del fuerte y de la guarnicion á la que entonces pertenecia el mismo oficial. Ademas de otras muchas cosas de que carecian los Carlistas, existía en el fuerte un considerable repuesto de municiones de guerra, cuya circunstancia era el estímulo mas poderoso para interesar á Zumalacarregui en la empresa; por cuya razon la escuchó con sumo interés pareciendole posible su ejecucion. Unicamente consistia en acudir con fuerza suficiente en una de las noches que estaría de servicio el oficial, quien franquearia á los Carlistas la puerta del fuerte.

Al llegar el plazo convenido, Zumalacarregui subió con su tropa cerca del anochecer á la

sierra de Urbasa, y se dirijió al puerto llamado de Santa-Marina, desde donde se domina el pueblo de Bacaicoa. Nadie sabía aun el objeto de aquella marcha nocturna, cuando á media noche tomando el general dos compañias de entre las de preferencia, la una mandada por D. Pedro Hermosilla, y la otra por D. Ciriaco Gil Caballero, ambos oficiales de acreditado valor y capacidad, las separó algunos pasos del resto de la tropa, las enteró del proyecto, é instruyó minuciosa y detalladamente del modo como deberian obrar para sorprender el fuerte. Se puede afirmar que nada perdonó Zumalacarregui en esta ocasion para que cada uno de los actores, oficial, sargento, ó cabo, comprendiese perfectamente su parte; hasta hacerles repetir á cada uno de ellos en particular palabra por palabra, lo mismo que les habia dicho. Terminado esto, y puesto á la cabeza de las dos compañias con el paisano mensagero del oficial, las condujo hasta el mismo pueblo de Echarri-Aranaz. Dos batallones marchaban á continuacion para secundar á las dos compañias, y otro tercero tenia la órden de apostarse á esta misma hora en lugar conveniente. Iban todos con el mayor órden y en el mas profundo silencio cuando la

coluna llevando las armas bajas y la bayoneta armada, comenzó á introducirse en una de las calles de Echarri-Aranaz, distante á lo mas veinte pasos de la puerta del fuerte. A poco sonaron las dos en el relox de la villa, y el paisano emisario del oficial se dió entonces á conocer remedando con su voz el mahido de un gato. A esta señal contestó de alli á poco el oficial desde dentro del fuerte, pasando por delante de las troneras y aspilleras una luz. Dos paisanos de los que iban con los Carlistas se avanzaron en seguida hácia la puerta del fuerte y llamaron. Al preguntarles la centinela que querian; contestaron que traian un parte para el Gobernador. El oficial entonces como comandante de la guardia, acudió al momento á ver lo que ocurría y mandó que se abriese la puerta.

Cuando los Carlistas apostados á la inmédiacion del fuerte sintieron el ruido de las llaves en las cerraduras, y el rechinar de los goznes de la puerta que se abria, se arrojaron con impetu hácia esta: pero habiendose desviado torpe ó cobardemente del camino, los que iban á la cabeza; el rumor que todo esto produjo, hizo que la guardia se apercíviese de la novedad; y miéntras que el oficial se entretenia con los dos

paisanos que hemos dicho á la parte exterior de la puerta del fuerte, el sargento la cerró dejando á aquel por su fortuna fuera. Algunos tiros que al instante se disparon, acabaron de completar el desorden y la confusion. Otro oficial hermano del de la inteligencia, único entre todos de la guarnicion que parece estaba en el secreto, perdió la vida en este momento dentro del fuerte.

Es indudable que por un espacio de tiempo, mayor que el que era necesario para conseguir la empresa, la puerta permaneció enteramente abierta. El no haberse aprovechado los Carlistas de ocasion tan oportuna, creemos consistiese en lo siguiente: las cabezas de las dos compañías marchaban unidas con un fondo de cuatro hombres de frente, á los primeros les sobrecogió una especie de temor, y como las tinieblas ayudasen á encubrir su cobardía, se ladearon saliendose del verdadero y recto camino, que no debieron equivocar porque el mismo oficial se lo estaba indicando: los que les seguian, con la oscuridad no podian tampoco conocer el yerro ó cobardía de los qne les precedian; y con el mismo impulso que llevaban hácia el fuerte empujaron de manera á los de delante, que muchos cayeron en el foso. Tomaron algu-

nos luego el verdadero camino. y dieron con el rastrillo de la puerta; pero fué cuando ya esta estaba cerrada, y ademas para entonces la guardia del fuerte se habia puesto tras de las aspilleras, y comenzaba á hacer fuego; si bien gracias á la mucha oscuridad no causó gran daño. Zumalacarregui, viendo la inutilidad de nueva tentativa y de consiguiente enteramente frustrada la empresa, y que el alba avanzaba á toda priesa, mandó á su gente retirarse.

Sentimos en verdad, no ser mas habiles en pintar los afectos del corazon humano, para poder dar á conocer los diversos combates que se sucederian en el corazon del general Carlista, al retirarse de Echarri-Aranaz y desandar aquel mismo camino por donde pocas horas hacia se avanzó lleno de las mas lisongeras esperanzas; nos contentaremos pues con decir que no era tanta su pena por haberse frustrado la empresa, como por el descredito de sus tropas. Al soldado le preocupaba la misma idea, y temia mas aquella especie de frialdad ó indiferencia que notaba en la fisonomía y acciones de Zumalacarregui, que otras veces los movimientos impacientes ó violentos de su carácter. El sentimiento, la vergüenza y hasta una especie de estupor, habian remplazado en sus rostros la

alegría y satisfaccion que en otras ocasiones les acompañaba.

Al subir la coluna á la sierra, el general la condujo al centro de un bosque donde se hizo alto. Formó en seguida con los batallones un cuadro ; colocó en medio de este á las dos compañías escogidas para la frustrada empresa, y con voz pausada y ademan tranquilo les habló así :

»Voluntarios : Al descender de esta sierra ha»beis persenciado la eleccion que hice de esas »dos compañías que teneis presentes para eje»cutar una operacion, que despues de exami»narla detenidamente, se tuvo por la mas facil »segun las noticias, avisos y disposiciones sobre »que la fundamos; cosas todas que han tenido »puntual cumpliminto por parte de aquellas per»sonas que nos la propusieron. La empresa á »que destinamos las dos compañías, únicamente »exigía un limitado número de hombres aunque »llenos de resolucion, razon por la que nos fija»mos exclusivamente en ellas : todos los indivi»duos que las componen al decirles á que iban »y enterarles de lo que debian hacer, me pro»metieron en general y en particular conducirse »bien, y no obstante, vosotros acabais de ver el »modo con que han correspondido á mi con-

»fianza. Que la falta es enteramente suya, nin-
»guno lo puede dudar y ménos aun las fatigas y
»hasta torrentes de sangre que será preciso ver-
»ter antes de llegar al estado en que nos hubiera
»puesto la toma de ese fuerte, cuyo nombre será
»de funesto recuerdo entre nosotros.

»Yo sufriria resignado el profundo dolor que
»afecta á mi alma en este momento, confundien-
»dolo con el que vuestros semblantes me anun-
»cian, si la disciplina no pidiese ser revindicada
»de la grave falta que acaba de cometerse contra
»ella. Vosotros sabeis por experiencia el imperio
«que su voz tiene sobre mí, y que en semejantes
«casos, cumplo inexorablemente las leyes que
»me dicta su justicia. Los delincuentes los cono-
»ceis como yo mismo, y sabeis que pertenecen
»á esas dos compañias. En ellas están los que
»hace pocos momentos han marchitado con su
»pavorosa conducta, los laurelles de veinte com-
«bates gloriosos, y los que con un solo acto
»han despojado á las armas carlistas, de aquel
»tesoro moral que pocas horas hace todavía
«formaba nuestra principal fuerza: por qué, de-
»cidme, despues de tan pernicioso ejemplo,
»¿quien será el gefe que en adelante os conducirá
»con la misma confianza que hasta áhora? ¿Ni
»como podra tampoco con hombres que tan co-

» bardemente se han conducido, acometer á la » faz del dia una plaza en medio del fuego cons» tante y mortifero que arrojan sus baterias? A la » verdad que ninguna de estas cosas pueden ni » deben esperarse de esos soldados, que habiendo » llegado sin peligro ni lesion á tres varas de la » puerta del fuerte de Echarri-Aranaz, les faltó, » ¡quien lo hubiere creido! el ánimo y la resolu» cion para entrar.

» No; no es posible tampoco, el que yo con» tinué una guerra de la especie de la que esta» mos haciendo, sin vindicar antes la disciplina. » ¡Voluntarios! yo prometí el premio á los que en » el lance pasado se condujeran como valientes; » pero tambien amenazé con el castigo á los co» bardes. Mis promesas deben ser siempre cum» plidas, porque de otro modo, ni los malos te» merian el castigo, ni los buenos confiarian en » el premio. »

Acabado este razonamiento, Zumalacarregui mandó que echasen suertes los soldados que habian formado la cabeza de las dos compañias. Separáronse los dos primeros; uno por cada una de ellas, y previos los auxilios cristianos, fueron en el acto fusilados. Era el ánimo del general continuar mas adelante en el escarmiento, pero le falto el valor, y por ser hombre dejó de mos-

trarse héroe. Apénas vió las dos víctimas sacrificadas en holocausto de la disciplina , no pudo resistir al sentimiento, y saliéndose del cuadro se retiró á uno de los extremos. Entonces sentandose sobre el tronco de un arbol se cubrió el rostro con las manos.

Don Andres Vela, cura parroco de Abarzuza, que hacia las funciones de capellan del 1er batallon de Navarra, conducido de piadoso zelo, puesto en medio del cuadro hizo en este momento un cristiano y patético discurso. Los soldados que no habian perdido ninguno de los movimientos de su general, al ver su afliccion se les vinieron las lagrimas á los ojos......

Formese el juicio que se quiera de todo lo que acabamos de referir ; lo cierto es que no podemos ménos de decir que este ejemplar reportó el fruto que dan las resoluciones prontas cuando se toman con oportunidad.

Antes de ir mas adelante con la relacion de las sucesos será conveniente para la mejor ilustracion de nuestros lectores , el que le presentemos un resumen del estado militar y administrativo del ejército Carlista , con espresion de sus gefes.

Comenzaremos por Guipúzcoa , cuya provincia tenia tres batallones de voluntarios , los cua-

les maniobraban, ó bien en algun extremo de la misma, ó en el valle de Baztan é inmediatos, á donde iban frecuentemente en ayuda de las fuerzas que allí mandaba el coronel D. José Miguel Sagastibelza. Este gefe navarro era el encargado de mantener abierta la comunicacion con Francia por aquella parte de la frontera. Otras veces se pasaban los Guipúzcoanos á Vizcaya y varias venian tambien donde estaba Zumalacarregui. El comandante general de estas fuerzas y de la Provincia era D. Bartolome Guibelalde, y su segundo D. Ignacio Lardizabal, naturales ambos del mismo pais. En la corta y limitada extension de este, habian establecido antes los Cristinos las guarniciones de Irun, Tolosa, Villafranca y Vergara, sobre el camino real que se dirije de Vitoria á Bayona. Existian ademas las de San Sebastian, Guetaria, Plasencia y Eybar: el segundo de estos lugares es un fuerte castillo á orillas del mar, y los otros dos ultimos contenian fábricas de armas blancas y de fuego. Al abrigo de tantos puntos de apoyo establecidos en tan reducido territorio, operaba contra los Carlistas el general Cristino D. Gaspar Jauregui, con una division de cerca de mil y quinientos hombres. Al sumo conocimiento del pais y á la experiencia de la guerra de montaña

que tenia este gefe, reunia antiguas y muy útiles relaciones con varios de los habitantes. Entre sus tropas llevaba algunas compañias de naturales del pais, á quienes los unos denominaban los *Pesceteros*, porque recibian diariamente una peseta de sueldo, y los otros *Chapel-gorris*, nombre vasco que significa, los de las *boinas* ó *gorras* encarnadas. Esta gente, á la libertad que le daba su poca disciplina, juntaba la circunstancia muy perniciosa para los habitantes, de poseer el idioma vasco. Así podian recorrer toda la Provincia con poco riesgo é informarse de cuanto pasaba en ella. Dichosamente para los Guipuzcoanos, el general Jauregui, su paisano, hacia lo posible por economizarles los males de la guerra, sin dejar por esto de servir bien á su Gobierno. Con tantas guarniciones y obstaculos los batallones Carlistas de Guipúzcoa apénas podian sostenerse en su Provincia: únicamente les ofrecian entonces alguna seguridad Cegama y Segura, villas situadas al pie del monte de San Adrian y con excelentes salidas hácia Navarra.

Las fuerzas Carlistas de Vizcaya consistian en siete batallones y un escuadron de caballería; el todo compuesto tambien de naturales de la provincia aunque dividido en dos ó mas partes. La una á las ordenes del comandante general D. Fer-

nando Zabala que de continuo se mantenia en la comarca de Guernica. En las asperezas del valle de Arratia y faldas de la peña de Gorbea andaba la otra mandada por D. Simon de la Torre: estas fuerzas y las de Zabala faltas de organizacion, y lo que es peor de acuerdo entre sus gefes, no habian hecho hasta entonces otra cosa de importancia, que un encuentro que tuvieron al principio de la guerra con el regimiento provincial de Chinchilla, mandado por el Baron del Solar de Espinosa. El influjo de Zumalacarregui no habia podido llegar hasta Vizcaya, así por no estar este señorío confinante con Navarra como sucede con Alava y Guipúzcoa, como porque Zabala animado de sentimientos ambiciosos ó de emulacion, pretendia gozar de una autoridad sino superior á todos los otros caudillos, á lo ménos independiente. Antes de la llegada del Rey á España y de haber sido nombrado Zumalacarregui su gefe de Estado mayor, miró este con indiferencia las pretensiones de Zabala, mas no podia disimular el disgusto que le causaba la inaccion de este general; de la que tampoco pudo sacarle el zelo del marques de Valdespina presidente de la Diputacion de Vizcaya y una de las personas de mayor influencia; hasta que al fin S. M. removió por otras causas

á Zabala del mando, y nombró en su lugar á D. Francisco Benito Eraso.

Sin hacer mérito de las tropas que decimos de Latorre y Zabala, existian en Vizcaya otras, aunque es preciso contarlas en el número de los siete batallones, mandadas por D. Castor Andechaga, guerrillero infatigable, el cual sostenia el honor de las armas en su pais llamado las Encartaciones, territorio situado entre Bilbao y Santander. Aunque rodeado por todas partes de guarniciones, supo mantenerse con setecientos hombres sobre un pequeño rincon, y no solo burlar siempre las diligencias que sin descanso hacian los Cristinos para exterminarle, sino tambien sorprenderlos varias veces y atacar sus convoyes ¡ lastima fué que Andechaga no pudiese disciplinar mejor los soldados que mandaba! Rodil despues de su venida habia colocado nuevas guarniciones en Vizcaya; de modo que ya las tenian por este tiempo, los pueblos de Ochandiano, Durango, Lequeitio, Plencia, Bermeo, Bilbao, Balmaseda y otros. Desde el principio de la guerra mandaba esta Provincia en nombre de la augustia hija de Fernando VII, el despues célebre D. Baldomero Espartero, cuyas operaciones se reducian á convoyar con los dos mil y quinientos soldados que tenia, ade-

mas de las guarniciones, los efectos de comercio que pasaban de Bilbao á Vitoria, y viceversa. La opinion pública era, que este general tenia en ello su interés particular. Los gefes carlistas de Vizcaya le dejaban hacer estas marchas impunemente, sin hostilizarle jamas, y Espartero se contentaba de reportar en dinero lo que no podia adquirir de gloria por falta de competidores. Aunque los soldados Vizcainos no fuesen de inferior calidad á los de las provincias vecinas, su disciplina y subordinacion estaban muy viciadas, pues con el pretexto de mudarse de camisa, abandonaban por centenares las filas, y á veces lo hacian al mismo tiempo que era preciso verificar una importante marcha ó dar un combate. Por esta razon no se debe admirar el que se echase de ménos en la division Vizcaina una mano que sin dejar de ser fuerte, fuese capaz á la vez de darle el tono que convenia á las circunstancias y al carácter de sus naturales.

Expuesto el estado militar de Vizcaya, que desde este instante comenzó á mejorar considerablemente, demostraremos el de Alava. Del mismo modo que las de Vizcaya, las fuerzas de Alava estaban dividas en dos partes. D. Prudencio Sopelana mandaba dos de los cinco batallones que se habian organizado en esta pro-

vincia. Los valles de Cuartango, Tobalina, las inmediaciones de Puente-larrá, Orduña y Balmaseda, eran el teatro de sus operaciones. Estas á la verdad, no ofrecieron nada de brillante hasta este tiempo, pero servian á distraer la atencion de los Cristinos, y á tener siempre entretenidas una parte aunque no muy numerosa de sus tropas. Los tres batallones restantes eran acaudillados por D. Bruno Villareal quien operaba constantemente por las fronteras de Guipúzcoa y de Navarra y estubo siempre en continuo roze con los batallones de estas dos provincias. La posicion que ocupaban las tropas de Villarreal añadido á las cualidades brillantes que distinguian á este gefe, hizo que Zumalacarregui desde el principio contase con estos tres batallones Alaveses lo mismo que con los Navarros; de manera que apenas se ejecutó uno de sus combates principales, sin que Villarreal concurriese. Los soldados alaveses ya fuese por el zelo de su gefe, ó bien por su natural carácter, eran unos de los mas subordinados y sufridos del ejército Carlista. Cuando por consecuencia (como ya lo dijimos) de la invasion que hizo Saarsfield en las provincias Vascas, se disolvia el primer armamento de estas, Villarreal mostró grande ánimo y conservó en los limites del órden el primer ba-

tallon de Alava que en aquel tiempo mandaba. Llamado despues por Zumalacarregui, acudió luego y con los mejores deseos de ayudar á la reedificacion de la obra que se encontraba por tierra. Antes de esta época Villarreal que servia como oficial en el ejército desde el año de 1822, dió pruebas de inteligencia, capacidad y energía, y cuando en 1833 fueron expulsados de los regimientos todos los sospechosos de ideas carlistas, le tocó esta suerte. De estatura mediana, delgado de cuerpo y de edad entonces de treinta y cinco años, abrigaba tambien la perseverancia y resolucion necesarias para secundar las mayores empresas. A tan buenas disposiciones todavía reunia otras cualidades importantisimas, pues era franco, valiente y muy desinteresado : circunstancias todas para lograr el aprecio particular de Zumalacarregui. Villarreal ha sido el principal caudillo durante los tiempos dificiles de los Alaveses; pues aunque entonces tenian por su comandante general á D. José Uranga, este dirijió pocas veces las operaciones, siendo sus tenientes los que por lo regular conducian casi siempre las tropas. En estos dias Uranga, de carácter ménos belicoso que hubiera deseado Zumalacarregui, fué puesto á solicitud de este en el lugar que dejó en el cuartel real el general

Eraso, nombrado comandante general de Vizcaya, y Villarreal ocupó en Alava el cargo de Uranga. Esta provincia estaba ocupaba en gran parte por las armas cristinas. Vitoria, Salbatierra, Trebiño y La-Guardia, contenian grandes guarniciones, al paso que recorria el pais con una partida de caballería y de infantería Don Eusebio de Eguilaz, mas conocido entre aquellos pueblos por el cura de Dallo. Este soldado *anti-cruzado* salía tanto de dia como de noche de alguno de los puntos fortificados, y con sus correrías ponia á contribucion todo el pais. Nada era suficiente á contrarrestar la audacia de este intrepido partidario, que posteriormente abandonó el partido cristino y se vino á servir al carlista. Allí como aquí ofreció siempre el ejemplo de un mal eclesiástico; pero nunca de mal soldado. Si en vez de ponerse la estola se hubiese ceñido desde luego la espada, no dudamos que llegase á merecer una reputacion envidiable. Cuando nosotros le vimos en las filas carlistas, estaba en lo mejor de la edad, y aunque sin adornos ni galas militares, era tan gentil el aspecto de su persona que pudiera servir de modelo para representar al Dios de la guerra.

Navarra tenia cinco batallones, aunque de mayor fuerza que los que habia en las otras pro-

vincias, y ademas dos compañias de guias de infantería y tres escuadrones de caballería. Todos los soldados erán aqui voluntarios antes de la venida del Rey, pero para completar los batallones que se formaron despues, se ordenó una saca de todos los solteros utiles para llevar las armas. Zumalacarregui se resistía mucho al principio á despojar de estos brazos á la agricultura del pais, miéntras que no se tuviesen prontos los medios para armarlos y los recursos para mantenerlos; mas al fin tuvo que sacrificar su opinion á las ideas dominantes. Por consecuencia de la saca de mozos, que se verificó en varios pueblos de la Ribera y de la baja montaña, se reunieron los bastantes para formar cuatro batallones, que siguiendo el órden numérico despues de los que ya existian, se denominaron 6°, 7°, 8° y 9° batallon de Navarra. El 6° se quedó desde luego incorporado al cuerpo de operaciones que conducia Zumalacarregui en persona; y el 7°, 8° y 9° fueron á colocarse á la parte de Burguete y Roncesvalles, áfin de que con mayor sosiego pudieran instruirse y permanecer allí miéntras que no se les diesen las armas. Los Carlistas solo tenian por este tiempo unos miserables talleres ó fraguas en alguna de las bordas de la Amezcoa, ó en la concavidad formada por

la naturaleza en algun peñasco, á donde habian acudido varios de los obreros de armamento de las provincias Vascongadas. En estos parajes que decimos se ocupaban, no en hacer armas nuevas pues que les faltaban todavía todos los elementos, sino en recomponer las del ejército, que como viejas en su mayor parte, lo necesitaban continuamente. Los sucesos de la guerra habian contribuido mas pronto á mejorar la calidad del armamento que á aumentarlo; y lo que desechaba el soldado que cambiaba su fusil era conducido despues á las oficinas de las armerías; este fué el solo recurso con que comenzaron á armarse los cuatro batallones de nueva creacion!

Los pueblos que en Navarra tenian guarniciones cristinas eran Pamplona, Los-Arcos, Lerin, Lodosa, Peralta, Tafalla, Caparroso, Puente-la Reyna, Irurzun, Echarri-Aranaz, Olazagoitia, Viana, Estella, Lumbier, Vera y Elizondo. Las operaciones de Zumalacarregui generalmente se limitaban al pais comprendido entre la derecha del rio Aragon y del Oria, y la izquierda del Ebro hasta la frontera francesa: pero su permanencia era mas continua en la merindad de Estella. El coronel D. José Miguel Sagastibelza, que mandaba el 5º batallon de Navarra tenia á su cargo

(como hemos dicho) el dominio de los valles situados entre Roncesvallès é Irun.

D. Juan Angel Mancho oficial retirado en la villa de Ochagavía , valle de Salazar, padre de numerosa familia y propietario de consideracion, encontrándose por estos dias poco contento con solo servir privadamente la causa de su Soberano, se presentó en campaña. Zumalacarregui le confió al momento el 9º batallon de Navarra por estar en él todos los mozos del pais donde Mancho habia nacido. Como la mayor parte se hallaban desarmados, buscó algunos fusiles y escopetas y fué á operar en las cumbres mas escabrosas por la parte del Pirineo que confina con el alto Aragon. Los movimientos que por aqui hacia Mancho con el 9º batallon. tuvieron constantemente ocupada la atencion de un cuerpo de mil hombres mandado por el brigadier Linares.

Para terminar la relacion del estado y distribucion de las fuerzas que existian en setiembre de 1834, solo nos resta decir algo de los Castellanos. D. Alonso Cuevillas menor y D. Basilio Garcia sus gefes en el primer pronunciamento, como antes lo tenemos referido , luego que por la aproximacion del general Saarsfield se disolvieron las fuerzas que mandaban, no pudiendo ya permanecer á la derecha del Ebro

buscaron un asilo en las provincias Vascas y Navarra. Primero fué á encontrarlo Cuevillas en Portugal, seguido de un trozo de su caballería; pero poco despues atravesando toda la España se vino donde estaba Zumalacarregui. Entre este general y Cuevillas mediaban hacia años algunas relaciones de amistad; pero aquel que conocia lo perjudicial que era para la causa del Rey y para los pueblos la existencia de estas bandas independientes de caballería, trató de obligarle por la fuerza á que se amalgámase en la suya, cuando la poca cautela del gefe comisionado para ello, hizo que Cuevillas se aperciviese á tiempo, y por sustraerse á lo que de él y de su gente se exigía, se resolvió á pasar el Ebro. Arrojose el castellano á sus acostumbradas aventuras mas arriesgadas á la verdad, que utiles, pero cuyo genero de vida era muy conforme al gusto y carácter del mayor número de los que le acompañaban. Eran estos hasta ciento y cincuenta cuando ménos; la mitad ó mas de la clase de oficiales. Los Cristinos así que los vieron en los llanos de Castilla, destacaron en su persecucion varios escuadrones, y los acosaron de tal modo, que en muy pocos dias recorrieron una gran parte de España; hasta que no pudiendo resistir mas la persecucion, se volvie-

ron otra vez á Navarra, donde Zumalacarregui los disminó inmediatamente repartiendoles en sus escuadrones. Desde aquel momento muchos de los oficiales comenzaron á fuerza de proezas á ilustrar sus nombres, de modo que de resultas de lo que se distinguió el comandante de escuadron D. Pedro del Castillo, despues ayudante de campo de Zumalacarregui en el suceso de las peñas de San-Fausto, y de cuanto se vió hacer á otros de sus compañeros en los primeros encuentros, decia su general públicamente que Cuevillas le habia traido *gente de provecho*.

A D. Basilio Garcia le dió Zumalacarregui el encargo de reunir los infantes castellanos, y de organizar con ellos un batallon; pero como siempre existía la misma dificultad de no poderlos armar por falta de fusiles, estas nuevas fuerzas en vez de proporcionar utilidad ocasionaban solo gastos y gravamenes de todos generos. Por este motivo, con mayor fundamento que de Corbulon escribe Tacito, se puede decir de Zumalacarregui » que se encontraba » mas embarazado de sus tropas que de las de » los enemigos que debia combatir. »

Despues de cuanto llevamos dicho de las fuerzas carlistas, justo será que hagamos men-

cion de los medios ó arbitrios con que se contaba para sostenerlas. Hasta la llegada de S. M. al teatro de la guerra, únicamente se componian : 1°. del producto de las aduanas establecidas sobre ciertos puntos ó pasos de la frontera francesa; que por un término medio se podia calcular ser de ocho mil duros mensuales: 2°. de una contribucion impuesta sobre el clero inferior de Navarra : esta se pagaba por trimestre, importando cada uno de ellos como unos diez mil duros; suma que jamas pudo hacerse efectiva por completo, á causa de la pobreza de algunos miembros del clero, pues solo gravitaba la imposicion, sobre los eclesiásticos de los pueblos accesibles á los Carlistas : 3°. de los frutos que se recojian pertenecientes al Gobierno, á Prebendados y á Títulos; recursos todos en Navarra de corta consideracion. La Junta Gubernativa recaudaba estos diferentes productos y despues lo mandaba al Tesorero ó Pagador del ejército : pero no bastando esto para cubrir las necesidades mas precisas de la guerra, Zumalacarregui se veia en la precision de aplicar á la caja militar todas las multas que imponia á particulares, por insignificantes que fuesen. Si se exceptua una contribucion de veinte mil duros que en Noviembre de 1834 exijió

de varios vecinos del Baztan notados de afectos á la causa Cristina ( y de la cual tomaron sus adversarios la represalia) se puede asegurar que todo lo que por razon de multas entraría en la caja militar, no ascenderia á igual cantidad que la que pagaron los Baztaneses. El dinero era escasisimo entre los Carlistas porque en el pais que dominaban no habia ni grandes capitalistas , ni ménos comerciantes ; que como se sabe residen ordinariamente en los puertos de mar ó ciudades importantes, como Pamplona, Bilbao, San-Sebastian y Vitoria.

En este detalle que damos de los productos que formaban los fondos, no hablamos sino de lo que correspondia á Navarra, pues por lo que respecta á las otras provincias, cada junta administraba separadamente lo de su territorio, y lo distribuia entre sus tropas.

Miéntras que la Navarra solo tuvo sus cinco primeros batallones, dos campañias de guias y los tres escuadrones, el total del presupuesto ascendia mensualmente á unos doscientos sesenta mil reales vellon sobre poco mas ó ménos. A esta suma se deben todavía agregar los dos gastos mas precisos de la guerra; la confidencia y el calzado. Cotéjese ahora esto con los productos de que hemos hecho mencion y facilmente

se conocerá la dificultad que deberia haber para hacer frente á las atenciones. Sin embargo, no faltarán quienes estén en la persuasion de que desde el momento que S. M. llegó á España se saldria de esta penuria, por no decir conflicto. Nada tan erroneo como semejantes conjeturas. El rey no trajo otro socorro por el pronto, que el de su soberana y lejítima autoridad, y si despues durante la vida de Zumalacarregui, llegaron algunas pequeñas cantidades de dinero, cuya verdadera procedencia ignoramos, estas fueron muy inferiores al aumento de los presupuestos. Así los gravamenes y cargas de los pueblos tomaron un vuelo rapido, sin que Zumalacarregui y las Juntas pudiesen por lo mismo salir jamas del estado de penuria en que siempre se vieron. Nosotros podriamos citar las sumas ó cantidades que llegaron á la caja militar posterior á la venida de S. M. hasta la muerte de Zumalacarregui; pero son tan insignificantes que no merecen ni siquiera el que se las nombre. Si despues de haber quitado á la agricultura de Navarra y provincias Vascas tantos robustos brazos, el ejército carlista existía todavía, lo debió sin duda al zelo y economía de Zumalacarregui, á la integridad de las Juntas y al verdadero amor que los pueblos te-

nian á la causa que en su territorio se defendia.

De los fondos de la caja militar se satisfacia diariamente un real de vellon al soldado, uno y medio al cabo, dos al sargento de 2ª clase, y tres al de 1ª. Al oficial subalterno se le pagaba la mitad del sueldo de su empleo, y á las otras clases superiores el tercio : todo segun los últimos reglamentos del ejército español. Ademas de este socorro en dinero, la tropa recibia una racion diaria, compuesta de una libra de carne, dos de pan, y una pinta de vino medida de Navarra. Los oficiales de todos grados sin distincion, tomaban racion doble; pero de la misma calidad que la del soldado. A los de infantería que estaban montados se les daba media racion de forraje. Todos estos recursos en especie se pedian á los mismos pueblos, y si bien se procuraba exigirselos en proporcion de su extension y riqueza, la mayor parte de las veces era impracticable por el momento, á causa de la posicion de las tropas, de los movimientos rapidos que tenian que hacer, y de las contingencias de la guerra : por cuya razon muchas veces resultaba que los Carlistas tomaban en un pueblo las raciones dispuestas para los Cristinos, al paso que estos se servian en otro de las preparadas para aquellos.

21

Fije aquí el lector por un instante su atencion en la corta extension de los limites de las tres provincias Vascongadas y de Navarra, y despues de separar lo que dejaban de la parte de allá con su curso el Aragon y el Ebro, lo que comprendian los pueblos guarnecidos por los Cristinos dentro del mismo territorio, y el espacio no pequeño de montañas incultas que este tambien contiene, reflexione bien lo que les quedaba. En este caso no podrá ménos de llenarse de admiracion, al considerar como este pequeño rincon de la Península, mantuvo sin otro socorro que sus productos ambos ejércitos : esto, despues de haber quitado tambien todos los brazos á la agricultura para darselos á la guerra, y de los muchos que aun se empleaban en otros servicios. De todos el mas penoso para los pueblos era el de los bagages; pues hemos observado durante la guerra civil, que los generales que sienten algun amor por el paisano, sufren tanto al ver una acemila cargada conducida por un labrador, ó por una persona de otro sexo, como cuando vén los cuerpos mutilados de sus soldados. Zumalacarregui algunas veces no solo hacia sobre la marcha descargar los efectos que los bagages llevaban para que los dueños pudiesen regresar á sus casas, sino que les gratificaba de su propio bolsillo.

Sin embargo, todos los males que gravitaban sobre los pueblos los hubieran sin duda, sobrellevado estos con aquella constancia que les es característica, si al mismo tiempo no se hubiesen visto agoviados de la opresion y exigencias de los gefes de tantas guarniciones cristinas. Luego que por consecuencia de la augusta presencia de S. M. se estableció el soberano y legítimo Gobierno en las Provincias, Zumalacarregui contó con que los hombres que le componian, extendiendo su influencia al estrangero, sabrian proporcionarle algun auxilio; pero apénas vió que con nada podia contar por este medio, se creyó doblemente comprometido y sobrecargado. Sus profundas meditaciones le hacian exclamar algunas veces » á lo ménos, si tuviesemos armas para dar » á tanta gente desarmada, la podriamos man- » dar donde se ganase el pan que nos están co- » miendo sin útidad en el corazon de nuestra do- » minacion » Estas palabras aludian á los cuatro últimos batallones levantados antes de tiempo. Los mismos soldados que los componian, llenos del belicoso espíritu de sus compañeros y compatriotas, pedian con instancia el que se les condujese á los combates, aunque sin armas, para tener la ocasion de tomárselas á sus adversarios ¡ que ejemplo, á la verdad, tan contrario al

egoismo que hoy dia parece dominar en todas partes!

Si no hubiese tenido Zumalacarregui que atender á otras cosas, sino á las peculiares ó privativas á un general que tiene el recurso de pedir al Gobierno que sirve, lo que necesita, su mérito con ser tan grande respecto á la guerra, tendria muchos modelos asi en lo antiguo como en lo moderno; pero no es en esto donde debe buscarse lo singular y extraordinario, sino en haber sabido crear y sostener apenas sin recursos, un ejército que á pesar de no ser muy numeroso, bastaba para hacer frente y tener á raya el de sus adversarios.

Al comenzar su campaña solo contaba Zumalacarregui con cincuenta mil cartuchos de fusil, que á pesar de todas las economías se hubiesen consumido bien pronto, á no ser por algunos que en los primeros meses se tomaron á los Cristinos. En adelante como los combates eran mas frecuentes y mayor el número de los soldados, fué necesario recurrir al solo medio que se presentó posible. Pues que ademas de encontrar pólvora con suma dificultad en Francia, y de pagarla á un subido precio, era preciso para introducirla en España hacerlo por cantidades de tres, cuatro ó poco mayor número de libras. No pudiendo con

fiar en tan prolija operacion, ni ménos soportar los gastos que acarreaba, pensó Zumalacarregui establecer fábricas de pólvora en Navarra y otros puntos de las Provincias, y habiendolo verificado hizo aunque con infinito riesgo, traer salitre del corazon del Aragon, y posteriormente tambien de Francia. La pólvora que se fabricó en el principió salió muy floja. ¡ Que de fatigas y dispendios para llegar hasta aqui ! Dia y noche se ocupaba con los que la elaboraban de los medios de perfeccionarla, y no fué escasa recompensa el qué al fin se llegase á trabajar con utilidad. Mas lo necesario para esto absorbia cantidades que se quitaban de otros destinos, y asi no se podia ménos de sostener siempre las cosas en el mismo pie de economía : la que se hacia en la pólvora consistía en estas reglas : nunca cargaba el soldado su fusil sino en el momento de entrar en el combate : hasta las guardias y avanzadas colocadas muchas veces á vista del enemigo, no cargaban mas que un solo fusil, el cual el centinela saliente pasaba al que le relevaba. Si habia combate lo comenzaba cada soldado con solo diez cartuchos que eran los que llevaban en la canana, recomendandoles que no tirasen sino cuando el enemigo estuviese muy cerca y al descubierto. Pocas son las acciones de guerra en que el sol-

dado carlista recibiese mayor número de cartuchos que los diez que decimos; y para que los conservasen bien, pasaba personalmente Zumalacarregui frecuentes revistas tan pronto á esta compañía como á la otra, y hasta lo hacia con los soldados que encontraba por las calles y plazas ó en los caminos. En estos casos el premio y la correccion corrian parejas, porque el mismo hombre que miéntras fué coronel de varios regimientos Españoles se manifestó tan exigente en el aseo y buen porte del soldado, hoy solo reparaba que tuviese en el mejor estado sus armas y municiones. Estas menudencias fatigarán sin duda al lector, y sin embargo no podemos pasarlas totalmente en silencio; ya por que tocan personalmente á Zumalacarregui principal objeto de esta obra, cuanto por que sus sucesores en el mando descuidaron seguir las trazas de su sistema, creyendo equivocadamente bastaba abandonar las cosas á aquel sistema rutinario y demasiado molesto, que tanto aburre al soldado experto por la monotona repeticion de ciertas formalidades, excelentes para entretener las tropas en una guarnicion, pero molestas y poco utiles en tiempo de una guerra como la presente.

La seguridad del ejército mandado por Zumalacarregui, no consistia tanto en el estableci-

miento de guardias, avanzadas y retenes, en los parajes convenientes, como del buen órden establecido entre las justicias de los pueblos, y zelo con que desempeñaban su oficio los que le servian de confidentes. Sin contar aquellos que hacian este servicio desde la vecindad de sus hogares, tenia siempre Zumalacarregui á su inmediacion diez y ocho á veinte con sueldo determinado. Cuando algunos de estos despues de recibir las instrucciones del general salian de su casa (las mas veces cerca del anochecer) para ir á situarse en los caminos, sus subordinados podian entregarse al reposo en toda confianza. Aun en medio de su pobreza y estrechez Zumalacarregui era muy pródigo con los que prestaban tan interesante servicio. ¿Pero fueron bastante recompensados? Suponemos que no, si bien la falta no dependia del general que haberse encontrado en otra situacion, hubiera hecho de modo que sus confidentes tuviesen el oro en abundancia. Estos por su parte correspondieron, sin embargo, con una fidelidad admirable como lo prueba este ejemplo. En cierta ocasion de resultas de un descuido de uno de ellos, Zumalacarregui mandó se le diesen doscientos palos y que se le echase del campo carlista. La noche misma del dia en que esto se verificó, al tiempo de llamar el ge-

neral á los otros confidentes, vió entrar entre ellos al que habia sido castigado, y aunque conocia bien aquella gente no pudo ménos de admirar su fidelidad ¿ mas este desconocia la generosidad de su general? Ciertamente que no. Otro en lugar de Zumalacarregui hubiera temido el volverle su confianza «Descansa tu esta noche (le »dijo para consolarle) porque mañana debes ir á »desempeñar una comision importante, que tú »solo puedes hacer» Con estas solas palabras dichas en presencia de sus demas compañeros, el confidente se sintió satisfecho de la humillacion de los palos, y con las làgrimas en los ojos se retiró á dormir.

Para terminar este capítulo vamos á hablar del artículo de calzado, uno de los mas dispendiosos del ejército y no facil de proporcionarse ni aun con el dinero. Las tropas de Zumalacarregui usaban de alpargatas, excelente calzado, del gusto de los naturales y de duracion en tiempo seco; pero no en el de humedad; pues siendo enteramente de cáñamo, se destruye al momento. Como todas las poblaciones de Navarra donde existía algun comercio habian sido guarnecidas por los Cristinos, y por otra parte se construian pocas alpargatas en este pais, era muy dificil el poder proporcionar el mucho

número de pares que el ejército necesitaba. El introducirlas en el teatro de la guerra, estaba prohibido bajo las mas severas penas por las autoridades cristinas, lo mismo que el tener acopios de ellas. En medio de este conflicto Zumalacarregui se vió obligado á mandar emisarios al Aragon para que las comprasen allí y condujesen á Navarra con los mayores riesgos. Algunas veces sucedia que faltaba esta especie de remesas periódicas, y entonces se veia en la necesidad de recurrir á otros medios para suplir á las alpargatas. La Junta inventó la construccion de un calzado de cuero abierto como estas, el cual se acomodaba mejor al uso y comodidad de la generalidad de los naturales, que no pueden soportar sin lastimarse el calzado cerrado y ajustado. En lo mas riguroso del invierno, algunos de los nacidos en las montañas se calzaban de *abarcas;* costumbre permanente entre ellos hacia tantos siglos, y que dió nombre á uno de sus mas ilustres monarcas. A pesar de esta especie de suplementos, hubo ocasiones que fué preciso emplear el ardid para salir del eminente apuro. Un dia que llovía extraordinariamente, Zumalacarregui iba á pasar con varios batallones desde la Ulzama á Val-de-Ollo. La calidad arcillosa de la tierra, hace que en estos casos se formen en

el pais intermedio grandes lodazales, de modo que todas las alpargatas fenecen allí. El general que á la sazon no tenia repuesto alguno para calzar sus soldados al dia siguiente, se dirijió á varios de ellos, y les dijo: » Al que de vosotros se » me presente mañana con alpargatas le daré una » peseta. » Estas solas palabras corriendo de boca en boca, bastaron para que todos los soldados comprendiesen el apuro del general, é inmediatamente quitandose las alpargatas las guardaron. Zumalacarregui dió órden para que se les distribuyese la prometida peseta, mas los gefes contestaron que no habia necesidad porque ninguno la reclamaba.



## CAPITULO VI°.

Creacion del batallon de Guias. — Anécdota sobre un cabo de este cuerpo.—Expedicion de Zumalacarregui á la Rioja y su objeto, — Por qué no tuvo este efecto.—Segunda expedicion á la Rioja. — Encuentro casual con la escolta de un comboy. — Hecho de armas personal de Zumalacarregui. — Presa de 2000 fusiles. — Sucesos de Cenicero. — Se contesta á la censura de algunos, respecto á la conducta del general Carlista. — Posicion desgraciada de los pueblos vecinos á las guarniciones cristinas. — Arbitrariedad de sus comandantes. — Creacion de las partidas volantes ó bloqueadoras. — Su utilidad. — El Rojo de San Vicente. — Organizacion de una nueva coluna carlista. — Venida de Eraso á Navarra. — Operaciones diversas.—Nuevo sistema que adopta Rodil para continuar la guerra. — Acantonamiento de la division de O-Doyle en Alegría. — Proyecto de Zumalacarregui contra ella.—La derrota completamente y hace prisionero al gefe. —Nueva victoria en el siguiente dia. — Horrible carnicería. — Indulgencia de Zumalacarregui con los vencidos.—Crítica en aclaracion de las causas que pudieron influir en la perdida de la division O-Doyle. — Revista pasada á once batallones carlistas en las inmediaciones de Salbatierra. — Zumalacarregui vá al real de Oñate. — Recibimiento que le hace su Soberano. — Vuelve á donde estan los batallones. — Ataque de Sesma y su resultado. — Expedicion á la Ribera de Navarra.—Acontecimientos relativos á los urbanos de Villafranca.—Defensa de Zumalacarregui contra el juicio de un escritor algo romántico — Muerte del bizarro coronel Mancho. — Llegada

a Navarra del oficial de artillería Reina. — Primer encargo que se le confía. — Elementos con que se cuenta para la organizacion de su arma. — Fundicion de dos obuses. — Historia del cañon llamado *Abuelo.*

El desgraciado éxito de la tentativa dirijida contra el fuerte de Echarri-Aranaz, hizo que Zumalacarregui se resolviese á formar un nuevo batallon, y como base de este sirvieron las dos compañías de Guias que ya habia, á las cuales se agregaron los soldados que servian de escolta á la Junta Gubernativa de Navarra y otros sacados de entre los mas acreditados de valientes de los demas batallones. Los oficiales fueron tambien elejidos del mismo modo; así el nuevo cuerpo formado con los mejores elementos, no podia ménos de ser uno de los mas sobresalientes.

Aunque muchos deseaban y aun rogaron á Zumalacarregui diese su nombre al nuevo batallon, prefirió el que se denominase *Guias de Navarra;* pais que merecia su particular afeccion, y cuya gloria nunca dejó de ensalzar por todos los medios posibles. De notar es sin embargo, que no quiso que tuviese el nuevo cuerpo ningun genero de preferencia sobre los otros batallones :

ya por evitar las rivalidades que atraen siempre los cuerpos privilegiados, ya porque decia (y esto era muy fundado) que toda distincion redundaria en mengua de los antiguos, los cuales hacia cerca de un año que estaban combatiendo y derramando su sangre.

Se cree que otro de los objetos que tambien se propuso Zumalacarregui en la formacion del batallon de Guias, fuese el de economizar los grandes y constantes sacrificios que los antiguos batallones estaban haciendo diariamente: y sin duda, esta fué la razon que tuvo para destinar despues á aquel, todos los soldados robustos que desde las filas cristinas se venian á las carlistas, como tambien los voluntarios que se le presentaban de las otras provincias de España. De este modo los que estaban animados del deseo de distinguirse para darse á conocer, tenian la mejor ocasion de acreditar su valor, y de merecer los ascensos ó distinciones que ambicionaban. Los oficiales y sargentos que no llenaban dignamente sus deberes en los demas cuerpos, ó que cometian alguna accion poco honrosa el dia de un combate, eran destinados como meros soldados al batallon de Guias, y cuando con su comportamiento habian purgado ó satisfecho sus faltas, volvian á ser reintegrados en

sus anteriores empleos, y á veces segun lo brillante de sus acciones salian del batallon hasta con honores y rango superior. Todo voluntario que con la adquisicion de una charretera, condecoracion ú otra cualquiera distincion, habia logrado asegurarse el credito de valiente, podia si le acomodaba, dejar el batallon de Guias para ir á continuar sus servicios en otro cuerpo.

A proposito será que contemos aquí lo que sucedió un dia con un cabo del nuevo batallon, en ocasion que estaba el cuartel general en Asarta. En el momento que este individuo acababa de ser condecorado con la cruz de san Fernando por una accion distinguida, se vino á presentar á Zumalacarregui, y le dijo: Mi general, yo desearia pasar á servir en caballería porque toda mi vida me he ocupado en cuidar mulas y ganados de labranza; (es de advertir que esta era una de las circunstancias mas esenciales en los voluntarios para confiarles un caballo). — Bien, contestó Zumalacarregui, pero es el caso que al presente no tenemos en el regimiento ningun caballo sin ginete, y el dejar el fusil para pasar á caballería un buen soldado de Guias, ya vés que no es cosa muy honrosa. Vete, le añadió, á tu compañia, y no dudes que el primer caballo que tengamos será para tí. — Pero

mi general, si yo me me adquiriese un caballo ¿ me concederia V. E. en el instante la gracia ? — Sin duda, le repuso Zumalacarregui, porque en este caso no existiria la menor dificultad.

En el momento que esto sucedia eran las diez de la mañana: á las cinco de la tarde oyendo Zumalacarregui un rumor entre los soldados de su guardia, se asomó á la ventana y vió que todos se entretenian examinando un caballo sin silla y al parecer bastante fatigado. Al mismo tiempo el ayudante de guardia entraba en la sala á decirle que un cabo de Guias pedia verle. — Que entre, contestó el general, y en aquel momento se presentó ¿ quien ? el mismo de aquella mañana. — Mi general, exclamo alborozado este; concedame V. E. el pase á la caballería, que ya tengo caballo — ¿ Y como es esto ? dijo Zumalacarregui con enfado; suponiendo que habria empleado la violencia contra algun paisano. — Señor, añadió el solicitante, he ido á Los-Arcos, me he colocado inmediato á la fuente de la villa, y cuando un soldado cristino venia á dar agua, le he sorprendido, le he quitado su caballo, y montando en él he echado á correr. — Sin matar, herir, ó hacer prisionero al cristino ? — Si señor, replicó el cabo, porque ni él ni yo teniamos arma ninguna.

Dudoso estuvo Zumalacarregui antes de darle crédito, sin embargo que bajó á la calle y examinó el caballo; pero poco tardó en cerciorarse de la verdad del hecho, porque el gobernador cristino del fuerte de Los-Arcos, aunque la culpa proviniese de su falta de vigilancia, obligó á la justicia de este pueblo á venir á reclamar el caballo, ó en su defecto á pagar en metálico su valor. Al cabo peticionario se le acordó al momento el pase á caballería que solicitaba, y ademas el empleo de sargento.

El brillante hecho de armas de los campos de Viana, habia dado á la caballería carlista considerable prestigio y aumentado su ascendiente moral sobre la cristina, aunque tan superior en número; aprovechándose pues de esta oportunidad, creyó Zumalacarregui que podria recorrer las riberas del Ebro y procurarse algunos recursos. Era llegado el otoño, estacion en que por lo regular son mas vadeables los rios á causa de la menor nieve que ya existe en las montañas, y teniendo presente los rigores del invierno y la desnudez de sus tropas, trató el general Carlista dar un golpe de mano sobre las fábricas de paños de Escaray.

Esta empresa era de las mas atrevidas y arriesgadas, pues no solamente se necesitaba pasar el

Ebro, sino tambien internarse seis leguas en Castilla. Zumalacarregui comenzó la operacion por un movimiento en direccion opuesta al lugar que pensaba invadir, con el fin de que las divisiones cristinas que le observaban se alejasen mas de él; y habiendolo conseguido se revolvió con la mayor celeridad, y tomando la direccion del Ebro, pasó este rio por el vado llamado Tronconegro. Verificado esto llevaba la intencion de mandar dos escuadrones y un batallon á Escaray, manteniendose con el resto de la fuerza hasta la vuelta, que debia verificarse cualquiera que fuese el éxito, en el término de diez y seis horas; lo que sin embargo no pudo ponerse en ejecucion porque la vanguardia carlista empleó una parte del tiempo en acometer y perseguir un destacamento de caballería cristina que se habia presentado á la vista luego de pasar el Ebro. Por semejante contratiempo el general Carlista debió renunciar al proyecto que allí le habia conducido, y como nada le era ya posible emprender se alojó aquella noche en Briones, y á la mañana siguiente despues de vadear el Ebro para pasar á la orilla opuesta, se internó en las montañas.

La constancia empero, con que Zumalacarregui seguia sus empresas de una parte, y de otra la grande necesidad que tenia de cubrir la

desnudez de sus soldados, le obligaron á intentar nuevamente el golpe contra Escaray. Si esta segunda vez tampoco salió con su intento, á lo ménos encontró una recompensa de otro genero á sus afanes, y sino en todo, en parte, el fruto de aquellas rapidas marchas ó incursiones que llenaban de admiracion á sus mismos enemigos.

Pasado que hubo la vanguardia el Ebro, tropezó como en la otra ocasion con un cuerpo de caballería enemiga y una ó dos compañias de cazadores de la guardia Real provincial, que marchaban escoltando un comboy desde Casa-la-reina á Logroño. Perseguido este por dos escuadrones carlistas, los infantes cristinos afin de detenerlos, tomaron posicion en una pequeña altura que se les presentó á poco de haber pasado el pueblo de Fuenmayor : forzados sin embargo á abandonarla, en vez de seguir el mismo camino que su caballería, tomaron la direccion de Navarrete; cuando apenas descendidos de la altura, se vieron rodeados por los batallones carlistas y obligados á rendir las armas.

Miéntras esto ocurria el comboy se adelantaba hácia Logroño, de modo que solo le faltaba ya poco mas de media legua para llegar á sus

muros, cuando se presentaron ante su escolta los dos escuadrones carlistas que venian en su seguimiento Tres eran los de los cristinos, los cuales dieron caras, y viendo que no se les aeometia, lo hicieron ellos; con lo cual consiguieron poner en completo desorden á los dos enemigos. El gefe de la caballería carlista D. José Vicente Amusquivar dió en este momento una caida del caballo, de cuya resultas murió á los pocos dias.

Zumalacarregui que se habia informado ya de los objetos de que se componia el comboy, venia siguiendo la huella de los dos escuadrones, cuando se ofreció á su vista la vergonzosa fuga de los suyos: metiendo entonces espuelas al caballo se adelantó con la celeridad del rayo para reparar un mal de tan inmensa consecuencia; y como la cosa no permitia la menor dilacion, apenas juntó unos cincuenta caballos de los doscientos que tenian los dos escuadrones, se dirigió á rienda suelta contra la escolta del comboy, la que por su parte se preparó á defenderlo.

Por uno de aquellos sucesos mas singulares que ocurren en la guerra, en el acto de cargar los Carlistas, el terreno no permitia dar mayor frente que la latitud del camino real, y aunque esto fuese accidental y por un corto instante,

no hay duda que influyó no poco en el resultado. Siete ú ocho ginetes de una talla semicolosal (porque eran de los que se denominan tiradores en los modernos regimientos de caballería española) ocupaban todo el ancho del camino, y cual una muralla cubrian con sus cuerpos la retaguardia cristina y las galeras que demasiado cargadas, apenas podian salir del paso natural. Se habia ya esparcido para entonces la voz que lo que llevaban estas eran fusiles, y aunque el deseo de apoderarse de una cosa de que tanta falta experimentaba, debia estimular vivamente á Zumalacarregui, era muy superior el interés que le movía á que su caballería conservase intacto el prestigio, que allá en los campos de Viana adquirió sobre la cristina. Por ambas causas, empuñó su èspada, y asociándose los seis primeros lanceros que se le presentaron, embistió con ellos á los tiradores cristinos, que como ya se ha dicho se prepararon á la defensa; pero así que las lanzas de aquellos se cruzaron con los sables de estos, quizás tambien por ser sus armas de mayor alcanze obtuvieron los Carlistas la victoria; matando é hiriendo á sus primeros adversarios, y cargando despues á los que les seguian con mayores fuerzas, terminó el combate por dejar el comboy en sus manos. El

premio de este hecho tan brusco como prontamente ejecutado, fueron dos mil fusiles los cuales se dió priesa Zumalacarregui á poner en seguridad, haciendolos trasportar aquella noche al otro lado del Ebro, para conducirlos enseguida á Navarra.

Acabada la operacion, buscó el general los seis lanzeros que verificaron con él la primera carga contra los Cristinos; pero; quien le creyera! solo á fuerza de investigaciones los pudo encontrar; porque la modestia de estos hombres era de tal condicion que se persuadieron no mereceria premio ni distincion alguna quien no hiciese otra cosa que imitar á su general en una accion de valor individual. Zumalacarregui por lo mismo, se empeñó con mayor ahinco en buscarlos para darlos á conocer á todo el ejército, y habiendolo conseguido, recompensó ademas su mérito.

Aquella especie de hombres que sin saber apreciar justamente el valor de los hechos, se arriesgan á dar su parecer en todo, calificaron de poco prudente la conducta de Zumalacarregui en el encuentro de Fuenmayor; dando por única razon, que el general de quien depende inmediatamente la salud de un ejército, no puede en conciencia exponer de un modo tal su

existencia. El juicio que á proposito de esto hace un sabio escritor, podrá servir de contestacion.

« Por ventura (dice) quiere el general que sus » soldados den pruebas de valor? que les ofrezca » su ejémplo colocándose á su cabeza en el mo» mento de comenzar la batalla; al tiempo de » principiar el choque. Con esto podrá lison» gearse de la victoria; porque nada hay tan po» deroso en semejantes casos, como la presencia » del general. A su vista nadie hay que no ar» riesgue la vida: los soldados se animan entre » sí al ver á su gefe arrostrando iguales peligros » ejecutar en lugar de dar órdenes. Sin duda » estaban persuadidos de esta verdad aque» llos hábiles capitanes que la historia tantas » veces muestra combatiendo en las primeras » filas. Alejandro fué uno de los primeros que se » aproximaron al carro de Darío, y se batió con » las tropas mas selectas de los Persas: él fué » tambien el primero que escaló una villa que » sitiaba; él mismo, el que mas de cerca perse» guia al rey Poro; el que se apresuraba á pasar » un gran rio á presencia del enemigo, á arro» jarse al esquife, á levantar el ancla, á abordar » y á atacar. César arrancó de las manos de un soldado la rodela y con ella se colocó en pri-

»mera fila, cuyo ejemplo bastó á detener su »ejército en el momento que ya iba á volver la »espalda. Posthumio el dictador, Eburon gefe »de la caballería y los Tarquinos que eran grandes generales, segun el testimonio de Tito-Livio, »no se contentaban con reglar los ataques, sino »que se batian personalmente. Por esta razon es, »que el rey Antioco ha merecido los elogios de »Polibio; Catilina los de Salustio. Si el general no »es mas que un espectador de las batallas sin »hacer jamas el papel de actor, sus soldados se »harán remolones y cobardes á vista del enemigo, y el menor peligro les desanimará; de »manera que desesperanzados del buen éxito de »la accion, temerán por su vida y no sostendrán »cual debieran el primer choque. ¡Que fatales »consecuencias han producido las faltas de los »generales en semejantes ocasiones! y ¡cuantas »desgracias no han atraido sobre ejércitos enteros!!»

A la inmediacion del vado de Tronconegro se halla situada la villa de Cenicero hácia la cual se dirijieron los Carlistas desde Fuenmayor; pero como al tiempo de entrar, comenzasen á hacerles fuego desde lo alto de la torre de la Iglesia algunos urbanos que allí se habian encerrado, Zumalacarregui se incomodó y mandó á los

Guias que se les atacase, y estos no pudiendo obligarlos á que se entregaran, pusieron fuego á la torre antes de retirarse.

Apenas los Carlistas expedicionarios llegaron á la base de sus operaciones, lo primero que hizo su general fué colocar las armas adquiridas en el encuentro de Fuenmayor, en las robustas manos de aquella fogosa juventud que hacia cuatro meses las esperaba con impaciencia.

A la sazon dejábanse sentir los lamentos de los pueblos mas vecinos á los fuertes ó guarniciones enemigas, á causa de la ilimitada autoridad que sus comandantes ó gefes ejercian contra el paisanaje; pues ademas de arrebatarles con violencia de sus casas los granos, liquidos y ganados, les exigian tambien cantidades de dinero inmensamente superiores á lo que alcanzaba su posibilidad, y cuando no satisfacian por completo ó la desordenada avaricia ó el capricho de los que mandaban, destacaban estos partidas de tropa, que sorprendiendo á los vecinos en sus casas como el ladron al pasagero, arrestaban las personas que mas les acomodaba, y las conducian á los fuertes á pretesto de rehenes; en cuyo caso aunque muchas veces no excedia la graduacion militar del gobernador, de la de un simple oficial subalterno, obraba sobre la liber-

tad de estas personas arbitrariamente, y con una entera indepedencia de sus generales. Ni el achacoso y decrépito anciano, ni la tímida y vergonzosa doncella, ni aun el infante de corta edad si tenian la suerte de pertenecer á alguna de las casas importantes ó familias distinguidas, estaban eximidos de sufrir una larga cautividad. Gobernador hubo que prefirió la hija soltera á la madre. De este modo los séres que por su estado debian al parecer de todos los hombres sensatos estar libres de aquel genero de responsabilidad que pesa sobre los infelices pueblos en circunstancias como la presente, pasaban muchos meses cautivos sirviendo de espectadores á todas las escenas que ofrece un cuartel en su mecanismo interno. Señalábanse entre otros por sus estorsiones en este genero de violencias, los gobernadores de Lerin y Viana, pero sus generales se hacian los indiferentes; ora porque deseasen castigar con estas plagas la mayor afeccion que mostraban los pueblos por la causa carlista, ora porque recibiesen una parte de lo que por tales medios atesoraban los gobernadores. Lo cierto es, que no podian ignorar los hechos de violencia y rapacidad que citamos, y su tolerancia manifiesta claramente ó un asentimiento ó un interés mezquino: deci-

mos mezquino, porque los generales cristinos sirviendo á un Gobierno que les pagaba corrientemente sus sueldos, y los demas gastos de guerra, no necesitaban apelar á tan ruines arbitrios con el pretexto de la necesidad. Rodil que en varios actos de su conducta anterior á esta guerra, habia dado á conocer que poseia cualidades bien en oposicion por cierto á las que durante la misma mostraron sus subalternos, parece que fué ahora quien primero las olvidó: pues es precisamente en el tiempo de su mando que tuvo principio este Gobierno ó sistema tiránico, semejante al que estaba en uso en el tiempo de la edad media.

Los pueblos que se hallaban mas próximos á las guarniciones enemigas, eran por lo regular las primeras víctimas de tantas vejaciones. Zumalacarregui afin de protegerlos dispuso que se aumentase el número y la fuerza de las partidas volantes: pero no pudiendo hacerlo sin que los batallones sufriesen una notable desmembracion, acudió á los recursos que le facilitaba su ingenio. Comenzó pues por sacar de los cuerpos algunos oficiales y sargentos de la mejor conducta, prácticos en la tierra y bien relacionados, y dando á cada uno de ellos dos ó tres soldados de su eleccion, los destinó á

que observasen constantemente las guarniciones cristinas, con la facultad de incorporar á la corta fuerza que mandaban, cuantos reclutas voluntarios pudieran hacer. Su principal mision consistia en mantenerse á la vista de uno de los puntos fortificados, interceptar toda comunicacion de estos con el exterior, y dar conocimiento de todos los movimientos de las colunas enemigas. Si grandes fueron los servicios prestados por las partidas volantes en su primera creacion, imposible es calcular el valor de los que resultaron despues de este último arreglo. Viéronse en adelante encerradas las guarniciones sin atreverse á salir fuera del tiro de sus fortificaciones, porque donde quiera que aparecian, eran acometidas por la partida encargada de vigilarlas, fuese cual fuese su fuerza; pues aunque pusiesen en fuga á los bloqueadores, siendo estos tan prácticos en el terreno desaparecian fácilmente y revolvian despues sobre sus agresores. Los que salian de los fuertes, no atreviéndose al fin á separarse mucho por el justo temor de caer en alguna emboscada, ó de ser cortados por una fuerza mayor, como sucedió varias veces, pronto se encontraron aislados, y con suma dificultad recibian sus generales las comunicaciones de oficio :

solian emplearse para este servicio los paisanos, que á su mandato les presentaban las justicias; pero como las penas dictadas por las Carlistas contra los que lo desempañaban aunque exigido con la violencia y hecho como carga vecinal, eran tan graves como inflexibles, resultaba que así que salian de entre las bayonetas cristinas se venian los conductores por temor ó por su mayor adhesion á la causa carlista, al encuentro del gefe de la partida volante mas inmediata, y le entregaban el oficio ó pliego que llevaban. ¡ Desgraciado aquel que de los tales enviados no procediese asi! porque teniendo todos los soldados de la partida bloqueadora un exácto y puntual conocimiento de los pasos que daban las personas del pueblo, y hasta de su modo de pensar, políticamente hablando, era dificil sino imposible el que ninguno saliese y llevase á cabo la empresa, sin que tarde ó temprano se descubriese. El oro que tanto puede, la persuasion, las mayores promesas, la astucia, el rigor de la pena y hasta algunos ejemplos que en los habitantes hicieron como por ensayo los Cristinos, no fueron medios bastante poderosos para vencer aquella barrera de vigilancia y represion que Zumalacarregui opuso á cada una de las guarniciones. Consecuencia de esto

fué el llegarse á ver al poco tiempo á los gobernadores, como encarcelados en sus mismas fortalezas, de las que nunca salian á ménos que no tuviesen á la vista las colunas que les protejian. Los gefes mismos que mandaban estas, así que les faltó la comunicacion libre y fácil con los de las guarniciones, comenzaron á obrar á tientas en sus marchas y operaciones.

Entre los que capitaneaban las partidas volantes de que hacemos mérito, se distinguian particularmente D. José Oroquieta, quien con solo cuarenta hombres que mandaba, tenia á raya la guarnicion de Estella, la mas numerosa entonces de las de Navarra, escepto Pamplona; y D. Vitoriano Cordeu, intrépido y sagaz oficial, conocido en el pais bajo el nombre del *Rojo* de San-Vicente (*a*). La fuerza de este se com-

(*a*) El nombre de *Rojo* se le daba por el color de sus cabellos, y el *de-San-Vicente* porque era natural de la aldea de este nombre, vecina á Lumbier. En el año de 1822 siendo simple soldado del regimiento de Toledo, desertó y se únió á la partida realista que mandaba el capitan Armengól, en la cual se encontraba ya al tiempo que esta sorprendió al famoso coronel D. José Cruchaga en Nardues. Despues lo recibió por su ordenanza el general D. Santos Ladron como en recompensa del valor con que se comportó en la accion de Vidangoz. Su conducta posterior elogiada siempre por todos sus compañeros de armas, le valió el ascenso á alferez de caballería Una

ponia de cien hombres con los que vigilaba de continuo el camino real que atraviesa los valles de Araquil y Borunda; en donde á favor del apoyo que le facilitaba el terreno, molestaba de todas maneras á los Cristinos, embistiendo hasta á las grandes columnas; ya fuese por su frente ya por su flanco ó retaguar-

accion, que sostuvo el mismo Ladron en el año de 1823 en Tamarite de Litera, villa del alto Aragon, proporcionó al Rojo el distinguirse por medio de uno de los hechos mas señalados que pudieran suceder en la guerra. Ochocientos realistas navarros mandados por aquel general (que al mismo tiempo sitiaba con otros quinientos á la guarnicion del fuerte de Monzon) ocupaban la villa en el momento que desde Lerida vino Ceballos Escalera coronel del regimiento de Tarragona con mil y quinientos infantes y alguna caballería á atacarle. En el principio el realista abandonó el pueblo, y Escalera lo ocupó; pero poco despues viendo aquel la inaccion de este le acometió de sorpresa, y se empeñó un fuerte combate; pero á pesar de esto, Ladron que atacaba la villa por la parte del medio dia, se vió precisado á retirarse. Cordeu ó el *Rojo* miéntras tanto, habia penetrado en la villa por otra parte seguido de treinta caballos y cincuenta infantes, y recorriendo las calles, no solo se apoderó de la artilleria que consistia en dos piezas, sino que obligó al enemigo á huir y le persiguió por espacio de dos horas. Su general al mismo tiempo iba marchando en direccion opuesta con el objeto de tomar posicion en un monte vecino donde esperaba reunir las fuerzas que bloqueaban á Monzon, bajo la direccion de D. Luis Velaz para volver al amanecer del dia siguiente sobre Escalera, cuando pasada ya la media

dia, sino con la esperanza de poder vencerlas ni cerrarlas el paso, á lo ménos con el fin de detenerlas algunas horas en su marcha, y de obligarlas á hacer varias maniobras, con lo cual siempre conseguia fatigarlas, y les causaba daños que no podian de modo alguno entrar en cotejo con las insignificantes perdidas que Cordeu sufria. Fabulosas parecerían si nos detuviesemos á contar las varias empresas de este oficial : mas adelante probaremos una con el texto mismo de un documento interceptado á los Cristinos.

Armados los nuevos batallones Navarros con los fusiles del comboy apresado junto á Fuen-

noche el *Rojo* (á quien suponian prisionero) se presentó trayendose consigo los dos cañones; visible prueba de su grande valor. Su general le hizo en el momento justicia: aquel género de justicia que pertenece á un valiente y honrado caballero como Ladron. Despues de manifestar en presencia de sus tropas que se le debia la mayor parte de la gloria de aquel dia, le concedió el grado de capitan y la cruz de San Fernando La figura del Rojo era notable por su gentileza, si bien sus modales eran bruscos, efecto de su primera educacion. Cordeu ha sobrevivido mas de un año á Zumalacarregui, pero su fin fué marcado por un hecho heróico. Cortada una coluna carlista en su retirada por el Baron de Meer, Cordeu con los valientes que mandaba le abrió paso á costa de su vida. En esta ocasion recibió una herida mortal en la cabeza, de cuyas resultas murió pocos dias despues.

mayor, fué llamado el general Eraso, aunque entonces dirijiese con mucha ventaja y utilidad de la causa carlista la provincia y tropas de Vizcaya, para tomar el mando de una nueva coluna compuesta de tres batallones; la cual destinaba Zumalacarregui á operar en la parte del valle de Orba, Aoiz y Lumbier, pais que ademas de conocerlo perfectamente Eraso, era donde gozaba de mayor prestigio. El puesto que por su venida quedó vacante en Vizcaya, se le confió al brigadier D. Miguel Gomez, que si bien como natural de Andalucia no sabía el idioma vasco, se hallaba adornado de otras cualidades, y conocia ademas el terreno por haber hecho la guerra sobre el mismo teatro en dos distintas épocas.

Al comenzar Eraso las operaciones en la porcion de territorio que se le habia marcado, los Cristinos que tenian fuerzas mas que suficientes para atender á todo, sacaron de la gran masa una coluna superior á la de aquel y la mandaron en su persecucion. El activo Sagastibelza con los batallones 5° y 8°, maniobrando siempre sobre los valles de Baztan, Santesteban, y pueblos fronterizos á Francia, ocupaba de continuo la atencion de otra division cristina : el diligente Mancho amagando desde el Roncal, Salazar, y almiradío de Navasques al alto Aragon,

entretenía la del general Linares; y Guibelalde, Navarro, Iturriza, é Iturriaga, gefes de los batallones Guipuzcoanos con solo amenazar al gefe Jauregui commandante de la division cristina en Guipúzcoa, le obligaban á mantenerse siempre en la inaccion sobre aquel pais, que con tal exáctitud conocia: últimamente los Vizcainos entretenian á D. Baldomero Espartero.

Sin detenernos á hacer mencion de otros gefes ni fuerzas de menor importancia que habia en el teatro de la guerra, volveremos á hablar del general Rodil que por esta misma época acompañado de una numerosa coluna compuesta de lo mejor de su ejército, andaba recorriendo los montes y pequeñas aldeas que se encuentran situadas entre Donamaría y Lecumberri, destruyendo con el mayor afan cuanto se suponia podria servir de refugio ó de abrigo á hombres y animales en los lugares solitarios: estas destrucciones acompañadas siempre del incendio, suponian ejecutarlas á causa de que habia llegado á noticia del adalid Cristino, que en algunos de estos parajes se elaboraba pólvora, cosian zapatos ó vestuarios; pero la casa del confitero de Leiza y otras que por entonces redujeron á cenizas los soldados de Rodil, no podian serlo por dicho motivo, y

sí únicamente porque las justicias de los pueblos, impusieron á sus dueños la obligacion de dar alojamiento á la Real persona de S. M.

Lorenzo y Oráa, generales los mas antiguos en esta guerra, seguian siempre observando con sus respectivas divisiones ó colunas y lo mas próximos que podian, los movimientos de la dirijida en persona por el mismo Zumalacarregui. Despues de esta distribucion de fuerzas y de atenciones que acabamos de enumerar, solo faltaba á lo que parece á fin de que la ocupacion del pais fuese completa, el colocar un cuerpo de tropas en la llanada de Alava; y Rodil, que desengañado ya de lo inutil y aun peligroso que era el marchar con grandes masas por entre riscos, barrancos, montañas y bosques, comenzaba á adoptar un nuevo sistema, destinó á aquella parte la division de O-Doyle, con cuya disposicion se persuadió por el pronto, poner límites á las correrías que hacian los batallones carlistas desde una á otra provincia.

Tan luego como Zumalacarregui supo que O-Doyle se habia acantonado en el pueblo de Alegría, se resolvió á caer por sorpresa sobre esta nueva fuerza, que parecia venir destinada á bloquearle en las montañas de la Amezcoa. Para llevar á efecto su proyecto, comenzó por calcular la

manera de ganar doce horas de ventaja cuando ménos, á las divisiones de Lorenzo y Oráa sus constantes perseguidoras.

Estos dos generales siguiendo el movimiento de Zumalacarregui se habian venido juntos á Los-Arcos, miéntras que este, indicando quedarse la noche del 26 de Octubre en los pueblos de la Berrueza, pasó despues de anochecer el Arquijas y se acantonó en Santa-Cruz de Campezu con seis batallones y cuatro escuadrones, única fuerza de que constaba su verdadera y acostumbrada coluna de operaciones, y que mandaba él mismo en persona (*a*).

(*a*) Esta se componia de una fuerza de cuatro mil quinientos infantes y cuatrocientos caballos, la cual formaba como un solo regimiento: Zumalacarregui ademas de general era tambien el coronel; y los comandantes dependian inmediatamente de su persona. Unicamente en el caso de combate ó de destacar alguna gente en mayor número que un batallon, destinaba segun la importancia del objeto, alguno de aquellos gefes que marchaban cerca de su persona como Iturralde, Sarasa, Guibelalde ó Gomez; pero terminado el servicio ó comision que se les confiaba, volvian á continuar los batallones como antes. De esta clase de inmediata dependencia, resultaban ventajas que no nos detendremos á señalar por varias razones, y la mayor rapidez en todos los movimientos, pues que yendo dirijidas las órdenes de Zumalacarregui directamente á los mismos que debian ejecutarlas, era muy corto el tiempo que mediaba entre leerlas, sonar

La mañana del 27, despues que Zumalacarregui recibió de sus confidentes la noticia de que las dos divisiones cristinas continuaban aun despues de amanecido en Los-Arcos, sin marcada señal de ponerse en marcha, formó con toda presteza su gente, la subdividió en dos partes, de las que, confiando la una al general Iturralde, le ordenó se dirijiese con ella y sin hacer alto alguno al puerto de Herenchun sobre Alegría. La otra la condujo el mismo Zumalacarregui al de Echavarri. Los dos puertos ocupan casi una misma línea y posicion, solo que, el camino que hay para ir al de Echavarri desde Santa-Cruz, es el mas corto; y asi fué que á pesar de haberle precedido en la mar-

la caja, formar el batallon, y ponerse en marcha. Si en los primeros tiempos de esta guerra, hubiera habido estados mayores, generales de brigada y de division, y dependiencia de otras clases, y para dar una disposicion cualquiera se hubieran seguido todos los trámites y fórmulas de costumbre, sin duda, el ejército carlista habria carecido de la principal ventaja que tenia sobre el de los Cristinos. Aunque los batallones fuesen en mayor número, Zumalacarregui prácticaba lo mismo, con la diferencia de que si eran de provincia distinta de la de Navarra, se entendia con su comandante general. Al sistema ó método indicado se debia el que nadie previniese con anticipacion bastante, ni sus movimientos, ni sus proyectos.

cha Iturralde, Zumalacarregui llegó el primero. De lo alto de los puertos se domina y vé perfectamente no solo el pueblo de Alegría que en este momento ocupaba O-Doyle y que está á muy corta distancia del pie de la montaña, sino tambien toda la llanada de Alava y hasta su capital Vitoria, y los famosos campos donde en 1813 fué derrotado el ejército francés al tiempo que se retiraba sobre su territorio con el príncipe José Bonaparte, y cuyo botin hecho por los aliados, escedió sin duda á cuantos se han visto jamas en la Europa.

Habiendo Zumalacarregui reconocido con el anteojo, en el instante que llegó á la posicion que decimos, las faldas de la montaña y avenidas de Alegría, notó, que un fuerte destacamento cristino iba haciendo camino hácia Salbatierra, y poco despues supo tambien, que esta fuerza era parte de la guarnicion de este punto, la que mandada en persona por el gobernador, habia venido al apoyo que le prestaba la vecindad de la coluna de O-Doyle, á robar los pueblos ó á ejercer sus venganzas por no haber satisfecho á las exigencias hechas en tiempo anterior.

No pudiendo á la vista de esto detener su enojo el general Carlista, descendió con sus fuer-

zas, se adelantó con parte de ellas, alcanzó las del gobernador y las atacó. Al ruido de la fusilería se alarmó pronto la campaña, y esto que debia haber sido como un aviso anticipado para que la division de O-Doyle se precaviese de la sorpresa que se intentaba contra ella, si bien lo fué, le atrajo consecuencias en extremo funestas. El general Cristino oyendo los tiros formó inmediatamente sus tropas, evacuó el pueblo, y se dirijió al paraje donde le parecia ser el ataque entre el gobernador y los Carlistas. Al verle Zumalacarregui venir, se preparó á recibirle presentándole la batalla en la misma rasa campaña donde se hallaba, para cuyo efecto destacó contra la cabeza de la coluna de su adversario, un batallon en guerrilla, apoyandole con otros dos en batalla. Un cuarto batallon alaves que allí se presentó, formaba la reserva. Miéntras que la caballería cubria los flancos.

Sin embargo del furor con que esta fuerza le acometía, en el primer momento O-Doyle creyéndose sin duda superior en número, admitió con toda resolucion y al parecer hasta con cierta satisfaccion el combate, á causa de que en este instante todavía ignoraba el ataque que ya comenzaba en su retaguardia: este lo

daba la coluna de Iturralde, la cual descendiendo del puerto de Herenchun, entró en Alegría poco despues que los de O-Doyle habian salido, y le venia siguiendo la huella. En medio de este acontecimiento, el mas grave que puede ocurrirle á un general, O-Doyle impuesto que fué de su compromiso, procuró limitar sus esfuerzos á solo salvar sus soldados; pero estos asi que se vieron flanqueados por todas partes, cayeron súbitamente en el mayor desaliento, y no pudieron hacer lo bastante para defender sus posiciones, ni ménos contrarrestar al denuedo y resolucion de los que les acometian. Al principio la retirada era algo ordenada; mas á poco tiempo marchaban en completa derrota. La caballería carlista hizo el resto.

Y como desgráciadamente estuviese tan encendida la saña de los combatientes á causa de los continuos fusilamientos que á título de represalias se ejecutaban entonces en ambos campos, los Carlistas derramaron abundamente la sangre de sus adversarios. Toda la division cristina, su artillería y banderas, fueron presa de aquellos, incluso el mismo O-Doyle, su gefe de estado mayor y otros muchos oficiales. Los solos que pudieron salvarse fueron unos doscientos hombres, que ganaron el vecino

pueblo de Arrieta, cuyas casas ocuparon con decidido ánimo de defenderse y de vender caras sus vidas. La fatiga contraida en este dia, y la oscuridad de la noche que ya comenzaba, no permitian á los Carlistas el hostilizar á esta fuerza en el acto, y por esto se limitaron sus gefes á ponerles cerco, esperando para acometerles la venida del dia. Aun despues de llegado este, se vió que no era operacion fácil el rendirlos, por falta de aquellos medios necesarios para forzarlos en las casas que ocupaban, las cuales separadas unas de otras, ofrecian grandes ventajas á sus defensores contra la fusilería, y los Carlistas no tenian sino los cañones tomados en la víspera, cuyo calibre era de los mas pequeños.

Entre tanto habia ya llegado á Vitoria la noticia de la verdadera situacion y eminente riesgo en que se encontraban los restos de la coluna de O-Doyle, y como por otra parte el fuego constante de fusilería que se dejaba oir, confirmase la resistencia, el general Osma que mandaba en aquella ciudad, se resolvió á socorrerlos, siendo tan decisivo el interés que tomó por salvar aquellos desgraciados, que quiso venir él mismo en persona á la cabeza de las tropas. Estas se componian de tres mil infantes, de

alguna caballería, y de tres ó cuatro piezas de artillería rodada. Con esta fuerza se presentó Osma á la vista de los Carlistas cerca del medio dia. Su primera operacion fué ocupar una línea de excelentes posiciones, desde donde dominaba los parajes en que se encontraban los de Zumalacarregui en observacion de los encerrados en Arrieta. Era la intencion del general Cristino segun esta primera disposicion, antes recibir la batalla que darla, y el Carlista que solo con esto conoció tener ya una ventaja sobre su enemigo, porque sus soldados eran mas propios para dar el ataque que para recibirlo, no titubeó un momento en ir á forzarle donde estaba,

Sin embargo de lo bien colocadas que fueron de antemano las fuerzas enemigas por sus gefes, y de sus ordenados fuegos de artillería y fusilería, poco tardaron Osma y Figueras que las mandaban, en ser lanzados de las posiciones, y puestos por fin en completa fuga. Terrible y grande fué la carnicería y destrozo que se habia visto la vispera, pero aun créemos que la excedió la de este dia. Zumalacarregui sensible á tal expectáculo, y semejante á Anibal en la batalla de Canas, iba en las primeras filas gritando á sus soldados. «Muchachos, basta, basta; » dad cuartel á los rendidos.» A este grito de hu-

manidad debieron la salvacion de sus vidas mas de dos mil hombres, á quienes poco despues á peticion suya se les bolvieron las armas, incorporandoles en los batallones carlistas. El número de los cristinos que quedaron muertos en el campo excedia de mil, segun los partes de las justicias encargadas por Zumalacarregui de darles sepultura. Dias gloriosos fueron á la verdad, los del 27 y 28 de Octubre de 1834 para las armas carlistas, pero muy aciagos para las cristinas. De lamentar es, sin embargo, que semejantes victorias sean en la historia de la magnanima nacion Española páginas de lugubre recuerdo. Pluguiese al cielo que las de este acontecimiento hubiesen sido las últimas; mas hoy hace una entera década que aquel tuvo lugar, y la muerte y la proscripcion apenas han cesado de estender un fúnebre velo sobre nuestro desgraciado pais.

El beneficio de la vida que alcanzó en esta ocasion á mas de dos mil soldados cristinos, no se extendió hasta el infortunado O-Doyle y varios oficiales. Una triste, pero justa represalia, exigía con mas razon la sangre de los gefes, pues las víctimas del combate no bastaban aun á satisfacer á las que fuera de este acto sacrificaban Rodil y los demas generales de su partido. Al

saber O-Doyle la suerte que le aguardaba, quiso justificar su conducta anterior, pero lo que dijo no fué sino en daño de sus compañeros. Tal vez seria cierto, como él lo afirmó, que hubiese propuesto se acordase el cuartel á los prisioneros, y por esta razon no es de estrañar que en el primer momento y entre las angustias de la pena que le amenazaba, se quejase de la ciega obstinacion de su Gobierno. Algunos de sus compañeros lejos de compadecer á O-Doyle por la suerte que sufrió, le juzgaron con mucha severidad, cuando no fuese con notoria injusticia, respecto al fatal acontecimiento que labró su desventura y la de muchos de sus subordinados; pero tales hombres serían de aquellos que no estaban dispuestos á admitir sus disculpas, ni ménos á tomar en cuenta el estado en que á la sazon se encontraba el pais aunque invadido por las colunas cristinas.

Hemos hablado ya del quebranto que en sus comunicaciones experimentaban los gefes Cristinos despues del establecimiento de las partidas volantes, dificultades que cada dia se multiplicaban extraordinariamente, á pesar de los castigos, de modo que ni á fuerza de oro podian encontrar persona que se arriesgase á penetrar hasta el lugar en que estaban las tropas carlis-

tas. Operando contra el solo Zumalacarregui, Lorenzo y Oráa ; y hallandose casi siempre estos dos generales á tal proximidad de su adversario que les bastaba muchas veces la simple vista natural para ver el mas pequeño de sus movimientos, no podia esperar O-Doyle el ser acometido como lo fué en los campos de Alegría, distante por otra parte, solo dos horas de camino de la ciudad de Vitoria, donde habia una gruesa guarnicion ; ni ménos persuadirse de que al moverse los Carlistas no viniesen en pos de ellos las colunas que tenian el encargo de observarlos y perseguirlos. Verdad es, que experimentando Lorenzo y Oráa la misma falta de noticias que O-Doyle, no podian tampoco arriesgarse á penetrar por los parajes montuosos, que atravesaba Zumalacarregui, sin asegurarse antes que no les esperaba reforzado, ó en alguna emboscada. Esta misma precaucion ó prudencia, que el general Carlista suponia de parte de sus rivales, era la base principal sobre que fundaba el cálculo y dichoso resultado de todas las operaciones que emprendia ; porque, miéntras saliendo por ejemplo de las Amezcoas y marchando rapidamente por un camino corto caia las mas veces como el rayo sobre uno de los cuerpos cristinos, que por su posi-

cion ó distancia ménos lo esperaba; los que le perseguian ó iban observando de cerca sus movimientos, se veian precisados para eludir ciertos pasos que recelaban tomados de antemano, á dar un largo rodeo antes de poder presentarse otra vez á su frente. Daremos todavía á nuestros lectores una idea mas perfecta de lo que á nuestro juicio pudo suceder en las acciones de Alegría.

Zumalacarregui marchó de Santa-Cruz con sus tropas para atacar á O-Doyle á las nueve de la mañana. Desde este pueblo hasta el de Alegría se cuentan seis horas: cinco eran las que habia de Santa-Cruz á Los-Arcos, pero en opuesta direccion. Aun cuando Lorenzo hubiese tenido el aviso del movimiento del general Carlista con toda la prontitud posible (que no lo suponemos), podia suceder muy bien que en el mismo momento O-Doyle fuese ya atacado: y aunque aquel se hubiese resuelto en el acto de recibir el aviso á seguir el alcanze por la misma huella de Zumalacarregui, no llegaría al sitio del combate sino diez ó doce horas despues de comenzado. Esto es sin hacer mérito del inconveniente de la oscuridad de la noche, que le debia cojer antes de haber andado la mitad de la jornada, y de la casi imposibilidad de llevar una fuerza considerable á la des-

filada por espacio de diez leguas de terreno áspero y quebrado (que tambien era indispensable reconocer á cada paso con las guerrillas) sin darle descanso. Nosotros créemos positivamente, que Lorenzo no recibió sino con bastante retardo noticia de la salida de los Carlistas de Santa-Cruz, ni tuvo nunca las suficientes seguridades para emprender la marcha por el camino mismo que llevó Zumalacarregui: por lo que, nos parece que así O-Doyle como Lorenzo, no fueron evidente y sustancialmente culpables del suceso fatal que aconteció á la division del primero en la llanada de Alava. La desgracia vino precisamente de la actividad y presteza con que acudió O-Doyle al socorro de los suyos, mandados por el Gobernador de Salbatierra; de aqui la coincidencia de encontrarle los Carlistas en la situacion que mas les convenia: á no haber sucedido así, pudiera aquel con el apoyo de los edificios resistir ventajosamente á todos los ataques y mantenerse sin ningun peligro de su parte, hasta la llegada de algunos auxilios que no le podian faltar, especialmente los que vendrian de Vitoria que como se ha dicho solo distaba dos horas.

Si despues de lo que referimos pudiera tacharse de falta á alguno de los generales Cristinos, esta deberia recaer sobre Lorenzo, por

no haber venido á algun pueblo de los del valle de la Berrueza, para observar desde él á Zumalacarregui en vez de permanecer en Los-Arcos. No tenemos sin embargo duda alguna, que podria satisfacer mas que suficientemente á los mejores críticos, despreciando al mismo tiempo el juicio de los que á diestro y á siniestro hablan de las operaciones de la guerra sin conocerla ni tener la menor idea de la posicion de los generales y estado moral de los soldados.

Zumalacarregui arreglaba ó combinaba los movimientos con las circunstancias que antes tenemos referidas; y de este modo podia con aquellas marchas repentinas, verificar sus incursiones; tan pronto pasándose á la orilla izquierda del Ebro como trepando las crestas del Pirineo; invadiendo la llanada de Alava, como apareciendo hácia Lumbier y fronteras de Aragon. Dias hubo que le anocheció á la vista de las centinelas de la casa donde se alojaban Lorenzo ú Oráa, y al amanecer amenazaba ya á Espartero ó al pastor Jauregui, siendo asi que operaban á considerable distancia y aun en distintas provincias. Para concibir mejor cual deberia ser la celeridad y sutileza de la ejecucion de estas maniobras, basta poner la vista en el pais que servía de teatro á la guerra, cortado en dife-

rentes direcciones por las líneas de guarniciones fortificadas, y recorrido el resto á la vez, por fuerzas tan considerables como eran las de que disponian los generales cristinos.

El 29 de octubre dia siguiente á los de las acciones de la llanada de Alava, todavía no se habian presentado Lorenzo ni Oráa, que si bien habian salido ya de Los-Arcos, siguieron el mismo camino que se habia creido : es decir, dando un larguísimo rodeo afin de salvar el pais montuoso. Zumalacarregui que con la concurrencia de algunos batallones Alaveses y Guipuzcoanos que habian acudido á reforzarle, contaba hasta el número de once, los reunió en un campo vecino á Salbatierra y los pasó en revista. El 30 los mandó en varias direcciones; medida imperiosa y que con frecuencia era preciso adoptar para que pudiesen subsistir : pues que no teniendo repuestos ni almacenes fijos de viveres, no se podian reunir sobre un mismo punto los bastantes para proveer á una fuerza algo numerosa, siendo en estos casos el trabajo mayor para los pueblos de donde se estraian las raciones, el de conducirlas hasta el lugar que ocupaban las tropas.

Verificada ya la diseminacion de la fuerza por batallones, el general Carlista llevando única-

mente en su compañía á D. Bruno Villarreal, al ayudante general D. Juan Antonio Zaratiegui y á su auditor D. Jorje Lázaro, pasó á Oñate donde se encontraba entonces S. M. que los acogió con muestras de la mayor distincion. Puede asegurarse que aquel dia fué el mas satisfactorio que tuvo Zumalacarregui. En esta ocasion el Rey le puso de su propia Real mano, la Gran cruz y banda de la real y militar órden de San-Fernando. En la mañana siguiente aprovechando la proximidad, hizo una visita á sus hermanos, por que en esta vida no hay cumplidos placeres sino se dividen con aquellas personas á quienes estamos unidos por los vínculos de la sangre ó de la amistad. Zumalacarregui no pudiendo disfrutar estos preciosos momentos en la compañía de su esposa é hijas que se hallaban en Francia, reunió sus hermanos y amigos de mayor confianza.

Pero aun estos ligeros desahogos que se permitía el general carlista, fueron muy cortos por el vivísimo deseo que tenia de volverse á ver en medio de sus soldados. Y asi es que el 1º de Noviembre partia ya para unirse con sus batallones, miéntras que Lorenzo y Oráa llegaban al sitio de los últimos combates ¿ y con que objeto? claro está que tan solo con el de infor-

marse detalladamente de lo que allí habia ocurrido tres dias antes, y no de buscar á Zumalacarregui. Con esto los Cristinos fatigaban sin utilidad á sus tropas, al paso que las carlistas descansaban á su placer de las pasadas fatigas.

Este descanso no podia sin embargo ser muy largo : General y soldados se avenian mal con estar dos dias consecutivos en la inaccion. El 4 de Noviembre marchaban ya en fuerza de siete batallones y cinco escuadrones sobre Sesma, villa situada en el centro de una espaciosa llanura, sobre una baja colina, y en la cual se alojaba en este momento el grueso de la caballería cristina, mandada por el general D. Narciso Lopez. Tenia el nuevo gefe, ademas de aquella, bajo su mando cuatro batallones de infantería con varias piezas de artillería rodada, que colocadas vantajosamente le sirvieron para hacer respetar su posicion. Mas cuerdo y afortunado Lopez que Carandolet, lejos de abandonar Sesma como este último á Viana y O-Doyle á Alegría, al apoyo de los edificios se preparó á la defensa. La seguridad que tenia de recibir pronto un poderoso auxilio, y los pasados sucesos, le habrian sin duda desde algunos dias antes, hecho preveer el caso y fijar la determinacion. En el principio hizo

salir la caballería fuera de la poblacion y la formó bajo la proteccion de los fuegos de las otras armas; pero acometida por los ginetes carlistas y acosada por las guerrillas de infantería que á cubierto de las cercas de las heredades se les iban á cada instante aproximando mas, se vió obligada á refugiarse en la villa despues de haber sufrido alguna perdida (*a*).

La posicion de Sesma es ventajosa; pero aun siendolo ménos, faltando á los Carlistas la artillería para arrojar de los edificios á sus adversarios, no podian ménos estos de pelear con toda aquella confianza que les inspiraba el profundo convencimiento de que vendria en su socorro una fuerza considerable. La idea que por otra parte tenian formada los Carlistas de la resistencia que podrian hacerles unos hombres que no debian prometerse cuartel, hacia tambien que aquellos no se empeñasen con grande ardor en el combate: porque cuando el entendimiento se convence de que los obstáculos que se presentan, son insuperables, solo sirven los

(*a*) Entonces sucedió la desgraciada aventura que cuenta el capitan Henningsen al número XI de sus memorias, respecto al oficial vendeano llamado Aubert, el que no pudiendo detener su caballo, fué conducido por este á manos de los Cristinos.

esfuerzos á dar una gloria pasajera y muy cara para el que la alcanza, miéntras que el mayor lustre y la verdadera utilidad refluyen en pró del que los rechaza.

Al llegar la noche que ya estaba muy proxima, los Carlistas levantaron el campo, y se replegaron á los mismos pueblos del valle de la Solana de donde habian salido por la mañana. Mucho sufrieron los Cristinos, pero lo tuvieron á gran ventura, al saber que los Carlistas se volvian á las montañas, cosa que podian contar como una victoria.

Por este tiempo, animado el cuartel Real con el favorable suceso que habian obtenido las armas carlistas en la llanada de Alava, se acercó á los parajes que ocupaba el cuartel general del ejército ; y como entonces estuviese en su apogeo el prestigio moral de la caballería carlista, quiso Zumalacarregui condescender con el deseo de algunos, invadiendo los pueblos de la ribera de Navarra. Pocos dias hacia, que se habia verificado esto mismo, llegando hasta la villa de Peralta ; mas en la presente ocasion era el principal objeto el que fuese el Monarca á la cabeza de sus tropas, afin de satisfacer de este modo los vehementes deseos que tenian los habitantes de aquel hermoso pais de ver á S. M. El entusiasmo

que produjo su Real presencia en esta ocasion llegó á tal extremo, que si describiesemos algunas de las cosas como real y verdaderamente sucedieron, podria ser que se pusiesen en duda.

En esta ocasion Zumalacarregui mandó ejercer un acto de severà justicia con el alcalde y escribano de la villa de Miranda de Arga con motivo de haber llegado á sus manos el parte oficial firmado por ambos, en que daban cuenta al comandante de Tafalla de la reciente entrada de los Carlistas en su villa, con expresion de su fuerza y otras particularidades.

Zumalacarregui que llevaba la vanguardia en esta èxpedicion, vadeó el rio Aragon y ocupò á Villafranca, á donde llegaron despues las demas tropas con el cuartel Real. El pueblo en masa, en los trasportes de su entusiasmo, salió largo trecho al encuentro por tener mas pronto la satisfaccion de ver á su Soberano, miéntras que unos pocos alucinados, pertenecientes á la milicia urbana, sorprendidos (como sucedió en otras partes) con la repentina aparicion de los Carlistas, no teniendo lugar seguro ni tiempo para huir, se habian encerrado en la torre de la iglesia principal. Este edificio tenia todos los medios de defensa contra la fusilería, y por su solidez podia resistir por muchos dias á la artillería del mayor

calibre. Sobrecogidos tal vez con el inesperado suceso de encontrarse cercados, se mantuvieron los de la torre como gentes aturdidas, sin ofender en un principio á los Carlistas que al descubierto de sus fuegos circulaban por la villa; pero despues tomando quizá lo que era desprecio ó indiferencia por imposibilidad de forzarlos á rendirse, ó vueltos de su estupor y arrepentidos de la pasada inaccion, comenzaron á disparar sus armas desde lo alto, con lo cual excitaron contra ellos la indignacion de los Carlistas y del vecindario. Este último especialmente, pedia á grandes gritos por las calles, que se hiciese un ejemplar castigo con los urbanos, por el grande desacato que cometian estos hijos espureos de su villa, contra el hijo de tantos Reyes y Rey él mismo, en un dia tan dichoso para ella.

Forzadas ya las puertas de la Iglesia con el impulso de una pieza de artillería de montaña, quedaba una larga y estrecha escalera que algunos de los Carlistas mas osados se querian arriesgar voluntariamente á trepar; pero su muerte aun antes de conseguir el objeto parecia una cosa inevitable: por esta razon bien meditado el caso para obligarles á rendirse se apeló á otros medios. Juntose prontamente porcion de combustibles bañados en aguarrás y otros

ingredientes con gran cantidad de pimenton, y despues de introducir todo en el hueco de la torre se le pegó fuego. Poco tiempo tardó el humo en aparecer por lo mas alto del campanario.

A pocas horas las llamas salian por algunas de las ventanas mas bajas. Entonces los gritos y clamores de varias mujeres que se habian encerrado con los urbanos sin reflexionar las consecuencias á que podria conducirlas su ligereza ó capricho, se dejaron oir pidiendo *socorro*. No hacia mucho que estas lenguas mismas vociferaban desde lo alto de la torre mil denuestos y palabras indecorosas contra estos mismos de quienes en este instante reclamaban el amparo. Trajéronse inmediatamente cuantas escalas se encontraron á mano, aplicandolas en seguida á la parte exterior de la torre para recoger las prisioneras.

En buenas leyes de guerra no debian estas desgraciadas recibirse, con mayor motivo cuando lejos de entregarse los urbanos, herian todavía desde lo alto del campanario á cuantos podian, siendo uno de estos D. José Diaz, natural de Lerin, en el momento que subiendo por una de las escaleras á un tejado, se empleaba en prestar auxilio á las mujeres. Al descender estas (que

debian ser á nuestro parecer siete ú ocho) se hallaba Zumalacarregui al pie de la escalera, y sin consideracion á lo que ya habian sufrido, ni atencion á la juventud ó bien parecer de algunas, las trató asperamente.

Entre estas venia la llamada Claudia esposa del gefe de los urbanos, la cual en este momento ofrecia en medio de la palida luz que arrojaban las antorchas que la circundaban y las llamas del vasto edificio que por otra parte ardía, como una copia animada de aquel retrato que con frecuencia nos presentan los artistas en la pintura de la romana Lucrecia, y la causa principal de esta semejanza estaba, en que traia medio al descubierto un blanco pecho, y presentaba en él á la vista de los curiosos, una pequeña herida que enrojecia de sangre el seno. Este espectáculo ciertamente interesante y sensible, lo fué en mayor grado para algunos, segun lo inferimos de la manera con que lo hemos visto contar en una memoria escrita en francés. ¿Y cuantos de nuestros lectores con solo leer esta corta y romántica pero verdadera anécdota, no se sentirán animados de los mismos sentimientos que abriga el autor de aquella? mas si verdaderamente esto es propio de toda alma noble y generosa, puesta cualquiera de ellas en el caso que entonces se

encontraba Zumalacarregui, la hubiera sido preciso el ocultarlos, só pena de descender de aquel alto puesto á donde le elevó antes que otra cosa, la constante inflexíbilidad de su carácter. Todas las mujeres que descendian de la torre no eran bien quistas entre aquella masa de pueblo que presenciaba el acto: la misma que precisamente proveía los brazos armados en favor de la causa de Cárlos Vº. La menor muestra que hubiese dado Zumalacarregui de benignidad ó compasion hácia las prisioneras, hubiera suscitado el encono popular : especialmente el del sexo femenino de la villa ¡ y quien sabe cuales serian las consecuencias ! Por otra parte digámoslo de una vez ¿ á quien interesaba mas al general Carlista contentar ó en cierto modo satisfacer? ¿ á sus soldados y adictos representados en las personas de las madres, hermanas, esposas, hijos, parientes, y amigos (pues todo esto se encontraba en la masa de los habitantes de Villafranca) ó á los urbanos todavía rebeldes en este momento? Ademas, dos ó tres latigazos que Zumalacarregui dió en un instante de mal humor á las primeras de las mugeres que bajaron de la torre, jamas podrán entrar en cotejo con tanta sangre derramada á título de desahogo popular en Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, y

otras muchas partes. ¿Ni qué consideracion merecian las mas de aquellas cuando se habian encerrado sin causa moralmente honesta ó razonable, pues que no tenian entre los urbanos padre, hermano, marido ú otra clase de pariente? Ciertamente que ni siquiera merecian (salvo lo que debemos á la humanidad) la sangre que derramó el oficial Diaz por libertarlas, ni el riesgo á que se espusieron otros muchos de los carlistas con el mismo objeto.

Era ya pasada la media noche y el fuego del incendio iba á devorar á todos los que aun restaban con vida en la torre, cuando se entregaron á discrecion.

El cuartel Real con todas las tropas que le acompañaban permaneció en Villafranca todo el dia inmediato. En el trascurso de este, habiendo llegado hasta la presencia de Zumalacarregui un paisano cubierto de sudor y con las muestras de la mayor urgencia, puso en sus manos un pliego cerrado. El general creyendo que podria ser algun aviso de importancia respecto á los movimientos de las fuerzas enemigas, fué á leer el sobre para saber la parte ó persona de donde venia, y vió que decia « *Al capitan de Ladrones Zumalacarregui.* » Entonces fijando los ojos en el conductor, no obstante su ardiente tempe-

ramento, no pudo ménos de sonreirse, viéndole con el sombrero en mano y con todo el ademan de aquel que espera el pago ó satisfaccion de un importante servicio. Esta sencillez persuadió en el momento al general que era efecto de la ignorancia, y por no sacar al paisano de ella, le hecho un duro en el sombrero — ¿y la respuesta: dijo el paisano al recibirlo — Yo se la llevaré, replicó el general, tan pronto como me sea posible (a). Zumalacarregui al salir de Villafranca se dirijió á Caparroso y desde aquí subiendo por la orilla izquierda del rio Aragon, llegó la misma tarde á Carcastillo. El cuartel Real se alojó esta noche en el vecino y vasto monasterio de monges Bernardos de la Oliva. Al amanecer los batallones que habian campado en dos distintos lugares, se reunieron y continuaron la marcha con alguna mayor precaucion que la de costumbre, á causa de la naturaleza del terreno que debian atravesar. Hácia las dos de la tarde S. M. entró á la cabeza de sus tropas en la ciudad de San-

(a) El pliego ú oficio era escrito por un hombre; quizá el menos digno de las altas funciones del sacerdocio; el cual se habia erigido por sí mismo en capitan ó comandante de los urbanos ó milicianos del pequeño lugar de Cadreita, situado cerca del Ebro y á muy corta distancia de Villafranca.

güesa, donde descansaron los batallones un dia y despues se trasladaron á Lumbier.

Durante el tiempo que en esta expedicion emplearon los Carlistas, tuvieron los Cristinos lugar de reunir fuerzas imponentes, y á largo paso se avanzaban hácia el flanco izquierdo de aquellos, al parecer con la intencion de cortarlos antes de que volviesen á entrar en el pais de su mas continua permanencia. Zumalacarregui conociendo los proyectos de sus enemigos marchó rápidamente sobre Aoiz, y desde aqui voló á asegurar el paso tomando posesion del puente de Zubiri; con lo que todos los esfuerzos de los Cristinos resultaron vanos. La retaguardia carlista corrió bastante riesgo en el último dia, por haberse retardado el cuartel Real en salir de Aoiz: de resultas de lo cual Zumalacarregui reconvino aspera y públicamente en el mismo puente de Zubiri á las personas que entonces tenian á su cuidado, el arreglo de los movimientos de aquel.

El coronel D. Juan Angel Mancho cuyo celo y laboriosidad se hicieron tanto de notar por este tiempo en el almiradío ó distritó de Navascues, viéndose vivamente perseguido por la division del general Linares, se resolvió á disputarle el paso de la renombrada *foz de Aspurz*;

pero apenas acababa de colocar combenientemente sus trescientos compatriotas que componian el batallon que mandaba, cuando el enemigo se presentó, y uno de los primeros tiros puso fin á los dias de este segundo Leonidas; quien con no menor resolucion que el primero, intentaba oponerse á la entrada de los Cristinos en su pais. La prematura muerte de Mancho privó al Rey de uno de sus mas utiles defensores; al valle de Salazar, del mas virtuoso y desinteresado de sus vecinos, y á Zumalacarregui, de un buen amigo y cooperador: pues si bien es verdad que Mancho era como un vástago tierno en las filas carlistas, su actividad y genio unidos á un espíritu ansioso de gloria, daban bastante á conocer lo que podria esperarse de él algun dia.

La fama que iba estendiendo por todas partes la noticia de la llegada de Cárlos V° á Navarra y los triunfos que alcanzaban sus armas bajo la conducta de Zumalacarregui, comenzó á traer entre los que venian á las banderas carlistas, muchos oficiales de aquellos que la usurpacion habia expulsado en los dos años anteriores de las filas del ejército por sospechosos de adhesion á la causa del legítimo Soberano. El ardor belicoso de esta juventud se hacia tanto de notar, que por venir

á Navarra varios de ellos anduvieron largo tiempo errantes por el vasto espacio del Océano, y no pocos sufrieron prisiones y malos tratamientos en el estrangero.

Las tropas que mandaba Zumalacarregui poseian todas las virtudes y cualidades que son necesarias á una perfecta milicia. Su disciplina superaba á los mas bien organizados ejércitos de la Europa; pero conforme se iba aumentando la fuerza numérica, se advertia la necesidad de la concurrencia de algunos oficiales científicos ó facultativos en las armas auxiliares, afin de comenzar á formar estas. Zumalacarregui no tenia todavía ninguno en su ejército cuando se presentó D. Vicente Reina. Este joven oficial, discipulo de la escuela de artillería española, ademas de haber adquirido la vasta instruccion que corresponde á esta arma, era uno de aquellos genios que no encuentran sosiego sino estando ocupados en poner en práctica todas las teorías que han aprendido. El carácter de Reina era el de un verdadero observador qne no descansa hasta lograr completamente lo que se propone.

El ejército carlista no tenia en el momento de la presentacion de este oficial, mas que tres piezas de montaña, que por su ligereza y corto

calibre se conducian á lomo. Dos de estas habian pertenecido á la division de O-Doyle y al tercera se encontró al tomar la Real fabrica de Orbayceta. El resto consistía en una cantidad de balas y de proyectiles que existian como producto en esta misma real fabrica al tiempo de su capitulacion; objetos de que ninguno de los dos partidos se ocupo entonces, ni aun mas tarde; pero que hacia pocos dias que Zumalacarregui habia hecho conducir con todo secreto á diferentes parajes de los mas intrincados ó espesos de los montes vecinos, con el fin de ocultarlos á las requisas cristinas. Solo cuando la operacion estaba ya acabada, es cuando los generales enemigos conocieron el descuido que habian padecido, no habiendolos hecho trasportar antes á Pamplona ú otro punto seguro: cosa que tan facilmente pudieron hacer en los siete ú ocho meses precedentes, en que estuvieron estos efectos á voluntad de quien los quisiese tomar. La principal causa de esta indiferencia provenia de lo inutiles que los consideraban en unas manos que todavía no poseian medio alguno para poderse servir de ellos. No obstante, el ejemplo de lo que ahora tenia lugar, debe convencer de que toda clase de precaucion por nimia ó absurda que parezca en relacion á

la impotencia ó debilidad del adversario, es adoptable en la guerra.

Hizo Reina un reconocimiento de estos depósitos, y de sus noticias resultó que habia 950 granadas de á siete pulgadas: 315 bombas de á catorce: 124 balas de cañon de á doce: y 11,000 de á diez y ocho: De estas últimas la mayor parte quedaban aun en la fábrica á causa de la dificultad de su transporte y de la enormidad de su número. Era evidente que algunos de los fuertes guarnecidos por los Cristinos no podrian sostenerse con solo saber proporcionarse los Carlistas el medio de tirar aquellas granadas que poseian, de lo que penetrado Zumalacarregui dió órden á Reina para que fundiese dos obuses. Este celoso oficial auxiliado de otro navarro llamado D. Martin José Balda, profesor de química, hizo una requisicion en todos los pueblos de la circunferencia, apoderándose de cuantos objetos se podian encontrar de cobre, como braseros, cazos, calentadores, almirezes, chocolateras, etc., pero aun asi, siendoles dificil el reunir en cantidad bastante, el material necesario, se deshicieron y unieron los tres cañones de montaña.

Ynstalose el nuevo fundidor en una ferrería situada en uno de les bosques inmediatos al

pueblo de Labayen, y como á falta de utiles, herramientas, y otras muchas cosas, se juntase la poca experiencia en el arte, solo á fuerza de ensayos y de constancia consiguió sacar una obra que si bien al exterior parecia informe, se creyó podria servir para el objeto propuesto.

Lo que acabamos de decir dará á conocer cual fué el orígen de la artillería carlista, y por aquí será facil cotejar la diferencia ó desigualdad tan enorme que habia entre los elementos materiales que constituian la fuerza de ambos ejércitos; pues que los medios de que disponia el Cristino consistian nada ménos que en la posesion de todas las plazas y castillos de la nacion, y que aun sin irlos á buscar fuera de la Navarra, tenia en solo la de Pamplona numerosas piezas de artillería desechadas, cuya mas inferior y despreciable, á poseerla los Carlistas, hubiera bastado á turbar el sueño de la mayor parte de los gobernaderes de los fuertes y guarniciones cristinas.

Asi que los Carlistas se creyeron poseedores de una cosa capaz de arrojar las granadas, pensaron en buscar el medio tambien de tirar las balas, y no descansó su imaginacion hasta tanto que lo encontró: porque sabiendo Zumalacarregui que en Vizcaya existía un cañon de hierro

descubierto hacia poco en una playa arenosa á orillas del mar, mandó reconocerlo, y luego que avisaron que era del calibre de á doce, dió la órden para que sin demora fuese conducido á Navarra. Para este efecto se construyó un carro que aunque muy rústico, era el mas á proposito. Montado el cañon sobre él, fué arrastrado mas bien que rodado por seis parejas de bueyes, y á fuerza de superar montañas y de cruzar barrancos, se consiguió llevarlo hasta la sierra Urbasa, en cuyas espesuras se le dió por el momento secreta sepultura.

La operacion de conducir esta mole desde las orillas del mar cantábrico hasta el lugar á donde se la condujo, estando todos los caminos carretiles tomados por las guarniciones cristinas, y recorriendo desde uno al otro extremo sus columnas, siempre en superior número á los Carlistas, no será ménos admirable por cierto para aquellos militares desapasionados y que conozcan un poco la topografía del pais, que otras conduciones de igual naturaleza que modernamente se celebran.

El soldado siempre ingenioso en acomodar nombres á las cosas, así que vió el monstruoso cañon todo lleno de moho y orin, le dió el nombre del *Abuelo*. Cundió en seguida por todo el

pais la noticia de la nueva adquisicion de los Carlistas, y esta misma dificultad con que se le conducia le daba mayor importancia á los ojos de la plebe, siempre dispuesta á juzgar mas por la apariencia que por la realidad. Hasta los gobernadores cristinos pensando en este nuevo enemigo, calcularon sobre la resistencia de sus paredes ó murallas, y comenzaron á inquietarse.



# CAPITULO VII.

El Gobierno nombra al general Mina sucesor de Rodil. — Su llegada á Navarra. — Grande confianza de ambos partidos en sus respectivos caudillos. — Principios del mando de Mina, — Córdova, su carácter y circunstancias. — Emulaciones en el campo cristino. — Disposiciones que precedieron á la batalla de Mendaza. — Narracion de lo ocurrido en esta. — Porqué la dió Zumalacarregui. — Accion de Arquijas. — Retirada de los Cristinos. — Desavenencias que sobrevienen entre Oráa y Córdova. — Providencias que adopta Mina para cortar á los Carlistas sus comunicaciones con Francia. — Marcha de Zumalacarregui á Guipúzcoa y su objeto — Combates de Ormaiztegui. — Retirada de de los Cristinos. — Audacia del comandante Cordeu. — Carácter y hechos de D. Manuel Lucus. — Formacion de tres nuevos batallones carlistas. — Vuelve á tomar Lorenzo el mando de su division. — Accion de Orbiso. — Segundo combate de Arquijas. — Retirada de los Cristinos — El cuartel Real se establece en Zuñiga. — Ocaña es batido por Sagastibelza y se encierra en Ciga. — Zumalacarregui va al Baztan. — Los Cristinos vienen al socorro de Ocaña. — Zumalacarregui ataca la guarnicion de Los-Arcos. — Estratagema que emplea para tomar el fuerte. — Conducta de los Carlistas con los enfermos y heridos cristinos que se encuentran en el fuerte. — Crueldades de Mina. — Excelente estado de las tropas Vizcainas. — Operaciones del general Eraso. — Incendio de Luyando por el general Espartero — Guerra del Baztan. — Accion entre Mendigorría y Larraga. – Marchas de Zumalacarregui y de Oráa. — Ac-

**cion empeñada en Elzaburu. —Combate de Donamaría.— Derrota de Mina. — Ataque del fuerte de Echarri-Aranaz. Su rendicion. — Ataque del fuerte de Olazagoitía. — Vienen los Cristinos al socorro y retiran la guarnicion.— Atrocidades de Mina en el Baztan. — Incendio de Lecaroz. — Charandaja. — Creacion del escuadron de oficiales de la Legítimidad.**

Las pérdidas que llevaba sufridas el ejército cristino en los cuatro meses que Rodil lo mandaba, llamaron por fin la atencion de su Gobierno, y le resolvieron á remplazarle inmediatatamente. Pero habiendo ya desempeñado para entonces el cargo de general en gefe sus primeras capacidades militares sin éxito alguno favorable, antes de dar el quinto competidor á Zumalacarregui, sintieron los ministros cristinos la necesidad de que su eleccion recayese en un hombre dotado de cualidades extraordinarias. Grande fué el embarazo en que les puso esta determinacion; pero al fijar su atencion en un ilustre proscripto, cesó completamente aquel y hasta se lisongearon de haber asegurado la victoria con tal eleccion. El hombre que les infundía semejante confianza, era el célebre D Francisco Espoz y Mina.

Este general cuya historia militar es bastante

conocida, tenia hacia mas de tres años su residencia en Cambó, pequeña aldea de la Francia, poco distante de la España. Desde este retiro, al mismo tiempo que atendia al restablecimiento de una salud ya muy deteriorada, observaba la reñida y sangrienta lucha que se pasaba casi á su vista; mostrandose siempre al parecer tan satisfecho de los triunfos de los carlistas cuanto poco sensible á las derrotas de los cristinos, hasta el momento en que fué llamado para confiarle el mando en gefe.

Preciso es decir aquí, que aunque la conducta del general D. Francisco Espoz y Mina hubiese dejado desde el año de 1814 señales bastante marcadas de sus verdaderas tendencias políticas, momentos hubo sin embargo, en que creimos que su ambicion le tentaba fuertemente á tomar parte por el partido carlista. La guerra empezada en Navarra en el año de 1833, solo se habia proclamado en nombre del derecho de sucesion, sin mezclar en ella la cuestion de principos políticos ¿Por qué razon no podria pues Mina excluido de la amnistía acordada por S. M. la Reina viuda, fluctuar entre la indiferencia y el resentimiento antes de declararse por uno ú otro derecho? Verdad es que el antiguo partido constitucional al cual pertenecia

Mina, formaba la mayoría del de la Infanta Doña Isabel; pero aun esto estaba contrapesado con la considerable influencia que tenian en el gobierno los generales Llauder y Quesada (*a*) apostatas de la grande fraccion realista; los cuales creyeron justificar en parte tal conducta, con solo hacer algunas excepciones de personas; en cuyo número, contaron el primero á Mina. Nuestra opinion estará mas apoyada en el caso siguiente.

Juan Bautista Lamarque, natural de uno de los pueblos situados en los Pirineos franceses, habiéndose casado con una española de Orbayceta, fijó su residencia en este lugar poco tiempo antes de comenzar la guerra. Acusado durante la misma de mantener relaciones íntimas con los Cristinos, fué en su consecuencia arrestado y despues conducido á la presencia de Zumalacarregui. Grande admirador este de todos los

(*a*) Cuando Mina hizo su tentativa revolucionaria en el año de 1830 sobre la frontera de Navarra, Llauder mandaba las tropas que le atacaron y repelieron del territorio español. Quesada pocos dias antes de dejar el mando del ejército cristino, decia con el tono mas irónico á sus amigos los generales Moscoso y Montes, personajes muy influyentes en el Gobierno de Madrid » Si se resuelven vsds á mandar al pastor » Jauregui á Guipúzcoa, no se olviden de mandar tambien » á Mina aquí (á Navarra); así la cosa estará completa. »

hombres que se le citaban como notables por su ánimo ó resolucion, en cuanto vió delante de sí á Lamarque, sujeto de unos cuarenta y ocho años y de una estatura sumamente diminuta, se puso á examinar con la mayor detencion la fisonomía de aquel mismo hombre que, en medio de la cruda guerra que la España hacia á Napoleon, tuvó la osadía de penetrar, solo, en el corazon de su imperio, arrancar de las manos de su vigilante policía la familia del general Espoz y Mina que tenia cautiva, y conducirla sana y salva á su pais. El recuerdo de un ejemplo tal de audacia, inspiró á lo que parece en este momento á Zumalacarregui, la idea de ponerla en juego en útilidad de los intereses de la causa Carlista.

Como todo el crimen de Lamarque, segun su confesion misma, no consistia en otra cosa que en las visitas que algunas veces hacia á Mina en su retiro de Cambó, el general carlista en vez de emplear con el preso la severidad de juez, le acogió con la mayor afabilidad. Viéndose Lamarque tratado de este modo en el momento que mas temía un rigoroso castigo, no acertaba bastante á demostrar su reconocimiento. Zumalacarregui que desde el primer instante que se lo presentaron lo dejó en plena libertad, á la segunda entrevista ya le propuso si queria en-

cargarse de introducir pólvora y algunos otros efectos de Francia. Aceptó Lamarque la comision, y su puntual desempeño aseguró á Zumalacarregui que le servía de buena fé : con lo que su confianza tomando como era natural mayor incremento, se propuso entonces sondear por medio de Lamarque, las intenciones de Mina, y cuales fueran sus sentimientos respecto á la causa Carlista. La vecindad de Orbaiceta á Cambó, y la misma comision que estaba desempeñando, proporcionaban á cada momento á Lamarque el poder ver á Espoz. Las expresiones de urbanidad y atencion se cruzaron de una á otra parte. Mina todavía proscripto, no dejó de mezclar algunas interrogaciones que se podian interpretar por otros tantos avances. Si esto no pasó mas adelante, se debe atribuir á las esperanzas que al mismo tiempo le daban sus amigos los revolucionarios ó progresistas de España, quienes le aseguraban á cada instante que el partido Cristino le buscaria como el solo hombre capaz de sostener su causa (*a*).

(*a*) Luego del nombramiento y traslacion de Mina á Pamplona, Lamarque todavía continuaba prestando algun servicio á la causa Carlista. Sin embargo no tardó mucho en ser acusado nuevamente de infidencia : se decia, que entraba en Pamplona. Zumalacarregui no queria dar credito

Apenas se publicó el nombramiento de Espoz y Mina, entregó Rodil el mando á su inmediato y se retiró del campo. Los que mejor le conocen han asegurado que al llegar este caso debió sufrir mucho su natural amor propio, y que su sentimiento excedió al de sus antecesores. La causa era sin embargo sobrado justa, pues que con un aumento tan considerable de fuerzas y todos los demas elementos necesarios, lejos de hacer cosa alguna útil en beneficio de la causa que defendia el ejército que estaba bajo su mando, habia sufrido los males que no alcanzaron á Valdés ni Quesada. Acostumbrado Rodil á hacer la guerra á los insurgentes de América, trató con igual rigor al pueblo Vasco-Navarro, ya fuese por costumbre contraida, ó porque hubiese creido obligarles mejor por este medio á la sumision. Si citamos como la cualidad mas esencial de

porque Lamarque seguía por otra parte sirviéndole bien, mas un hecho que ocurrió entonces, dió la razon á sus acusadores. Una partida compuesta de solo algunos inválidos carlistas, residía por estos dias en la fábrica de Orbayceta; y no lejos de esta tenia Lamarque su casa y familia. Atacados los inválidos al improviso por una banda que al parecer vino de la parte de Francia, los antiguos veteranos tomaron sus armas, la acometieron y obligaron á huir. Dos cadáveres se encontraron despues en el campo de batalla: uno de ellos era el de Lamarque

Rodil la actividad, debemos tambien decir que en la época de que tratamos le fué en muchos casos nociva, pues que como ya se ha visto, de tantos movimientos solo reportaron sus tropas inmensas fatigas. El número considerable de bajas que tuvo el ejército cristino durante su mando, se aumentó todavía con las de los que fueron atacados del cólera-morbo, que por este tiempo afligió á la Navarra : bien que sus efectos fuesen mucho mas terribles para el paisano que para las tropas. De notar es tambien que tan pronto como Rodil se persuadió de que su reputacion iba á menguar en esta guerra, abandonó á sus subalternos el cuidado de la conservacion de la disciplina; de manera que en los últimos dias de su mando, ya se dudaba si el ejército cristino dependía de una sola cabeza, y con mas razon, el que esta fuese precisamente aquel mismo general que se mostró tan celoso como exacto en el desempeño de otros cargos importantes.

Cuando Mina recibió en Cambó la noticia oficial de su nombramiento de general en gefe, era tal el estado de su salud, que guardaba de continuo la cama; y sin embargo, fueron tan eficazes las instancias y ruegos de sus amigos, y tan abundante el incienso de sus aduladores, que al fin le decidieron aun antes de haberse restablecido

á trasladarse á Pamplona. Al saber que ya habia entrado en esta capital, el partido constitucional en masa lleno de una extrema y ciega confianza en su caudillo, prodigó los mas grandes elogios al gobierno que lo habia llamado, y le felicitó cual si ya la guerra estuviese terminada.

Como los mismos lugares y montañas que servian de alcázar al carlismo fueron en otro tiempo la cuna y el principal teatro de las pasadas proezas de Mina, sus ardientes partidarios se aferraron en la idea de que la sola presencia allí de este viejo guerrero, bastaria para destruir el grande prestigio que á la sazon poseia Zumalacarregui. Un periódico de Zaragoza se esforzó por aquellos dias en demostrar la solidez de esta opinion en un artículo bajo el epigrafe ó título del hombre de la *montaña*, y del hombre de la *patria*. Con este último nombre ornaba á Mina, miéntras que designaba con el primero á Zumalacarregui. Despues del exámen de las virtudes y sobresalientes cualidades que á su apasionada imaginacion se le antojó atribuirá uno de los dos caudillos, el escritor ó periodista aragones, hizo caer la balanza á la parte del que se complacía en llamar el hombre de la *patria*. Grande era, á la verdad, el empeño con que toda la prensa constitucional, procuraba inculcar en el público

las fundadas esperanzas del pronto término de la guerra.

Los Carlistas al saber la próxima llegada de Mina y el himno de victoria que por este suceso, comenzaban ya á entonar sus adversarios, salieron por la honra de su general, correspondiendo á arrogancia con arrogancia; y sus argumentos no ménos ciegos y apasionados que los de sus antagonistas, indicaban bien que existía en ello por lo ménos un fondo igual de confianza. La venida pues de Mina á Navarra y esta lucha de reputacion á reputacion, excitó un interés tan general entre los partidos, que en algun modo se podia comparar al que el combate de Aquiles y Hector produjo entre Griegos y Troyanos.

Mas el Mina de ahora no era para los habitantes de Navarra, el mismo Mina que los acaudilló veinte y dos años antes; pues que desde el momento que por medio de una rebelion habia tratado de apoderarse de la ciudadela de Pamplona en el año de 1814 (atentado que no se consumó únicamente por la lealtad de las tropas) todos los títulos gloriosos que unian á este general con su pais desaparecieron para siempre. La experiencia lo habia manifestado ya bien claramente, cuando los sucesos políticos de 1820 le trajeron nuevamente á España y lo elevaron al primer

cargo militar de Navarra; pues la fria acogida que entonces le hizo el pueblo, no fué sino el preludio de las graves desavenencias que estallaron al año siguiente, de resultas de las cuales se vió precisado el gobierno constitucional á separarle del mando. Si despues de esta época, algun hombre imparcial le conservó á Mina su afecto, fué movido del aprecio que hacian de su mérito anterior; pero su descabellada tentativa del año de 1830 acabó de convencer á todos que no existian en este general ni la prudencia ni el patriotismo que le suponian. A estas disposiciones tan poco ventajosas que prevalecian en el espíritu público del pais que Mina venia á subyugar, se juntaban inconvenientes de otra especie. Las opiniones políticas de los habitantes vasco-navarros estaban demasiado pronunciadas para que prestigio alguno las pudiese hacer cambiar : y atendiendo por otra parte, á las facultades físicas é intelectuales, no podia tampoco Mina rivalizar en modo alguno con Zumalacarregui. Su salud quebrantada y su mucha edad no le permitian asistir personalmente á la guerra como el general carlista; y Mina no era tampoco una de aquellas inteligencias superiores que dirijen las operaciones militares desde un gabinete.

De todas las cualidades que distinguieron á Es-

poz en otro tiempo, la sola que conservó íntegra al volver á su pais despues de tantos años, fué la de una crueldad fria y sistemática. Ni la edad avanzada, ni el matrimonio que habia contraido con una señora segun se cuenta muy estimable, ni la sociedad ó roze que debió haber tenido con tantas personas como conoció en Francia é Inglaterra, habian podido disponer aquella alma á la sensibilidad.

Aunque nuestro objeto no sea el dar aquí el retrato del general Mina, está suficientemente delineado con solo fijar la consideracion en las causas que le pudieron conducir á tomar el mando que le ofrecieron. ¿Por qué cual es el hombre que sin hallarse dominado por las pasiones mas vituperables, en medio de un estado de enfermedad habitual, y con el ejemplo y experiencia que ya tenia de todo lo que pasaba en la guerra, hubiese á ménos de ser un Mina, admitido el mando que se le dió? ¿Es acaso el motivo de haberlo admitido el deseo que abrigaba de demoler hasta los cimientos los pueblos que hicieron su celebridad, devastar estos campos que debian serle tan amados por haberlos cultivado un dia con sus propias manos y que sirvieron despues de teatro á sus glorias, ó por qué quisiese tal vez exterminar hasta el último vástago de sus antiguos soldados

en pago de lo que contribuyeron á que se ciñese la frente de laureles?

Nosotros seriamos los primeros en disculpar á Mina si se hubiese encontrado en igual caso y posicion que un Valdés, un Saarsfield, un Rodil ó un Oráa: en fin, le disculpariamos tambien ó al ménos no lo acusariamos con esta vehemencia si se hubiese contentado con un mando cualquiera fuera de la provincia que le vió nacer; y puede que hasta hicieramos su elogio, si enfermo como se encontraba entonces hubiera admitido el mando con el solo objeto de emplear el poderío de su posicion en reducir á los habitantes de la Navarra por medios justos y humanos; pero lejos de abrigar en su pecho semejante idea, todas sus intenciones se dirijieron desde el principio á poner en práctica un rigor infinitamente mayor que el que desplegaron sus antecesores. La conducta de Mina en esta ocasion fué del todo diferente de la del general Jauregui, el cual aun cuando pelease constantemente por la causa del bando Cristino y la sirviese fielmente, evitó en lo posible á su pais la Guipúzcoa los males de la guerra.

La primera medida que adoptó Mina en el momento de entrar en Pamplona, fué de expedir una circular á todas las justicias y alcaldes, en la que les ordenaba varias cosas, la mayor parte

imposibles; apremiandoles no obstante con la última pena. Dueño de la capital de Navarra y de sus principales poblaciones y con un ejército tan considerable, Espoz no habia dudado ni un momento el que sus órdenes y mandatos serian observados con la misma exactitud que durante la guerra de la independencia; mas como á los pocos dias se le hiciese ver lo contrario, lleno de rabia y enojo escribió á los gefes que mandaban las colunas de operaciones que arrestasen algunos alcaldes y se los remitiesen á Pamplona.

Luego que los tuvo en su poder les preguntó, por qué razon no le habian dado noticia del movimiento y paradero de los Carlistas y mandado á estos raciones contra lo prevenido en su circular. Los alcaldes respondieron que los Carlistas tenian interceptados con sus partidas volantes todos los pasos, y los paisanos que ellos querian mandar con el aviso á Pamplona, ó no podian atravesar la línea, ó se escusaban por temor. En cuanto á las raciones dijeron que se las habian arrancado á la fuerza. Esta disculpa aunque tan razonable no fué suficiente á detener la resolucion que Mina tenia tomada de antemano, cual era la de comenzar á derramar sangre para atemorizar á las demas justicias.

Sin embargo de haber llegado el invierno y que el estado de salud de Mina continuaba siendo en Pamplona el mismo que en Cambó, los ruegos de sus amigos le decidieron á hacer una salida fuera de los muros de la capital; lo que verificado se dirijió hácia Puente-la-Reina, durmió en esta villa, y al dia inmediato se presentó en el pueblo de Mañeru. Durante este corto viaje de cuatro leguas llevado á cabo con sumo trabajo y con el único fin de que los pueblos le viesen, no oyó el general Cristino ninguno de aquellos ardientísimos vivas ni aplausos que en otros tiempos resonaban en estos mismos sitios y caminos que repetidas veces pasó como en triunfo (*a*). La indiferencia y frialdad con que le acogieron los habitantes de los pueblos que visitó, formaba tal contraste con lo que habia sucedido en los tiempos anteriores, que Mina al considerarlo, no pudo ménos de sentir agravarse su mal y deseó volverse inmediatamente á Pamplona, no sin abrigar en su corazon el mayor resentimiento por la tibieza que el pais le mostraba.

(*a*) Durante la mayor parte de la guerra contra Napoleon, Mina tenia su cuartel general en estos mismos pueblos que visitaba ahora, y cada vez que aparecía á la vista de los habitantes era saludado con miles de *vivas*.

Mandaba por aquellos dias una de las divisiones ó colunas de operaciones del ejército Cristino el general D. Luis Fernandez de Córdova, en el que como mas antiguo deberia recaer el mando de todas las fuerzas cristinas de Navarra que se juntasen para dar un combate, á ménos de no asistir el mismo Mina en persona. Joven, presuntuoso y no falto de talento, Córdova tenia tambien la ventaja de poseer las maneras distinguidas de la alta sociedad, habiendo ademas á costa de no largos, ni ménos brillantes servicios, ascendido en el discurso de solo unos diez años hasta los mas elevados empleos de las carreras diplomática y militar, y esto durante un tiempo de paz no interrumpida. Sentimos tener que deier que en parte dèbia Córdova sus ascensos á la bondad del mismo señor, contra cuyos legítimos derechos habia armado su brazo.

La rapidez de sus ascensos hacia que mirasen á este general con una fuerte antipatía y hasta manifestasen un gran descontento de tenerlo por su gefe, los otros generales y gefes que por este mismo tiempo servian en el ejército Cristino de Navarra, y cuya mayor parte habia encanecido bajo el peso de las campañas hechas contra Napoleon ó posteriormente en el nuevo

mundo : pero Córdova á una grande audacia juntaba el carácter necesario para sostener á despecho de tales rivales el puesto en que le habia colocado la fortuna.

Miéntras que la emulacion comenzaba á introducir la desunion en el campo Cristino, Zumalacarregui bien que lo ignorase, consideraba por otras razones este momento como el mas oportuno para dar una accion general, pareciendole que las fuerzas cristinas eran ménos numerosas que en otras ocasiones. Dispuesto á llevar á efecto esta resolucion concentró hasta once batallones y cuatro escuadrones en el valle de la Berrueza, dispuesto á esperar allí á las divisiones de Córdova y Oráa, que estaban juntas en Los-Arcos. Escogido ya el campo, anunció á sus tropas el combate en una proclama en nombre del soberano que presentó á la Real aprobacion, la cual fué leida despues á los batallones y escuadrones en las mismas posiciones que ocupaban : pero como no hubiese venido al cabo de tres dias el enemigo, Zumalacarregui que por un sistema invariable nunca aguardaba á mas largo tiempo, abandonó la Berrueza y se dirigió hácia la alta montaña. A pesar de este movimiento los Cristinos no salieron tampoco de Los-Arcos. El general Carlista

no pudiendo emprender operacion alguna ventajosa y capaz al mismo tiempo de atraer á Córdova y Oráa para combatirlos en el lugar que se proponia, se vió precisado á retroceder á la Berrueza, volviendo á ocupar por segunda vez las anteriores posiciones. Córdova con su natural penetracion parece comprendió al momento el objeto de Zumalacarregui, y viendo que se trataba de un reto, se preparó á admitirlo, haciendo que se le incorporase la division llamada de la Ribera que mandaba el general Lopez; con cuya llegada se elevaron sus fuerzas á diez y siete batallones, seis escuadrones y algunas piezas de artillería.

Zumalacarregui habia escogido para campo de batalla el espacio que separa los pueblos de Asarta y Mendaza. Este terreno accesible á las tres armas, y cuya extension de levante á poniente excederá muy poco de un cuarto de legua, está cerrado por dos montes ó cordilleras que se elevan de repente sobre cada uno de los flancos: posicion excelente bajo todos conceptos, pero que para sacar de ella todas las ventajas que ofrece, se necesitaban tener cuando ménos quince batallones, y los Carlistas no contaban allí mas que once. Zumalacarregui colocó cuatro batallones en las faldas ó pliegues de la peña de Mendaza domi-

nando al llano , otros cuatro ( de los que como los anteriores tres eran Navarros y uno Guipúzcoano) en el angulo saliente que forma la base de la peña de Asarta ó de Nazar; sobre el mismo paraje en que estableció su derecha en la accion de 29 de Diciembre de 1833; en estos dos puntos se apoyaban las dos alas de la línea. Los tres batallones restantes de Alaveses y toda la caballería compuesta de quinientas lanzas, formaban exclusivamente el centro. Esta parte de la batalla fué confiada al brigadier D. Bruno Villarreal. El general D. Francisco Iturralde mandaba la izquierda apoyada en la peña de Mendaza, y Zumalacarregui en persona se hallaba en la derecha. Esta distribucion de los once batallones carlistas tenia por objeto principal el atraer hácia el centro de la línea á los Cristinos, y luego que estos empeñasen aqui, como la parte mas debil, el combate, se deberian avanzar á un mismo tiempo las dos alas sobre los flancos, y tomar la ofensiva. El movimiento que debia hacer la derecha, era muy fácil á los Cristinos preveerlo con anticipacion; mas no se contaba pudiese suceder lo mismo con respecto al de la izquierda, á causa de la ventaja que tenian las tropas colocadas en ella, pues podian mantenerse ocultas sin el menor peligro hasta el momento oportuno

de dar el ataque. El plan era obra del mas maduro exámen; sin embargo vamos á ver por qué motivo no tuvo favorable resultado.

El 12 de Diciembre, desde muy de mañana las tropas carlistas salieron de sus cantones y vinieron á ocupar las posiciones de que hemos hecho mencion; pero hasta mas de las once, no comenzaron á entrar los Cristinos en el valle de Berrueza, verificandolo por la garganta de San-Gregorio. Sus batallones á medida que iban saliendo al raso, entraban en formacion de coluna, y venian en seguida avanzando en este mismo órden hácia sus adversarios. Todas las cabezas de coluna traian ya la direccion que mas convenia á los proyectos y fines de Zumalacarregui, lo que prueba ignoraban todavía los generales cristinos el término de la línea, y por consiguiente el lugar donde se ocultaba la izquierda carlista. En este momento el general Iturralde cometió una falta gravísima, presentando á la vista de los Cristinos sus cuatro batallones, que como hemos dicho se hallaban ocultos por los accidentes del terreno. Esta demostracion prematura reveló á Oráa que venía á la vanguardia, el verdadero objeto de Zumalacarregui, y en el instante mismo abandonando la direccion que traia hácia el centro,

tomó otra nueva volviéndose sobre la derecha, hasta rebasar considerablemente la izquierda carlista; despues remontando las pendientes que sirven de base á la peña de Mendaza, desplegó sus batallones y atacó de revés á los de Iturralde. Este general habia visto perfectamente todo el movimiento de su adversario; pero no pudiendo hacer cosa alguna para evitarlo sin empeorar nuevamente su situacion, se vió ya precisado á esperar este combate aunque desventajoso por dominar la posicion de Oráa á la de los Carlistas.

Entre tanto las divisiones de Córdova y de Lopez fueron siguiendo el mismo movimiento de la vanguardia, y apénas se colocó esta en línea, se situaron aquellas sobre su izquierda. Desde que los Cristínos pusieron la base de esta línea, comprendió Zumalacarregui que manteniéndose inactivo en la posicion que ocupaba, su centro y derecha quedarian fuera de combate. No teniendo pues otro recurso para sostener los batallones de Iturralde que el tomar la ofensiva, descendió al llano, y por medio de un cuarto de conversion con el centro, se aproximó á la línea enemiga. Yr atacar á un enemigo superior, en posicion ventajosa, era ya por sí solo un gran inconveniente para que los

[illegible] otra nueva [illegible] sobre la derecha, [illegible] rebasar [illegible] la izquierda carlista [illegible] pendientes que sirven de base [illegible] sus batallones [illegible] los de Iturralde. Este general [illegible] todo el movimiento de su adversario; pero no pudiendo hacer cosa alguna para evitarlo [illegible] situacion, se [illegible] combate aunque [illegible] de Oráa [illegible]

[illegible] y de [illegible] de [illegible] en [illegible] paso de [illegible] que [illegible] combate [illegible] que el [illegible] y por [illegible] centro [illegible] un [illegible] era, era ya [illegible] que los [illegible]

*PLAN DE LAS BATALLAS*

# DE MENDAZA Y DE ARQUIJAS

ocurridas en los

*dias 12 y 15 de Diciembre de 1834.*





## Batalla de Mendaza.

- *Infanteria Carlista.*
- *Caballeria Carlista.*
- *Infanteria Cristina.*
- *Caballeria Cristina.*
- *Santuarios.*
- *Poblaciones.*

1 *Batallones de la derecha Carlista.*
2 *Batallones y escuadrones del centro id.*
3 *Batallones de la izquierda id.*
4 *Primera direccion de los Cristinos.*
5 *Linea de batalla de los Cristinos.*

## Batalla de Arquijas.

1 *Puente de Arquijas.*
2 *Division de Cordova atacando el puente.*
3 *Batallones Carlistas que lo defienden.*
4 *Division de Oraá que marcha sobre el fla*
5 *Reservas Carlistas.*

Carlistas pudiesen alcanzar la victoria : y aunque para ejecutar facilmente la conversion habia mas espacio que el que se necesitaba, algunas pequeñas colinas y sinuosidades que se encontraban en él, retardaron el movimiento de los batallones del centro, de manera que al desplegarse simultaneamente estos y los de la derecha en batalla se introdujo bastante confusion. A pesar de esto los Carlistas atacaron con tal ímpetu, que obligaron á los Cristinos á replegarse sobre su segunda línea ; suponemos que este fuese el momento en que Córdova dió á Oráa la órden de efectuar su retirada, pero que este no quiso obedecer. Así consta de un oficio que se interceptó dirigido por este último al Gobierno cristino. Los esfuerzos que entonces hicieron los Carlistas para desalojar á sus adversarios de la posicion que ocupaban, solo tuvieron por resultado la perdida de varios de sus mas valientes soldados. La caballería misma, no obstante su arrojo y entusiasmo, nada pudo hacer. Luego que los Cristinos conocieron que el combate se prolongaba y que los fuegos de los Carlistas se debilitaban, avanzaron sus piezas, y poco despues bajando de su posicion, cargaron con resolucion. Afortunadamente la noche estaba ya encima, sin cuya circunstancia mu-

chos carlistas hubieran sido hecho prisioneros: y aun hasta el mismo Zumalacarregui estuvo muy en peligro de perecer habiendo caido con su caballo al pasar una zanja; pero gracias á la oscuridad pudo llegar hasta donde estaba el 10$^{mo}$ batallon de Navarra, único que no entró en accion y que se mantuvo en reserva.

El combate de Mendaza y Asarta duró unas cinco horas, durante las cuales tuvieron los Carlistas de perdida cerca de cuatrocientos hombres; de ellos ochenta y cuatro quedaron sobre el campo. Allí perecieron el oficial Arano, intrépido partidario, y el joven francés, Barres, alferez y hermano de otros dos oficiales; el capitan de cabellería Garcia de Lodosa, y otros sugetos de alguna valia en el ejército carlista. El comandante del 1$^{er}$ batallon de Guipúzcoa D. Joaquin Julian de Alzá recibió una herida grave de bala de fusil: en fin las perdidas carlistas escedieron á las de todo otro combate mandado hasta entonces por Zumalacarregui. La experiencia que tenemos de esta guerra, nos hace calcular que las de los Cristinos serian mayores. Sin embargo, segun el estado de las cosas y el juicio que de ellas se formó, el combate fué desventajosísimo para los Carlistas, acostumbrados á salir de todos sus empeños con una pérdida su-

mamente inferior: y si así no sucediera siempre ¿ que fuera del ejército Vasco-Navarro, ni donde estaban los medios para remplazarlo en proporcion á los que tenian sus adversarios?

Algunos se maravillaron entonces de que la cautela y sagacidad de Zumalacarregui le abandonasen en esta ocasion hasta el punto de recibir una batalla campal, cuando el enemigo tenia fuerzas tan superiores en número é instruccion. Tampoco les pareció bueno el sitio escogido para el combate; no porque dejase de ser de los mejores, sino porque era como suele decirse de mal agüero, habiendo sido siempre fatal á los que en ocasiones anteriores lo defendieron. Prudente y muy sagaz el general Carlista en la eleccion de posiciones cerradas ó cortadas (*a*), desde donde como Datames contra los Persas (*b*) con

(*a*) Así lo sentia Oráa y lo decia á Mina en una comunicacion oficial, con motivo de haberle preguntado, si sabía, ó pensaba cuales fuesen los proyectos de Zumalacarregui.

(*b*) Aunque inferior en tropas salió vencedor en todas las batallas, porque nunca venia á las manos sino cuando habia encerrado á sus adversarios en parajes estrechos, lo que acontecia frecuentemente á un práctico en el pais y astuto pensador. (*Cornelio Nepotes.* Vida de Dat.).

poca pérdida de los suyos diezmaba los batallones cristinos; les sorprendia ahora á los hombres de quienes hablamos, su resolucion; pero esto nacia de la ignorancia de estos y de no penetrar los verdaderos designios de aquel. Empleadas la mayor parte de las fuerzas cristinas en sostener las guarniciones establecidas y en mantener expeditas las comunicaciones, estos diez y siete batallones que habia reunido Córdova, formaban el nervio principal de la guerra. Batido que hubiese sido este cuerpo, ningun obstáculo se presentaba contra las miras ó proyectos de Zumalacarregui. El general Oráa ha sido el que nos ha revelado por medio de la comunicacion de que hemos hecho mencion, que la pretension que tuvo el Carlista de vencer no era una mera ilusion: pues que á pesar de la gravísima falta que cometió Iturralde y de las demas ventajas con que los Cristinos entraron en la accion, llegó un momento en que Córdova cedió á los Carlistas la victoria ¿ Que otra cosa se debe inferir del hecho de haberle mandado á Oráa la órden de que se retirase? Sin duda que este general incurrió en una de las mas grandes faltas cuando le desobedeció; mas por otra parte es preciso tambien confesar que comprendia mejor el verdadero estado de las cosas,

y los intereses que estaban empeñados en este combate. Ademas, pronunciada la retirada, por ordenada y bien conducida que esta fuese al principio, dificilmente hubieran podido los Cristinos contrarestar aquel ímpetu, ligereza, y resolucion, que en semejantes casos caracterizaban á los Carlistas. Hasta la salida misma del valle de Berrueza, ya fuese en direccion de Estella ó bien de Los-Arcos, ofrecia graves inconvenientes, pues era indispensable pasar un desfiladero, y el tiempo empleado en esto podia ser causa de una completa derrota.

Si en los campos de Mendaza la victoria hubiese sido fiel á las armas carlistas, los proyectos de Zumalacarregui se hubieran verificado al momento. Veinte batallones y toda la caballería se juntáran en ménos de dos dias, y con el Soberano á la cabeza, se presentáran á las orillas del Ebro. Pasado que fuese este rio, Zumalacarregui tomára el camino de la capital á cuyas puertas llegaría casi al mismo tiempo que la noticia de su marcha. Ya en este caso ¿cuales eran las tropas que podrian disputarle la entrada? El Gobierno cristino no las tenia sino diseminadas y á muy larga distancia, y las de Navarra y las Provincias ya bastante embarazadas con mas de cien lugares fuertes que con-

servar, y la desmoralizacion que segun nuestra hipótesis deberia producir el resultado de la última accion, antes de que los gefes dependientes de Mina las reuniesen, las hiciesen partir y diesen alcanze á los Carlistas, habria ya cambiado de faz toda la España. El resultado de la presentacion á las puertas de Madrid en Diciembre de 1834, del ejército Carlista victorioso, conducido por Zumalacarregui y con el Monarca al frente, no se debe de ningun modo deducir del que tuvieron acontecimientos algo semejantes tres años despues, porque en el primer caso el número de los comprometidos por la causa Cristina era todavía bastante corto, y los pueblos en general miraban como efímero el triunfo de los que gobernaban. De todo lo que esponemos resulta pues, que lo que arriesgó ó espuso Zumalacarregui en el combate de Mendaza era digno de sus altas empresas, miéntras que por el contrario, Córdova comprometió imprudentemente todas las inmensas ventajas y superioridad de la causa Cristina.

Vencidos los Carlistas sin duda alguna por solo la culpa del general Iturralde; de este mismo gefe que habia sabido envolver con tanta oportunidad á la division de O-Doyle en la llanada de Alava, y asegurar por este medio la mas completa

delas victorias, Zumalacarregui repasó en seguida que dejó el campo la cordillera de Arquijas y se acampó aquella misma noche en las eras de Zuñiga. Luego comenzó á poner en buen órden sus batallones, les distribuyó municiones, hízo curar sus heridos, llevarlos despues á los hospitales, y finalmente antes de rayar el alba todo se encontraba ya en disposicion de disputar á sus adversarios el paso, en caso que intentasen pasar el Ega por el pie de Arquijas, para venir á su encuentro. El caudal de agua que conduce el Ega por aquel paraje, no ofrece á la verdad, una grande ventaja, porque por cualquiera parte se puede pasar con facilidad; pero su curso por entre rocas hace que sus orillas sean asperas, lo que presenta una regular defensa. El único paso sin obstáculo es aquel en que esta situado el puente llamado de Arquijas; pero aun este se encuentra dominado por excelentes posiciones pobladas de arboles. Zumalacarregui hizo cortar algunos de estos del lado opuesto, destruyó despues el puente que era solo de madera, y muy poco sólido y colocó en seguida tres de sus batallones sobre las alturas que del lado de Zuñiga dominan la orilla opuesta. La restante fuerza la puso en escalones en el espacio que hay hasta este pueblo como una reserva pronta

á acudir á donde los acontecimientos la hiciesen necesaria. Ningun cristino se vió sobre la montaña de Arquijas hasta la tarde del dia 14 de Diciembre, en cuyo momento aparecieron algunas fuerzas. Zumalacarregui conoció sin embargo de que se trataba solo de un reconocimiento de parte de Córdova, respecto á la posicion que los Carlistas ocupaban, y suponiendo ya, que al inmediato dia vendrian á su encuentro, tomó las conducentes disposiciones para recibirlos.

Ufano el joven general cristino, con el resultado de la reciente batalla, se avanzó lleno de confianza la mañana del 15 de Diciembre, y sin titubear un instante comenzó el ataque contra los que le disputaban el paso, por donde estaban los restos del puente de Arquijas. Es de advertir, que aunque destruido este, se podia pasar el rio por allí casi á pie enjuto. Travóse un recio y tenaz combate, y cuantas veces los de Córdova avanzaron, otras tantas fueron rechazados. Algunos de los combatientes de ambos lados, descendieron á las orillas y se disputaron en varios parajes el paso al arma blanca, á causa de que el fuego que desde lo alto de las posiciones se hacia contra estas profundidades no les podia causar daño. Como las fuerzas pre-

sentadas á la vista por el general Cristino fuesen inferiores á las que se hallaban en la batalla de Mendaza, Zumalacarregui se persuadió que parte habrian sido destinadas á secundar el ataque apareciendo ó sobre el flanco ó sobre la retaguardia, lo cual no podia tardar en suceder. Ningun confidente ni ordenanza montado de los que destacó con objeto de asegurarse de ello volvia con este aviso, cuando al fin cerca de las dos de la tarde se presentó uno diciendo, que el enemigo en fuerza de consideracion avanzaba rápidamente sobre la izquierda con el intento al parecer de salir á retaguardia. Libre entonces Zumalacarregui del cuidado, en que la incertidumbre le tuvo, mandó á los generales Iturralde y Villarreal con cinco batallones que saliesen al encuentro del enemigo que venia mandado por Oráa. Este gefe al ver que los Carlistas defendian con tal empeño el paso de Arquijas, se dirijió á cubierto de la cordillera del mismo nombre al puente de Acedo, y entrando en el valle de Lana corvia á tomarles por la espalda, no dudando un momento desconcertar á Zumalacarregui con su atrevida maniobra, pues suponia que al ménos le dejaria el campo; mas apenas vió que venian fuerzas á su encuentro, detuvo su marcha y se hizo fuerte en

la posicion de la peña de la Gallina que tenia á mano donde luego estableció su batería de montaña. A esta misma hora el general cristino Gurrea, que habia sido destacado el dia ántes para escoltar los heridos que Córdova mandó á Los-Arcos despues del combate de Mendaza, se atrevió á amagar con la fuerza que mandaba, la mayor parte caballería, la derecha carlista; descendiendo al efecto por el puerto llamado la escalera á Santa-Cruz de Campezu.

Amenazados ya ambos flancos se esperaba que los del puente harian mayores esfuerzos para pasar el rio, pero se observó que muy al contrario el ataque era mas flojo en esta parte. Fijó entonces Zumalacarregui la vista en la subida de Arquijas, y notó que todo el camino estaba lleno de gente que se retiraba y al parecer en gran parte heridos. El número pareció tan considerable que solo esto bastó para infundir un doble ánimo en los pechos carlistas.

Miéntras tanto el dia tocaba á su término y la noche cojió al fin á los combatientes en las mismas posiciones que respectivamente ocupaban. La oscuridad hizo que los Carlistas no viesen la retirada de Córdova precedida de la de sus heridos

Esta misma oscuridad dió lugar á que Zumalacarregui que suponia siempre al enemigo á las orillas del Ega, viéndose sin municiones, interin que las traian de la Amezcoa, se replegase con sus fuerzas sobre Orbiso, que era como el centro de los tres puntos que ocupaban los Cristinos al anochecer y al mismo tiempo una excelente posicion. Despues de acomodar su gente, de racionarla y hacer marchar á punto conveniente sus heridos, el general Carlista esperó la llegada del dia. Durante la noche todo el valle estuvo como sepultado en el silencio, y ninguna noticia se recibió de los movimientos de los Cristinos; con impaciencia se esperaba el momento de amanecer para salir de esta ignorancia; pero una densa niebla que lo cubria todo, dejó burlada por algunas horas estas esperanzas.

Hasta muy entrado el dia, Zumalacarregui no supo la situacion tan crítica en que se encontró Oráa durante la noche por haberse retirado á Los-Arcos la division de Córdova, dejando abandonado al primero en la peña de la Gallina; de cuyas resultas se quejó Oráa diciendo que al separarse se le habia señalado por punto de reunion el campo de batalla del enemigo, y por el de retirada la *eternidad*. Si lo sublime

ó heróico de estas frases pertenece exclusivamente al general Córdova, como cosa muy propia de su imaginacion ya se ha visto el modo como cumplió por su parte. Mas dejando á un lado el juicio de un émulo, lo que no admite duda ni género de contradiccion, es que Córdova fué en Arquijas el primero que marchitó el laurel con que tres dias hacia se habia ceñido la frente en los campos de Mendaza.

Suponiendo que sea verdad todo lo que bajo su firma decia Oráa al Gobierno, se puede juzgar en vista de los hechos ( y tal es tambien nuestro parecer), que sin la anuencia y cooperacion suya en estas dos ocasiones, hubiese dado Córdova escasa prueba de capacidad para el mando de general en gefe. La manera tan brillante con que mas tarde desempeñó este dificil encargo, no corresponde al tiempo de Zumalacarregui ni á la táctica con que éste genio conducia sus batallones (*a*).

(*a*) En el momento que la muerte arrebató á Zumalacarregui, el sistema de guerra que constantemente siguió éste, fué variado por sus sucesores; y el ejército acostumbrado ántes á diseminarse por batallones con el fin de descansar de las fatigas y poder subsistir con mayor facilidad, sin reunirse jamás sino cuando era preciso atacar ó hacer alguna operacion, continuó en adelante siempre reunido. De aquí nacieron mil incomodidades y privaciones que anteriormente no

Todo lo que la fuerza moral del ejército carlista pudo sufrir en Mendaza, fué compensado con grande exceso en Arquijas; porque estando este combate tan próximo al otro, se tuvo por una continuacion de él. Cuando llegó á noticia

habian experimentado los Carlistas. Ademas, desde que se estacionó el ejército en la cordillera de Arlaban para oponerse á la entrada del enemigo en la provincia de Guipúzcoa y Señorío de Vizcaya, las armas carlistas redujeron á ménos el campo de sus operaciones. El general Córdova que necesitaba de tiempo para instruir el considerable número de quintos que en ésta época destinó el Gobierno cristino al ejército que estaba bajo sus órdenes, aceptó gustoso la ocasion que se le ofrecia de poder instruirlos y disciplinarlos sin necesidad de moverse de Vitoria, punto que á otras muchas ventajas reunia la de estar á tres horas de distancia de las posiciones que ocupaban los Carlistas, quienes por conservar su línea se veian obligados á mantenerse á la expectativa meses enteros, miéntras que Córdova era árbitro, no solo de operar segun le convenia, sino tambien de venir á combatir el dia y hora que le acomodaba. Verdad es que el hábil y digno general conde de Casa-Eguía aprovechó parte de éste tiempo maniobrando á retaguardia de la línea de Arlaban, tomando varias plazas fuertes situadas en el territorio de las dos provincias, pero no es ménos cierto que entre tanto Córdova ocupó el condado de Treviño y estableció guarniciones entre Valcárlos y Pamplona, formando así las decantadas *líneas* que, como se vé, no fueron otra cosa que la consecuencia del sistema que los generales carlistas habian adoptado; sistema de que Córdova amaestrado ya de lo ruinoso que era á su ejército el internarse en las montañas Vasco-Navarras, supo aprovecharse con la doble ventaja de

de Mina el resultado final de ámbos, reconoció el antiguo carácter de sus compatriotas, y se convenció al mismo tiempo de lo difícil que era subyugarlos por las armas, á ménos que

encontrarse al cabo de cinco ó seis meses con una formidable y bien organizada masa. Esto ciertamente no hubiera sucedido en vida de Zumalacarregui, porque éste general con sus atrevidas empresas hubiera obligado á Córdova á tener en continuo movimiento sus tropas y las marchas, fatigas; y combates consiguientes á éste modo de hacer la guerra habrian causado gran número de bajas, sin lograr jamás instruir completamente á los quintos. La seguridad del territorio que se defendia, tampoco se debe mirar como una compensacion de los males que producia el nuevo plan; porque si bien se aseguraban la propiedad y las personas del territorio que abrazaban las líneas de Arlaban, cosa á la verdad digna de fijar la atencion, siempre resultaba que se abandonaba el todo por la parte; ademas que el ejército cristino demasiado escarmentado no podia hacer incursiones sin sufrir enormes pérdidas. Al escribir esta nota no es nuestro ánimo menoscabar de modo alguno la alta y bien merecida reputacion del respetable conde de Casa-Eguía, sino hacer conocer á nuestros lectores el verdadero valor y mérito del plan que tanta celebridad ha dado á Córdova. En cuanto al respetable conde de Casa-Eguía tenemos la mas profunda convincion que si éste general hubiese tenido cuaranta mil soldados en vez de los veinte cinco mil de que solo constaba el ejército carlista, aun con su nuevo sistema hubiera destruido el de mas de cien mil que mandaba Córdova. ¡Honor al hombre que sin manos para manejar la espada ni tener las riendas de un caballo, proveyó nuestros depósitos con cinco mil prisioneros hechos en las diferentes guarniciones que tomó!

no se les pudiesen quitar enteramente todos los recursos precisos é indispensables para la guerra ; por lo tanto , apenas se persuadió de ello, adoptó la medida de cerrar toda la frontera francesa por medio del establecimiento de guarniciones en varios puntos. Las tropas carlistas bajo el mando del coronel Sagastibelza, en union con los Guipuzcoanos, hostilizaban de continuo á las guarniciones y las tenian encerradas. Para protegerlas, Mina destinó una fuerza de dos mil hombres, cuyo mando confió al coronel D. Francisco Ocaña.

Un gran temporal habia cubierto de nieve las montañas de Navarra poco despues del combate de Arquijas. Córdova y Oráa llevaron sus tropas á descansar á las grandes poblaciones. Zumalacarregui dividió tambien las suyas por batallones, viniéndose en seguida él mismo á la Amezcoa donde á la sazon estaba el Monarca. Aquí se pasaron las pascuas de Navidad con sumo júbilo y satisfaccion, aumentado por la concurrencia de muchas personas que de várias partes de las Provincias vinieron á felicitar al Soberano y á su general con motivo de las señaladas ventajas alcanzadas en Arquijas.

El año de 1834 estaba ya expirando, cuando todas las tropas enemigas de Navarra se encon-

traban en parajes á donde Zumalacarregui no podia ir á atacarles por hallarse apoyadas en fortalezas, ó encerradas en las grandes poblaciones. Esta particularidad, y lo poco que aquel gustaba de tener por tantos dias á sus soldados en la inaccion, dió lugar á que se resolviese á marchar repentinamente á Guipúzcoa, para caer por sorpresa sobre el camino que de Tolosa se dirije á Vitoria. El objeto principal de este movimiento era ver si por este medio se conseguia cojer al general Jauregui con su coluna, que no hacia mas que pasar de contínuo desde una guarnicion á la otra. Zumalacarregui se lisongeaba de que tal vez la casualidad haria se le encontrase en disposicion de poderle cortar el paso ó entrada en las guarniciones, lo que aseguraria su completa derrota; así pues, el 31 de Diciembre apareció casi de repente en Villarreal de Zumarraga, pero no encontró la oportunidad que buscaba. Jauregui se hallaba á la sazon en la inmediata villa fortificada de Villafranca, al mismo tiempo que los generales Carratalá y Espartero estaban en Elorrio, con una fuerza de mas de seis mil hombres. Apenas supieron estos el lugar donde habia aparecido el general Carlista con solos cinco batallones, se avanzaron hasta Vergara, pueblo tambien guarnecido por los Cristinos y desde

aquí combinaron con Jauregui el movimiento contra aquel. Villafranca y Vergara se encuentran situados sobre el camino real de Tolosa á Vitoria, y á distancia entre sí de cinco leguas. En el intermedio está Villarreal de Zumarraga, y no lejos de aquí el lugar donde nació el caudillo Carlista. Práctico en el terreno, esperó tranquilamente en Villarreal á sus adversarios hasta que los tuvo á muy corta distancia, dirigiéndose despues con sus batallones á Ormaiztegui. Al llegar aquí, como Jauregui viniese al encuentro desde Villafranca, dejó el camino real tomando el de Segura, y en una cordillera que de pronto se eleva, hizo detener á dos de sus batallones mandándoles dar frente á los Cristinos que de cerca les venian siguiendo. Los tres batallones restantes pasaron el rio de Segura y se colocaron en las posiciones que hay delante de esta villa. La subdivision que el Carlista hizo de sus tropas acredita que su intencion no era el empeñar en aquel momento un combate general; sin embargo, el que con los dos batallones navarros trabaron los Cristinos, fué de los mas sangrientos y tenaces. La desigualdad que habia entre los Carlistas que lo sostuvieron y las considerables fuerzas de Carratalá y Espartero, obligó á aquellos al fin á ceder el

campo. La *Punta del Español* y la *Chimenéa* fueron disputadas con un denuedo digno del mayor elogio. El capitan Morales natural de Andalucia y otros oficiales del batallon de guias de Navarra, regaron copiosamente con su sangre estas posiciones célebres entre los Carlistas. La pérdida de los Cristinos fué muy considerable; pero como se ha dicho quedaron dueños del campo.

Cuando Carratalá subió á lo mas elevado de la posicion y descubrió la segunda linea de los Carlistas, mandó detener su gente, y por estar próxima la noche dejó la continuacion del ataque para el dia siguiente.

Desde que este despuntó, Zumalacarregui, colocadas sus tropas en posicion aguardó, con la mayor confianza el combate, pero los Cristinos no lo emprendieron; ántes por el contrario cerca de las dos de la tarde dieron indicios de abandonar las posiciones dominantes que ocupaban para retirarse. Como este movimiento estaba fuera del cálculo de los Carlistas, creyeron estos en un principio que solo era mera extratagema. Nosotros no pudimos entonces, ni ménos ahora comprender por qué Carratalá con cerca de ocho mil hombres, secundado ademas por Espartero y Jauregui, no se resolvió á

atacar en esta ocasion á Zumalacarregui que solo tenia cinco batallones.

Asegurado que fué el general Carlista por sus confidentes y exploradores, que los Cristinos se retiraban por el mismo camino que trajeron la víspera, y que Jauregui volvia tambien á toda priesa á Villafranca, sacó inmediatamente sus cinco batallones de la línea, y siguió al alcanze de Carratalá y Espartero. Como la mobilidad y ligereza de los Carlistas superaba tanto á la de los Cristinos, ántes que hubiesen acabado de salir de Ormaiztegui ya les alcanzaban los fuegos de aquellos. Desde este pueblo hasta el de Zumarraga, se fueron batiendo los Cristinos en retirada; pero muy presurosamente, porque los Carlistas les acosaban á tal extremo que ni lugar les dejaron para posesionarse de las formidables posiciones que á cada paso se les ofrecian en este camino. La de Zumarraga es casi inexpugnable, y sin embargo apenas intentaron defenderla cuando ya habian sido desalojados. La noche, verdadera protectora de los fugitivos y las fortificaciones de Vergara, ocultaron una de las mas vergonzosas derrotas. Zumalacarregui entró en Villarreal en medio de las aclamaciones del pueblo que le contemplaba cual si fuese alguno de aquellos héroes fabulosos de la antigüedad.

A los dos dias de los combates de Ormaiztegui, los cinco batallones carlistas se vinieron á descansar á la Amezcoa. Este respiro servia á la vez para reparar el detrimento que pudieran haber sufrido sus armas de fuego. Las partidas volantes entre tanto estrechaban cada vez mas á las guarniciones. El comandante de la Borunda, D. Vitoriano Cordeu, se apoderó del pueblo de Echarri-Aranaz, y tuvo sitiada por varios dias la guarnicion del fuerte. Para sacarla de este estado se vió Mina precisado á mandar á su secretario D. Laureano Sanz con una fuerza considerable. (*a*)

Digno de entrar en cotejo de Cordeu tanto por su valor como por su audacia, era el capitan D. Manuel Lucus, natural de Pitillas. Este bizarro oficial con los veinte ó pocos mas caballos que acaudillaba, recorria toda la Ribera de Navarra, vadeaba tan pronto el Aragon como el

(*a*) Hé aquí el modo como Sanz daba á Mina parte de este acontecimiento:

« Exmo Sr. Acabo de llegar á esta villa de donde pocos momentos ántes salió el Rojo de San-Vicente, el que con los cien hombres que manda, hacia cuatro dias que tenia sitiada a la guarnicion; siendo así que ésta se compone de mas de cuatrocientos. He llamado al comandante y le he dicho cuanto me ha parecido del caso, etc. »

Arga, sorprendiendo á cada instante las partidas ó escoltas de sus enemigos. Aunque por carácter tuviese Zumalacarregui marcada aversion á las bandas de caballería sueltas, á causa de que los que las componen son gentes sin disciplina, acostumbradas ademas á no hacer otra cosa que lo que es de su voluntad y que los pueblos algunas veces tienen mas que sufrir de ellas que de los ejércitos enteros, sin embargo, la moderacion y excelente conducta de Lucus llegaron á captar su aprecio y confianza; por cuyo motivo le autorizó várias veces para hacer diferentes expediciones que, respectivamente á las fuerzas que capitaneaba, se podria decir que le procuraron llenar el pais de sus hazañas. Por dos veces le concedió S. M. á propuesta de Zumalacarregui la cruz laureada de San Fernando de 2[da] clase, y por consiguiente obtuvo la pension que marcà el reglamento de esta Real órden; distincion que ningun otro mereció de aquel general. Valiente sin jactancia, y reservado sin ser misterioso, era él conocido entre los Navarros por *Manolin*, uno de los mas modestos militares que ha podido producir la España en estos tiempos. Como prueba de su pundonor citaremos aquí un ejemplo. Perseguidos los veinte caballos que mandaba por gruesos destacamentos

que de todos los puntos que los Cristinos ocupaban en la Ribera, salian á un tiempo contra él, fué un dia sorprendido en el momento de entrar en un pueblo de Navarra. Aunque solo y á pie, con la espada en la mano se abrió paso por en medio de sus enemigos; pero todos los caballos y algunos de sus soldados se quedaron en poder de aquellos. Avergonzado con la idea de tener que presentarse á su general despues de este revés y en semejante estado, hizo juramento de morir antes que verificarlo sin una fuerza por lo ménos igual á la que habia perdido. Se despojó en seguida de sus espuelas y espada de caballería, juntó con los que tenia hasta veinte y dos hombres, los armó, y él el primero, con escopetas y fusiles que supo recoger por los pueblos no sin dificultad, moviéndose de aquí para allí, dió al fin con un destacamento de caballería cristina que pasaba escoltando un correo. Lucus apostó convenientemente sus soldados, tomó con tal acierto sus medidas y los atacó con tal resolucion, que consiguió hacerlos á todos prisioneros. Entonces montando su gente en los caballos cogidos y colocando entre filas á los ginetes cristinos, se dirigió donde estaba Zumalacarregui y le presentó en lugar de los veinte y uno caballo que habia perdido, treinta y dos.

Durante el mes de Enero la provincia de Guipúzcoa concluyó la formacion de los batallones 4° y 5°. Los Alaveses no aumentaron el número de los suyos, pero recibieron nueva gente los que ya existian. Todo esto se hizo no obstante que las Juntas y los generales seguian siempre en las mismas penurias y escasezes de metálico.

Despues de la accion de Arquijas, Córdova, último general que quedaba de los que de Portugal vinieron con Rodil á Navarra, se retiró del ejército, y no volvió á tener mando en él hasta que dieron un sucesor á Mina. Lorenzo tomó nuevamente el de su antigua division y desde entonces hallándose animado contra Córdova de un espíritu de emulacion igual por lo ménos al de Oráa, buscó con empeño las ocasiones de combatir con mayor resolucion que nunca á los Carlistas. En todos los lugares de su transito manifestaba el ardiente deseo que tenia de eclipsar por honrosos medios la reputacion de su joven antagonista. Sus operaciones comenzaron por llevar á la guarnicion de Maestu, situada en el fondo de las montañas mas vecinas á la Amezcoa, algunos socorros que necesitaba imperiosamente; y como el camino mas directo desde donde Lorenzo estaba, fuese el del puente de Arquijas, se decidió á pasarlo con

solo su division; pero en ocasion que los Carlistas no se encontraban en la vecindad para defenderlo.

La noticia de este movimiento alcanzó á Zumalacarregui en la llanada de Alava; y sin embargo de su actividad no pudo llegar al Ega con la debida anticipacion, habiéndoselo impedido las lluvias y la distancia. La vanguardia que precedia de un dia, tomó posicion en los altos de Orbiso, porque Lorenzo habia ya pasado el Arquijas. Superado tan felizmente este primer obstáculo, el general Cristino se avanzó resueltamente contra las fuerzas carlistas que tenia á su frente. El choque fué extremadamente violento, y aun en proporcion al número de combatientes, casi se podria asegurar que mas sangriento no lo habia habido en esta guerra. Los dos batallones Navarros y los otros dos Alaveses que únicamente se encontraron en él, sufrieron pérdidas considerables. El solo batallon de Guias de Navarra tuvo entre muertos y heridos catorce oficiales: mas de la mitad de los que tenia presentes, y no obstante de tan obstinada resistencia se perdió la posicion. Lorenzo se contentó con esto, y sin dar lugar á que los Carlistas recibiesen nuevos socorros, se dió priesa á marchar hácia Maestu, desde donde por

distinto camino regresó despues sobre la línea.

Oráa que al mismo tiempo habia ido tambien á conducir socorros á otras guarniciones, luego que terminó su mision, se vino á juntar con Lorenzo en las inmediaciones de Estella. Reunidas sus fuerzas y animados por la rivalidad, antipatía ó emulacion comun contra Córdova, ámbos generales los mas constantes combatientes de Zumalacarregui, acordaron venir á buscarle sobre aquel mismo paraje en que Córdova no pudo vencerle. Intentar eclipsar por tales medios la reputacion de éste, era bien digno de dos gefes valientes, y bajo este punto de vista, todos los hombres valerosos aplaudirán sin duda ésta conducta; pero un general prudente no debe hacer jamas de sus soldados el instrumento de una vana ó temeraria empresa. Personas de crédito hubo que aseguraron haber oido á Lorenzo que aun cuando supiese perder mil hombres pasaría el puente de Arquijas.

Cuando dos generales rivales creen firmemente que la victoria les será favorable, no se tarda mucho en venir á las manos. Al comenzar el mes de Febrero, Zumalacarregui se encontraba en el valle de Berrueza con tres batallones. Con otros cinco habia mandado al brigadier Gomez á recorrer la provincia de Guipúzcoa, y Villarreal

ocupaba con los tres alaveses las inmediaciones de Maestu. Diseminados así los once batallones que se encontraron en los pasados combates de Mendaza y Arquijas, Lorenzo en el momento que tuvo noticia de ello, se propuso aprovechar esta oportunidad, reuniendo inmediatamente en Los-Arcos las mismas tropas que condujo antes el general Córdova, y con ellas se dirigió á la Berrueza. Zumalacarregui con los tres batallones que tenia, repasó la cordillera de Arquijas, y aunque desde el dia anterior habia expedido sus órdenes para que Villarreal y Gomez se le reuniesen, las repitió de nuevo. El primero como mas próximo se le incorporó pronto; pero el segundo encontrándose á la sazon entre Tolosa y San-Sebastian, tuvo que ejecutar una larguisima marcha para llegar á tiempo al combate. Desde las doce del dia 4 de Febrero hasta las diez de la mañana del siguiente, anduvieron los batallones que estaban con Gomez en Guipúzcoa cerca de veinte leguas: de modo que en el mismo instante que se estaban formando en los campos de Zuñiga, comenzaba ya la division de Lorenzo el ataque contra el puente de Arquijas.

Este combate principió de la misma manera que el que dió Córdova. Zumalacarregui despues de haber correjido los defectos que en aquel se

notaron, recomendó á sus tropas la misma perseverència en defender las posiciones. Oráa encargado siempre de ejecutar los movimientos de flanco, cambió el que habia hecho en el combate del 15 de Diciembre; pues en vez de dirigirse á envolver la izquierda, se vino á atacar la derecha, descolgándose por el puerto de la Escalera hácia la parte de Santa-Cruz de Campezu. Reservas prevenidas y colocadas oportunamente por Zumalacarregui acudieron puntualmente á repeler á Oráa, y consiguieron detenerle en los límites del rio Ega. Divididos por el curso de este los dos ejércitos estuvieron todo el dia combátiéndose en unas mismas posiciones hasta que llegó la noche. Los Cristinos entonces aprovecharon la oscuridad para retirar del campo sus numerosos heridos, levantándole poco despues todos, y viniéndose por trozos y en bastante desorden á Los-Arcos.

El resultado que tuvo la segunda accion de Arquijas lejos de corresponder á lo que Lorenzo se habia propuesto ántes de darla, solo contribuyó á hacer mejor la posicion personal de Córdova. Fueron sus dos rivales los que con haber intentado la misma empresa y no vencerla, le suministraron las armas mas análogas á sus talentos y carácter. Así Lorenzo sucumbió y se vió en la necesidad de dejar el mando. Si Oráa lo conservó

se debe atribuir á la dificultad que encontraban para remplazarle; pero de todos modos Córdova quedó solo en favor cerca del Gobierno.

Durante la accion, Zumalacarregui colocado entre Zuñiga y el puente, habló en particular con todos los heridos que retiraban, distribuyéndoles por su mano no solo cuanto dinero tenia sino tambien el que sus amigos le prestaron. Sensible le fué el ver entre aquellos y con pocas esperanzas de vida al capitan del batallon de Guias de Navarra Mr Bezar, apenas restablecido de la herida que recibió en el anterior combate de Arquijas. Este honrado y valiente francés, cuya decision es bien digna de los mayores elogios á pesar de tener mas de cincuenta años, hacia todas las jornadas á pie, y con una escopeta de caza al hombro recorria todas las montañas que se encontraban á la proximidad del camino; cualidades propias al cazador y que contribuyeron á que Zumalacarregui le profesase particular afeccion. Cuando lo retiraban del combate, con grande efusion Bezar agarró la mano de su general, y habiéndole preguntado este si Cárlos X tenia muchos servidores como él, contestando afirmativamente; el general dijó: extraño que se dejase destronar.

Junto á Bezar fué herido tambien uno de los gefes mas recomendables, mas entusiastas y mas

cabales del ejército de Cárlos V, el valenciano D. Joaquin Tous. El lector nos perdonará estos sínceros y justos elogios hácia un hombre cuyo carácter hemos siempre admirado, y que si sanó de la herida que recibió en Arquijas solo fué imperfectamente y para sacrificarse un año mas tarde en Arlaban; siendo á esta época coronel del 2º batallon de Castilla.

El cuartel Real obligado hasta entonces á estar en contínuo movimiento y sin poder fijar su residencia en punto alguno por no existir lugar bastante seguro, confiado ahora en el respeto que deberia merecer á los Cristinos despues de las dos acciones de Arquijas el pueblo de Zuñiga, se decidió acaso con sobrado arrojo á fijar en él su residencia, y permanecer allí por el largo periodo de dos meses, sin otra fuerza para su custodia que los cien infantes que le servian de guardia. Los Cristinos en efecto habian cobrado tanto respeto á estos sitios, que no obstante estar enclavados entre las guarniciones de Viana, Los-Arcos, Estella, Salbatierra, Echarri-Aranaz, Olazagoitía, Maestu, La-Guardia y Logroño, no se atrevieron á causar al cuartel Real durante tan largo tiempo la menor alarma.

La guerra ménos activa desde que corria el nuevo año, en los parajes que le servian ántes de

ordinario teatro, parecia haberse trasladado á la alta montaña, y en especial al valle de Baztan; porque allí, moviéndose con mayor frecuencia las fuerzas enemigas desde una á otra guarnicion para cumplir con el objeto á que fueron destinadas por Mina, facilitaban á los Carlistas el medio de poder hostilizarlas. No se descuidaban á la verdad el coronel Sagastibelza, ni los gefes de los batallones Guipuzcoanos en hacerlo, y esto obligaba á los Cristinos á conducir continuamente hácia aquella parte nuevos socorros. En una de estas ocasiones fué batida al pie del puerto de Belate la coluna mandada por el gefe Ocaña, la que perseguida vivamente se vió en la precision de encerrarse en el pueblo de Ciga. Sagastibelza la sitió al momento, pero no teniendo los medios suficientes para obligarla á rendirse, dió sin retardo aviso á Zumalacarregui que encontrándose en la Berrueza tomó inmediatamente dos de sus batallones y voló en medio de un temporal de los mas crudos al Baztan, dejando entre tanto al frente de Lorenzo á los coroneles D. Juan Antonio Zaratiegui y D. Joaquin Elio. Encerrado Ocaña en las casas de Ciga, habian prácticado sus gentes varios agujeros ó aspilleras, desde las cuales se defendian con ventaja hacia tres dias cuando llegó allí Zumalacarregui.

Inmediatamente ordenó al coronel D. Vicente Reina trajese al campo los dos obuses que estaban fundidos, y habiéndolo verificado, se dispararon algunas granadas contra las casas; pero este ataque fué del todo infructuoso, pues ni una sola de aquellas se consiguió cayese en el lugar que se deseaba. Entre tanto el temporal de agua, nieve y viento iba en aumento, y las fuerzas cristinas que Mina mandó desde Pamplona en socorro de los sitiados se aproximaron y los salvaron.

En el momento que Zumalacarregui vió la concurrencia de fuerzas que caminaba hácia el Baztan, y supo que la division de Lorenzo dejaba tambien la parte de Estella para acudir allí, con la mayor rapidez retrocedió á la Berrueza, trayéndose consigo uno de los obuses. Al mismo tiempo dispuso que condujesen el cañon *Abuelo* y con el auxilio de ámbas piezas acometió á la guarnicion de Los-Arcos. Encerrábase esta entre paredes no muy gruesas ni sólidas, y ademas era este lugar el que por su localidad podian los Carlistas atacar con menor exposicion. Un dia entero emplearon en batirlo tanto con el obus como con el cañon; mas con tan escaso acierto que la noche llegó sin que hubiesen logrado ni abrir brecha ni aun causar

daño notable en el edificio, siendo lo peor que para renovar el ataque al dia siguiente solo quedaban doce balas de cañon y ninguna granada.

Esta circunstancia unida á que con la dilacion ó tardanza se facilitaba á las tropas cristinas el que pudiesen venir al socorro de la guarnicion sitiada, inquietaba en extremo al general carlista, porque nada tan contrario á su máxima fundamental como el empeñarse en sucesos que pusiesen al descubierto su impotencia, siendo la fuerza moral la que Zumalacarregui queria poner siempre á salvo de todo evento. Yr á atacar la guarnicion de Los-Arcos y no rendirla, era lo mismo que dar nuevo aliento y resolucion á todas las otras, que en lo general eran mucho mas fuertes ¿cómo pues evitar mal de tanta consideracion y conseguir lo que se deseaba? Un solo medio ocurrió en aquel momento al general Carlista. En vez de acordonar el fuerte como se acostumbra en semejantes casos, por una línea de centinelas con el fin de cortarles la comunicacion, luego que llegó la noche mandó retirarse á la villa todas las que habia, dejando expedita y libre la campaña. De este modo el Gobernador cristino podia durante la noche hacer mejor sus reconocimientos, procurarse no-

ticias y saber que los Carlistas, lejos de retirarse de allí, se preparaban á continuar el ataque en cuanto llegase el dia. Todo esto sucedió en efecto; pues como confiaba tan poco en la robustez de los muros, apenas se persuadió el Gobernador de que la fuga le era fácil, no titubeó en emprenderla llevándose toda la guarnicion, pero dejando en el fuerte de cuarenta á cincuenta heridos ó enfermos con cuantos efectos y municiones existian en él. Las tres de la mañana serian cuando Zumalacarregui tuvo la noticia de lo que ocurria, y habiendo acudido á la parte hácia donde estaban los enfermos, hizo abrir una puerta en el muro y por allí penetró en el fuerte. Apenas amaneció, todos los efectos de vestuario y équipo los mandó sacar á la plaza y los distribuyó por sí mismo entre sus soldados. Miéntras que estaba en esta operacion, apareció allí inesperadamente S. M., lo que produjo en sus defensores la mayor satisfaccion.

La situacion tan miserable como lastimosa en que Zumalacarregui encontró á los enfermos y heridos del fuerte, habian escitado su compasion, de modo que inmediatamente dispuso que se les preparase en una de las mejores casas de la villa una localidad espaciosa y aseada. Los habitantes de Los-Arcos que se distinguian por su

filantropía y humanidad con los combatientes de ambos partidos (bien que de opinion carlista), al momento hicieron lo que se les mandó. Entonces fué el ver á los voluntarios navarros ir á tomar en sus brazos ó sobre sus hombros, sin que nadie se lo previniese ni mandase, á su mismo enemigo para trasportarle á la nueva morada. Al comtemplar el cuadro que ofrecia tal ejemplo de magnanimidad, vimos á mas de una alma generosa asomársele las lágrimas á los ojos. Dos ó tres oficiales enfermos ó heridos que existian en casas particulares, recibieron muestras de la bondad é interés de Zumalacarregui : ellos lo publicarán si viven. Lo que referimos, en otras ocasiones nada ofreceria de extraordinario, mas en el caso presente merecía llamar la atencion de todos, porque eran dias en que la guerra se hacia con un encarnizamiento sin igual.

Y despues de visto lo que pasó en Los-Arcos ¿quien es el hombre capaz de creer que las cosas continuasen bajo el mismo regimen de atrocidad que hasta entonces y acaso mayor? Mina como si se hubiera ofendido del trato generoso de su rival, pocos dias despues dejó asesinar en sus mismos lechos á unos cuantos heridos carlistas que se encontraban en el hospital de Ituren. Como la

gravedad de sus heridas no permitiese traladarlos al nuevo hospital á donde habian sido conducidos los compañeros de estos desgraciados, el coronel Sagastibelza consultó á Zumalacarregui lo que debería hacer de ellos; el general le contestó: que una vez que no podian conducirse, los dejase en donde estaban, pues se debia creer que las tropas cristinas, aun cuando llegasen á Ituren, los respetarian, si no por su lastimoso estado, á lo ménos en consideracion al modo como los Carlistas se habian conducido con sus heridos en Los-Arcos. Aquí se vé por lo ménos que Zumalacarregui hacia el honor á Mina y á sus generales de atribuirles sentimientos mas humanos que en realidad tenian.

En estos dias tambien el sanguinario Mina condenó á la pena de garrote en público cadalso, que se ejecutó en Pamplona, á D. Pablo Modet, propietario de consideracion y vecino de Estella, sugeto lleno de bondad y de un carácter pacifico, y el que no solo jamas tomó parte activa en la guerra, sino que tambien renunció al cargo de vocal de la junta gubernativa de Navarra con que le brindaron los Carlistas en un principio; de modo que nunca salió del seno de su familia. Resentimientos particulares de época muy anterior, ó inicua é inhumana polí-

tica, debieron ser causa de esta ejecucion. Si por tener Modet dos hijos sirviendo en las filas carlistas se propùso Mina dar á la Navarra un ejemplo de escarmiento y aterrar á los demas padres, el sacrificio de la noble víctima, mas que favorable fué perjudicial y contrario á su intento.

El único rasgo de humanidad que hemos encontrado en Mina durante el tiempo de su mando, fué el de restituir á Zumalacarregui su tercera hija que hallándose en lactancia á las inmediaciones de Pamplona, el general Armildez de Toledo que mandaba en esta plaza, habia ordenado la condujesen á la ciudad. Pasado ya un año, el padre se la reclamó á Mina y este al mismo tiempo que dispuso se le entregase, le contestó diciendo que ignorante de la prision ó arresto como de la existencia de la niña, no lá habia mandado poner ántes en libertad. Sin rebajar nada á la buena accion que hizo Mina devolviendo al padre una niña de diez y ocho meses, debemos añadir que en una ocasion que Zumalacarregui pasó por el pueblo donde residía la respetable y anciana madre de aquel general, esta señora se presentó á hacer cierta reclamacion al Carlista y la obtuvo.

A excepcion del suceso de que hacemos mérito, donde quiera que se busque á Mina, será

fácil encontrarlo por las huellas de sangre y de devastacion que marcan sus pasos. La Navarra contará siempre como una de sus felicidades el que plugiese á la Divina Providencia tenerlo en sus últimos años casi perpetuamente encerrado en su palacio; pues á no ser así, los males hubieran sido mucho mayores.

El órden cronológico de los sucesos nos conduce á hablar ahora de lo que pasaba en los extremos del teatro de la guerra.

Por consecuencia de algunos cambios que Zumalacarregui habia hecho, el general Eraso volvió á mandar la Vizcaya, y el brigadier Gomez remplazó á D. Bartolome Guibelalde en Guipúzcoa. Los batallones Vizcainos entre tanto habian hecho tales progresos en la disciplina que podian ya rivalizar con los mas sobresalientes de las otras provincias. La desunion que reinaba entre sus gefes naturales fué la causa del retardo y no la falta de resolucion y valor de los Vizcainos que en todos tiempos han sido grandes. El general Eraso hizo una incursion con ellos en Castilla, y cerca de Medina-de-Pomar tuvo la suerte de destruir completamente un regimiento provincial, al que tomó un gran número de prisioneros. Entusiasmados y contentos los Vizcainos con el éxito de esta jornada, volvieron á

su pais sin haber sido molestados, ni en la ida, ni en la vuelta por el general Espartero su constante perseguidor. Se dice que entonces se encontraba este, hoy tan célebre personaje, mas ocupado que nunca en convoyar los objetos de comercio que pasaban de Bilbao á Vitoria.

El paso periódico y constante de Espartero siempre por un mismo camino, suministró á un paisano que habitaba uno de los caseríos situado entre Llodio y Luyando la idea de atentar á la vida de aquel general, empleando un medio que por lo original merece contarse. Algunos han dicho que el resentimiento del paisano nacía de que los soldados esparteristas le habian robado la casa; otros de que lo maltrataron, pero nosotros creemos que el Vizcaino se persuadió que con solo matar al general cristino, la guerra y los males de su pais tendrian un termino : y reflexionando de continuo sobre aquella marcha tan uniforme como ordinaria que hacia Espartero desde Orduña á Bilbao, tomó un grueso tronco, y haciendo de él una especie de cañon, lo puso en paraje desde donde se dominaba el camino real, cargándolo hasta la boca. Como el paso de Espartero por allí era casi infalible, cuando llegó el caso, el paisano dió fuego á su pieza y en seguida hecho á correr. Los soldados

cristinos treparon inmediatamente la altura de donde habian visto salir el tiro y encontraron por consecuencia del disparo el tronco hecho pedazos. Hasta entonces todo probaba que el culpable no fuese mas que uno. A pesar de estos indicios y de la facilidad que habia en averiguar quien fuese, la infeliz villa de Luyando, como la mas próxima al lugar de la escena, fué en el momento entregada á las llamas. De las sesenta casas que contaba, mas de la mitad quedaron reducidas á cenizas; y si todas no sufrieron igual suerte, debe atribuirse á que los gefes incendiarios las necesitaban en aquel momento para albergarse en ellas. Semejantes escesos lejos de servir á la pacificacion, irritaban cada vez mas á los habitantes de Vizcaya. Incendiar las villas y hasta las grandes ciudades puede ser en algunos casos necesario en la guerra, las leyes mas rigurosas lo autorizan ó conceden; mas el hacerlo únicamente por vengar una injuria de pura personalidad, mezclando al inocente con el culpable, es, á la verdad, una cosa que no pertenece á los hombres grandes de ningun tiempo.

Al ver Zumalacarregui que Mina dirijia cada dia nuevos refuerzos al Baztan, y que todo el afan de este general se reducia á cerrar enteramente á los carlistas su comunicacion con Fran-

cia, dió una nueva organizacion á las operaciones de las tropas que destinó á aquella parte. El coronel Sagastibelza consumado práctico y verdadero gefe del pais mas cercano ó limítrofe á la frontera, con el 5° y 8° batallon de Navarra era el que al través de las colunas y de los muchos puntos guarnecidos, penetraba hasta allí, recibia los salitres y las demas cosas que le presentaban los comisionados de S. M., y los conducia al interior. Mas no era esto solo lo que hacian estas fuerzas: Sagastibelza apoyaba su derecha en el 7° y 9° batallon de Navarra que mandaba el coronel Elio, y su izquierda en los batallons guipuzcoanos dirigidos por el brigadier D. Miguel Gomez; estos tres gefes aunque tenian instrucciones y mandos diferentes debian sin embargo obrar de un comun acuerdo y conformidad en varios casos. Zumalacarregui los habia elegido como los mas capaces en su concepto de conciliarse entre sí y de llenar sus deseos. Protegido el coronel Reina por todas estas fuerzas, conducia desde un lugar á otro sus nuevas piezas de obuses y morteros, y las ensayaba contra los fuertes, particularmente contra el de Elizondo. Luego que las colunas cristinas sentian el estruendo del cañon, se apresuraban á marchar al socorro de la guarnicion amenazada, pero ántes de que llegasen, Reina, por caminos desusados

retiraba de allí las piezas y las ponia á salvo. Los batallones carlistas libres entonces de todo embarazo situandose convenientemente, aguardaban la llegada de los Cristinos y los atacaban. Algunas veces estos combates no eran ni muy empeñados, ni mortiferos, pero siempre ocasionaban muchas bajas al ejército cristino, y en resultado final el sostenimiento de las guarniciones era la mas segura ruina de los de Mina. Sin embargo, éste no era hombre que desistiese con facilidad y se mantuvo constantemente en su resolucion de hacer la guerra sobre la frontera, sin desengañarse que todas sus diligencias y esfuerzos no bastaban á cerrar el paso á los Carlistas ; y esto á pesar de la correspondencia particular, amistad y buena inteligencia que reinaba entre Mina y el general comandante de los bajos Pirineos, conde de Harispe.

Deseoso Zumalacarregui de atacar la guarnicion de Maestu, dió órden á Reina y á Sagastibelza de que amagasen la de Elizondo, concentrando las fuerzas posibles sobre las inmediaciones de esta villa, afin de que los Cristinos acudiesen hácia aquel punto. Señalado el dia y hallándose Oráa con su division ocupado en la parte de Salvatierra, Zumalacarregui condujo el cañon *Abuelo* contra Maestu; pero ántes de forzarlo á

rendirse, llegó en su socorro una fuerte coluna que viendo el peligro en que estaba la guarnicion, la levantó. Este suceso causó grande satisfaccion, porque Maestu, vecino á la Amezcoa y á los lugares donde los Carlistas tenian los hospitales militares y los talleres, era uno de los mayores estorvos y exigia una grande vigilancia.

Retirado el *Abuelo* del frente de Maestu, Zumalacarregui se dirigia hácia el valle de Ollo con intencion de salir hácia al de Araquil al encuentro de Oráa, cuando al pasar por Cirauqui observó que de la parte de allá del Arga desfilaba desde Puente-la-Reina á Larraga una division enemiga : era esta la de Lorenzo, mandada ahora por el marques de Villacampo. Zumalacarregui tenia allí ocho batallones, miéntras que su contrario contaba lo mas seis ó siete ; y como esta ventaja estaba pocas veces de parte de los Carlistas, se resolvió á salirle al encuentro por el puente de Mendigorría. Mucha fué la actividad de las disposiciones y no ménos la rapidez con que caminaron los batallones ; pero sin embargo se dieron tal priesa los Cristinos, que cuando los tiros de los Carlistas llegaron á alcanzarlos, la vanguardia de Villacampo estaba ya pasando el puente de Larraga : la retaguardia tomó posicion

sobre la izquierda del Arga, y resistió por algunos momentos, hasta que por fin se vió obligada á pasar tambien el puente. El coronel ayudante de estado mayor D. Cárlos Vargas, que en este momento iba de los primeros, recibió una herida grave que los facultativos calificaron de mortal. Zumalacarregui tuvo un gran sentimiento al saberlo, porque Vargas era una de las personas de su mayor confianza y uno de los dos ayudantes secretarios. En esta ocasion tambien fué herido el capitan de caballería D. Gregorio Oyar, conocido entre sus compañeros por *Malcasco*, oficial mas valiente que hábil. El capitan Henninseng en sus memorias ha dado una idea algo exagerada de Oyar, lo que nos obliga á justificarle. Este combate ocurrido á las inmediaciones del puente de Larraga sucedió el 8 de Marzo y costó á los Carlistas doscientos hombres.

La principal pérdida consistió sin embargo en haber dejado pasar la oportunidad de atacar á Oráa, como Zumalacarregui pensaba, y lo hubiera hecho á no haberse empeñado en el combate contra Villacampo. El tiempo que en esto empleó le falto despues para tomar á Oráa la delantera, y por lo mismo al saber en Val-de-Ollo que este general se habia ya adelantado hizo

alto para que sus tropas descansasen y observar al mismo tiempo los movimientos que no podian ménos de hacer los Cristinos, pues que segun su órden, Sagastibelza iba á embestir de nuevo y con mayor vigor que nunca lo habia hecho á la guarnicion de Elizondo. En efecto, el 10 de Marzo á pesar de un temporal terrible de ventiscas, agua y nieve se oia claramente en Val-de-Ollo el estallido del mortero. Zumalacarregui, con el fin de estar mas próximo á las escenas del Baztan, se pasó aquel dia con sus tropas al otro lado del camino real de Irurzun á Pamplona. Este movimiento preventivo le salió bien, pues miéntras que él atravesaba los valles de Gulina y Atez con el objeto de aproximarse mas á Sagastibelza, Oráa salía de los Berrios, pueblos inmediatos á Pamplona, y marchaba paralelo al socorro de los de Elizondo. Todo el dia se hallaron las dos colunas á la misma altura, pero sin verse. La vanguardia carlista fué la primera que descubrió la de su enemigo al entrar en el pueblo de Elzaburu; ésta circunstancia le facilitó la ventaja de poderse poner inmediatamente á cubierto para observar mejor sus movimientos. Zumalacarregui colocando silenciosamente los batallones detrás de las casas del pueblo de Oroquieta, distante poco

mas de un tiro de fusil de Elzaburu, se persuadió que Oráa mandaría allí parte de su gente á alojarse: primero, porque la tarde declinaba; segundo, porque para ir desde aquellos pueblos al Baztan hay necesidad de pasar el puerto de Belate ú otro de los inmediatos, en los cuales no existe lugar alguno donde poder alojarse; y tercero, porque siendo Elzaburu como todos los pueblos que por allí se encuentran de muy corto vecindario, no podrian ménos de servirse los Cristinos de Oroquieta para acomodar parte de su tropa. Las presunciones de Zumalacarregui se realizaron al momento: tres batallones se avanzaron hácia donde él estaba, bien agenos de encontrarle allí; pero como la guerra se hacia con tal prevision y vigilancia, no pudieron al recibir la primera descarga sorprenderse. Un tenaz combate se emprendió al instante: los Cristinos estendieron su derecha considerablemente á fin de reconocer si los Carlistas tenian tomado el paso de Baztan, y con éste objeto subieron á las primeras alturas que les fueron disputadas con teson por el 6° batallon de Navarra mandado por D. Pablo Sanz. Con la venida de la noche cesó el combate. Los Cristinos se concentraron todos sobre Elzaburu y los Carlistas sobre Oroquieta. En este momento

Zumalacarregui creia todavía que era solo la division de Oráa la que tenia á su frente, y en éste concepto habia dado las órdenes para que el sitio de Elizondo se continuase; mas habiendo sabido durante la noche que era Mina en persona el que tenia delante y que venian con él no una sino dos divisiones, mandó á Sagastibelza que inmediatamente levantase el sitio, pusiese con una parte de sus fuerzas las piezas en seguridad y que el resto viniese á combatir el enemigo.

Luego que amaneció, Mina salió con sus tropas de Elzaburu y se dirigió hácia el Baztan. Zumalacarregui por su parte hizo al instante lo mismo. Los caminos que llevaban eran diferentes, pero muy vecinos el uno del otro. Cubierta la tierra de cerca de una cuarta de nieve, la templanza del dia la derritia y con esto el fango era un grande impedimento para marchar: los de Mina iban por el mejor camino: Zumalacarregui pretendia atacarlos de flanco, mas el terreno no se lo permitia; finalmente, cerca de un punto que llaman las *Siete Fuentes*, en jurisdiccion, creémos, del pueblo de Donamaría, los Carlistas se aproximaron á sus adversarios y los atacacaron. Los Cristinos comenzaron desde luego á batirse en retirada y lo hicieron como hombres que pelean por la vida. Sobre un

campo de los mas desiguales, y donde apenas habrá un palmo de terreno que no esté en gran declive, donde los precipicios y los peñascos se presentan por todas partes, vimos hacer las evoluciones mas precisas, mas oportunas y mas utiles, á una compañía de caballería cristina.

No obstante, si los Cristinos se salvaron aquel dia, lo debieron á la direccion que trajeron las fuerzas mandadas por Gomez y Elio, porque si hubiese dado la casualidad de que estos viniesen á salir de frente á los de Mina, como lo hicieron de flanco ó retaguardia, la pérdida de estos era indudable. Elio ni Gomez no podian saber positivamente la verdadera direccion de los Cristinos; todos creian que irian á Elizondo por el camino mas recto, y despues se vió que su objeto era dirigirse primeramente á Santesteban, donde tenian tambien guarnicion. Sin embargo, Gomez llegó á tiempo para tomar una parte activísima en el combate : los Guipuzcoanos que mandaba, hacian todavía á las nueve de la noche un vivo fuego contra la retaguardia de Mina, y una hora mas tarde entraba éste general en Santesteban en completa derrota, despues de haber perdido mucha gente, y hasta la litéra en que por causa del mal estado de su

salud se hacia conducir. El 10^mo^ batallon de Navarra que por la primera vez entraba en combate, se portó con suma bizarría; siendo el único que tuvo una pérdida de consideracion, pues de sus ocho capitanes, cinco fueron heridos: su comandante D. Teodoro Carmona mereció los mayores elogios de parte de Zumalacarregui; el ayudante del comandante general de Guipúzcoa, D Isaac Ramery, al tiempo de ir á comunicar una órden, recibió una grave herida.

Al retirarse del campo de batalla, pasada media noche, el general carlista llevó sus tropas á Oroquieta, extendiéndolas desde allí por todo el valle de Ulzama, á fin de que se repusieran un poco de la grande fatiga que habian sufrido en aquellos últimos dias. El 14 de Marzo, Zumalacarregui reunió nuevamente sus batallones, y viendo que las fuerzas cristinas en su mayor número estaban dentro del Baztan, marchó rápidamente hácia el Araquil; y pasándo á la derecha de este pequeño rio, hizo destruir los puentes de Izurdiaga, Irurzun y Erroz; y dejando alguna fuerza de observacion sobre estos parajes, vino con el resto á poner sitio á la guarnicion del fuerte de Echarri-Aranaz. El 15 al amanecer se sentia ya el ruido del cañon *Abuelo*

y de un obus de los fundidos por Reina. El fuerte tenia para su defensa tres piezas, aunque de menor calibre, mas de cuatrocientos soldados, y en bastante abundancia todos los artículos de boca y guerra. La resistencia que hizo la guarnicion fué de las mas tenaces, y ciertamente no hubieran triunfado de ella los Carlistas á no haber recurrido al auxilio de la mina. El brigadier de artillería D Joaquin Montenegro fué encargado de esta operacion. Los sitiados apenas se apercibieron de los trabajos de la mina, arrojaron hácia el lugar donde se abria tal cantidad de granadas de mano, que consiguieron se prendiera el fuego en las casas mas próximas al fuerte, que en su mayor parte eran de madera. No obstante éste incidente, Montenegro por entre cenizas y carbones abrió nueva mina, la terminó, y finalmente llegó el caso de dispararla. De resultas de la explosion, una considerable parte del recinto vino á tierra, y entre sus escombros quedaron envueltos cuarenta ó mas soldados cristinos. A pesar de esto los sitiados se resistian todavía, hasta que el 19, no el gobernador, sino los soldados, saliendo por las brechas se entregaron á discrecion y sin ninguna formalidad ni capitulacion. Todo el tiempo que duró el sitio, Zumalacarregui en persona diri-

jió el obus ; pero esto no lo hacia tanto por una puerilidad, entretenimiento, ó falta de quien lo hiciese, como por economizar las municiones, de las cuales habia siempre una grande escasez. Sin embargo de haberse apoderado del fuerte, sin contraer como se ha visto empeño alguno, trató generosamente á la guarnicion, pues que todos los oficiales obtuvieron sus espadas, equipajes y la libertad de retirarse á Pamplona, y el gobernador ademas de una acogida lisongera, mereció el que Zumalacarregui le diese una certificacion firmada en que decia, que habia cumplido fielmente con su deber. A la tropa á su peticion misma, se la incorporó en las filas carlistas : los artilleros del fuerte de Echarri-Aranaz fueron los primeros soldados que de ésta arma hubo en el ejército carlista.

En este sitio fué herido aunque levemente en la cabeza el general D. Bruno Villarreal, al tiempo que pasaba por una calle. El mismo Zumalacarregui estuvo muy expuesto á perecer por un incidente bien singular. Del exámen que entonces se hizo respecto al modo que esto tuvo lugar, resultó que los artilleros del fuerte, engañados por la apariencia que en medio de la noche ocasionaban las sombras de varios soldados que giraban de aquí para allá en la vecindad

de una grande hoguera, dirijieron la puntería de sus piezas rasante al ángulo del edificio, trás del cual se ocultaba la hoguera, pero la bala en lugar de tomar aquella direccion, dió de lleno sobre el flanco de la casa que estaba al descubierto. Zumalacarregui que se alojaba hácia esta parte, dormia en este momento, y la bala agujereando la pared, pasó rasando solo algunas líneas sobre su cabeza, de modo que todo la cama se llenó de escombros.

El cañon *Abuelo* resentido del sumo trabajo que entonces hizo, comenzó á mostrar su decrepitud rajándose por la boca. Fue preciso cortarle entonces mas de un pie de su longitud y ponerle dos fuertes argollas de hierro para que el mal no pasase adelante. Los soldados que para olvidar las fatigas de la guerra buscan siempre en las cosas mas ténues un entretenimiento ó distraccion, decian en esta ocasion que el *Abuelo* habia obtenido en recompensa de sus grandes servicios el grado de teniente coronel.

Justo es que hagamos en este lugar mencion del capitan de artillería, D. Rufino Roman de Trovo, compañero inseparable del tan célebre cañon, siendo el único oficial que dirijió siempre sus fuegos. Zumalacarregui al ver la grande fa-

tiga con que manejaba aquella roñosa mole, aunque siempre con entusiasmo, le animaba diciendo — »Trovo, el dia llegarrá en que haré »pinten á V. junto el cañon. »

Antes de abandonar Zumalacarregui á Echarri-Aranaz, no queriendo que su triunfo causase la desolacion de los infelices cuyas casas se habian incendiado durante el sitio, los hizo llamar, y aunque su escasez de metálico fuese muy grande, mandó darles una cantidad suficiente á enjugar por el momento sus lágrimas. Singular contraste por cierto con lo que al propio tiempo estaba haciendo Mina en el Baztan, como veremos muy pronto.

Desde Echarri-Aranaz Zumalacarregui fué á sitiar el fuerte de Olazagoitía. El edificio era muy sólido, y así la artillería carlista no pudo hacer un grande efecto. No obstante se batieron las obras nuevas construidas al exterior; pero entre tanto se juntó en Salbatierra una coluna, y se avanzó al socorro de la guarnicion. Al aproximarse aquella, el general carlista se retiró con su gente y el *Abuelo*. Los Cristinos levantaron la guarnicion, y el pueblo quedó desembarazado. Quitado este obstáculo, las comunicaciones de Guipúzcoa con Navarra resultaron mucho mas breves y fáciles.

Algunos de nuestros lectores estarán sin duda impacientes por saber lo que hacian Mina, Oráa y demas generales en el Baztan, pais no muy lejano del paraje donde ocurrieron las últimas escenas de que hacemos mérito, y preguntarán quizá tambien el cómo fué que no vinieron en los cinco dias que tronó el cañon de Echarri-Aranaz, y en los dos de Olazagoitía, al socorro de los sitiados. Fieles nosotros en la narracion de los sucesos que entonces pasaron, expondremos la causa.

Exasperado Mina con la embestida pasada de Zumalacarregui, y con que el Baztan por sí solo fuese un foco donde nacian incidentes bastantes para absorver por entero su atencion, sin poder no obstante sus guarniciones y la contínua asistencia de un gran número de sus fuerzas, subyugarlo, aburrido hasta el extremo con aquel contínuo ensayo de obuses y morteros que los Carlistas hacian todos los dias contra los fuertes de Elizondo, creyó que miéntras no pudiese privarles del material la cosa iría mas adelante, y que sus guarniciones todas estaban en inminente peligro. Mina á fuerza de la mucha experiencia que tenia, sabía bien que el llevar un tren de batir cualquiera que éste sea, ya bueno, ya malo, pequeño

ó grande, no es cosa fácil en un pais como el Baztan, aun cuando solo lo condujesen con las carretas de bueyes propias de la tierra. No podia ignorar tampoco el modo y la dificultad con que los Carlistas habian fundido las piezas : así lo que le interesaba, era saber, no donde se hacian, sino donde se ocultaban las nuevas piezas con que Reina se presentó hacia pocos momentos delante de Elizondo. Para adquirir tan interesante noticia, recurrió Mina á uno de los mas terribles medios. En la suposicion de que entre los habitantes del pueblo de Lecaroz se encontraba el secreto del lugar donde se ocultaban las piezas, pues que vivian á solo un tiro de distancia de Elizondo, hizo por primera providencia poner presos á todos los varones, y porque no satisfacieron á la pregunta los mandó inmediatamente sortear y pasar por las armas. Y como si con esto solo no quedase llena la medida de su crueldad, ordenó se pusiera fuego á toda la poblacion. De esta suerte, el incendiario de Castelfollit pudo ofrecer un espectáculo igual á su pais.

Tamáños ejemplos de terror no pudieron arrancar el secreto si acaso estaba entre los habitantes de Lecaroz : la prueba es que sufrieron el martirio. Otros medios y diligencias propor-

cionaron al fin á Mina el descubrir el lugar donde se ocultaban las piezas, y como éste se hallaba tan cerca pronto las tuvo en su poder; pero estos troféos con que al momento regresó á Pamplona no fueron suficientes para sostenerle en el mando. El Gobierno cristino habia visto ya en las operaciones de estos últimos dias, y en el suceso de Lecaroz especialmente, que Mina no era el hombre que le convenia, pues-que lejos de contrarestar en el espíritu público el ascendiente de Zumalacarregui, le daba todos los dias nuevo valor y consistencia con lo bárbaro de su propia conducta.

Al retirarse Mina del Baztan dejó en él toda la division de Oráa y á este general encargado de las operaciones. Desde este momento la guerra fué seguida con mas método, pero reducida á un estado puramente defensivo, concluyó aquel como despues se verá, por abandonar el pais á los Carlistas.

Un nuevo enemigo comenzaba entonces á darse á conocer en el teatro de la guerra de Navarra: éste era el comandante D. Leon Iriarte llamado por otro nombre *Charandaja*, el que como antiguo oficial de Mina, durante la guerra de la independencia, se asemejaba mucho en sus cualidades á Iturralde, y hasta habia tambien seguido

el mismo órden de vida. Mina confió á Charandaja un batallon compuesto de la hez de los naturales, con el que de continuo hacia frecuentes salidas de Pamplona, recorriendo de paso los valles de Orba y Aybar y la tierra entre Aoiz, Lumbier y Sangüesa. Su objeto principal era impedir el que estos pueblos facilitasen los granos que se les pedian por parte de los Carlistas para el sosten ó manutencion de sus tropas; pretexto que servía á Charandaja por otra parte para arrebatar sin conmiseracion cuanto tenian los labradores en sus casas, y conducirlo á los puntos fortificados mas próximos. A Iriarte opuso Zumalacarregui Cordeu y Lucus, con los cuales tuvo el primero varios encuentros, pero ninguno muy decisivo, porque Charandaja sobre mandar una fuerza doble que la de Cordeu y Lucus, operaba sobre un terreno circunvalado de guarniciones, las que apenas se travaba combate, venian al socorro de los suyos.

Antes de terminar este capítulo, haremos mencion del escuadron que con el título de defensores de la legitimidad creó Zumalacarregui por este tiempo, con motivo de los muchos oficiales nacionales y estrangeros que diariamente se presentaban en las filas carlistas. Pro-

vistas todas las plazas de los batallones y escuadrones existentes, el número de los oficiales escedentes, de caballería particularmente, era todavía muy considerable. El general los reunió todos en un cuerpo bajo el inmediato mando del brigadier D. Juan Bellengero que acababa de presentarse. Por consecuencia de esta disposicion, se vieron desde luego tener ingreso en el escuadron de oficiales muchos hombres de un nacimiento, crédito y capacidad bastante notables, y hacer sin repugnancia y hasta con cierta satisfaccion el servicio de simples voluntarios. Durante los primeros dias que siguieron á la creacion, se vieron entre los nombres que pertenecian á este escuadron los de Arjona, Cabañas, Freyre, Balmaseda, Henninseng, Latorre, Sancho, Moral Caraza, Quevedo, Soto, Hortelano, Saiz, Sarraminaga, Vial y otros varios que no recordamos, pero que mas adelante se han distinguido la mayor parte y provado en el desempeño de otros cargos su valor é inteligencia.

Otro escuadron poco ménos numeroso que el de la legitimidad formaban los ayudantes de Zumalacarregui, y los nombres de Berdiel, Lacy, Reina, Plaza, Caces, Urra, Barres, Martinez, Benavides, Aezquivel, Arjona, Pavía, Eraso,

Cisneros y otros no ménos conocidos figuraban en él.

Al citar estos nombres no podemos pasar en silencio el de D. Javier Jauregui, paisano, amigo y antiguo compañero de caza de Zumalacarregui, quien conducido del particular afecto que profesaba á éste, tomó parte en la lucha. Este honrado Guipuzcoano, simple carpintero antes de la guerra, ha sido el primero que ha ejércido entre los Carlistas las funciones del ingeniero, prestando servicios de la mas grande importancia; servicios que sin duda le hacen acreédor á este parrafo especial en una obra dedicada á la memoria de Zumalacarregui.



## CAPITULO VIII.

Constancia del Gobierno cristino. — Nuevos refuerzos que manda al ejército de Navarra. — Accion de Arroniz. — Valdés ministro de la guerra y general en gefe del ejército cristino. — Negociacion entablada con la Inglaterra para regularizar la guerra. — Zumalacarregui en Lecumberri. — Accion de Ezcurra. — Progresos del ejército carlista. — Zumalacarregui en Mondragon y Valdés en Vitoria. — Disposiciones de aquel. — Valdés invade la Amezcoa. — Sus maniobras y las de Zumalacarregui. — Accion célebre de Artaza. — El ejército cristino se replega en derrota sobre Estella. — Acantonamiento de los batallones carlistas en la Berrueza. — Llegada de Lord Eliot al cuartel general de Zumalacarregui. — La estipulacion sobre el cange de prisioneros queda firmada. — Vizcainos y Guipuzcoanos vencen á los cristinos en Garnica. — Zumalacarregui ataca la guarnicion de Irurzun. — Toma de Treviño. — Los Cristinos retiran la guarnicion de Estella. — Muerte del coronel D. Cárlos O-Donell. — Sitio de Villafranca de Guipúzcoa. — Espartero es sorprendido y completamente deshecho en el alto de Descarga. — Oráa es derrotado al retirarse del Baztan. — La guarnicion de Villafranca capitula. — La de Tolosa se retira á San-Sebastian. — Las de Vergara y Eybar se entregan. — La de Durango huye. — La de Ochandiano obligada á rendirse. — Zumalacarregui marcha sobre

Bilbao. — Causas que le resolvieron á esta operacion. — Primer dia de ataque. — Zumalacarregui es herido. — Lo conducen á Cegama. — Su muerte. — Juicio sobre él.

Por este tiempo el Gobierno cristino lejos de arredrarse con los continuos reveses que sufrian sus armas, parecia que tomaba por norma de su conducta, aquella misma perseverancia que atribuyen los historiadores al Senado romano, cuando oponia á Anibal ó á la heróica Numancia un nuevo ejército que remplazase al que acababa de esterminar el acero español ó cartagines. Así ántes de que pasara el mes de Marzo, ya se vió entrar en Navarra un considerable refuerzo conducido por el general Aldama. El silencio con que la nueva division no solamente pasó el Ebro sino que se vino acercando hácia la base de operaciones del ejército cristino, siendo tan contrario á lo que en anteriores ocasiones se habia visto hacer á sus gefes, confirmó desde luego la noticia, que casi al mismo tiempo corrió entre los habitantes, de que Aldama tenia la órden de observar únicamente á los Carlistas sin venir jamas á las manos. Grande debió pues ser la sorpresa de

aquel al encontrar tan pronto lo que en modo alguno buscaba.

Aldama despues de reforzar la division que conducia, con varios de los batallones que ántes de su llegada existian en el teatro de la guerra, á pesar de la prudencia y cautela con que obraba, se arriesgó á pisar las faldas del Montejurra, montaña aislada y que por lo mismo se debe considerar como la centinela avanzada de todas las que rodean á Estella. Miéntras que esto sucedia, Zumalacarregui acababa de llegar con ocho de sus batallones al valle de Ega, donde á la sazon se encontraba su caballería; y al tener noticia de la aparicion de esta fuerza enemiga á poco mas de una hora de distancia, se dirijió sin retardo á su encuentro. Marchaba Zumalacarregui el primero y algo adelantado de sus batallones, cuando al llegar á una pequeña eminencia por la cual pasa el camino que va de Luquin á Arroniz, descubrió á muy corta distancia la division cristina. Retirándose entonces algunos pasos para no ser visto de ella, hechó pie á tierra y dió la órden á sus tropas de hacer alto y de sentarse ó echarse sobre el mismo camino por donde venian y en el mismo órden de marcha que traian. La division cristina se dirijia en este momento hácia

las eras de Arroniz, situadas al pie de la altura que ocupaban los Carlistas, con el objeto segun se vió luego, de hacer alto y de formar allí sus masas; pero como la proximidad de ambas fuerzas era tanta, Zumalacarregui temiendo que solo el simple rumor de la gente bastase á descubrirlo, mandó que se observase el mas profundo silencio, ordenando al mismo tiempo á los que le acompañaban el que se retirasen algunos pasos; y fijando en seguida la atencion en la enorme masa de enemigos que se ofrecia á su vista, no pudo ménos de prorrumpir en una exclamacion á causa de que le parecia constar de una fuerza muy superior á la qué segun sus cálculos podia reunir allí tan pronto el Gobierno cristino; esto sin embargo no pudo hacerle cambiar la resolucion que traia de acometerla, y lo habria verificado en el instante mismo á no haberse propuesto aprovechar una oportunidad que esperaba. Zumalacarregui contaba con que sus adversarios (como ya sus disposiciones preparatorias lo indicaban) dejarian las armas en pavellon y entonces pensaba caer desde la altura sobre ellos ; pero esto no llegó á verificarse porque los Cristinos ántes de romper filas y permitir al soldado el que se separase de sus armas, mandaron á las cumbres vecinas destacamen-

tos de cazadores con algunos caballos para que las reconociesen, lo que puso á los Carlistas en la necesidad de descubrirse, á fin de salirles al encuentro.

A la primera señal de alarma, Aldama que tenia todos sus cuerpos formados en masa, destacó algunos para que subiesen á la altura. Los dos batallones navarros que iban en cabeza no siendo bastantes para resistir el ataque simúltaneo de las tropas cristinas, iban á dejar su posicion; pero ántes de que estas se establecieran en ella, fueron desalojadas por el 6° batallon de Navarra, mandado por D. Pablo Sanz y D. Manuel Gonzalez del Campillo. Los Cristinos entonces queriendo utilizar su superioridad numérica, dieron mayor extension á la línea de batalla, y prolongándola sobre su derecha, ocuparon el pueblo de Arroniz. Posesionádos ya de esta villa se avanzaron contra el flanco de los Carlistas, quienes por su parte acudieron tambien á recibirlos, atacándoles con tal resolucion que los obligaron á buscar un apoyo en algunos edificios exteriores, y en especial en las paredes del átrio de un santuario que domina el pueblo, llamado Nra. Sra. de Mendía. Llegadas las cosas á este estado, los Carlistas faltos de artillería, no podian continuar el

ataque sin mucha desigualdad y sin exponer tambien los habitantes de Arroniz á toda clase de excesos y de horrores, motivos por los que Zumalacarregui dió órden á sus tropas para que se replegasen sobre los lugares de Urbiola y Villamayor que solo distaban hora y media; donde al llegar siendo ya de noche las mandó alojar. Apenas amaneció el dia siguiente, cuando la marcha que tocaban las cajas y cornetas cristinas en Arroniz se dejaron oir en los cantones que ocupaban los Carlistas, y suponiendo que tal vez fuese para venir á su encuentro, Zumalacarregui despues de reunir los batallones los colocó en posicion. Terminadas estas disposiciones y viendo que aquellos no parecian, se avanzó el general Carlista con toda su caballería hasta dar vista á Arroniz. En esta disposicion esperó á que los de Aldama pronunciasen su movimiento, que pocos instantes despues comenzaron en direccion de Sesma y Lerín, llevándose consigo sus heridos, que segun las noticias mas exactas pasaban de seiscientos. Zumalacarregui siguió por espacio de mas de una legua el alcance de la retaguardia de los Cristinos; pero en vista de la suma precaucion y buen órden con que se retiraban, consideró inoportuno el ir mas adelante, y se volvió á

Arroniz. Aun no habia acabado de entrar en esta villa, cuando un terrible aguacero descargó sobre las tropas de Aldama.

En Arroniz supieron los Carlistas muchas particularidades curiosas, relativas al combate del dia precedente; así como la enorme pérdida que habian sufrido las tropas cristinas, y el sentimiento profundo que experimentó Aldama por este inesperado acontecimiento. Nosotros sin embargo, no atribuimos esta última circunstancia, sino á la órden que tenia de conservar intactas sus tropas para la campaña que debia comenzar muy en breve, bajo la direccion, mando y asistencia personal, de uno de los miembros dal gabinete cristino.

Este miembro era el general D. Gerónimo Valdés, ministro de la guerra, quien ántes de hacer pública en el ejército la mision que por segunda vez venia á desempeñar á Navarra, procuraba mandar á este reino cuantas fuerzas era posible; y como segun sus hechos anteriores tenia principios mas razonables y filantrópicos que los demas inovadores de España, se resistia tal vez á hacer la guerra bajó el pie de barbarie que la hicieron sus antecesores, por lo que instaba á su Gobierno para que trabajase cerca del gabinete inglés con el fin de que

este interviniese en regularizarla. El ministerio tory, á cuyo frente se encontraba el duque de Welington, acogió con aprecio la proposicion; y desde entonces se dió la mayor priesa en mandar un comisionado en su nombre con esta importante mision, cuyo resultado veremos mas adelante.

Despues que Aldama se retiró con sus tropas de la vecindad de las montañas á las villas fortificadas, Zumalacarregui se vió en estado de no poder por el pronto emprender operacion alguna en la merindad de Estella; pero como la guerra continuaba haciéndose con mayor actividad en el Baztan por el empeño que los Cristinos tenian en cerrar la frontera francesa á los Carlistas, así como estos en defenderla, se vino con varios de sus batallones á Lecumberri. Este pueblo, que por su situacion central ofrecia al general Carlista el mejor y mas pronto medio de tener noticias de cuanto ocurria en todas partes, y de acudir con oportunidad á cualquiera extremo en que su presencia fuese necesaria, era mirado por él como su verdadero punto estratéjico; y muchas veces hacia concurriesen á darle cuenta los gefes que operaban independientemente en otros parajes, para informarle personalmente de todo, combinar ó recibir sus

órdenes. En la ocasion presente habian sido llamados los gefes D. Miguel Gomez y D. Joaquin Elio. Zumalacarregui conferenciaba con ellos en el momento mismo que le llegó á Lecumberri el aviso de que Oráa habia salido desde la guarnicion de Santesteban, y que se dirigia hácia la parte donde se encontraban acantonadas las tropas que mandaban aquellos dos gefes.

Se componian las de Gomez de dos batallones Guipuzcoanos, y las de Elio de otros dos Navarros; estas como mas próximas fueron casi sorprendidas en el pueblo que ocupaban por los de Oráa; de modo que para poder salvarse se vieron precisados á huir algo desordenadamente, aunque sin perder un solo hombre. Los Guipuzcoanos tuvieron entretanto tiempo para prepararse, y se dispusieron á recibir al enemigo, lo que hicieron con tal denuedo y resolucion que le obligaron á retirarse; con esto la audacia de los Guipuzcoanos creció hasta el extremo, de modo que hicieron á Oráa varios prisioneros despues de causarle una gran pérdida.

Este combate al cual dió su nombre Ezcurra por ser el pueblo que ocupaban á la sazon los Guipuzcoanos, contribuyó á poner ciert s li-

mites á las salidas de las colunas cristinas que andaban por el Baztan.

Al entrar la primavera del año 1835, todo lo que pertenecia al ejército carlista se encontraba en un estado de prosperidad que casi excedia de la que poco ántes se creia posible.

Desde que Zumalacarregui puso á D. Cárlos O-Donell á la cabeza de la caballería de Navarra, está arma hacia cada dia nuevos progresos. La florida edad de este gefe, su inteligencia y natural intrepidez parecian anunciar muchos dias de glória á las armas de su Rey; pero los suyos desgraciadamente estaban ya contados.

Apenas sus pesquisas hicieron dueño á Mina de las cuatro piezas de artillería que los Carlistas poseian en el Baztan, cuando Reina comenzó á reunir nuevamente almireces, calentadores y braseros y aunque con mayor trabajo que la vez primera consiguió no solamente fundir otras cuatro piezas sino tambien el que estas últimas fuesen mas aproximadas á la perfeccion; lo que sin duda se debió á la práctica de los fundidores.

Tambien los talleres ó armerías habian hecho grandes adelantos, especialmente la que estaba situada en un lugar de la Amezcoa llamado Ecala. La inteligencia de los hombres que allí

trabajaban, era de las mas completas en la construccion de las armas blancas y de fuego; pero faltaban los medios, con lo que todo se resentía de la miseria y escasez que pesaba sobre el Gobierno y ejército Carlista.

En las fábricas de pólvora se trabajaba con suma maestría; mas como los salitres costaban mucho dinero y este contante, sus productos ó elaboraciones eran tan escasas, que apenas alcanzaban á sufragar al consumo de la pólvora de fusil empleada en los combates; de manera, que cuando llegaba el caso de hacer uso del cañon, todo el sistema de economía y órden se resentia de este gasto extraordinario.

Así los desvelos de Zumalacarregui á quien apenas podian procurar un auxilio los esfuerzos del Gobierno, eran al presente mucho mayores que los que le rodearon al comenzar la guerra, porque la misma penuria ó escasez de medios, no le permitian pasar á la ejecucion de mayores empresas.

No pudiendo combatir á sus adversarios desde que dejaron de recorrer el pais montuoso y se retiraron á puntos fortificados, Zumalacarregui visitó el Alava y la Guipúzcoa, y por fin se fijó por algunos dias en Mondragon. En esta villa combinaba con los comandantes generales

de Vizcaya y Guipúzcoa la operacion de un sitio, cuando recibió la noticia del arrivo del general Valdés á Vitoria, como tambien la de que el número de fuerzas allí reunidas ascendia ya á treinta y dos batallones, sin las demas divisiones que separadamente operaban en el Baztan con Oráa, en Guipúzcoa con Jauregui, y en Vizcaya con Espartero.

Desde que Zumalacarregui vió formarse en Vitoria contra él tal tempestad, se dispuso à marchar al paraje que le parecia ser mejor para esperarla.

Lejos pues de conservar las fuerzas que ya tenia reunidas en aquel momento, y que excedian de catorce batallones, y mucho ménos llamar otros nuevos, destacó los compuestos de Guipuzcoanos con el objeto de que atendiesen á la defensa de su pais natal, proporcionándose tambien al mismo tiempo los recursos necesarios á su manutencion. Al general Sarasa le dió iguales instrucciones con respecto á la division de Vizcaya; y al cuartel Real que á la sazon estaba en Oñate, le hizo presente lo conveniente que seria el que se retirase hasta Segura como punto de ménos riesgo. Ejecutadas que fueron estas disposiciones, Zumalacarregui con los seis batallones navarros que le acompañaban se trasladó rápida-

mente á la Amezcoa. Enseguida esperando saber con la suficiente anticipation el movimiento de Valdés desde Vitoria para poderlos reunir otra vez, mandó á los valles circunvecinos cuatro de aquellos, con la mira de que miéntras tanto estuviesen con mayor comodidad, y pudiesen proveer con mas facilidad á su manutencion.

Se contaba el 20 de Abril cuando Valdés que se habia hecho preceder por una proclama dirijida á los habitantes (*a*) salió con su ejército de Vitoria, y tomando la direccion de Contrasta, se presentó aquella misma tarde á la vista de este pueblo. El general Villarreal que lo ocupaba con dos batallones de Alaveses, en virtud de las instrucciones que tenia lo evacuó inmediatamente, replegándose hácia Eulate donde estaba Zumalacarregui. Los Cristinos despues de entrar en Contrasta y de ocupar las pocas casas que hay en él, establecieron sus masas en los campos vecinos para pasar allí la noche, lo que terminó las operaciones del ejército de Valdés en aquel dia.

Desde el instante que Zumalacarregui recibió el aviso de la salida de aquel de Vitoria y su direccion, espidió la órden á los gefes de los

(*a*) Véase el número 13 de los documentos justificativos.

batallones acantonados en los valles de Ega y Berrueza, para que inmediatamente viniesen. En su consecuencia, antes de que amaneciese el dia 21 ya se encontraban acampados en las cercanías de Eulate, los batallones de Guias, 1º, 2º, 3º, 4º, 6º y $10^{mo}$ de Navarra, el 1º de Castilla, y el 1º y 2º, de Alava. Zumalacarregui podia á la verdad como se ha visto, haber aumentado algunos dias antes estas fuerzas; pero las dificultades de la manutencion en un pais tan estéril y exausto de todo, y la imposibilídad de maniobrar con soltura y desembarazo en un terreno tan angosto como lleno de obstáculos y de desigualdades, le persuadieron que los diez batallones que hemos citado, serian suficientes para hacer frente á los treinta y dos de Valdés.

La mañana estaba ya bastante avanzada en el momento que el ejército cristino se puso sobre las armas : poco despues comenzaron sus batallones á desfilar á la vez por dos distintos caminos, si bien ambos los conducian á Eulate. Zumalacarregui que desde muy temprano se habia venido acompañado de una pequeña escolta hasta cerca de Contrasta á fin de observar por sí mismo los movimientos del enemigo y disponer en su vista lo conveniente, mandó sin dilacion á sus tropas la órden de evacuar á Eu-

late y que emprendiesen en seguida la marcha por el camino de San-Martin de Amezcoa. Despues de haber salido del primer pueblo, Zumalacarregui los alcanzó y en un bosque que hay á mitad de camino entre Eulate y San-Martin apostó dos batallones. El objeto era el comenzar desde aquí á oponerse á la marcha de los Cristinos, caso de que la continuasen por el fondo del valle, como lo acreditó un fuego de guerrillas bastante vivo que tuvo luego principio; pero viendo que en lugar de aumentarse iba en disminucion, el general carlista habiendo querido informarse del motivo, se cercioró al momento por sus propios ojos, que por los puertos de Aranarache y Eulate subian los Cristinos á la sierra de Urbasa en fuerza considerable. En el primer instante creyó que esta no seria mas que la parte destinada á caer sobre su flanco derecho; pero como el desfile continuaba, y la evacuacion del valle iban á hacerla los Cristinos por completo, se halló indeciso sobre los verdaderos proyectos de Valdés.

En medio de esta incertidumbre mandó á D. Teodoro Carmona que subiese con su batallon 10$^{mo}$ de Navarra, por el puerto de San-Martin á lo alto de la sierra, y observase la direccion del ejército enemigo. Carmona apenas

llegó al punto designado, tuvo que comenzar el fuego contra las guerrillas que cubrian los flancos de la coluna. Estas en vez de atacarle con resolucion y arrojarle de allí, manifestaron la misma flojedad ó indiferencia que las que se presentaron al frente del bosque entre San-Martin y Eulate; de consiguiente Carmona habiendo examinado detenidamente lo que hacia el ejército cristino, dió aviso á Zumalacarregui que los enemigos conforme iban llegando á la venta de Urbasa, se formaban en masa por batallones, y que segun todos los indicios trataban de permanecer allí algun tiempo.

Esta venta ó palacio de Urbasa (pues de ámbos modos se le nombra) hácia la cual dirigian su marcha los Cristinos, es un vasto edificio de piedra, bastante solidó, de forma cuadrangular, y el único que existe en el grande espacio de la planicie de la sierra de Urbasa: extremadamente frio á causa de su elevada posicion, no se vé á su inmediacion ningun genero de cultivo, y ni aun agua se encuentra. Unicamente la yerba que allí nace atrae en el buen tiempo algunos pastores con sus ganados : por lo demas la venta es un refugio necesario en invierno para el viajero que tiene precision de pasar de la parte de Estella á la de

Salbatierra, Borunda y la Guipúzcoa, ó viceversa.

Sin embargo de los muchos motivos que hacian poco agradable la permanencia en las inmediaciones de la venta de Urbasa, Valdés se encontró satisfecho cuando vió llegar allí á su último soldado. Trece horas habia empleado el ejército en andar las tres que solo dista la venta de Contrasta, no siendo otra la principal causa de esta increible lentitud, que la necesidad en que se estaba de conducir los treinta y dos batallones á la desfilada por unos caminos tortuosos, estrechos y sumamente desiguales.

Zumalacarregui condujo tambien sus tropas á la Amezcoa baja. Al llegar aquí se cubrieron las avenidas de la sierra, mandando á esta buenos guias y prácticos, acompañados de unos 200 tiradores, á fin de mantener en vela al enemigo toda la noche con sus disparos. Despues de haber tomado estas medidas, los diez batallones se alojaron en Zudayre y pueblos inmediatos, en donde bien racionados descansaron para combatir con mas brios al dia siguiente.

Al rayar el alba Zumalacarregui dió la órden para que se tocasen durante largo rato las cornetas y cajas, y que se distribuyese á las tropas

el aguardiente acostumbrado en los dias de combate, recorriendo en seguida las compañías y animándolas con algunos discursos muy breves. A las cinco de la mañana comenzó á establecer por varias partes sus batallones, y en el concepto de que los enemigos bajarian á donde él estaba por el puerto de Zudayre á causa de que es el mas ancho y suave, colocó veinte compañías por escalones. Cerca de las ocho tuvo este órden una completa variacion; porque en lugar de descender aquellos por el citado puerto se vió que iban pasando por el borde de la sierra hácia el de Artaza. Zumalacarregui sorprendido al principio de tal movimiento, comprendió al fin que este ejército formidable no trataba ya mas que de retirarse de su vista sin combatir. Entonces con la mayor resolucion tomó cuatro batallones y subió con ellos al puerto de Artaza. Al tiempo de llegar á él, los Cristinos empezaban á salir al descubierto desde el bosque que hay mas elevado y venian á lo que luego se vió, buscando el camino de Estella. Los cuatro batallones dirijidos por Zumalacarregui en persona, á quien en este momento acompañaba el escuadron de oficiales de la legitimidad, atacaron la cabeza del ejército enemigo con suma impetuosidad, obligándola á retirarse á la espe-

sura del bosque de donde habian salido : pero poco despues habiendo llegado nuevos refuerzos, volvieron á presentarse nuevamente al descubierto y este fué el momento en que se travó un combate de los mas tenaces. Los soldados cristinos con lo sufrido durante dos noches de campamento, en un pais tan poco favorable, y el hambre que experimentaban por no haber economizado nada de las tres raciones que les habian dado á cada uno al tiempo de ponerse en marcha desde Vitoria, no es de estrañar que aflogasen algo al principio de la accion : á otros soldados en igual caso puede ser que les faltase hasta la fuerza para mantenerse en pie, mas estos eran españoles y no ménos capaces por lo tanto, de soportar la fatiga y el hambre misma que soportaron en otras ocasiones los que les atacaban. Sin embargo, debemos tambien decir que no contribuyó poco al éxito del combate el buen ejemplo que dieron á sus tropas los generales cristinos, pues que Seoane recibió á la cabeza de una de las colunas de ataque, una grave herida; miéntras que Córdova se conducia tambien admirablemente. ¡ Pero de qué gloria no se hicieron dignos estos cuatro batallones carlistas que desde una posicion desventajosa disputaron el paso por

mas de cinco horas á una masa tan formidable!

El sol habia llegado ya á la mitad de su carrera cuando Zumalacarregui ordenó que avanzasen hasta el lugar del combate dos batallones de la reserva; impacientes estos de tomar parte en la accion marcharon á la carrera, pero sucedió que sin llegar á su destino recibieron la órden de volver á donde ántes estaban. El motivo de esta contramarcha procedia de que los Cristinos se habian ya para entonces avanzado hasta cortar la línea de comunicacion que Zumalacarregui tenia con sus reservas, por medio del puerto de Artaza; de suerte que el general carlista se vió en la precision de retirarse en la misma direccion que iban á seguir los Cristinos, hasta que finalmente despues de seguir un buen trozo de la cordillera, descendió al valle de Hellin por el puerto de Chavarri.

El gefe que mandaba las fuerzas navarras que se habian mantenido en reserva (honor que mereció el autor) continuó en donde al principio se hallaba: es decir en el fondo de la Amezcoa baja, hasta las cuatro de le tarde, hora en que no sabiendo todavía ni lo que realmente habia pasado en lo alto del puerto, ni el paradero de su general, se resolvió á subir á aquel

acompañado de dos batallones para hacer un reconocimiento. Los exploradores que iban á la cabeza apenas pusieron el pie en el puerto observaron que el ejército se dirigia todo hácia Estella, escepto una division compuesta de seis á siete batallones que se mantenía formada en coluna cerrada y á pocos pasos de allí, con el objeto de cubrir la retaguardia. Luego que el 1er batallon de Navarra que iba á la cabeza tomó posicion en el alto del puerto, comenzó el ataque contra la division enemiga que ántes permanecia arma al brazo, pero que al momento opuso una gran resistencia. Despues ya fuese porque se acercaba la noche, ya porque habia llegado el momento en que deberia retirarse, ó acaso tambien porque veia aumentarse el número y la audacia de los que la atacaban, comenzó á marchar la retaguardia cristina con algun desorden. El camino era una senda muy pendiente y de las mas escabroras, por cuya razon los Carlistas dejando la huella se avanzaron por ambos flancos y desde posiciones dominantes, hicieron un fuego muy vivo sobre sus enemigos causándoles sumo daño. Cuéntase que en este momento la cabeza del ejército de Valdés entraba ya en Estella, y aunque todavía hubiese desde esta ciudad al punto en que se encontraba la retaguardia dos

leguas, el desorden que reinaba en ésta se comunicó progresivamente hasta aquella. Si la derrota no produjo una catástrofe y los Carlistas no hicieron algunos miles de prisioneros, consistió únicamente en que la aspereza del terreno no les permitia avanzar lo que quisieran; y tambien en la acertada resolucion que tomó uno de los generales cristinos de detenerse en el pueblo de Abarzuza aquella noche; proporcionando por este medio un punto de refugio y apoyo á los infinitos dispersos que anduvieron por espacio de varias horas errantes por aquellos montes. En estos momentos de retirada los Cristinos hicieron uso de los cohetes á la *congreve*, pero el desorden en medio del cual lo verificaron y la precipitacion con que se retiraban, no les permitió tirar sino muy pocos que no causaron daño alguno y ántes por el contrario produjeron grande algazara entre los Carlistas como cosa del todo nueva para ellos.

Zumalacarregui así que oyó el fuego de este combate de la tarde, volvió á subir á lo alto del puerto de Eraul presentándose sobre el flanco derecho enemigo; pero como las tropas que le acompañaban eran las mismas que habian combatido tan obstinada y valerosamente por la mañana estaban tan fatigadas y escasas de municio-

nes, que nada pudieron ejecutar de lo que en otro caso hubieran hecho.

Tal fué el resultado de la famosa accion de las Amezcoas: accion sobre la cual tanto han hablado despues los Cristinos; refiriéndola los émulos de Valdés como si fuese la derrota de Canas, y citándola por el contrario sus amigos como una de las mas señaladas victorias. El daño que sufrieron los Carlistas fué muy poco, pues no tuvieron mas que dos capitanes muertos, D. Javier Iduate, natural de Puente-la-Reina, y D. Martin Uriz, reputado entre sus compañeros por el mas valiente, á tal extremo que los comandantes de su batallon todas las veces que entraba en combate la compañía de granaderos que él mandaba, se admiraban de verle salir ileso de las balas.

Si el ejército cristino no experimentó una pérdida material en hombres, capaz de poder fijar la atencion pública, á lo ménos se puede asegurar que en lo moral fué inmensa. Las operaciones que se verá siguieron acreditarán bastante lo que decimos, pues jamas durante la guerra hubo otra ocasion en que sacasen tanta útilidad y ventajas los Carlistas.

Para mayor gloria de Zumalacarregui la suerte se complació en traer á su cuartel general dos

dias despues del suceso de las Amezcoas al Lord Eliot. Este noble personaje mandado por el Gobierno de la Gran-Bretaña con la importante mision de regularizar la guerra, habia sido ya presentado á S. M. La satisfaccion y contento que mostraban los pueblos en este momento, los trofeos militares recogidos en el campo y reunidos despues en el salon del alojamiento del general carlista en Asarta, y los prisioneros que á su llegada vió aunque por casualidad reunidos á la puerta, darian sin duda á entender al ministro inglés de que parte se declaró la victoria, mucho mejor que lo hubieran hecho las estudiadas relaciones oficiales.

El ilustre enviado era de gentil persona y de agraciado semblante, hermosa y ayrosa talla, y de edad de unos treinta y cuatro años. Su traje era muy sencillo y sin adorno alguno. Le acompañaba en calidad de secretario el coronel Gurwood que traia puesto su uniforme. Cuéntase que al ír á pasar desde Francia á España les encarecieron tanto en Bayona las privaciones que de las cosas mas indispensables á la vida se sufrian en el ejército carlista, que les indujeron á comprar una gran cantidad de comestibles y hasta pan; todo lo que como es natural les harian pagar á muy buen precio; pero en cuanto

pasaron la frontera conocieron lo inútil de sus precauciones y el objeto del engaño.

Al contemplar los inmensos progresos de lo que solo era su propria obra, Zumalacarregui no pudo ménos al ver á Lord Eliot, de sentir una satisfaccion que casi podria llamarse justo orgullo; pues que con medios tan reducidos y fuerzas tan inferiores habia obligado á sus enemigos á suspender los sanguinarios efectos del inhumano decreto conocido bajo el nombre de Ley marcial; decreto que él mismo oyó pregonar solemnemente y con todo el aparato militar por las calles de Pamplona el dia siguiente al fusilamiento del general D. Santos Ladron.

La estipulacion ya firmada (*a*), la prensa de Madrid se desató en invectivas y acriminaciones contra el general Valdés, suponiendo que ademas de ser ignominioso para el partido cristino le seria tambien desventajoso, y al contrario muy útil á los Carlistas. El general Córdova tomando la defensa de Valdés, contestó por un manifiesto, en el cual dejando á un lado lo que se debia á la civilizacion, probó con hechos recientes é incontestables que la estipulacion era sin comparacion mas ventajosa y útil á las tropas

(*a*) Véase el número 11 de los documentos justificativos.

cristinas, que á las carlistas; lo que en efecto era de la mayor exactitud, pues en los dos meses que siguieron á aquella, los Carlistas reunieron en sus depósitos mas de trescientos oficiales, y dos mil soldados prisioneros; sin contar un número mucho mayor de estos ultimos que voluntariamente tomaron las armas en favor de Cárlos V, miéntras que los Cristinos no tenian *un solo* hombre para cangear. Córdova escribia su memoria ó manifiesto, en los felices dias que precedieron á la funesta muerte de Zumalacarregui.

El general carlista hizo reunir todos los prisioneros que procedentes de la accion de las Amezcoas acababan de llegar, y habiéndoselos presentado á Lord Eliot, les anunció que en obsequio de este personaje les otorgaba no solo la vida sino la libertad. Mandó despues que se les diese de comer, porque su desfallecimiento era extremo, y que se cubriese su desnudez del mejor modo posible. Estaban tan cambiados cuando en señal de reconocimiento se presentaron á los dos dias al Lord al tiempo que este iba á marchar, que nadie podia persuadirse fuesen los mismos.

Con motivo de haber manifestado su secretario lo satisfactorio que seria al ilustre enviado

el tener una autógrafa de Zumalacarregui tomó este la pluma y escribió. « En Asarta, lugar del » valle de Berrueza, célebre por los diferentes » combates que han ocurrido en él durante este » siglo, tuvo el honor de recibir el 25 de Abril » de 1835 á S. E. el Lord Eliot. — Tomas Zuma» lacarregui. » — El mismo secretario hizo presente al general carlista de un excelente anteojo de campaña que dijo haber servido en cierta ocasion al Lord Welington, durante la guerra de España. Zumalacarregui hizo tal estimacion de este objeto que miéntras vivió lo llevó siempre consigo, y hoy dia á pesar de lo modesto de su valor forma la principal alhaja de su familia.

Al ver las señales nada equívocas de agradecimiento y contento que manifestó el ministro inglés, nos lisongeamos que llevaria profundamente impresa la memoria de Zumalacarregui.

Al tiempo mismo que esto tenia lugar en el cuartel general carlista, Valdés iba replegándose con el grueso de sus tropas del otro lado del Ebro, renunciando á la idea de domar el espiritu belicoso que dominaba en las montañas de la Navarra. El último resultado le habia provado al general-ministro que serían no solo vanos sino del todo ruinosos los esfuerzos que se hicieran para sostener la guerra en el interior de las pro-

vincias Vasco-navarras; por lo que penetrado de esta verdad, resolvió cortar de una vez el incendio que amenazaba salir de ellas é invadir el pais de la dominacion cristina, adoptando por límites la barrera del Ebro. Lord Eliot pasó á Estella en busca de Valdés, pero no habiéndolo encontrado allí se vió obligado á ir hasta Logroño.

En Vizcaya el comandante general interino D. Juan Manuel Sarasa se resolvió por estos dias á presentar el combate en el pueblo de Garnica al general Iriarte gefe de las tropas cristinas. La accion estaba hacia muchas horas empeñada y sostenida con igual valor, cuando apareció á la espalda de Iriarte el comandante general de Guipúzcoa D. Miguel Gomez con dos batallones de esta provincia. El socorro llegó tan oportunamente que bastó su sola aparicion. para decidir la victoria en favor de los Carlistas. Este hecho de armas fué el mas notable que hasta entonces habia ocurrido en Vizcaya y tan glorioso para sus tropas y las Guipúzcoanas, como para Sarasa y Gomez. En este combate perdió la vida peleando como un soldado de los mas valientes, el coronel D. José María Pouso, natural de Galicia y antiguo compañero de armas de Zumalacarregui. Su valor y constancia en sus princi-

pios realistas, merecen dignamente el que hagamos aquí mencion aunque corta de su glorioso fin.

La reputacion y fama del caudillo carlista y el temor que infundía á sus enemigos era por este tiempo tan grande, que no se presentaba enemigo alguno á su frente en todo el resto de las cuatro provincias, á no ser los encerrados en las plazas y fuertes. Zumalacarregui se resolvió á atacar uno de estos, y como mas fácil eligió el de Irurzun situado en el punto donde se reunen los caminos que de Vitoria y Tolosa conducen á Pamplona, distante solo tres leguas de esta última plaza. Tres dias lo batió Zumalacarregui con el *Abuelo* solo, pero sin poderlo rendir, y al fin se vió obligado á levantar el sitio á causa de una avería que hubo en la pieza, del mal tiempo, y de que uua fuerza imponente venia de la parte de Pamplona al socorro de la guarnicion. Sin embargo el fuerte habia sufrido tanto que los Cristinos se resolvieron á llevarse aquella.

Apenas se retiró Zumalacarregui del frente de Irurzun la junta de Alava acudió á exponerle las grandes ventajas que resultarian á su provincia de la toma de Treviño : pues que hallándose esta villa y el condado á que dá su nombre enclavados en el territorio alaves, era su guar-

nicion uno de los mayores obstáculos para las operaciones administrativas. Treviño ademas de estar situado no lejos del curso del Ebro, ofrecia en este momento el inconveniente de distar solo tres ó cuatro horas de los parajes en que Valdés tenia acantonado su ejército. A pesar de esto Zumalacarregui confiado por una parte en la fuerza moral que sus tropas habian adquirido; y por otra en el refuerzo de tres batallones, dos Alaveses y uno Guipuzcoano que hizo venir, se resolvió á embestir inmediatamente la guarnicion de Treviño. Concentrados los trece batallones destinados á esta operacion sobre la venta llamada de Armentia, los acantonó en los pueblos mas inmediatos. Los tres primeros dias despues de esta primera operacion se pasaron en la mayor impaciencia, pues fueron los que tardaron en llegar el viejo cañon, y un obus de los fundidos por Reina. Sus conductores habian encontrado en el camino graves obstáculos, que solo pudo vencer su zelo y paciencia : pero esta misma tardanza hizo que á su llegada todo se encontrase ya dispuesto para el ataque. Las dos piezas fueron puestas luego en batería y el fuego contra el fuerte se abrió inmediatamente. El cañon hizo muy poco efecto; el obus mucho; debiéndose solo á este el que al fin la guarnicion

capitulase á los dos dias. Los batallones Alaveses 4° y 5° que mandaba el coronel D. Prudencio Sopelana aunque nunca se habian batido á la vista de Zumalacarregui, fueron los empleados en todas las operaciones del sitio y se portaron, particularmente el primero, con una bizarría sorprendente.

Aunque el estruendo del cañon llegase desde el principio á los oidos de Valdés no pudo resolverle á moverse hasta muy tarde; de manera que cuando llegó á Treviño, ya los Carlistas habian levantado el campo y verificado su retirada con los prisoneros y artillería, dejando solamente á los Cristinos como señal de su triunfo los escombros del fuerte.

Amagadas á la vez todas las guarniciones cristinas situadas en el interior de Navarra y provincias Vascongadas, el general Valdés dió la órden de evacuar algunos de los fuertes; ántes que tomándolos Zumalacarregui, pudiese aumentar por este medio sus recursos y su gloria. La primera guarnicion á quien se dió la órden de retirarse fué la de Estella; poblacion la mas importante de la Navarra despues de Pamplona. Grande fué la satisfaccion de los Carlistas cuando la vieron libre de Cristinos. Zumalacarregui al volver de la toma de Tre-

viño, se vino á descansar á ella con sus batallones verificando su entrada en medio de las aclamaciones del pueblo.

La fortuna se mostraba por todas partes favorable á las armas de Cárlos V, mas el estado de penuria siempre era el mismo para su general. La escasez de metálico en especial era tan grande por estos dias, que Zumalacarregui ya no sabía de que arbitrio valerse ni á que recurso apelar para no interrumpir el pago puntual del real de vellon que se daba diariamente al soldado, y á lo que nunca se habia faltado desde el principio de la guerra : pero ¡ qué de fatigas y desvelos no tuvo que sufrir ántes de conseguirlo ! En el apogeo de su poder y gloria Zumalacarregui no pedia ni necesitaba por el momento para hacer frente á todas las indispensables atenciones, mas que quinientos mil reales de vellon mensuales, al paso que al ejército cristino que tenia al frente, apenas bastaria esta suma para satisfacer las necesidades de un dia.

Al salir de Estella, el general carlista se dirijió hácia la llamada Cuenca de Pamplona. La coluna enemiga que allí se encontraba ántes de su llegada, se retiró inmediatamente hasta ponerse á cubierto bajo el cañon de la plaza. Iba el escuadron de oficiales de la legitimidad, el

mas próximo á la retaguardia enemiga, cuando esta volvió caras cerca de los muros. Entonces algunos oficiales bizarros si bien poco prudentes en esta ocasion, dejándose arrastrar de su natu· ral ardor y deseo de distinguirse, quisieron dar muestra individual de su valor, acometiendo á un grupo de caballos enemigos. En el momento varios tiros de carabina partieron de él, y uno de ellos hirió mortalmente al coronel de lanceros de Navarra D. Cárlos O-Donell, que por tomar parte en este combate parcial, habia dejado la cabeza de su regimiento. Sintió Zumalacarregui profundamente la pérdida de un oficial tan distinguido, y el elogio mayor que se puede hacer de D. Cárlos O-Donell, es decir que por varios dias esclamaba de continuo su general que tal pérdida era irreparable. Conducido despues al pueblo de Echauri espiró en los brazos de su hermano el coronel D. Juan O-Donell; el mismo que cuatro ó cinco meses despues, fué asesinado vil y cobardemente por el feroz populacho de Barcelona. Los restos de D. Cárlos creemos existen en Echauri.

Valdés continuaba siempre sobre la derecha del Ebro. Zumalacarregui no habiendo entre las guarniciones de Navarra ninguna que no se hallase en disposicion de resistir á sus escasos

medios de ataque, resolvió marchar contra la de Villafranca de Guipúzcoa, y hácia los últimos dias del mes de Mayo el estrépito del viejo cañon resonaba ya en el fondo de aquellas montañas.

Defendiánse tenazmente los sitiados, ya por lo fácil que les era guardar todos los puntos de un pueblo bien cerrado y de reducida circunferencia, ya por la suma confianza en que estaban de que vendrian á socorrerlos. Ademas, la artillería de los sitiadores, aunque sumamente próxima á la muralla, no hacia en esta considerable daño, y al ver Zumalacarregui que llevaba ya cuatro dias de ataque sin haber conseguido resultado alguno, y que el sitio se prolongaba, mandó al Baztan á su capellan particular D. Miguel-Antonio Legarra, persona muy práctica en el pais, activa y sumamente zelosa, para que condujese uno de los morteros. La operacion era difícil no teniendo los Carlistas camino carretil para conducir la pieza hasta Villafranca; pero sin embargo, Legarra supo vencerlo todo y á esta circunstancia se debe añadir tambien la de haberlo hecho en ménos tiempo que el que se creia necesario. Reina que vino acompañando el mortero dirigió los fuegos á causa de que el general D. Joaquin Montenegro que en los dias

anteriores habia hecho este servicio, acababa de ser herido.

En el momento que el mortero comenzaba sus disparos, aparecieron amenazando á un mismo tiempo por partes opuestas, dos colunas cristinas. De estas la de menor fuerza era la que mandaba el general Jauregui. Este gefe despues de haberse trasladado desde San-Sebastian á Tolosa, manifestaba querer socorrer la guarnicion de Villafranca que solo distaba tres horas: pero Zumalacarregui habiendo mandado al comandante general de la provincia D. Miguel Gomez que observase los movimientos de aquel con los batallones guipúzcoanos, no obstante su gran práctica del terreno no se atrevió Jauregui á salir fuera de las fortificaciones de Tolosa. La segunda coluna mandada por el general D. Baldomero Espartero, constaba de una fuerza considerable é igual por lo ménos á todo el ejército carlista concentrado al rededor de Villafranca. Espartero despues de entrar en el punto fuerte de Vergara, subió el alto de Descarga y estableció su campo sobre el mismo camino real.

Al mismo tiempo el comandante general de Vizcaya, D. Francisco-Benito Eraso, ocupaba con la mayor parte de las fuerzas de su provincia el

pueblo de Villarreal de Zumarraga, situado tambien sobre el camino real, y solo á una media hora de distancia del alto de Descarga. Así que tuvo noticia de la aproximacion de Espartero, dió aviso á Zumalacarregui quien le ordenó continuase donde estaba y caso que el enemigo avanzase, en el instante que estuviese á la vista le dejase libre el paso hácia Villafranca; pero apenas se hubiese adelantado la coluna cristina mas allá de Villarreal, se apoderase de esta villa y atacase en seguida la retaguardia enemiga; y como la principal intencion de Zumalacarregui era atraer hácia donde él estaba á Espartero, el fuego contra Villafranca continuó con doble vigor. Las cosas se presentaban del modo mas conveniente á los intentos de aquel; cuando la suerte, si bien favorable, lo dispuso todo de otra manera.

Cerca del anochecer el general Eraso deseoso de saber á punto fijo la posicion que ocupaba el enemigo, hizo salir del pueblo de Villarreal donde estaba, un escuadron de caballería y varias compañías de infantería, con el encargo de reconocer el camino real hasta el alto de Descarga, y como por vía de precaucion mandó al mismo tiempo que durante esta operacion estuviesen los batallones formados sobre el camino

real. El escuadron de caballería así como la infantería que le seguia, marcharon á un paso tan acelerado, que olvidaron toda medida prudente, y á escape se introdujeron en medio del campamento enemigo. Era ya de noche, y sus sombras junto con el resplandor de las hogueras y el humo, contribuyó á introducir tal espanto y desorden entre los soldados de Espartero, que todo el ejército se dispersó, abandonando mucha parte de él las armas que tenia en pabellon. En medio de este desorden los que tomaron la direccion de Vergara se salvaron facilmente; pero los que en vez de esto huyeron en otras direcciones, ó fueron á dar á barrancos sin salida ó á parar á sitios donde se encontraban los Carlistas. Miéntras que los dispersos erraban de aquí para allí, tuvieron tiempo de acudir los batallones Vizcainos y parte tambien de los Guias de Alava, de modo que sin necesidad de disparar apenas un tiro, hicieron aun en medio de las tinieblas un gran número de prisioneros. Dos mil cuando ménos eran los que á la mañana siguiente estaban reunidos en los pórticos de la iglesia de Zumarraga con una cantidad extraordinaria de armas. Esta victoria conseguida sin que los Carlistas perdiesen ni siquiera un hombre, se debió al terror pá-

nico que en la filas enemigas infundía por estos dias el solo nombre de Zumalacarregui.

Al terminar la relacion del suceso de Descarga llamaremos la atencion sobre los dos Duques de la Victoria, para que los hombres imparciales decidan á cual de ellos corresponde con mas justicia este título; si al que despues de tantas victorias coronadas al fin por una muerte gloriosa, nombró Cárlos V en 1836; ó al que con posterioridad creó S. M. la Reina viuda, Doña María Cristina.

Pocos dias despues de la derrota de Descarga, al mismo tiempo que pasabamos por el sitio en que ésta tuvo lugar, los paisanos mostraban con la mano un caserío que habia cerca del camino real, en el cual decian se encontraba Espartero en el momento de la sorpresa; pero que favorecido por las sombras de la noche se habia podido fugar por entre los lanceros carlistas sin que estos le conociesen.

El felicísimo suceso de que acabamos de hacer mencion fué precedido de una victoria muy señalada en el Baztan. El general D. Marcelino Oráa despues de levantar á un mismo tiempo las guarniciones de la frontera y de reunir en Elizondo todas las fuerzas, se retiraba con ellas hácia Pamplona. El coronel Sagastibelza que no

le perdia de vista con su brigada, la del coronel Elio y un batallon de Guipúzcoa, á pesar del terrible temporal que hacia, le acometió con tanta impetuosidad y resolucion al pié del puerto de Belate, que consiguió ponerlo en completa derrota, haciéndole prisioneros ochenta y seis entre gefes y oficiales y mas de setecientos de la clase de tropa. Los Cristinos habian abandonado con tal precipitacion el Baztan que dejaron en él varios efectos y hasta cargas de municion, de que al momento se aprovecharon los Carlistas.

Zumalacarregui á la noticia de estas dos victorias hizo cesar el fuego contra Villafranca y mandó un parlamentario á la plaza para anunciarselas á los sitiados. Estos al principio no quisieron dar credito, mas al fin se convinieron en que fuesen algunos de los suyos á Zumarraga para que viesen por sus propios ojos los prisioneros, y habiéndolo hecho así, se entregaron en seguida mediante capitulacion. Antes de que se firmase esta llegó el aviso de que Jauregui habia abandonado precipitadamente á Tolosa, llevándose consigo la guarnicion á San-Sebastian. La precipitacion con que entonces obró este general fué tal, que dejó en el fuerte mas de cien cargas de cartuchos de fusil y una gran cantidad de viveres.

Zumalacarregui ordenó al comandante general D. Miguel Gomez que pasase á Tolosa á fin de poner á buen recaudo lo que allí se encontraba, y luego que así se hizo, lo mandó trasportar todo á Segura y desde allí á la Amezcoa. En estas disposiciones del general carlista se vé que aunque triunfante en todas partes, su prevision no le permitia jamas entregarse á vanas ilusiones.

Despues de tomar posesion de Villafranca, Zumalacarregui pasó á Segura donde á la sazon estaba el cuartel Real. Sin embargo de la grande satisfaccion que debió gozar el general carlista al presentarse delante de su Soberano, bajo la impresion de dos señaladas victorias, de la conquista de Villafranca y del abandono de Tolosa por los Cristinos, y todo esto conseguido en el discurso de solos ocho dias, no por eso dejaba de experimentar infinitos disgustos : la baja envidia aumentaba sus manejos é intrigas en proporcion que el héroe sus triunfos. Zumalacarregui salió el mismo dia de Segura para ir á adquirir nuevos laureles, miéntras que algunos miserables, cuyos nombres no queremos decir, ademas de paralizar las diligencias que debian procurar varios recursos del estrangero, empleaban toda clase de amaños á fin de cercenarle los que con su espada se habia procurado.

Zumalacarregui colocó sus baterías dos dias despues al frente de Vergara, y ántes de disparar contra la villa intimó al gobernador la rendicion. De cerca de mil hombres se componia la guarnicion, y no podemos acertar el motivo por qué Espartero despues del suceso de Descarga y de retirarse de allí no la levantó. El gobernador capituló sin hacer ningun genero de resistencia, y en su consecuencia toda la tropa quedó prisionera de guerra.

La guarnicion de Eybar capituló al mismo tiempo y se entregó al general Eraso.

Durante los dos ó tres dias que Zumalacarregui permaneció en Vergara, su salud se alteró de tal modo que envió al Gobierno su dimision. Al dia siguiente vino el Rey al mismo Vergara, y despues de haber salido aquel acaballo á una cierta distancia de la villa con todo el estado mayor á recibir al Soberano, entró conduciendole por entre filas en medio de las salvas de artillería y del repique general de campanas, hasta el alojamiento. Al entrar S. M. en este, tuvo un breve coloquio con su general, y aunque en esta ocasion ni aun despues, tenemos fundados motivos para saber que nada se habló respecto á la dimision que el dia inmediato habia presentado, es inegable que por consecuencia de lo que en-

tonces se trató, Zumalacarregui salió aquella misma tarde de Vergara dirijiéndose hácia Durango para continuar sus operaciones. La guarnicion de esta villa apenas supo la aproximacion de los Carlistas, se retiró inmediatamente á Bilbao. Lo mismo quiso hacer la de Ochandiano, pero no lo pudo verificar por la prontitud con que el comandante general de Alava D. Bruno Villarreal la cercó. Zumalacarregui en el momento que lo supo, acudió con el mortero y el cañon, la embistió y despues de haberla encerrado en la iglesia, la obligó á capitular. En este sitio de Ochandiano y hallándose en la batería al lado de Zumalacarregui fué herido el coronel D. José Francisco Alzáa, antiguo comandante de voluntarios de Oñate, de cuyas resultas murió á las pocas semanas, dejando á la provincia de Guipúzcoa hartos recuerdos del zelo y entusiasmo que siempre le ánimaron por la causa de Cárlos V.

Puesto ya en Ochandiano Zumalacarregui se inclinaba á marchar sobre Vitoria con preferencia á todo otro punto por ser el mas próximo y mas fácil de tomar : ademas de que en el momento de presentarse delante de la plaza, el gobernador de uno de los fuertes inmediatos habia prometido entregarlo ; pero una indicacion que tres dias ántes se le hizo, la sus-

ceptibilidad y delicadeza de Zumalacarregui la tomó en estas circunstancias por un soberano precepto, y se resolvió á ir contra Bilbao; porque es preciso decirlo, algunos de los ministros de entonces estaban en la íntima persuasion de que la conquista de esta importante villa era una cosa segura, segun lo habia inculcado en sus ánimos la malicia ó la ignorancia. El Rey mismo conducido por unos principios y deseos los mas austeros, hijos de una providad que desgraciadamente no pertenece á este siglo, escuchaba con satisfaccion todo proyecto que tuviese por objeto el evitar los empréstitos, y sus mas ardientes votos eran los de alcanzar el triunfo, sin sobrecargar con un solo real la inmensa deuda de la nacion. Los aduladores (porque estos nunca faltan) sabiendo esta disposicion del Monarca, para asegurar mejor su confianza le ofrecian la perspectiva de la opulencia que encerraba Bilbao como el único medio de salir de la penuria presente, pues una vez dueños de esta villa comercial, se trataba de exigirla un empréstito forzoso.

Zumalacarregui que por una parte conocia lo equivocado de esta política, y que por otra no se satisfacia tan ligeramente con lo que todavía estaba en manos del enemigo, hubiera querido

desarraigar semejante idea, pero por desgracia eran estos unos momentos en que su fidelidad debia sufrir las mayores pruebas: así en vez de combatir aquella, cedió facilmente al espíritu dominante, creyendo sin duda que habiendo presentado su dimision, no debia ser responsable de los sucesos que en adelante tendrian lugar, toda vez que no se le contestaba cosa alguna.

Desde que salió Zumalacarregui hasta que llegó al frente de Bilbao, varias fueron las veces que habló con desconfianza acerca de la operacion que iba á emprender. De modo que podria decirse que presentia en el fondo de su alma la desgracia que le sobrevino. Sin embargo, durante el transito estudió con una grande atencion el pais que atravesaba, y decia: » A lo ménos si no tomamos » á Bilbao, tendremos aquí una batalla con Valdés; » si tal sucediese el terreno nos ofrece grandes » ventajas. » Acompañaban al general carlista en esta expediccion catorce batallones, sin contar algunos otros con los cuales quedó el general Villarreal observando los movimientos del enemigo que estaba sobre el Ebro. Iba en seguida de la infantería el tren de batir: este con las piezas que se tomaron en Vergara despues de dejar por inutil el famoso *Abuelo*, se componia de dos cañones de á doce, y uno de á seis de hierro; de

dos de á cuatro, de bronce; de dos obuses y un mortero. Todas estas piezas en general estaban escasamente dotadas, y para el mortero solo habia treinta y seis bombas. Es de notar tambien que los Carlistas no tenian entonces todavía lo que se llama maestranza, talleres, fundiciones, ni otra cosa alguna organizada de las que corresponden á la importante y dispendiosa arma de artillería; ni otra cosa mas que lo que dejamos dicho. Verdad es que en estos mismos momentos avisaron á Zumalacarregui que en una casa de Guipúzcoa no lejos de San-Sebastian, existian como propriedad particular de los descendientes de cierto, famoso artífice dos piezas de hierro magnificas, la una del calibre de á treinta y seis, y la otra de á veinte y cuatro, que al momento dispuso fueran á buscarse. Las dos piezas se encontraron en efecto, pero Zumalacarregui en cuyo tiempo se hizo tan dichoso descubrimiento, no las llegó á ver, y ellas y todos los beneficios y ventajas que por estos dias alcanzó el ejército bajo el mando de aquel, sirvieron únicamente á minorar las dificultades de los generales que le sucedieron en el mando.

En el momento que las tropas carlistas llegaron al frente de Bilbao, se hallaba esta plaza guarnecida por una fuerza de cuatro mil hombres,

sin contar los nacionales; ademas de varias robustas obras de campaña y de los muchos recursos que ofrecia la poblacion para sostener un asedio, tenia colocadas de cuarenta á cincuenta piezas de artillería de las que pasadas de treinta eran de grueso calibre. El repuesto de municiones tanto de fusil como de cañon era así mismo de los mas considerables.

Empleó Zumalacarregui los dos primeros dias en circunvalar la plaza, si bien esta operacion fuese en parte ilusoria ó imperfecta, porque en la *ria* de Bilbao existian á la sazon un buque de vapor de guerra francés y otro inglés, y tanto sus comandantes como los cónsules respectivos de estas dos naciones, mantuvieron libre la comunicacion, no obstante la buena acogida y consideraciones que les guardó el general carlista, prometiéndoles toda clase de miramientos y respetos hácia las propriedades y personas de cuantos ingléses y francéses se encontraban en la villa, caso que los Carlistas entrasen en ella.

Hecho el reconocimiento de la plaza, se levantaron tres diferentes baterías á poca distancia y al frente del santuario de Nra. Sra. de Begoña, en las cuales se colocaron los obuses y cañones, cuyos fuegos comenzaron contra la plaza al tercer dia á poco de amanecer. Al momento respondieron

los fuertes de la villa con toda aquella valentía y vigor que debia infundirles la diferencia tan enorme que habia entre sus medios y los de los sitiadores.

Apenas vió Zumalacarregui esta desigualdad, dispuso una coluna para dar el asalto; pero su artillería no causaba daño de importancia en las obras de la plaza : y como en este momento todo su afan se reducia á abrir brecha, no hacia mas que correr de una á otra batería, animando á los artilleros con el ejemplo; en cuyo caso tomando con sus propias manos el espeque, les ayudaba á remover el cañon. Entonces, ni el ardiente sol de Junio, ni la sed, ni el inminente peligro, eran bastantes á rendir los brios de tales soldados: mas por desgracia tantos esfuerzos, entusiasmo y buena voluntad, se estrellaban ántes de que produjeran ventaja ni utilidad alguna, pues una bala de á diez y ocho ó veinte y cuatro, arrojada desde la plaza con mediano acierto, era suficiente á destruir cuantos reparos habian los Carlistas podido oponer á costa de inmensa fatiga y trabajo. Las granadas orizontales que las baterías enemigas mandaban, eran las que especialmente hacian mayor estrago, al mismo tiempo que esparcian la muerte en toda la línea de ataque.

Aun en medio de tantos obstáculos y dificultades, todavía habia entre los Carlistas algunos espíritus tan préocupados, tan crédulos, tan extraordinariamente obstinados, que vivian en la persuasion de que arrojando unas cuantas bombas al centro de la pob'acion, los vecinos se revelarian contra el gobernador obligándole á capitular. Aferrados en semejante error insistian de continuo en que se hiciese la prueba, mas Zumalacarregui entre otras muchas cosas les decia : « Miéntras el enemigo se sostenga en la línea de » fortificaciones exteriores, yo no mandaré cier- » tamente proyectiles a las casas; pero si lo haré, » en el momento que arrojado de los fuertes, » trate de defenderse en aquellas (*a*). » Estas palabras darán bastante á conocer los sentimientos que animaban al general carlista en favor de los pueblos, y probarán tambien á la posteridad, la diferencia que habia entre él y los que mas tarde han bombardeado á Barcelona, Sevilla, Pamplona y otras ciudades. Este interés que en sus actos mostraba Zumalacarregui por la suerte

(*a*) Despues de herido Zumalacarregui, cediendo sú sucesor en el mando del sitio, el general D. Francisco Benito Eraso, á las exigencias de los ilusos, dispuso que se arrojasen algunas bombas á la villa ; pero esto no tuvo otro resultado que el de un triste desengaño.

de los pueblos, es en nuestro concepto lo que mas poderosamente contribuyó á fortalecer su grande prestigio entre los habitantes de Navarra y de las tres provincias Vascongadas : de modo que considerándolo su escudo y protector, como un dia los Italianos á Próspero Colona, á quien por antonomasia se apellidó *el defensor del paisano*, en medio de los gravámenes que de todo genero atraia sobre ellos la guerra, obedecian y cumplian gustosos cualquiera cosa ó sacrificio que se les exigia, con mas prontitud y mejor voluntad que si se lo mandasen las personas que siendo del Gobierno le ordenaban en nombre de S. M. En ambos casos todo se debia y era en ventaja del mismo Soberano; pero de esta y otras causas ménos importantes quizás tomó materia la envidia para ocasionar no pocos disgustos á Zumalacarregui, y tejer en cierto modo, sirviéndonos de la expresion de un autor español, aquella corona de espinas que la suerte reserva al mérito.

Sin embargo de la debilidad de los medios de ataque, fué tan constante el fuego de la artillería carlista, que de sus resultas ántes de hacerse de noche habian ya rebentado los dos cañones mayores, de consiguiente las piezas quedaron reducidas á un cañon de á seis y dos de á cuatro

monstruosa desproporcion por cierto si se compara á la artillería y medios de la plaza de la que sin cesar tiraban balas de á diez y ocho y veinte y cuatro! Una granada orizontal penetró en el pórtico del santuario de Begoña y cogiendo enfilados los pavellones de armas que allí tenia el batallon de Guias, hizo menudos pedazos setenta y seis fusiles y bayonetas, y al reventar mató los dos centinelas que estaban inmediatos. Dos minutos despues, una segunda granada á muy pocos pasos de allí, hizo todaviá mayores estragos.

Por fin llegó la noche y puso un término á los trabajos de aquel primer dia de combate contra Bilbao. Apenas quedó todo en silencio, Zumalacarregui pensó seriamente en la dificultad de la conquista. Entonces se lamentó con nosotros de lo perniciosas que habian sido ciertas voces acogidas por el Gobierno con suma facilidad, y de las consecuencias tan transcendentales que tendria la retirada del frente de Bilbao sin tomar la plaza, pues que con solo esto deberian recobrar los Cristinos toda la inmensa fuerza moral que habian perdido despues de los combates de las Amezcoas. Avaro de la sangre de sus soldados no queria exponerlos al fuego de las baterías ene-

migas ni dar mayor prueba de la impotencia de las suyas.

Zumalacarregui no comió en todo el dia ni durmió en toda la noche, y solamente halló un poco de reposo despues que firmó un parte que dirigia al Gobierno, en el cual decia que la desproporcion que habia entre sus fuerzas de ataque y las que le oponia el enemigo, le obligarian sin duda á levantar el sitio. Despues de esto el general pedia al Gobierno con grande instancia le buscase dinero para pagar las tropas. Luego que Zumalacarregui vió partir al conductor de este parte hácia Durango, en cuya villa estaba el cuartel Real, se sintió como aliviado de un gran peso, y dejando la casa que ocupaba en el barrio de Bolueta, extramuros de Bilbao, se dirijió al lugar donde estaban las baterías. Este dia se contaba el 15 de Junio y todavía era muy temprano cuando comenzó á disparar la plaza. El general queriendo examinar las obras ó reparos hechos por el enemigo durante la noche, subió al piso principal de una casa situada cerca del santuario de Nª. Sª. de Begoña, y desde un balcon del todo abierto, y sin salir á la parte exterior, se puso á mirar detenidamente la línea enemiga. En este momento una bala de fusil entró por la ventana y le hirió en el tercio su-

perior y parte anterior ó interna de la pierna derecha rozando el borde interno del hueso de la tibia, á la distancia de dos pulgadas, poco mas ó ménos de la rodilla. El intendente D. Domingo Antonio Zabala, el auditor D. Jorge Lázaro y los demas que á la sazon acompañaban á Zumalacarregui, despues de haber hecho llamar al médico-cirujano D. Vicente Gonzalez de Grediaga, le retiraron de allí, y colocándole en una camilla lo trasladaron enseguida á la casa que le servia de alojamiento en Bolueta. Zumalacarregui apenas los facultativos le hicieron la primera cura aplicando en la herida el bálsamo de Malats, no quiso permanecer ni un instante mas y ordenó se le condujese á Cegama por el camino de Durango. Cuarenta granaderos fueron encargados de transportarlo relevándose de tiempo en tiempo. Zumalacarregui medio incorporado ó sentado en su camilla se entretuvo una buena parte del camino fumando y hablando con los granaderos. Al llegar á Zornoza pueblo situado á tres leguas de Bilbao, viendo que le seguia el pagador del ejército D. Jósé Maria Mendigaña, le dijo ¿ qué por qué no se habia quedado con las tropas en el sitio ? á lo que le repuso el pagador, que venia por si se le ofrecia algo, pues que así se lo habia ordenado D. Juan Antonio Zara-

tiegui, constandole que no tenia un solo maravedi en su bolsillo. — »Es verdad, repuso el »general, que no tengo un cuarto: sirvase V. »darme treinta onzas, y vuelvase inmediata»mente al sitio.» Lo que al momento ejecutó Mendigaña (a).

Los que trasportaban á Zumalacarregui despues de haber este descansado dos horas en Zornoza, le volvieron á tomar sobre sus hombros y no obstante el fuerte calor que hacia continuaron marchando por el camino de Durango á donde llegaron al anochecer. S. M. que como ántes dijimos se encontraba en esta villa quiso informarse del facultativo que iba acompañando á Zumalacarregui de su estado, con cuyo objeto mandó que se le presentase. En el interin otros dos facultativos vinieron de parte del Gobierno á ver á Zumalacarregui, el uno era D. Teodoro Gelos que desempeñaba á la sazon el cargo de cirujano en el cuartel Real; el otro un joven voluntario inglés perteneciente al escuadron de oficiales de la le-

(a) Cuando Zumalacarregui fué herido, así este como todo su Estado Mayor, hacia cuatro meses que no recivian el tercio acostumbrado de paga por falta de fondos; miéntras que el soldado y todo oficial empleado en los batallones estaba pagado al corriente.

gitimidad; ámbos examinaron la herida, y fueron de dictámen que ántes de quince dias podria el general estar en disposicion de montar á caballo; cuya voz extendida al momento por el pais, contribuyó mucho á mitigar el dolor que produjo, tanto en el ejército como entre los habitantes, el funesto suceso ocurrido.

Zumalacarregui esperaba la visita que desde la noche anterior se le habia anunciado le haria S. M. la que efectivamente tuvo lugar muy temprano en la mañana del 17. El Monarca se colocó junto á la cama, y con la bondad que le caracteriza, entabló un breve coloquio con el herido, siendo lo único de notar en éste, que habiéndole S. M. reconvenido afectuosamente por haberse expuesto tanto, le contestó Zumalacarregui « que no haciéndolo así, nada podria adelan» tarse; que demasiado habia vivido ya, y que en » aquella guerra destructora y desigual, por necesi» dad debian morir todos los que la comenzaron. » Así nos lo ha referido una persona que se encontraba presente; porque nosotros único encargado entonces de toda la correspondencia y de cuanto tenia relacion con el ejército, no pudimos acompañar al general. S. M. insistió luego en que continuase en Durango poniéndole delante el excesivo calor que hacia y lo que podria

perjudicarle la falta de quietud, pero esto no fué bastante á hacerle cambiar su resolucion de de retirarse al pueblo de Cegama, ántes se empeñó de nuevo en llevarla á cabo al instante. En su consecuencia apenas se despidió S. M. vinieron losgranaderos y se continuó la marcha como el dia anterior. Los facultativos Gonzalez Grediaga, Gelos y el jóven inglés seguian el comboy. Durante la marcha se les incorporó un famoso curandero llamado *Petriquillo*, en cuya habilidad confiaba mucho Zumalacarregui, con motivo de haberlo conocido desde sus primeros años, y de la celebridad que en el arte de curar se habia adquirido, pero que sin embargo no nos atrevemos á asegurar si la merecia justamente.

El mismo dia 17 Zumalacarregui llegó à Cegama, y al pasar por Segura se incorporó otro nuevo facultativo en cirujía llamado Boloqui, pero en el mismo momento el jóven inglés de quien hemos hecho mencion, se retiró á Zornoza donde entonces se encontraba el escuadron á que pertenecia. De nuestro deber es dar aquí esta esplicacion, porque tal vez de otro modo se diria que la mano de la Inglaterra andubo tambien en esto : sobrádo es ya lo que realmente ha hecho esta nacion contra la causa

de Cárlos V. para atribuirle un crimen fundandolo en las calumnias mas absurdas.

Aunque acompañaba á Zumalacarregui el virtuoso Fray Cirilo de Pamplona su hermano político, hoy dia misionero en la América, habiéndose encontrado en Segura con su ayudante secretario D. Cárlos Vargas todavía apoyado en dos muletas y sin curarse de la grave herida que recibió, le ordenó que le acompañase. Luego que el general llegó á Cegama, á pesar de su estado de postracion que aumentaba de dia en dia, entabló una continua correspondencia con D. Francisco Benito Eraso, que como 2° gefe habia quedado mandando el ejército. Zumalacarregui entonces pedia con las mayores instancias que se levantase el sitio de Bilbao, añadiendo que caso de que se continuase y las tropas carlistas ocupasen la plaza, se guardase inviolablemente la promesa hecha por él á los consules de Francia é Inglaterra. El temor de que se faltase á esto formaba mas aun que los dolores su continuo tormento; de modo que si alguna vez conciliaba el sueño ó el ardor de la fiebre le hacia delirar, las palabras que pronunciaba solo tenian relacion con aquello.

La rivalidad que existía entre los tres facultativos, y la antipatía que naturalmente debian

tener contra el curandero *Petriquillo*, no nos permite en causa tan delicada admitir sus informaciones, ni justificar á los unos con daño de la reputacion de los otros; y como el no saber bien una facultad no sea absolutamente un crimen, cuando se está autorizado para exercerla, diremos con la convicion mas profunda que la ignorancia tuvo el primer lugar en la catástrofe que vamos á referir. Unicamente estuvieron de acuerdo los tres facultativos y *Petriquillo*, en una cosa, y fué en la de afirmar que la herida era leve, y que quinze dias, á lo mas un mes sería suficiente para su curacion. ¿ Por qué pues sucedió una cosa tan contraria? Sin duda porque miéntras *Petriquillo* daba unturas y friegas, y Gonzalez Grediaga, como doctor en medicina, propinaba al paciente lo que le parecia; Gelos y Boloqui, levantando el bendage de la herida, buscaban con la tienta el sitio donde se escondía la bala, martirizando con esto de continuo al herido. Es indudable que la salud de Zumalacarregui, de resultas de los disgustos y sinsabores que experimentó por aquellos dias, se habia alterado sensiblemente, y que con este motivo habia llamado poco tiempo ántes al médico-cirujano Gonzalez Grediaga para consultarle, y que esta disposicion á una enfermedad fué impulsada

fuertemente por la herida y el viage que bajo tan malos auspicios, tuvo que hacerse para trasladarle á Cegama; pero tampoco se puede negar que los facultativos obraron sin método alguno. Y si les faltó firmeza para oponerse al curandero y convencer á Zumalacarregui de su error á cerca de su extrema fé en aquel, ¿por qué razon intervinieron ó hicieron por su parte una segunda cura?

Desde el momento que Zumalacarregui llegó á Cegama, se persuadió que los dolores generales que sentia, procedian de la bala que tenia dentro, y el dia 24 de Junio muy temprano se resolvieron Gelos y Boloqui á extraersela, lo que verificaron, segun nos tiene contado un testigo ocular, no sin causar en el paciente un destrozo considerable. La mayor parte de la gloria pertenecia al primero de aquellos dos, como principal autor de la operacion, y la bala colocada en un plato corria de una casa á otra y hasta se pensaba mandarla al cuartel Real, cuando los síntomas alarmantes que se presentaron en la persona del herido hicieron pasar á todos los que rodeaban al general, parientes, ayudantes y amigos, de un estado de inmoderada alegría al de la mayor consternacion. Al saber lo que ocurria, el ayudante Vargas tomó sus muletas, y aun-

que con trabajo se presentó en la casa del general, sobre las siete de la mañana.

Desde que le extrajeron la bala habia sobrecogido á Zumalacarregui un gran temblor, y conociendo él mismo próximo su fin, pidió que se hiciese todo lo conveniente y necesario. El primero que se presentó allí fue el párroco de Cegama, para confesarle. En seguida y como lo que le restaba de vida era mùy poco, segun parecer de los facultativos, llamaron al escribano, que se contentó con preguntar al general: « Señor D. Tomas ¿qué deja vd., y cual es su » última voluntad? A lo que aquel contestó: » Dejo mi muger y tres hijas, únicos bienes que » poséo: nada mas tengo que poder dejar.» Luego le fué administrada la santa Eucaristía, y pocos instantes despues, sobre las diez y media de la mañana espiró.

Así terminó su carrera el héroe Carlista á los cuarenta y seis años de edad, diez y nueve meses despues de haber comenzado sus campañas.

Zumalacarregui fué vestido ántes de llevarlo á la sepultura con todo lo mejor que poseia, y como jamas tuvo uniforme de general, se le puso su frac y pantalon negro, chaleco blanco, corbata negra y la gran banda de la Real y mili-

tar órden de San-Fernando ; la misma con que el Rey le condecoró por su propia Real mano luego de las acciones del 27 y 28 de octubre. Aun este único adorno era incompleto, pues que solo consistia en la banda sin la placa ni cruz que le es propia. El funeral se celebró el 25 por los curas del pueblo, acompañando el cadáver varios parientes y amigos del general y los ayudantes Lacy, Caces, Berdiel, y Plaza.

El hermano político de Zumalacarregui y el capitan D. Simon Capape su antiguo y fiel servidor, formaron inventario de su modesta herencia, que consistió en tres caballos con sus monturas, una mula, tres pares de pistolas, un sable y una espada, una escopeta de caza, el anteojo que le regaló el coronel Gurwood, y finalmente algo mas de catorce onzas en dinero metálico resto de las treinta que le entregó el Pagador Mendigaña en Zornoza : las otras las habia distribuido Zumalacarregui durante la marcha entre los granaderos que lo conducian. Hé aquí todos los bienes materiales que por su muerte legó Zumalacarregui á su esposa y tres tiernas hijas.

D. Tomas Zumalacarregui era de estatura de cinco piés y dos pulgadas : tenia la espalda un poco ancha y algo torcida. De ordinario no lle-

vaba la cabeza muy erguida, y ântes por el contrario, cuando caminaba á pié marchaba con la vista fija en el suelo: como si fuese ocupado de una profunda meditacion. Sus ojos eran claros y castaños; el mirar penetrante; profundo como el de la águila. Su tez era clara, la nariz regular, el cabello castaño-oscuro y espeso; en sus últimos años principiaba ya á encanecerse, y lo llevaba por lo comun muy corto. La patilla unida al bigote, favorecía en extremo á su fisonomía, mostrándola tan singular, como belicosa: nunca se veia en sus acciones ni públicas ni privadas, cosa que desmintiese aquel aire de imperio con que la naturaleza le habia distinguido. Zumalacarregui hablaba poco y no reia mucho: escuchaba con particulár atencion á cuantos le dirigian la palabra y cuando daba audiencia era tan enemigo de dejar negocios pendientes, y de hacer esperar á las gentes (especialmente infelices), que olvidaba hasta el comer. Jamas se sentó á la mesa hasta tanto que no hubiese oido al último de los que deseaban hablarle: así, con frecuencia ocurriá, que la comida dispuesta para el mediodia, le aguardaba todavía por la noche: esto sucedia todas las veces que hacia mansion veinte y cuatro horas en un pueblo. Sin embargo de haber resi-

dido en las principales capitales de España ocupando el brillante lugar que pertenece al gefe principal de un regimiento, Zumalacarregui frecuentaba poco la sociedad. De él puede decirse, lo que Voltaire escribe de Cárlos XII de Suecia. « Que era á causa de que todo entero se entre» gaba á los trabajos militares. » Mas no por eso se debe entender que no sabia mostrar aquella galantería vinculada en la oficialidad española; por cuyo motivo sus obsequios resaltaban mas. Profesaba un odio implacable al juego y á la mentira. Su mayor diversion era la caza, y tál su pasion por esta, que la sacrificaba siempre todo el tiempo que se lo permitian sus obligaciones. De este ejercicio le provenia sin duda aquella soltura y agilidad de miembros que se le advertia, pues algunas veces especialmente en invierno, hacia á pié jornadas enteras. El carácter de Zumalacarregui se resentia con facilidad á cada momento de su temperamento bilioso, y como el gran Condé sufria mal el que sele contradigese. No obstante, tan pronto como era en dejarse llevar de la impaciencia y aun en enojarse, era fácil en calmarse : los testimonios que podriamos citar, aumentarian considerablemente este volúmen. Arrogante con los sobervios miéntras daban muestras de altivez, se abatía

hasta ponerse á su nivel con los modestos para infundirles el vigor que parecia habian perdido. Zeloso por la religion que profesaba, estaba muy lejos del fanatismo y de la hipocresía. Trataba á todos segun la moral de su conducta, y ni aun los eclesiásticos si se hallaban faltos de virtudes, encontraban mayores consideraciones. Los talentos y la calidad de las personas eran tenidos en grande aprecio por Zumalacarregui. Como su afan le conducia á ser el primer actor de sus disposiciones, nada hay que extrañar el que fuese el artillero que daba fuego al cañon, el ingeniero que verificaba un reconocimiento, el polvorista que juntaba los mixtos, y hasta el cabo, sargento, capitan y coronel de su ejército : los mas minuciosos detalles le llamaban toda su atencion. Jamas expidió una órden ú oficio escrito sin entregarlo por su propia mano y sin examinar ántes la inteligencia ó capacidad del conductor, obligándole tambien á repetir palabra por palabra, lo mismo que les acababa de decir. Con tal observador ningun hombre de mérito podia estar largo tiempo confundido, ningun criminal impune, ningun adulador bajo otro disfraz. Por el contrario de lo que generalmente sucede, Zumalacarregui conforme crecia en gloria y reputacion, iba deponiendo la gravedad de

su aspecto, y no solo para el último soldado sino para el méndigo mas miserable, se manifestaba del todo accesible. La generosidad era en él una virtud innata, y la energia la cualidad mas sublime de su carácter (*a*).

(*a*) S. M. por decreto de 25 Junio de 1835, se sirvió promover á Zumalacarregui al empleo de capitan general, concediendo al mismo tiempo á su viuda el sueldo correspondiente al empleo de teniente general, y dos mil reales vellon de pension vitalicia á cada una de sus hijas. Once meses despues, siendo ministro universal el señor D. Juan-Bautista Erro, deseando S M. perpetuar la memoria de su ilustre vasallo Zumalacarregui, expidió nuevo decreto en favor de la descendencia de este, por el cual le concedió la grandeza de España con los títulos de *Duque de la Victoria, y Conde de Zumalacarregui*. Los dos decretos de que acabamos de hacer mérito, están señalados entre los documentos justificativos con los números 15 y 16.



# ANÉCDOTAS.

# ANÉCDOTAS

SOBRE

# ZUMALACARREGUI.



En el año de 1827, mandaba Zumalacarregui el regimiento de cazadores del Rey, 1° de infantería ligera, en ocasion en que este cuerpo pasaba por Madrid para ir al ejército de observacion que se concentraba en la provincia de Estremadura. Al presentarse con algunos oficiales á cumplimentar segun costumbre al capitan general de Castilla la nueva D. Juan Caro, este general reparando entre aquellos al comandante de batallon D. Francisco Ocaña, pocos dias

hacia destinado á dicho cuerpo por el inspector Llauder, ya fuese por causa de resentimientos antiguos, ó bien zelo por el servicio del Rey, le dirijió palabras bastante duras, improperándole su pasada conducta política, al paso que las mezclaba con otras satisfactorias á los demas oficiales presentes, y sobretodo al mismo Zumalacarregui; pero este en vez de agradecerle esta distincion, le contestó asi: «Mi general, no » es esta la ocasion ni el lugar de tratar así á un gefe que » por haber puesto el gobierno á mi inmediacion estoy » en la obligacion de defender; V. E. podrá decir lo » que mejor le parezca al inspector que le ha colocado, » pero miéntras el comandante Ocaña se encuentre » en un regimento que yo mande, ni al Capitan gene» ral de Castilla la nueva, podré tolerar le trate de este » modo». Dicho esto Zumalacarregui tomó de la mano á Ocaña y se salió de la sala. Este Ocaña es el mismo de quien hablamos en el capítulo VII, que batido en el Baztan por Sagastibelza, se encerró en Ciga.

Zumalacarregui que no tenia mas vestido que el que llevaba puesto, se habia mandado hacer, en tiempo que la guerra era muy activa y el frio grande, una casaca de paño. El sastre que la hizo, acababa de traerla y de recibir el valor de ella, cuando asomándose á la ventana de su alojamiento, advirtió el general el mal estado en que por falta de vestido se

encontraba el capitan D. Cárlos L... de nacion francés; llamándole entonces por su nombre, le hizo probar la nueva casaca, y viendo que le venia bien, le despidió con ella; quedándose Zumalacarregui en el mismo estado que ántes.

El interés que tomaba por la suerte de los labradores era tan conocido, que cuando acontecía que de los pueblos mandaban bueyes vivos para dar raciones de carne, examinaba Zumalacarregui sus calidades, y como los encontraše jovenes y robustos para el trabajo de los campos, en el momento los hacia cambiar por otros mas viejos con el primer habitante que la suerte le presentaba, sin exigirle jamas cosa alguna.

Un gefe de los principales del ejército cristino habia abandonado hacia tiempo á su anciana esposa, cuyas virtudes eran de muchos años ántes á la época que referimos, conocidas de Zumalacarregui. Miéntras el marido le hacia la guerra, la suerte condujo á aquel al pueblo donde la desgraciada lloraba en un rincon y en el olvido sepultada, su abandono. Así que llegó, la fué á visitar, la consoló, obligándola al mismo tiempo á recibir la cantidad de que podia disponer para socorrer con ella en parte su necesidad.

El primer prisionere que cayó en poder de las tropas de Zumalacarregui, fué un oficial de caballería llamado D. N. Guerrero. Su esposa en cuanto lo supo, vino á implorar gracia, mas como al mismo tiempo Lorenzo, Oraa y Quesada, fusilaban á diestro y siniestro á cuantos carlistas caian en sus manos, el general de Navarra puso en el memorial, « Dejando á un lado » cuentas atrasadas, el marido de la suplicante y ade» mas los dos sargentos que fueron con él prisione» ros, obtendrán plena libertad, siempre que las » autoritades de Pamplona convengan en hacer lo » mismo con el oficial D. Juan Recarte, que segun » noticias se halla en poder de las mismas ». Quesada no obstante esta ventajosa proposicion, mandó pasar por las armas á su prisionero.

Castigaban á un voluntario con doscientos palos por el robo de una gallina encontrada en su morral. Sufrida ya la pena, el paciente con semblante alegre y familiar, le dijo á Zumalacarregui: « Si V. los perdona, yo diré quienes robaron la gallina y despues la pusieron en mi morral. — No amigo, contestó aquel, es mejor que lo calles ya que sufristes la paliza. Sin embargo digno pareces de galardon por el servicio que hiciste á la amistad, y supuesto que ya es imposible librarte del dolor de los palos, á lo mé-

nos toma esa moneda para que bebas un trago» y le dió una pieza de oro.

Zumalacarregui como todo cazador, tenia grande aficion á los perros, y una persona esperó complacerle, haciéndole presente de un hermoso dogo. Al descender una vez del pueblo de Madoz, pasando por entre un rebaño, el perro que como descubridor precedia al caballo de Zumalacarregui, hizo presa de una oveja, de modo que la mató: el general entonces sacó una de sus pistolas del arzon y disparándola no pudo acertar á herirle, pero mandó á los ordenanzas que lo matasen con las lanzas y así lo egecutaron. Los que acompañaban al general, creyendo ó juzgando por su amor anterior al perro, que se arrepentiría en breve de esta disposicion, le pidieron gracia, pero Zumalacarregui les respondió. » La muerte de una oveja en parte es subsanable pagándo su valor al dueño, como ahora lo haremos, mas si mañana el perro hiciese lo mismo (segun me lo persuado de su indole) con una persona, digánme vsds., ¿ como lo compondremos?

Espulsada de Peralta, villa dominada por los cristinos y con dos tiernos hijos sobre la espalda, se veia

una madre seguir la marcha de uno de los batallones de Navarra, en el cual servía su marido como simple voluntario. Habiéndola encontrado Zumalacarregui cierto dia, la preguntó quién era, y por ella supo las circunstancias que referimos. «Tomad, la dijo, estas monedas, fijaos en uno de estos pueblos, y en adelante acudid vos ó vuestro marido todos los meses y recibireís lo mismo.» Con esta providencia y otras semejantes, vino Zumalacarregui á gravar su bolsillo particular, siendo así que no tenia otros bienes, ni riqueza, que los 2500 reales de vellon que tomaba mensualmente por vía de sueldo.



Desde la ventana del alojamiento observaba Zumalacarregui uno de los dias que se hallaba en Asarta, á una muger anciana vestida con una saya andrajosa, á la cual acompañaba un joven de quince años. Arrimada la desgraciada á la pared mas vecina, desde allí miraba á Zumalacarregui, como si intentara esplicar con los ojos lo que por timidez no se resolvia á decir la lengua. El general que era demasiado buen fisonomista para no conocer á los que le buscaban, previno á un ayudante la preguntase si deseaba alguna cosa.— Hablar con S. E. dos palabras si se puede. — Que suba, contestó Zumalacarregui desde la ventana. Conducida la mujer á su presencia, habló así » : Yo soy, señor, una pobre viuda, y venia

»(presentando el muchacho que ántes dijimos) á ver si »queria V. tomar este chico como voluntario, el cual »es mi tercer hijo y me está molestando todos los dias »con que quiere estar en compañía de sus dos her»manos que sirven en el primer batallon de Navarra. »Por dos veces se me ha huido de casa para sentar »plaza, pero como es tan joven, los comandantes no »quieren admitirle.» Id y traédme tambien vuestros dos hijos, replicó Zumalacarregui. Vuelta despues la mujer con los tres, conmovido el ánimo de aquel con la consideracion del desamparo en que iba á quedar la madre, trató que uno de los dos primeros se volviese con ella para sostenerla con su trabajo, mas ellos dieron sus razones y se mantuvieron inquebrantables: la madre tampoco queria exponer á los hijos, porque ya comprometidos era fácil que al que fuera le prendiesen los cristinos. Entonces Zumalacarregui dió una gratificacion á la mujer, señalándola tambien una modesta pension que deberia recibir mensualmente. Ademas ordenó al comandante de su guardia que al salir esta madre acompañada de sus tres hijos, se la hicíesen los mismos honores que se le harian á él mismo. De esta manera creyó Zumalacarregui deber honrar aquella persona andrajosa.



Al llegar Zumalacarregui por el mes de Marzo á la Virgala mayor, pueblo de Alava, los soldados le presentaron el regidor con un edicto que dije-

ron haber arrancado del parage público en que estaba fijado todavía á la llegada de las tropas. Contenia este un indulto del Gobierno cristino en favor de los carlistas que dejasen las armas, y por las órdenes vigentes espedidas por Zumalacarregui habia incurrido el regidor en la pena de muerte á causa de la publicidad que dió al documento: sin embargo se contentó con hacer á este comer el edicto á su presencia, y ordenando despues que le diesen un vaso de vino , le despidió ; cambiando así en risa la irritacion de sus acusadores.



Cuando eran mas frecuentes los triunfos de Zumalacarregui, una de las personas de mas influencia habia encargado á un íntimo amigo de este, le dijese, que hallándose el Rey dispuesto á elevarle á título de Castilla, solo se esperaba saber que denominacion preferia. Zumalacarregui al oirle, contestó con ceño : « despues de entrar triunfantes en Cadiz lo pen» saremos : por ahora no estamos seguros ní aun en el » Pirineo, y un título cualquiera, no seria hoy sino un » paso hácia lo ridículo. » Precisamente decia esto el dia inmediato á la toma de Treviño : es decir en el instante mismo en que fué mas extensa la dominacion de las armas carlistas en el norte de España.

# DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

## Nº. 1.

# FUEROS FUNDAMENTALES

DEL

# REINO DE NAVARRA.



### TITULO I.

*Del Reino de Navarra.*

Art. 1.º El antiquísimo Reino de Navarra, es indivisible y no se puede partir. Ley 1.ª, tít. 1.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion de Navarra, pág. 67 y 68.

Art. 2.º La incorporacion del Reino de Navarra á la Corona de Castilla, fué por via de una union eqüe principal, reteniendo cada uno su naturaleza antigua así en Leyes, como en territorio y gobierno. Ley 33, tít. 8.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 3.° Verificada la union, Navarra quedó y permaneció Reino de por sí, rigiéndose por sus Fueros, Leyes, Ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades y privilegios: es Reino distinto en territorio, jurisdiccion, Jueces y gobierno de los demas Reinos del Rey de España. Ley 59, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion y los Reales Juramentos.

## TITULO II.

### *De los Navarros.*

Art. 4.° Son Navarros:

1.° Los procreados de padre ó madre Navarro habitante actual en Navarra. Ley 6.ª, tít. 8.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion y Reales Juramentos.

2° Los que hayan obtenido carta de naturaleza de los tres Estados, ó de su Dipntacion en los casos que ésta puede concederla. Leyes 1.ª y 3.ª, tít. 8.°, lib. 1°. de la Novísima Recopilacion.

Art. 5.° Unos mismos Códigos Navarros rigen en todo el Reino de Navarra, y en defecto de Ley del Reino rige el derecho Romano. Ley 1.ª. tít. 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 6.° Todos los Navarros son admisibles á los empleos y cargos públicos, teniendo las calidades prevenidas por las Leyes. Reales Juramentos.

Art. 7.° No puede ser detenido ni preso ni separado de su domicilio ningun Navarro, ni allanada su casa, sino en los casos, en la forma, y por los Jueces que las leyes han establecido. Leyes 11, 12, 13, 14, 17

y 19, tít. 8.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 8.° No puede suspenderse ninguna Ley en ningun caso por privilegiado que sea, sin consentimiento de los tres Estados, aunque lo pida la Diputacion del Reino. Ley 31, tít. 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 9.° Ningun Navarro puede ser procesado ni juzgado si no con arreglo á lo dispuesto, y por los Tribunales designados por las Leyes. Ley 1.ª, tít. 1.°, lib. 2.° de la Novísima Recopilacion.

## TITULO III.

### *De las Córtes.*

Art. 10. La potestad de hacer las Leyes reside en las Córtes con el Rey. Cap. 1.°, tít. 1.°, lib. 1.° del Fuero. Proemio del Amejoramiento del Rey D. Felipe.

Art. 11. Las Leyes, las disposiciones generales á manera de Ley ni las Ordenanzas decisivas no se hagan sino á pedimento, y con voluntad, consentimiento y otorgamiento de los tres Estados. Leyes 3, 4 y 12, tít. 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 12. Las Córtes se componen de tres brazos ó Estamentos. Eclesiástico, Militar ó de Nobles, y de Universidades ó de pueblos. Proemio del Amejoramiento del Rey Don Felipe, y Reales Juramentos.

Art. 13. A las Córtes deben ser llamados todos los que tuvieren derecho. Ley 7.ª tít. 2.° lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 14. No se junten Córtes sin que primero se responda á los agravios. Ley 16, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 15. No se trate en las Córtes de concesion de servicio miéntras no se reparen ó respondan los contrafueros y agravios que representáre el Reino. Ley 18, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 16. Los llamados á Córtes generales no sean echados, ni inhibidos, ni vedados si no precediendo conocimiento de causa. Leyes 9 y 10, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 17. Los concurrentes á Córtes no pueden ser encarcelados ni arrestados por cosa ninguna en los lugares donde son llamados por todo el tiempo que estuvieren en ellos entendiendo en Córtes, ni los Síndicos, ni el Secretario. Leyes 11, 12, 13 y 14, tít. 2.°, lib. 1° de la Novísima Recopilacion.

## TITULO IV.

### *De los Brazos, Estamentos ó Estados.*

Art. 18. Los tres Brazos son iguales en facultades, y reunidos en un mismo Salon discuten y resuelven juntos los negocios. Reales Juramentos.

Art. 19. El número de individuos de cada uno de los Brazos no es limitado: puede el Rey conceder asiento á los particulares ó pueblos que le parezca, y estos justificando con audiencia del Reino las calidades requeridas por las Leyes, son admitidos. Ley 25. Córtes de 1794 y siguientes.

Art. 20. Los pueblos no pueden nombrar por Diputado suyo, sino á personas que tuvieren su continua residencia ó habitacion en el mismo pueblo. Ley 21, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 21. A los Diputados á Córtes nombrados, despues de presentados y admitidos sus poderes, no se les puede revocar y nombrar otros. Ley 20, tít. 2.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

## TITULO V.

*De la Diputacion permanente, de Córtes á Córtes.*

Art. 22. El encargo principal de la Diputacion permanente, es velar la estricta observancia de los Fueros, Leyes, Ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades y privilegios, sin tolerar la mas pequeña infraccion reclamando contra ella sin cesar hasta obtener la reparacion completa. Ley 32, tít. 3.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 23. Los Diputados, Síndico y Secretario, no pueden ser encarcelados, asignados, detenidos ni multados, por asuntos concernientes al Reino, ó en los que intervengan á virtud de sus destinos en la Diputacion. Ley 43. Córtes de 1828 y 1829.

Art. 24. La Diputacion examina los poderes Reales para la convocacion á Córtes, y los devuelve ó aprobados, ó con los reparos que advierte, y que deben subsanarse ántes de darles curso. Ley 17, tít. 2.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 25. Examina los poderes de los pueblos.

Art. 26. La Diputation asiste al juramento que los Vireyes prestan al ingreso de su Dignidad. Ley 2.ª, tít. 1.º lib, 1.º de la Novísima Recopilacion.

Art. 27. La Diputacion entiende en los demas asuntos que designan las Leyes, y en los que los tres Estados le dejan encargados por sus resoluciones.

## TITULO VI

*De la celebracion y facultades de las Córtes.*

Art. 28. Las Córtes deben reunirse á mas tardar de tres en tres años, escepto si este plazo estuviere prorogado por las últimamente celebradas. Leyes 3, 4 y 5, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 29. Si el Rey no convocáre las Córtes al tiempo correspondiente, la Diputacion permanente se lo hace presente, recordándole la disposicion de las leyes, y la obligacion de cumplirla.

Art. 30. Los tres Estados forman el Reglamento para su gobierno interior, y examinan los poderes de los Diputados ó Procuradores que no hubiesen sido aprobados por la Diputacion permanente.

Art. 31. El Rey abre y cierra las sesiones en persona ó por medio del Virey á quien confiere poderes especiales absolutos, cuya forma se halla inserta en la Novísima Recopilacion. Ley 17, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 32. Los tres Estados no pueden deliberar en presencia del Rey ni del Virey.

Art. 33. El Rey y los tres Estados tienen la iniciativa de los negocios y de las Leyes.

Art. 34. Las resoluciones en cada uno de los Brazos se toman á pluralidad absoluta de votos, y para la resolucion de las Córtes se necesita la conformidad de los votos de los tres Brazos.

Art. 35. Si uno de los Estados desechase algun proyecto de Ley ó algun otro asunto, se propone en las dos sesiones siguientes, y subsistiendo la discordia por tres veces, queda negado.

Art. 36. Ademas de la potestad legislativa que egercen las Córtes con el Rey, les pertenecen las facultades siguientes:

1.ª Recibir al Rey, al Sucesor inmediato de la Corona, y al Regente ó Regencia el juramento de guardar los Fueros, Leyes, Ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades preeminencias y privilegios del Reino.

2.ª Recibir igualmente juramento del Virey en ánima del Rey, al final de las sesiones.

3.ª Conceder por sí solas las cartas de naturaleza.

4.ª No publicar y de consiguiente dejar sin efecto las Leyes decretadas por S. M. que estimen conveniente retirar.

5.ª En la union eqüe principal de la Corona de Navarra á la de Castilla, se llamó por sucesora del Señor Rey D. Fernando el Católico á su hija Doña Juana, y despues de sus dias al Príncipe D. Cárlos su nieto, y á sus herederos en los Reinos de Castilla, guardando lo Fueros y costumbres del de Navarra.

Art. 37. El número de consultores del Virey para los asuntos de Córtes, debe cuando ménos ser igual de Navarros y no Navarros. Ley 25, tít. 2.º, lib. 1.º de la Novísima Recopilacion.

## TITULO VII.

### *Del Rey.*

Art. 38. El Rey á su advenimiento al Trono, debe jurar solemnemente ante los tres Estados, por sí, ó por medio de su Virey, habilitado con poder especial la observancia de los Fueros, Leyes, Ordenanzas, usos, costumbres,

franquezas, exenciones, libertades y priviligios de Navarra, y que lo tendrá como Reino de por sí, separado é independiente de los demas Reinos y Señoríos: que deshará bien y cumplidamente todas las fuerzas y agravios que se hicieren á los particulares, comunidades y pueblos: que en Navarra no podrá emplear sino hasta cinco que no sean Navarros. Cap. 1.°, tít. 1°. del Fuero general.

Art. 39. Los tres Estados á nombre del Reino, recibido el juramento del Rey, juran que defenderán al Rey, su persona, corona y tierra, y le ayudarán á guardar, defender y mantener fielmente los Fueros y Leyes, á todo su leal poder. Cap. 1.°, tít. 1.° del Fuero general.

Art. 40. El Rey decreta las Leyes, y las devuelve al Reino para su otorgamiento, que es acto enteramente libre. Real Cédula de 28 Mayo de 1726, inserta al final de las Córtes de dicho año.

Art. 41. El Rey cuida de que en todo el Reino se administre justicia, pronta y cumplidamente. Ley 6.ª, tít 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 42. Indulta á los delincuentes con arreglo á las Leyes. Cap. 5.°, tít. 1.°, lib. 2.° del Fuero. Ley 54 de 1724 y siguientes.

Art. 43. Nombra todos los empleados públicos, y concede honores y distinciones de todas clases conforme á las Leyes. Cap. 1.°, tít. 1.°, lib. 1.° del Fuero.

## TITULO VIII.

### *Del poder judicial.*

Art. 44. A los Tribunales y Juzgados pertenece esclusivamente la potestad de aplicar las Leyes en los juicios

civiles y criminales, juzgar y hacer que se ejecute lo juzgado. Leyes 59 y 60, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 45. Las Leyes determinan los Tribunales y Juzgados que ha de haber, la organizacion de cada uno, sus facultades y el modo de egercerlas. Leyes 59 y 60, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 46. Los Tribunales de Navarra, son los Alcaldes ordinarios, la Córte mayor y el Real y Supremo Consejo, con el número de Jueces cada uno, y calidades de individuos determinados en las Leyes. Las ántes citadas.

Art. 47. En el Tribunal de la Real Córte mayor, debe haber cuatro Alcaldes que hayan á entender en el fecho de la justicia, á saber: es el primero por el Rey, el segundo por el Brazo y Estado de la Iglesia, el tercero por el Brazo y Estado de los Ricos-Hombres é Hijos-dalgo, y el cuatreno por el Brazo de las Universidades. Cap. 1.° Ordenanzas del Rey D. Cárlos III, titulado el Noble, año de 1413.

Art. 48. Los mandamientos de justicia van sellados con el sello de la Cancillería de Navarra. Leyes del tít. 5.°, lib 2.° y 1.ª, tít 19, lib. 2.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 49. Los Navarros no pueden ser juzgados fuera de los Tribunales designados, aunque la causa sea de Estado ó guerra. Ley 4.ª, tít. 23, lib. 2.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 50. Todas las causas y pleitos deben rematarse en el Supremo Consejo, sin que se puedan sacar ni llevar procesos fuera del Reino. Leyes 59 y 60, tít. 2.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 51. El Virey y Consejo no hagan autos y provisiones acordadas sino conforme á los Fueros y Leyes del Reino, y en casos de necesidad y evidente utilidad, y que pidan brevedad y convengan al servicio de Dios y bien público del Reyno; y los hechos con estas condiciones, representando el Reino junto en Córtes ser de inconveniente ó perjuicio, cesan y no tienen efecto. Ley 12, tít. 3.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 52. No se pueden dar Cédulas Reales de suspension sobre pleitos pendientes en los Tribunales, y las que se dan, son obedecidas y no cumplidas. Ley 19, tít. 4.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 53. El Príncipe heredero, que se titula Príncipe de Viana, jura con la misma solemnidad que el Rey. Reales Juramentos.

## TITULO IX.

### *Del Virey.*

Art. 54. El Virey presenta poderes Reales para el ejercicio de su Dignidad, y en su virtud tiene las mismas facultades que el Rey. Ley 2.ª, tít. 1.° lib., 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 55. Jura la observancia de los Fueros y Leyes en ánima suya, y tambien en deshacer los agravios y contrafueros. Ley 2, tít. 1.°, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 56. Es Presidente de los Reales Tribunales. El Real Poder.

## TITULO X.

### *De los Ayuntamientos.*

Art. 57. Para el gobierno interior de los pueblos ó valles que forman una comunidad, hay Ayuntamientos nombrados en la forma prescrita por las Leyes. Ley 66, tít. 2, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

Art. 58. Las leyes determinan la organizacion y atribuciones de los Ayuntamientos. Ley 66, tít. 2, lib. 1.° de la Novísima Recopilacion.

## TITULO XI.

### *De las contribuciones y fuerza armada.*

Art. 59. La facultad de hacer repartimientos ó imponer contribuciones de dinero, está reservada á los Estados juntos en Córtes generales. Tambien lo está hacer el reparto de la gente que pide el Rey, si la otorga el reino. Cap. 1.°, tít. 1.°, lib. 1.° del Fuero.

Art. 60. Las Fortalezas del Reino de Navarra, deben estar en manos y al cuidado de militares Navarros. Ley 1.ª, tít. 5, lib. 1°. de la Novísima Recopilacion. Reales Juramentos.

## TITULO XII.

### *Del recurso de contra fuerza.*

Art. 61. Agravio ú contrafuero es toda infraccion de cualquiera de los Fueros, Leyes, Ordenanzas, Usos,

franquezas, esenciones, libertades y privilegios hecha por el Rey, Virey, Tribunales de Justicia, ó empleados como tales. Ley 20, tít. 5, lib. 5 de la Novísima Recopilacion.

Art. 62. El Reino ó su Diputacion, como protector de los Fueros y demas, y celador de su observancia, por simple querella propone la infraccion al Virey, quien, oyendo á sus consultores, decreta la reparacion. Ley 20, tít. 5, lib. 5 de la Novísima Recopilacion.

## TITULO XIII.

*De los Juramentos Reales y de los Vireyes.*

Art. 63. Los Juramentos Reales y los de los Vireyes contienen la clausula de que observarán y guardarán, observar harau todos los Fueros, Leyes, Ordenanzas, usos, franquezas, libertades, privilejios y oficios del Reino de Navarra, como en ellos se contiene, desharán los agravios y contrafueros; la de no ir contra los Fueros, Leyes y demas, y qne si contravinieren en todo ó en parte, los tres Estados y pueblo de Navarra no sean tenidos á lo cumplir, antes todo sea nulo y de ningun valor. Reales Juramentos.

Estractado de los cuerpos legales de Navarra. Valencia 21 de Diciembre de 1839. — *Dr. Angel Sagaseta de Ilurdoz.*

## N° 2.

« Diputacion general del Señorío de Vizcaya—Siendo indispensable que á nuestro regreso á Vizcaya, me-

diante la indisposicion de D. Pedro Novia Salcedo, vuelva á ocupar el destino de diputado general de aquel Señorío, el Sr. brigadier D. Fernando Zabala, comandante-general de la division carlista de aquel Señorío, cuyas funciones no es fácil desempeñar simultaneamente con las de diputado, y tomando en consideracion que para el mayor acierto de las operaciones militares, que deben egecutar en combinacion las fuerzas leales Vasco-Navarras, es indispensable que estas partan de un centro comun: atendiendo á los conocimientos y aptitud de V. S. al zelo de que abunda por el mejor servicio del Rey N. S. (D. L. G.), y á la circunstancia do reunir mayores fuerzas bajo sus órdenes que otro gefe alguno de las provincias Vascongadas, ha venido la Diputacion en nombrar á V. S., comandante-general en gefe de las tropas vizcainas, en remplazo del Sr. brigadier, D. Fernando Zabala, esperanzada de que aceptando este mando, desplegará V. S. sus talentos militares y todos los recursos de que pueda disponer á fin de combatir al enemigo comun, y libertar al suelo vizcaino de las tropas invasoras que le oprimen, dictando cuantas disposiciones juzgue convenientes y se hallen dentro del círculo de sus atribuciones militares, para la mas pronta y sólida reorganizacion de sus batallones con arreglo á sus fueros, y á lo que reclaman con tanto imperio las circunstancias críticas en que nos hallamos; á cuyo efecto se servirá V. S. tomar desde luego el mando, y darse á reconocer en los cuerpos del ejército en la forma quo prescribe la ordenanza. — Dios etª, Echarri-Aranaz, 7 de diciembre de 1833. — El marques de Valdespina, — Francisco Javier Batiz, — E. A. D. S. Miguel de Artiñano, oficial mayor. — Señor coronel D. Tomas Zuma-

lacarregui, comandante-general de Navarra y de Vizcaya. »

## Nº 3.

»Diputacion á guerra de la provincia de Guipúzcoa.— Convencida de lo útil que es al altar y al trono el que hagamos su defensa bajo el mando militar único de V. S., en virtud del acuerdo que he firmado en union de este reino el Señorío de Vizcaya, y la provincia de Alava, tengo el gusto de manifestarle mis deseos de que así se cumpla. Dios eta, de mi Diputacion en Echarri-Aranaz, á 7 de diciembre de 1833.—Ignacio Lardizabal, — José Joaquin Hermoso, de Mendoza, — José Ramon de Berrueta,— Manuel Muñoz Ostolaza,— P. L. M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa, — Manuel de Gástañaga. — Señor comandante-general del ejército Real de Navarra, D. Tomas Zumalacarregui.»

## Nº 4.

»Voluntarios : Los corazones de los habitantes de Ayezcoa y Roncal estan cambiados ; estos hasta hoy engañados, nos entregan ya las armas, se disponen á obedecer lo que se les mande para en adelante y prometen ser fieles á la causa del magnánimo Cárlos V. Sin duda que los Ayezcoanos se han expuesto voluntariamente al peligro de ser víctimas con su poco cuerda resistencia ; pero Dios que conoce cúan doloroso debia ser para nosotros el hacer uso de las armas contra compatriotas, se ha dignado en enviarles en vez de la guerra, una paz durable. Desde este dia en adelante la Ayezcoa servirá á nuestros ba-

tallones de seguro refugio, cualquiera que sea el número de los enemigos. Ademas, nada es tan satisfactorio para los corazones nobles, como el perdonar las injurias. Al título de valientes que habeis ántes merecido á costa de vuestra sangre, vais á juntar desde este momento el de generosos perdonando á los vencidos. Yo espero que en esta ocasion tratareis bien á los desgraciados habitantes de Ayezcoa y de Roncal, pues que en lo sucesivo deben reputarse como navarros fieles. Si alguno de vosotros no lo hiciese así y llegase hasta el extremo de desconocer los sentimientos de humanidad injuriando ó maltratando á sus patrones, será castigado con rigor. En cuanto á los que se abandonen al saqueo, ellos serán irremisiblemente pasados por las armas — Garralda, 17 de Enero de 1833. — Zumalacarregui.»

## N° 5.

Logroño, 23 de febrero de 1834.—Mi querido hermano : Nada me puede ser mas interesante que tu felicidad y la de tu familia : el paso que estoy dando es la prueba mas convincente de esta verdad. Hasta mi llegada á Madrid, á mediados del mes anterior, ignoraba adsolutamente tu existencia, y cuando supe de ti se llenó de amargura mi corazon. A pocos dias se dignó nuestra benéfica reina nombrarme regente de la nueva audiencia que debe establecerse en Burgos, y desde este momento me propuse buscar cuantos medios me fuesen posibles para hacerte saber mi posicion y proporcionarte los que te pudieran instruir del estado en que se halla la nacion : felizmente era capitan-general deCastilla la vieja, tu anti-

guo gefe, el excelentisimo señor D. Vicente Quesada, y no dudé que contribuiria eficazmente para conseguir el plan que me proponia. El dia 21 de este mes llegué á Burgos con el objeto de arreglar el nuevo tribunal, mas al saber que el mismo general estaba nombrado para el mando del reino de Navarra y su ejército, abandoné por ahora mi proyecto y me apresuré á venir á esta ciudad para tratar esclusivamente de tu bien. He encontrado á este digno gefe cuyo carácter y cualidades te son bien conocidas, tan dispuesto á cuanto le he manifestado que me es imposible explicarte la satisfaccion de que estoy poseido, me ha manifesdado los pasos que tiene dados al mismo fin, y de estos debes inferir que conservas personas interesadas en evitar tu ruina. Conviene, pues, y es absolutamente preciso te dejes conducir por el general ; no puedes dudar que soy el mas interesado en tu honor y que en manera alguna consentiré jamas en que quede mancillado ; esta es la mejor ocasion y quizás la última en que puedes demostrar eres amante de tu patria y que deseas manifestarlo como lo tienes hecho en otras ocasiones : lo que te ofrezca el general será cumplido en un todo, me constan sus relaciones y la grande consideracion que se le tiene en el gobierno : en este concepto desecha tus resentimientos y dame el placer de verte reconciliado con la mejor de las soberanas, para lo que contribuiremos todos del modo mas eficaz.—Me alegraré que continues sin novedad en tu salud y que dispongas de tu hermano que te ama de corazon.—Miguel-Antonio Zumalacarregui.

*Contestacion.*— Domeño, 1º de Marzo 1834.—Mi apreciable hermano : el mismo oficial portador de una carta del general Quesada y con el que te dirijo esta , me ha entregado la tuya del 23 del pasado, por cuyo contesto

estoy informado del nombramiento que de regente de la proyectada audiencia de Burgos, ha hecho en tí la reina viuda. Con tal motivo aprovecho la ocasion para darte la enhorabuena, pues bien sabes que como buen hermano. no te deseo ménos á tí aquellas felicidades que para mí con tanto ahinco procuras. Solo no tengo por oportuno el contestar á tus prevenciones, teniendo por mejor el que nos respetemos reciprocamente nuestras opiniones. Al general Quesada le contesto que para resolver acerca de sus proposiciones, necesito reunir no solo los cuerpos de tropas sino tambien aquellas personas mas particularmente comprometidas en asunto de tanta transcendencia, pues que yo ne me cuento en el caso presente por mas que un individuo Tu bien sabes el modo con que siempre me he comportado, que el honor ha sido en todo tiempo mi norma, y que para conservarlo integro en la delicada posicion en que me encuentro, necesito atrincherarme en los principios que he proclamado, los cuales sabes fueron unos en todos tiempos : bajo este concepto será bueno comiences á persuadirte cuan imposible se presenta la realizacion de tus deseos.—Conservate bueno, y queda tuyo tu afectísimo hermano.—Tomas Zumalacarregui.

## Nº 6.

Carta de D. Juan Crisóstomo Vidaondo, vocal de la Junta de Navarra.

Elizondo, 15 de Enero de 1812.—Sr. D. Juan Antonio Zaratiegui.—Muy señor mio y de mi mayor aprecio ; si no estuviera observando desde estas montañas

cómo anda el mundo, y lo mucho que los hombres trabajan en perseguirse y fraccionarse, tal vez me hubiera sorprendido el contenido de la muy estimada carta de V. del 19 de Diciembre último que he recibido el 10 del actual. Me anuncia V. en ella haberse impreso en Paris, el Noviembre anterior, un folleto en cuyas páginas se lee, que en las proposiciones que al inmortal Zumalacarregui hizo Quesada en fines de Febrero ó principios de Marzo de 1834, con el objeto de que depusiesen los Carlistas las armas, *Zaratiegui lui suscrivit sérieusement et de bon cœur aux propositions qui lui furent faites.* ¡ véase ahí en un solo renglon empeñada la delicadeza de un hombre! hé ahí como de una plumada viene abajo toda una reputacion! pero á bien que no es difícil patentizar á ese Monsieur, ó sea á ese caballero hablando en nuestra lengua patria, que se equivoca, que anda muy distante de la realidad de los hechos, que no está en los datos, que se ha dejado llevar de noticias siniestras, y le aconsejo que si trata de esplotar la abundante mina de nuestra historia, betas tiene muy ricas y preciosas en que ensayarse, y aun acreditarse puede de autor ingenuo é imparcial. Sea, si le place, un severo Aristarco, pero respete siempre los sagrados derechos de la verdad. Esta es la que V. invoca, á ella apela, porque ciertamente ella es la espada mejor templada y de dos filos; con el uno hiere y postra al agresor, con el otro defiende y salva al inocente acometido. Precisamente me invita V. á que hable de un suceso, cuyo desenlace tuve la satisfaccion de presenciar muy al principio de nuestra lucha. Sencilla será mi narracion, pues la glosa queda para el curioso lector.—Dias hacia que circulaba la voz de que mediaban comunicaciones entre el gefe cristino y el de

los carlistas; voz alarmante que llamaba no poco la atencion del pais, cuando hallándose en este mismo pueblo de Elizondo la junta de Navarra, de la que yo era individuo, recibió un oficio del comandante general entonces, D. Tomas Zumalacarregui, para que nos trasladásemos á la villa de Lumbier donde se hallaría el cuartel general. Efectivamente, los Señores D. Juan Echeverría, D. Benito Diaz-del-Rio y yo, salimos inmediatamente para el punto designado, y tan pronto como llegamos nos dirigimos al alojamiento del commandante general, quien nos informó de la iniciativa tomada por Quesada, y de las proposiciones que le hacia, todas relativas á que los Carlistas abandonáramos la empresa, y á que llevando los batallones á las inmediciones de Lodosa, entregarán allí sus armas y recibirian las licencias absolutas. Con respecto á los que habian sido gefes en el antiguo ejército, les prometia Quesada el retiro con arreglo al grado de aquel tiempo y años de servicio. De política, de fueros, de gobierno absoluto ni representativo... no recuerdo que el general cristino hablase ni una sola palabra. Entrámos pues en discusion, y Zumalacarregui nos manifestó sus ideas. Conocia aquel insigne hombre, aquel talento singular para la guerra, cual era su verdadera posicion; necesitaba tiempo para el desarrollo de sus planes y *queria tambien sondear el espíritu de los convocados á aquella reunion que se componia de varias notabilidades, fuera de los tres individuos de la junta de Navarra.*

Lleno V. de esa fogosidad que le es propia, y descubriendo desde luego ese carácter navarro, tomó la palabra, se esplicó en estilo bien enérgico y *rechazó* (para usar de las mismas frases del folletista parisiense) *con*

*indignacion tan detestable proyecto.* Convenimos en que se hiciera público lo ocurrido y se diera una relacion que redactó V. con vigor y entusiasmo, despreciando altamente las proposiciones de Quesada, y que se leyó á los batallones que quedaron bien convencidos, así como el pais bien satisfecho de lo obrado sobre el proyecto de Quesada. ¡Lindo modo por cierto de *suscribir V. seriamente y de grado y voluntad á las proposiciones hechas á Zumalacarregui por Quesada.* ¿Así prueba el autor del folleto que *todos* escepto Zaratiegui, rechazaron con indignacion ese detestable proyecto? si no hubiera puesto ese *excepté* hubiera dicho una verdad. Me parece que llevo referido lo bastante para que el honor y delicadeza de V. queden en el grado y lugar que se merecen; pero si no basta, aquí estoy siempre pronto á servir á V. y á cuantos cuenten con mi inutilidad, pues nunca creo que la emplea mejor que cuando aboga por el perseguido y atribulado el que es de V. atento y afectísimo q. s. m. b. —Juan Crisóstomo de Vidaondo y Mendinueta.

## Nº 7.

Carta del general Sarasa.

Arras, 20 de Enero de 1842.—Mi estimado amigo Zaratiegui: Con singular placer he recibido su apreciable del 11 que me ha sido de mucha satisfaccion por saber de la buena salud que disfruta, pero me ha sorprendido la lectura del párrafo que me transcribe de uno de los folletos que ha publicado el tal D. Antonio Casares (á quien no conozco) y sí, el que los folletos que ha publicado el relacionado, han sido desestimados por S. M.

por inesactos, segun relacion de un legitimista, amigo mio, que ha como quince dias me dijo preguntándome por el autor, si le conocia. Ninguno he visto, pero si lo que ha escrito es tan verdadero como el párrafo citado, se conoce escribe de mala fe, por calumniarnos, y no estraño ahora lo que me dijo el amigo con respecto á la desaprobacion de S. M. de tales folletos en los que no dejará de mancillar la reputacion de muchos, así como lo hace con V. tan escandalosamente. Recuerdo la mayor parte de las ocurrencias que sobrevinieron con motivo de la llegada á Lumbier de los oficiales cristinos Vidondo y Eraso, sobre fines de Febrero de 1834, enviados por Quesada con una carta para Zumalacarregui, y otra de un hermano de este, liberal, que Quesada hizo venir desde Burgos á Logroño con este motivo, aconsejando ámbas que se depusiesen las armas por batallones á las inmediaciones del Ebro y que todos obtendriamos un indulto, y como gracia especial ofrecia Quesada interponer su valimiento para que Zumalacarregui obtuviese el retiro de su antiguo empleo de coronel, y á ser posible se estenderia tambien á alguno de los demas gefes. Contestó Zumalacarregui para dar tiempo á las cosas, que el asunto era muy importante para resolverlo solo, y que al efecto reuniria los principales de los comprometidos. Escribió segunda vez Quesada impaciente de la tardanza, diciendo que Zumalacarregui, yo y no sé si algun otro, fuesemos á tratar particularmente el negocio con él á Noain, que mas se haria en una hora hablando, que en un año escribiendo. A poco rato que se recibió esta comunicacion pasé á la casa alojamiento de Zumalacarregui, y la primera salutacion fué decirme « Quesada invita á V. conmigo á Noain—á qué, le

»contesté, para que nos fusile! yo no marcho — y replicó »sin detencion, ni yo tampoco.» Inmediatamente llamó Zumalacarregui á la Junta gubernativa á Lumbier, y venida, se celebró la reunion en casa de Doncel con asistencia de todos los gefes presentes, del auditor Lázaro y V. Zumalacarregui presentó á todos los asistentes las cartas recibidas, y seguidamente trazó el cuadro de nuestra verdadera situacion, recorriendo todos los puntos uno por uno. El recuerdo de la situacion sembró la melancolía en los concurrentes, si bien no disminuyó la resolucion general de cada uno, esforzándose Zumalacarregui para que se examinase bien el caso por aquellos que habian puesto en sus manos el mando. En este estado, recuerdo haber oido pronunciar á V. algunas espresiones que manifestaban su impaciencia en despachar el ultimatum á Quesada, rechazando sus exigencias, y como me hallaba comprometido con el general cristino Lorenzo que me hizo igual invitacion desde Navascues el 19 de Octubre de 1833 que salió con su coluna despues del fusilamiento del inmortal general D. Santos Ladron, y sin concluir su lectura la quemé, manifesté mi parecer de ántes morir que transigir; siguió Eraso, y succesivamente todos, que no hubo necesidad de votar, porque todo vino á ser como un clamor general. Zumalacarregui dijo entonces, la suerte está echada, no queda mas partido que vencer ó morir, y mandó á V. estendiese una proclama para la tropa y pueblo, la que firmada por él, la leyó V. en el centro de los batallones en las eras de Lumbier, concluyéndose aquel acto con vivas repetidos á la religion y á nuestro amado Soberano el Sr. Don Cárlos V. No sé como el folletista se

determina á calumniar á V. tan abiertamente, haciendo ver al público todo lo contrario de lo que ocurrió; sin duda que tiene á V. bien mala voluntad; pero entiendo no debe acalorarse V. por ello, puesto que se conoce es uno de los muchos enemigos que tenemos, aunque bien pudiera V. contrarrestarle, pues su decision fué manifestada, y así como yo lo afirmo, podrán hacerlo tambien los concurrentes á aquella reunion, que aun existen algunos, si necesario fuere.— Consérvese V. bueno, mandando á su siempre apasionado amigo y seguro servidor q. b. s. m. — Juan-Manuel Sarasa.

## N° 8.

Carta del brigadier Ripalda.

Villanueva sur Lot, 20 de Enero de 1822 — Mi venerado general: en contestacion á la apreciable de V. de fecha 2 del actual, respecto al párrafo que contiene la página 7.ª del folleto publicado en Paris, con el nombre *Captivité de Charles V.*; en honor á la verdad, debo decir: Que es cierto que el general Zumalacarregui nos reunió en su casa alojamiento de Lumbier á diferentes gefes, y recuerdo que entre ellos estaban el general D. Benito Eraso, varios vocales de la junta gubernativa, los generales hoy, D. Juan Manuel Sarasa y D. Miguel Gomez, V. que hacia funciones de secretario, los comandantes del 1.er batallon de Navarra D. José Goñi, D. Francisco Garcia, y finalmente yo y D. Tomas Tarragual que lo eramos del 2°. batallon. Ya para entonces Zumalacarregui en particular nos habia hablado de unas cartas que le dirigió el gefe del ejército enemigo D. Vicente Quesada,

y su hermano D. Miguel-Antonio Zumalacarregui que le acompañaba por medio del oficial D. Francisco Antonio Vidondo, y de la respuesta que les habia dado para ganar tiempo, en cuyo intermedio descansarian nuestras tropas tan fatigadas de las persecuciones pasadas, y se daría lugar al arribo de la Junta Gubernativa que estaba en el Baztan, á quien llamaba perentoriamente, á fin de resolver con todos los principales gefes el negocio que de tanta transcendencia se presentaba. Tras de Vidondo se presentó en el cuartel general D. José Javier Uriz, vecino de Sada, con un segundo mensage de Quesada. Me acuerdo que cuando llegó, estábamos en el pueblo de Navascues, y Zumalacarregui le acogió con cierto enojo, porque siendo reputado Uriz por realista á causa de sus antecedentes políticos, no se habia presentado en el campo carlista, y ahora lo hacia por mandamiento y en servicio del gefe cristino. A los pocos dias nos trasladámos á Lumbier; allí vino la junta y se hizo la reunion porque Quesada apretaba por una contestacion definitiva. Zumalacarregui comenzó por hacer una relacion sobre nuestro deplorable estado para emprender como de nuevo una lucha contra un enemigo tan superior en fuerzas y recursos, no contando nosotros con ningunos, fijándose especialmente en la falta de calzado, pólvora (que entonces aun no la elaborabamos) y plomo; sin cuyos requisitos y siempre perseguidos no podriamos ménos de venir á ser víctimas del enemigo, miéntras que por otra parte, era tal la ignorancia que con respecto á la persona del Rey N. S. viviamos, que todavía no se sabia si aquella guerra comenzada, hacia cinco meses, en favor suyo,

era ó no de su soberana voluntad. Esta fué la sola reflexion que ocupó por un momento la mente de los asistentes. Desde aquí pasó Zumalacarregui á manifestar aquello que la mayor parte sabiamos: es decir el concontenido de las cartas de que hablamos. En estas decia Quesada, que se concederia un indulto general á todos para que pudieramos marchar á nuestras casas, entregando ántes las armas por batallones en las inmediaciones del Ebro, y de no hacerlo así nos amenazaba dicho Quesada con cazarnos por los montes como á fieras. Su confianza en destruirnos era mucha con el auxilio de la Francia, y confiado en los refuerzos que traia de la guardia real, nos trataba no como á un poder Real, sino como á una banda de foragidos, hombres pérdidos y destituidos de todo humano recurso. Concluido todo esto, Zumalacarregui nos pidió parecer acerca del asunto, y recuerdo y afirmo bajo mi palabra de honor, profirió V. algunas palabras energícamente, diciendo en sustancia, que en el momento debia declararse guerra á muerte á Quesada, nuestro mas mortal y personal enemigo. Eraso y Sarasa siguieron á V. y todos los demas que nos encontrábamos en aquella junta, abrazamos tan noble resolucion y aseguramos al general que prefiriamos morir ántes que acceder á las exigencias de Quesada, y que aunque no tuviesemos mas arma que la bayoneta encontrariamos con ella en las filas enemigas ó una muerte gloriosa ó los cartuchos que necesitábamos. Cuando el inmortal Zumalacarregui vió nuestra decision, nos dijo que su modo de pensar era el mismo que el nuestro, pero que habiendo obtenido de nuestra autoridad y por eleccion el mando que égercia y no del Rey N. S., no podia eximirse de escucharnos ántes

de pasar adelante: Dionos un apretado abrazo á cada uno en particular, en prueba de su cordial afecto, y mandó á V. por término redactar un manifiesto para enterar á las tropas y al pueblo de todo, animándoles á la resistencia. Firmado del general este documento, nos adelantamos los que eramos comandantes de batallon para formarlos en las eras de Lumbier, en medio de las cuales aparecio V. á caballo y leyó en alta voz el manifiesto, produciendo un entusiasmo difícil de esplicar. Este acto concluyó con muchos vivas á la Religion y al Rey N. S. Don Cárlos V. Desde este instante pareció dominar al general Zumalacarregui un genio superior para oponerse al enemigo. Es cuanto debo decir en presencia de su carta de V. en que me inserta el párrafo del folleto titulado *captivité de Charles V.*, satisfaciendo así á la verdad y al honor — Soy de V. afectísimo y s. s. q. b. s. m. — Fermin Ripalda.

## Nº 9.

Carta del general Gomez.

Burdeos, 22 de Enero de 1842.—Mi apreciable amigo D. Juan Antonio Zaratiegui: por una casualidad he visto un folleto publicado en lengua francesa en París con el epígrafe de *captivité de Charles V*, fecha 28 de Noviembre último, por Fr. Antonio Casares. No se le envio á V. porque no lo he podido facilitar, en París será facil hacerse con él. En la página 7ª hay un párrafo que traducido dice así: « A fuerza de perfidia y de astucia, habian conse»guido colocar cerca del príncipe, desde su salida de Ma»drid, gentes de quienes estaban seguros, y que no perma-

»necieron ociosos en Portugal. Al momento que Cárlos V, »estuvo en las provincias tuvieron la destreza de acomo»darse bien, y de concierto con aquellos que se habian »metido en el cuartel general de Zumalacarregui, traba»jaron en la realizacíon del proyecto. Estos últimos acon»sejaron á Quesada el pensamiento de proponer una »transaccion á Zumalacarregui con oferta del grado de »teniente general y de algunos empleos para aquellos »que designase como dignos de su confianza. Zumalacar»regui parecia oir sus proposiciones, pero era con el »objeto de ganar tiempo para proveerse de municiones »que le faltaban, y de que le dejasen libres á su muger, »la de Guivelalde y la de D. Florencio Sanz, cuya liber»tad les habia propuesto Quesada : *Zaratiegui suscribió »formalmente y de buen corazon á las proposiciones que le »fueron hechas.* La junta de Navarra que estaba en Eli»zondo alarmada de las voces que corrian é instruida de »todo por el capitan Baiges, fué á encontrar á Zumala»carregui á Lumbier. Para disipar las inquietudes el »general rompió para siempre con el enemigo, y publicó »con este motivo una proclama que tranquilizó á todos. »La transaccion propuesta por Quesada era como la de »Vergara : el reconocimiento de Isabel con el Gobierno »representativo y los principios revolucionarios, y ade»mas la aprobacion de ciertas elecciones para dife»rentes empleos. Todos, esceptuando Zaratiegui, recha»zaron con indignacion este detestable proyecto, y es de »advertir que Iturralde y Uriz que estaban mas que nadie »al corriente de las intrigas de los traidores y quienes »los detestaban, tuvieron un fin trágico. El resentimiento »y el furor del justo-medio moderado no perdonan. »

Con mérito de lo que dicen de Portugal es claro será tan falso como lo de las provincias, pero como presencié lo que ocurrió en estas, segun me acuerdo, sé bien que Quesada no fué ni podia ser sugerido de ninguno del cuartel general de Zumalacarregui para el paso que dió. Quesada no hizo jamas avance alguno en política á Zumalacarregui. V se acordará que escribió su primera carta comenzando por consejo y terminando por amenaza. El consejo era que nos entregasemos en sus manos á discrecion que así salvariamos las vidas. A Zumalacarregui ofrecia su retiro, segun sus años de servicio, cuya gracia era estensiva á algun otro gefe como por ejemplo Eraso, Iturralde y otros. Zumalacarregui fué el que llamó á la junta gubernativa, de ninguna manera se movió esta por aviso del capitan Baiges, que era la única persona que por entonces se observaba por no merecer mucha confianza. Al tiempo que se trató en la junta de Lumbier del particular, tengo presente se hallaba V. escribiendo, y aun sin acabar la lectura de la carta y razonamiento del general, se levantó V. y habló con bastante calor contra Quesada, combatiendo sus amenazas. Terminó V. su fogoso discurso á invitacion del general que le daba priesa por lo que estaba V. escribiendo. Todos nos pronunciamos en el mismo sentido, riéndonos de las bravatas del Sr. D. Vicente á quien conociamos muy bien, por cuya razon, aunque nos hubiesemos visto debilitados en el éxito de nuestra empresa, no hubieramos cometido la fatal equivocacion de ponernos en sus manos. Terminada la junta, yo marché á formar los batallones á la eras, segun me ordenó el general y V. quedó escribiendo el manifiesto ó proclama que despues leyó V. mismo al frente de las colunas: nunca vi mas entusiasmo en los batallones, y la confianza que tan

justamente depositamos en el general, jamas la espresaron con mas decision. En el tiempo que esto sucedia, todavia no teníamos la menor noticia del Rey N. S., y aun se ígnoraba si le eran ó no gratos nuestros esfuerzos, sobre cuyo asunto me habló varias veces Zumalacarregui y me ofrecí ír á buscar á S. M. y no me lo permitió, y despues se resolvió fuese D. Juan Crisóstomo Vidaondo. No se me obscurece de donde ha sacado el folletista, (pues que él no lo vió) que Uriz era uno de los que estaban mas al corriente de las intrigas, presentándolo de los mejores carlistas. Uriz fué invitado diferentes veces para que se nos uniera, y no fué posible sacarlo de su casa; no tenía en aquel momento entre nosotros otro carácter que el de un enviado de Quesada. Este le llamó á Logroño y él se le prestó (de buena ó de mala gana) á ir á Lumbier para persuadirnos, y temiendo á Quesada sin duda por el mal éxito de su comision, quedó en nuestro partido. V. que debe conservar todos los antecedentes se reirá de tanta maldad, y en su tiempo pondrá en movimiento la parte que le toque en estos folletos que ya son despreciados por todo hombre sensato, porque ellos mismos manifiestan el objeto para que estan escritos y la clase á que corresponden sus autores.— Deseo que se conserve V. bueno y que disponga como debe de su afectísimo amigo — Miguel Gomez.

## Nº 10.

Cuartel general de Villaba, 18 de Abril de 1834.

Iturralde: he sabido los sentimientos de V. y que se halla arrepentido de la locura que ha cometido: ya

debe V. conocer que están perdidos sin remedio: que la cuadruple alianza firmada por la Inglaterra, España, Francia y Portugal en Londres el 22 del pasado, les quita toda esperanza, pues deben saber que es ya constante que Don Cárlos de Borbon ha consentido á pasar á una isla británica á vivir bajo la custodia inglesa y vigilancia de un representante español, con la pension que la generosidad de la reina ha querido dejarle para su subsistencia.

V. y compañeros pueden así salvar sus vidas y haciendas, si desde luego se me presenta V. con el 3er. batallon, á cuya cabeza se halla, á entregarme las armas: Si me prenden y entregan V. V. al vil, ladron, cobarde y asesino Zumalacarregui, para el que nunca habrá perdon, tambien lo obtendrian los demas individuos de los otros batallones.

Terminadas ya casi enteramente las cosas de Portugal, marchará todo nuestro ejército de aquella frontera á ponerse bajo mis órdenes. Terminada ya la quinta en todo el reino, vendrán tambien numerosos refuerzos; ocuparé militarmente el pais con multiplicadas guarniciones; cortaré todos los recursos; aumentaré las colunas de operaciones y los cazaré á V.V. por los montes como á las fieras.

Esta es la prespectiva que les espera, nada exagera el que se compadece aun de la suerte de tanto desgraciado, es el virey de Navarra. — El marques del Moncayo.

## N° 11.

La primera vez que llegaron á donde estaba Zumalacarregui los enviados de Quesada, Vidondo y Eraso,

y despues tambien Uriz, presentaron una nota de las fuerzas cristinas que les habia dado el mismo Quesada, con el objeto de intimidar á los Carlistas y obligarles mejor á abrazar lo que les proponia. Esta nota contenia la siguiente:

« San Fernando, tres batallones — Córdova, tres batallones — el Príncipe, dos batallones — Estremadura, un batallon — Princesa, un batallon — Gerona ligero, dos batallones — 6° de línea, un batallon — de zapadores, un batallon — Chinchilla, un batallon — Sigüenza, un batallon — Compostela, un batallon — Plasencia, un batallon — 6° ligero, dos batallones — Zaragoza, dos batallones — Avila, un batallon — Guardia Real, cuatro mil hombres — Soria, dos batallones — Caballería, mil hombres — columnas de Castilla en las Provincias y sobre el Ebro, tres mil y quinientos infantes y cuatrocientos caballos — Todos los batallones en el dia estan arreglados bajo el pié de guerra y se hallan compuestos á setecientes hombres cada uno, lo ménos. »

## N° 12.

Estracto sacado de documentos oficiales.

Este consistía en ocho regimientos de la guardia real de infantería y cuatro de caballería: en todo (contando con los provinciales) 1,7000 infantes y 2,000 caballos: En diez y ocho regimientos de línea y seis ligeros de infantería; y en cinco regimientos de línea y ocho ligeros de caballería. Los veinte y cuatro de la primera arma componian 30,000 infantes, y los trece de la segunda, 5000 caballos: de manera que uniendo á esta fuerza

y á la de la guardia Real los 8,000 infantes y 2000 caballos de que constaban los cuerpos guarda-costas, la artillería é ingenieros, y los doce á catorce regimientos de milicias provinciales, que de continuo se mantenian sobre las armas, se puede calcular en 75000 infantes y 9500 caballos el total del ejército español peninsular de entonces. La mitad de esta fuerza tenia Rodil bajo sus órdenes en el momento que se encontró en Navarra.

## N° 13.

### Habitantes de la Navarra y de las tres provincias Vascongadas.

S. M. la Reina gobernadora en nombre de su augusta hija nuestra legítima Reina Doña Isabel IIª, se ha dignado confiarme la direccion general de todas las fuerzas empleadas en la pacificacion de vuestro pais, y de las que las sostienen inmediatamente en Aragon y Castilla. Mi mision es esencialmente pacífica, y de vosotros solos depende el que no pierda este carácter. S. M. llora los males que os abruman hace tanto tiempo, y ve con profundo dolor los campos regados con vuestra sangre, la ruina de vuestras fortunas y la devastacion de vuestros hogares. Es indispensable para vuestro bien y para la tranquilidad de la nacion de que formais una débil parte, el poner prontamente un término á la guerra cruel y fratricida, que han encendido en medio de vosotros algunos hombres desmoralizados á quienes poco importa que os aniquilen enteramente, con tal que puedan satisfacer su ambicion y saciar su sed de sangre y de rapiña.

Es indispensable, repito, que se acabe de una vez esta guerra funesta, y que os sean devueltas la tranquilidad y la dicha de que gozabais, ántes que la perfidia y traicion os las hubiesen arrebatado. Tal es, habitantes de Navarra y de provincias Vascongadas, el noble encargo que me ha confiado S. M. y que estoy resuelto á cumplir á todo precio. Tiempo hace que me conoceis, y sabeis por experiencia que soy humano é indulgente; pero si bien es verdad que siempre sabré seguir las impulsiones naturales de mi corazon, sabré igualmente sacrificarlas sin titubear al deber que me impone la mision que me ha sido confiada. S. M., por su inestinguible clemencia, concede un perdon pleno y absoluto, y pone desde este momento bajo la proteccion de las leyes y de las autoridades encargadas de su ejecucion, á todos los individuos, sin distincion de clases ni de personas, que dentro el término de quince dias abandonen las filas de los rebeldes y se presenten con sus armas á los gefes que mandan las divisiones y brigadas que componen el ejército de operaciones, ó á los comandantes de los puestos donde hay guarnicion. Así mismo absuelve S. M. de las penas corporales establecidas contra el crimen de rebelion á los que se presenten desarmados á las autoridades arriba mencionadas.

Espera S. M. que los padres, esposas, parientes y amigos de los que la seducion ha arrastrado á las filas de los rebeldes se apresurarán á darles á conocer este nuevo rasgo de su solicitud maternal, y les exhortarán á no dejar pasar este nuevo medio de salud que se les ofrece, y no duda S. M. que las poblaciones correspoderán á él, manifestando su reconocimiento por su cam-

bio de conducta; pero si no se someten dentro el término fijado, declaro desde este momento del modo mas positivo que entregaré á las llamas sin consideracion alguna todas las poblaciones de ciertos valles que sirven ordinariamente de refugio á los rebeldes, y en los cuales encuentran estos una acogida criminal y nuevos recursos. No obstante, respetaré las personas y bienes de los habitantes que se retiren á las villas en donde hay guarnicion, ó á las provincias tranquilas. Esta medida es dolorosa, pero cuando habla el bien de la patria, deben callar todos los respetos humanos; el incendio de Moscou salvó á la Rusia. Habitantes de Navarra y provincias Vascongadas, vengo á traeros el perdon y la paz ó la persecucion y el esterminio! La eleccion depende de vosotros.

Si deshaciendo el encanto de las ilusiones con que los verdaderos enemigos de vuestra fidelidad os engañan, y estravian, rechazais sus pérfidas instigaciones y os unis á mí de buena fé para restablecer el órden legal y la obediencia en vuestro pais, lo mismo que el resto de la Monarquía, hallaréis en mí apoyo y proteccion, y un amigo y defensor en cada uno de los que sirven bajo mis órdenes, Si, al contrario, persistis en vuestra funesta ceguedad, y desatendeis las palabras que os dirijo en nombre de la Reina, nuestra Señora, con el sincero deseo de vuestra dicha y bienestar futuros, seré inflexible en el cumplimiento de mi deber, y no perdonaré medio alguno para llenarlos, por mas rigorosos que sean. Abandonad las vanas esperanzas con que os alagan los que pretenden levantar su fortuna á costa de vuestra ruina; volved los ojos hácia las otras provincias que, tanto en la Península como a la otra parte de los mares componen

la vasta monarquía española, y vereis la felicidad y nueva existencia de que disfrutan bajo el pacífico gobierno de nuestra Reina legítima. Dichosa situacion, asegurada por la union de los ánimos, contra la cual jamas podrán prevalecer vuestros limitados recursos.

Cese pues de una vez esta lucha desigual y desastrosa para vosostros. Las naciones de Europa la contemplan con horror é indignacion, y se interesan en su pronto éxito; las mas poderosas, como la Francia y la Inglaterra, se han unido á la justa causa de la Reina, nuestra Señora, por los mas solemnes y sínceros tratados que han resuelto irrevocablemente sostener. La bondad de S. M. es vuestro único refugio: invocadla con confianza, pues yo os la ofrezco sinceramente en su Real nombre. Dado en el cuartel general de Vitoria, á 18 de Abril de 1835.

El Ministro de la guerra, VALDÉS.

## Nº 14.

CONVENIO (*a*) PARA EL CANGE DE PRISIONEROS PROPUESTO POR LORD ELLIOT, COMISIONADO DE S. M. B., QUE SERVIRA DE REGLA A LOS COMANDANTES EN GEFE DE LOS EJÉRCITOS BELIGERANTES EN LAS PROVINCIAS DE GUIPUZCOA, ALAVA Y VIZCAYA, Y EN EL REINO DE NAVARRA.

ART. I.

Los Comandantes en Gefe de los dos ejércitos actualmente en guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa,

(*a*) Córdova á quien habia comisionado Valdés para tratar con Lord Elliot para la redaccion de las cláusulas de este

Alava, y en el Reino de Navarra, convienen en conservar la vida á los prisioneros que se hagan de una y otra parte, y de cangearlos del modo siguiente:

ART. II.

El cange de prisioneros será periódico, dos ó tres veces al mes, ó con mas frecuencia si las circunstancias lo exigen ó lo permiten.

ART. III.

El cange será justo é igual á proporcion del número de prisioneros que presente cada partido, y los escedentes quedarán en poder del partido opuesto, hasta que se ofrezca nueva ocasion de cange.

ART. IV.

En cuanto á los Oficiales, el cange se hará de grado á grado, « *entre los Oficiales de todas categorías, empleos, clases y dependencias que serán cangeados por los dos partidos, cada uno segun el rango que le corresponde.*

Si terminado un cange entre los dos partidos beligerantes, uno de ellos tuviese necesidad de un lugar seguro para custodiar los prisioneros escedentes que no habrán podido ser cangeados, por la propia seguridad, buen trato y honor de estos mismos prisioneros, será conveniido que serán guardados en un depósito por el partido en poder del cual se hallen en uno ó muchos pueblos, que seran respetados por el contrario, en caso que

tratado de cange, pidió con instancia, y el enviado inglés consintió, en que á la palabra *convenio* se añadiese *estipulacion.*

pueda penetrar en ellos, y ademas que no se les podrá dañar ni incomodar de modo alguno en todo el tiempo que permanezcan allí; en la inteligencia de que en las villas ó pueblos en donde se hallen los prisioneros, no podrán fabricar armas, municiones, ni efectos militares. *La plazas serán designadas con anticipacion por los dos partidos beligerantes.*

Miéntras dure la presente lucha, no se ejecutará persona alguna civil ó militar por razon de sus opiniones, sin que sea juzgada y condenada conforme á los reglamentos y ordenanzas militares vigentes en España.

Esta condicion debe entenderse únicamente por los que no son en realidad prisioneros de guerra; en cuanto á estos debe regir lo estipulado en los artículos precedentes.

Cada uno de los partidos beligerantes respetará religiosamente y dejará en plena libertad á los heridos y enfermos que se hallen en los hospitales, pueblos ó villas, cuarteles, ó en cualquier otro lugar, *con tal que esten provistos de un certificado de uno de los Cirujanos de su ejército.*

Si la guerra se estendiese á las otras provincias, se observarán estas mismas convenciones del mismo modo que en las provincias de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y en el Reino de Navarra.

Estas condiciones se observarán religiosamente y con el mayor rigor por todos los Comandantes que podrian sucederse en los dos partidos.

Habiendo sido firmado este tratado por duplicado, se ha cambiado el puesto de las firmas de los dos Generales

á fin de que hubiese paridad perfecta entre los dos partidos (*a*).

Cuartel general de Logroño, á 27 de Abril de 1835.
El Comandante en Gefe del ejército de operaciones del Norte, Gerónimo VALDÉS

Cuartel general de Eulate, 28 de Abril de 1835.
El Comandante en Gefe del ejército,
Tomas ZUMALACARREGUI.

## Nº 15

Teniendo en consideracion el elevado mérito y distinguidos servicios y constante lealtad, del malogrado teniente general de MIS reales ejércitos D. Tomas Zumalacarregui, he venido en nombrarle capitan general de los mismos, y con motivo de su gloriosa muerte, conceder á su viuda doña Pancracia Ollo, el sueldo entero que le correspondia por su espresado empleo de teniente general, y la pension de 2,000 reales anuales á cada una de sus tres hijas. Todo en recompensa de las inminentes y heróicas virtudes de tan insigne y animoso caudillo. Tendreislo entendido, y dispondreis su publicacion y puntual cumplimiento.— Dado en el real palacio de Durango, á 25 de Junio de 1835.—Está rubricado de la Real mano.

(*a*) Zumalacarregui habia firmado primero, el 25 de Abril en Asarta; pero habiendo insistido Córdova que dirijia esta conferencia diplomática en representacion de Valdes, en que se pusiesen las adiciones que indicamos aquí con letra bastardilla, resultó que fué preciso redactar de nuevo el tratado, y entonces Zumalacarregui firmó por segunda vez, el 28 de Abril en Eulate.

## Nº 16.

Real Decreto. — Ansiando Mi paternal corazon multiplicar en favor de Mis leales Vasallos, muestras de gratitud y Mi amor, y queriendo premiar los estraordinarios esfuerzos de estas heróicas Provincias en la memoria del distinguido caudillo que con el auxilio del Cielo supo confundir la revolucion usurpadora llenando de gloria á la Nacion entera y de asombro á toda Europa, para perpetuar su ilustre nombre, recompensar debidamente la lealtad y que sirva por siempre de noble emulacion, de estímulo y de ejemplo á la fidelidad y al mérito: Vengo en conceder al capitan general de Mis Reales Ejércitos D. Tomas Zumalacarregui, Grandeza de España de primera clase con los titulos de Duque de la Victoria, y Conde de Zumalacarregui, para sí, sus hijos y descendientes legítimos, con relevo del pago de lanzas y medias annatas, reservándome señalar, esterminada la usurp acion, las fincas y derechos territoriales que han de formar la vinculacion anexa á la misma Grandeza y sostener perpetuamente el decoro de la dignidad á que le elevo; siendo Mi Soberana Voluntad que por el fallecimiento del agraciado y falta de hijos varones entre desde luego en posesion de esta merced su hija primogenita Doña Ignacia Zumalacarregui, de quien pasará á sus hijos varones, y no teniéndolos á sus hijas, y de ellos á sus descedientes habidos de legítimo matrimonio, observándose la prelacion de grado, edad, secso y línea establecida en los mayorazgos regulares de España. Si la Doña Ignacia muriese sin succesion legítima, pasarán la Grandeza y bienes á su hermana segunda Doña Josefa Zumalacarregui, guar-

dándose el mismo órden de suceder establecido para aquella, y si esta falleciese igualmente sin sucesion, recaerán bajo las espresadas reglas en la hija tercera Doña Micaela Zumalacarregui y los que de ella vinieren: debiendo el heredero y sucesor en esta Grandeza tomar siempre por primer apellido el de *Zumalacarregui*, cualquiera que sea el de la casa á que en lo sucesivo pudiese ella pasar por enlaces matrimoniales y quedando obligado á lo mismo durante el matrimonio el que se case con la Doña Ignacia ú otra de las sucesoras. Quiero ademas que al advenimiento de la paz, se exhumen las gloriosas cenizas del general Zumalacarregui, del sencillo sepulcro en que hoy yacen, se trasladen á Ormaiztegui, y precedidas las correspondientes exequias, se depositen en un digno mausoleo con toda la solemnidad, aparato y pompa que sabrá desplegar la Provincia de Guipúzcoa, á cuyo patriotismo y zelo confió la ejecucion de esta Mi Real Voluntad; que se erija en aquella villa á la misma época un monumento público que recuerde á las generaciones futuras las glorias de tan ilustre vasallo; que su nombre sea siempre el primero en la lista de los capitanes generales de Mis Egércitos. Por último tengo á bien conceder á la Duquesa Viuda, la Banda de la Orden de Damas Nobles de María Luisa. Tendreislo entendido y dispondreis su cumplimiento. Real de Villafranca á veinte y cuatro de Mayo de mil ochocientos treinta y seis.— Yo el Rey. — A D. Juan Bautista de Erro.

FIN.




# CARTA GEO(

de

# NAVAR

Alava , Guipuzcoa

ESCALAS

*Leguas Geograficas de España de 7572 Varas (*



*Leguas Legales de España de 5000 Varas Cas*







